

Seduciendo a un
SALVAJE



BECKA M. FREY

Título: *Seduciendo a un salvaje*

© 2019, Becka M. Frey

De la edición y maquetación: 2019, Becka M. Frey

Del diseño de la cubierta: 2019, Mónica Gallart

Corrección: 2019, RM Madera

Primera edición: Marzo, 2019

Impreso en España

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal).

El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

Índice

[Agradecimientos](#)

[Aclaración de la autora](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 1. La mudanza](#)

[Capítulo 2. Recuerdos](#)

[Capítulo 3. El jueves](#)

[Capítulo 4. Días grises](#)

[Capítulo 5. El mensaje](#)

[Capítulo 6. El contrato](#)

[Capítulo 7. Primer contacto](#)

[Capítulo 8. El incidente](#)

[Capítulo 9. Planes](#)

[Capítulo 10. De acampada](#)

[Capítulo 11. La cita](#)

[Capítulo 12. ¿Dónde me encuentro?](#)

[Capítulo 13. El entrenamiento](#)

[Capítulo 14. Los fantasmas del pasado](#)

[Capítulo 15. Pesadillas](#)

Capítulo 16. La consulta

Capítulo 17. El viaje

Capítulo 18. El masaje

Capítulo 19. Para triunfar, primero hay que perder

Capítulo 20. Un nuevo comienzo

Capítulo 21. Una situación complicada

Capítulo 22. Una vuelta de tuerca

Capítulo 23. Primer asalto

Capítulo 24. Arrepentimiento

Capítulo 25. La recuperación

Capítulo 26. El combate final

Epílogo

SOBRE MIS FUTURAS NOVELAS

SOBRE LA AUTORA

Agradecimientos

Quiero dar las gracias en primer lugar a mis compañeras Rosa Madera e Ivonne Vivier, por sus consejos, las risas que nos damos cada día y por ser mi apoyo en esta locura de la escritura, que ellas saben lo que he sufrido para escribirla y los quebraderos de cabeza que me han dado.

A mi familia, sobre todo al bendito de mi marido que me soporta y a mis hijos que me ayudan para que yo pueda escribir, que son lo que más quiero en este mundo.

A Cecilia Pérez y el grupo de Divinas Lectoras por su apoyo en todo. No tengo palabras.

A personas tan especiales que he tenido el gusto de conocer como Flavia Farias, Anny Fermin, Alicia Brujilla, Diana Golay, Las ideas de Nuria, Rosa Andrade, María Buga, Lidia S. Balado, Jannis Sandgrose, Aura Lectora, Azaroa Sánchez, Vanessa María Mulero, Sandra Gabriel, Lara Beli, Trixie George, Bella Hayes, Luz Maestre, Rosaura York, Victoria Cuesta Prieto, Jess Dharma y muchas más que me quedan y que seguro que me olvido, pero que sepáis que iré subiendo a aquí.

A aquellos lectores y lectoras anónimos que me leen.

Gracias de corazón.

Aclaración de la autora

Antes de que te sumerjas en la novela voy a hacer una aclaración, todos los lugares que aquí se mencionan son reales, puedes buscarlos en Google y comprobar lo fidedignas que son las descripciones.

Exceptuando el gimnasio que menciono: The Cage Boxing Club solo imparte clases de boxeo, la parte del Spa es ficción para poder crear esta novela.

Al final del todo, cuando acabéis la novela, os espera una pregunta.
No te entretengo más, espero que te guste.

*Los campeones no se hacen en los
gimnasios. Los campeones se hacen de algo
que tienen en su interior.*

—MUHAMMAD ALI—

Prólogo

Todo el mundo tiene un plan hasta que le golpean en la boca.

—Mike Tyson—

Estaba aparcando el coche cuando, al salir, recibió un puñetazo en toda la cara. Se volvió furioso para devolvérselo a su atacante y se quedó paralizado al descubrir que era su amigo. Tenía los ojos húmedos y enrojecidos de llorar. Otra vez hizo el intento de pegarle pero él le detuvo.

—¿Se puede saber qué coño haces, Zac? —le insultó.

—¡Hijo de puta! ¡Te odio, cabrón! —dijo, agarrándolo de la chupa de cuero con rabia.

—¿De qué demonios me estás hablando? ¡Suéltame, joder! ¿Qué es lo que te pasa? —le exigió, liberándose de su agarre con rabia.

Zac se pasó la manga por la cara y se enjugó las lágrimas. Comenzó a pasearse de un lado a otro mientras negaba con la cabeza lo que fuese que estaba rumiando.

—Ese desgraciado te retó y no acudiste al encuentro. Debiste imaginar que Ethan daría la cara por ti. Te admiraba. Le decepcionaste, ¿sabes? —le echó en cara mientras le apretaba con el dedo índice en el pecho.

—¿Y cómo iba a saber yo que se iba a enfrentar a ese capullo? Si yo no lo hice, fue porque tenía mis motivos. —Observó a su amigo de reojo—. Lo siento, de verdad. Nunca imaginé que haría algo así de estúpido. No debisteis presentaros allí, os lo advertí.

—Ethan se empeñó en ir, tenía la esperanza de que aparecieras. Al ver que no acudías, Vladimir comenzó a provocarnos. No paraba de reírse en nuestra cara, te insultó y acabó con la paciencia de Ethan. Se enfureció tanto que se lio a golpes contra ese cabrón. Tuvimos que separarlos. Por desgracia, no fue suficiente para evitar que la palmara —le contó inquieto.

—Pero ¿qué tonterías estás diciendo, hombre? Si me llamó ayer por teléfono. —Empalideció de golpe.

—Vladimir le provocó un coágulo en la cabeza. Anoche comenzó a convulsionar y esta mañana ha muerto.

Se quedó callado con la mirada puesta en el suelo.

—¿No dices nada? ¡Di algo, joder! —le gritó Zac.

—Mi entrenador me prohibió enfrentarme. ¿Estás contento? Me dijo que no usara el boxeo para canalizar mi rabia, sino para calmarla. Sabes que no soy un cobarde —replicó molesto.

—¡Vete a la mierda! Se suponía que te metiste a entrenar con ese tal Max para vencerle. Has cambiado mucho desde que te entrena —le recriminó.

—Exacto, porque he comprendido que la violencia solo conduce a esto. Y si Vladimir quiere pelearse conmigo, que lo haga por lo legal. Paso de sus bravuconadas. Dejo la calle, voy a estudiar algo y tú deberías hacer lo mismo. Búscate un futuro.

—Eres un puto egoísta, te da exactamente igual lo que le ha pasado a Ethan. ¡Qué te den! No vuelvas por aquí. A partir de hoy dejamos de ser amigos. Tú sigue tu camino, que yo seguiré el mío.

Lo vio alejarse con pesar, sin embargo, no podía hacer nada para hacerle cambiar de idea; dijese lo que dijese no le iba a creer y mucho menos ahora. Igualmente, no era justo que le cargara el muerto a él solo. Ethan también había sido su mejor amigo, pero siempre se metía en problemas. No podía estar siempre ahí para sacarle las castañas del fuego porque fuera el más corpulento de los tres. Maldijo por lo bajo, él lo había intentado y no había servido de nada.

En cualquier caso, esperaba que hubiera un Dios justo para que algún día alguien le diera a Vladimir su merecido de verdad y, a ser posible, que lo pudiese contemplar con sus propios ojos.

Capítulo 1. La mudanza

La tentación por la grandeza es la mayor droga del mundo.

—Mike Tyson—

Un sol brillante y cálido penetraba a través de la ventana, delineando el cuerpo delgado que dormitaba sobre la cama. Lorene bostezó y entreabrió un ojo con pereza; apartó la sábana que tenía enrollada al cuerpo y descubrió que estaba empapada. Debía ser muy tarde a tenor del ruido que organizaban los pájaros en la calle. Tras hacer un par de estiramientos de brazos, salió a la terraza medio adormilada cuando un aleteo nervioso le pegó un susto terrible.

«¡Malditos bichos!».

Odiaba a las gaviotas y, por si fuera poco, le habían dejado un regalito. Una mierda bien puesta en todo el suelo que acababa de pisar. Se miró la planta del pie asqueada, y se metió dentro para desinfectársela. Sí, era una exagerada, pero podían transmitirle cualquier enfermedad. ¡A saber qué comían esos bichos a razón del tamaño de sus cacas!

Sentada sobre la cama, Lorene observó la calle con desinterés. Vivía en Park Plaza un conjunto de apartamentos familiares situados en 17600 NW 5th Avenue de Miami. El clima era caluroso y con una humedad aplastante. Daba igual que fuese septiembre o diciembre, allí era imposible vivir sin aire acondicionado, sobre todo, durante el día. Las altas temperaturas obligaban a los viandantes a cubrirse con sombreros mientras iban de camino a sus respectivos trabajos. Ella solía evitar lugares concurridos como Bayside Marketplace o los locales de moda en época de máximo apogeo, ya que resultaban sofocantes por la cantidad de gente que se agolpaba allí. La mayoría de los turistas se veían obligados a salir temprano para recorrer la ciudad y terminaban concentrándose en el mismo lugar. Agobiante.

En ese momento, un timbrazo en el telefonillo le hizo reaccionar.

—¡Carambola!, ¿qué hora es? —Al coger su despertador observó que eran las ocho y media de la mañana y que se había olvidado de programar la alarma.

Zac, su mejor amigo, le había prometido que hoy la ayudaría con la

mudanza. Estaba cansada de aguantar el jaleo que organizaban los niños bajo su ventana, unido al intenso el tráfico que debía soportar cada mañana para trasladarse a su lugar de trabajo: The Cage Boxing Club, un gimnasio enorme situado en Downtown. Ella era masajista contratada tanto dentro como fuera de allí. Hacía también visitas a domicilio y siempre iba con su camilla y su maletín a cuestas.

—¡Vaya pelos! Te has dormido, ¿verdad? —La risa socarrona de su amigo le molestó bastante al recibirlo.

—Pues no, listillo. Se me olvidó poner la alarma.

—Bueno, lo que es lo mismo —dijo ensanchando aún más los labios.

Lorene rodó los ojos en blanco y resopló. La conocía demasiado bien.

—Vale. Lo admito. Soy un desastre, no hace falta que lo digas. Anda, espera un segundo aquí. Voy a adecentarme y enseguida estoy contigo. —Y le lanzó el pijama por la cabeza. Su aspaviento para evitar su camiseta sudada fue épico. Su gruñido le hizo soltar una carcajada.

Se habían conocido en el gimnasio, Zac era el monitor de *spinning* y en un principio hasta tontearon. Él era guapísimo. Con su pelo castaño rizado y sus ojos color avellana la había traído loca. Y eso por no hablar de sus labios y su cuerpo trabajado. Sin embargo, no podía precisar el porqué no funcionó; salieron un par de veces y terminaron siendo solo eso, amigos.

Una vez vestida, recogió la cama y guardó las pocas pertenencias que le quedaban. Tampoco es que tuviese muchas cosas. No obstante, era mucho para bajar todas esas cajas ella sola.

—Toma, te he traído un donut de chocolate. Son tus favoritos. —Zac le tendió uno con una sonrisa pícara mientras él le pegaba un mordisco al otro.

—No son mis favoritos, cachondo. Son los tuyos. —Y le dio una colleja amistosa, lo que le provocó la risa. De sobra sabía que le gustaban los de azúcar, aun así, agradeció llevarse algo a la boca. Ahora no se iba a preparar un café.

Ya tenía todo embalado. Al observar aquella casa, se alegró de perderla de vista. Por fin la vida comenzaba a sonreírle. Llamó al timbre de la puerta de enfrente y esperó.

—¿Ya te vas, Lorene? —Su vecina, una mujer mayor y antigua amiga de su abuela, la recibió con una sonrisa amable. A ella sí que la iba a echar mucho de menos.

—Sí, Roxan. Necesito calma en mi vida. Vengo a despedirme. ¿Te importa si te dejo algunas cosas y me paso por ellas a la entrega de llaves?

—No, querida. ¡Cómo me va a importar! Cuando quieras, no hay prisa. Espero que encuentres esa paz que buscas. Lástima que vendas la casa, aunque imagino que te vendrá bien ese dinerito. Además, veo que vas muy bien acompañada. No te olvides de visitarme de vez en cuando. —Lorene se despidió de ella con la promesa de regresar pronto. Le dio un abrazo a la buena mujer y comenzaron a bajar las cajas.

—No sé por qué la gente se empeña en emparejarnos —se quejó Zac.

—Tienes que admitir que hacemos buena pareja.

—No lo dudo, pero si supieran que ya lo intentamos y que no funcionó, no dirían lo mismo.

Después de ella, Zac había tenido cientos de ligues y, aun así, no había conseguido mantener a una chica a su lado más de dos meses seguidos. Y ella, en fin, se había centrado en su trabajo y en amasar una gran cantidad de ahorros. Gracias a eso había podido invertir en un pequeño piso de dos habitaciones en una urbanización con piscina. Al fin y al cabo, era para ella sola. No, no tenía novio. Fantaseaba con la idea de encontrar alguien con la cabeza bien amueblada, de esos que quieren casarse y formar una familia, aunque esos ya estaban en peligro de extinción. Todos los hombres a los que conocía eran unos inmaduros, que solo querían mantener una relación superflua.

—Bueno, esta es la última de todas. Tu coche y el mío van a reventar. Venga, yo te sigo —la apremió Zac cuando terminó de colocar la última de las cajas.

Al observar su Chevrolet Spark azul y el Ford Mustang rojo de Zac le entró la risa.

—Zac, yo seré un desastre para unas cosas, hijo mío, pero el Tetris no es lo tuyo. —Se puso colorado con su comentario. Había apilado las cajas sin más y parecían que fuesen a reventar las ventanillas del coche de un momento a otro.

—Bueno, *sacafaltas*, lo importante es que han entrado todas —se excusó torpemente.

Era adorable. A Lorene le recordaba a un cachorrito herido cuando se disculpaba así de tierno. Le daban ganas de achucharlo, mas se reprimió el impulso y, en su lugar, sacó sus gafas de sol y ocultó el brillo de afecto que se apreciaba en sus ojos. Zac la imitó. Ambos usaban Rayban de espejo porque creían que deslumbraban menos a la hora de conducir, una manía que los dos compartían. Antes de partir, Lorene echó un último vistazo al edificio. Se le

había presentado la oportunidad perfecta para romper con su rutina. Estaba feliz y segura de que aquel cambio de aires le iba a sentar muy bien.

Por el retrovisor observó a su amigo que no paraba de refunfuñar. Cuando pararon en un semáforo le hizo señas para saber qué le pasaba: una caja se había movido de lugar y no paraba de lanzarse contra su asiento. Él y su «tetrís». En cambio, tal y como ella había colocado las suyas, no se movía ni una sola. Ya había procurado que no la distrajeran durante la conducción. Para él fue un alivio llegar a su destino.

Nada más entrar en el garaje, le señaló una plaza y ella aparcó en la de al lado.

—¿Tienes dos plazas de garaje? —silbó fascinado.

—No, esta es del que me ha vendido el piso, vive aquí también, me ha dicho que, si tenía visita, podía utilizarla siempre que quisiera. Que le hacía un favor, ya que él no la usa y estaba cansado de que le aparque un caradura. Entra, ya verás el piso —comentó orgullosa.

Ahora viviría en Downtown en el 800 N Miami Avenue E310. Esa zona se podía considerar una de las mejores dentro del núcleo de la ciudad, excluyendo la de las mansiones. Aparte de tener tarima, daba a la zona de los jardines privados de sus vecinos y a la calle. Tenía unas vistas magníficas.

—¿Me admites como compañero de piso? Estás mucho más cerca que yo de nuestro lugar de trabajo —comentó Zac.

—Ni hablar. Que me traes a una jauría de ligues y me pones los dientes largos.

—Pues tráete tú también a un hombre.

—No. Paso. —Su rostro se contrajo por una fracción de segundo para volverse a reponer.

—Lore, eres muy guapa. Mírate, tienes un cuerpo de infarto. No te he visto ilusionarte con nadie. Tengo un amigo...

—Alto ahí, colega, que te veo venir. No quiero que me organices otra de tus citas a ciegas. No. Yo quiero un hombre... —Se interrumpió al observar una figura muy familiar para ella.

Zac, al ver que se callaba, orientó su mirada en la dirección de su cabeza. Un hombre moreno muy alto salía en ese momento de uno de los portales que había enfrente.

—¡No me lo puedo creer! —bufó Zac—. ¡Mira que tener de vecino a Salvaje! Ya no me gusta tu casa.

—¡Calla, idiota! Que te puede oír. —Y le empujó para detrás a la vez que

los ocultaba de la vista entre risas nerviosas.

Por suerte, el hombre de la calle no pareció percatarse de nada.

—Anda, vamos adentro. Eres un bocazas, Zac. Lo mismo ni vive ahí. ¿Por qué te empeñas en llamarlo así?

—Porque es un lobo disfrazado de cordero.

Lorene bufó ante su exageración. No le gustaba que pusiera motes a los clientes, y menos a este. No sabía precisar por qué le molestaba. Bruno era un deportista asiduo desde hacía dos años. Nunca faltaba a sus clases de boxeo. Todos los jueves era puntual como un clavo. Ella solía estar muchas veces en la recepción a esa hora y lo veía entrar. Jamás parecía reparar en su presencia y, por supuesto, tampoco la saludaba. En realidad, nunca lo había visto bromear, ni tan siquiera hablar con sus compañeros de clase. Siempre estaba serio.

—¡Qué sabrás tú! Yo creo que algo malo le ha ocurrido en la vida. No es normal que nunca sonría. Albert dice que es su mejor alumno de boxeo. ¿No te gustaría saber qué le ha sucedido para estar así? Lo mismo ha perdido a su mujer e hijos o le ha abandonado su madre de niño...

—...o tienes una imaginación desbordante —la interrumpió Zac—. Escúchame atentamente, Lore, ese hombre no es bueno. Y por la forma en que hablas parece que lo admirases. ¿Has interrogado a Albert sobre Bruno? —La mirada inquisitoria de Zac la puso nerviosa.

—Bueno, sí, me intrigaba. Me parece muy atractivo, no lo voy a negar y es extraño que sea tan poco sociable.

—¿Por eso estabas el otro día hablando tan amigablemente con Albert? Ya decía yo que me parecía muy raro en ti cuando tú no lo tragas. —Zac se fue a la nevera a por una cerveza mientras meneaba la cabeza con disgusto.

—Bueno, es que es el único que trata con él. Quería saber...

—Nunca, pero que nunca te acerques a él, te lo advierto, Lore, hazme caso. No es para ti. —Le sorprendió el tono tan rudo que usó con ella. Parecía que le odiaba y le sorprendió viniendo de él. Siempre tan bromista y simpático con todos los socios del gimnasio.

—¿Y eso por qué? ¿Acaso le conoces? No puedes juzgar a nadie porque no sonría. —No pensaba cambiar de opinión por una mera impresión de su amigo.

—No tengo por qué darte explicaciones. Tengo mis motivos para pensar así de él.

—Bueno, en cualquier caso, no sé por qué hemos terminado discutiendo.

Tampoco es que se vaya a fijar en mí. Si ninguna de las que se ha apuntado a boxeo para flirtear con él lo ha conseguido, yo no voy a ser diferente. Pero si ni me saluda cuando entra. Yo creo que soy invisible para él.

Sacó otra cerveza para ella y cambió de tema. No le gustaba discutir con Zac.

—¿Te quedas a comer, Zac? Hoy es mi último día de vacaciones y el tuyo. ¿O ya has quedado?

—No. Nada que no se pueda anular. —Su cara se había relajado y volvía a sonreír.

Tras un buen rato decidiendo sobre qué hacer para comer y, ante las pocas alternativas que tenía en su vacía nevera, resolvieron ir al Marion, que si bien quedaba más cerca del gimnasio que de casa de Lorene, se aseguraban de que la comida les gustaba. Esta vez fueron en el coche de Zac, aunque con tan mala fortuna se encontraron con dos de sus compañeros: Danielle y Ralph.

—¿Ya te has instalado, Lore? —le preguntó Danielle.

Ella era la profesora de Zumba. Una mujer morena y atractiva, pero con unos dientes de conejo increíbles. Se creía una diva y detestaba a Lorene. Su falsedad le ponía enferma.

Ralph, un hombretón pelirrojo y con cara alargada, se levantó y le dio dos besos a ella y un apretón de manos a Zac. Era el monitor de musculación y bebía los vientos por Danielle, aunque esta solo le utilizaba, algo que parecía no importarle.

Se vieron comprometidos a sentarse con ellos. Los hombres no parecían interesados en su mudanza, ya que una rubia despampanante acababa de hacer su entrada y se habían quedado obnubilados.

—Sí —contestó a Danielle por educación—. ¡Oye! Si os vais a quedar mirando así a todas las chicas, os dejamos solos —bromeó Lorene.

Los aludidos sonrieron con picardía y se sentaron en la mesa.

Mientras elegía su menú, Danielle no paraba de parlotear cosas sin importancia. Lorene decidió resguardarse tras ese trozo de plástico para no tener que aguantarla, hasta que, de repente, su conversación tomó un giro que le hizo prestar atención.

—Pues sí, Zac, a mí tampoco me gusta mucho intimar después de mi trabajo con los clientes. Pero claro, se acercan y te saludan y qué vas a hacer. Lo que nunca me hubiera imaginado es toparme con Bruno y que me devolviese el saludo.

—¡Venga ya, Danielle! Si ese tío jamás saluda. —Ralph dudaba de sus

palabras.

—Que sí. Que la primera sorprendida fui yo, Ralph. Estaba con mi carrito de la compra en Tropical Supermarket, fui allí porque tiene la verdura más fresca, ya sabéis, cuando se me apareció de frente. Yo soy siempre muy simpática, claro, así que, automáticamente, me salió un «hola». Por supuesto, no esperaba que me devolviese el saludo, así que seguí mi camino y mi sorpresa fue cuando lo hizo. ¿Te puedes imaginar mi estupefacción? Me giré a mirarlo por si no era mí y allí no había nadie más, te lo juro. Solo nosotros dos. Aunque, a decir verdad, me observaba como si no me conociera de nada. Me molestó bastante. Es que ese tío nunca se fija en las tías. Además, el que no vaya con mallas no significa que mi cara no te suene vestida con ropa de calle. Es el tipo más raro que he conocido en mi vida. Ahora, ya es un avance que me haya saludado.

Por la forma en que lo comentaba, se le veía pletórica. Estaba segura de que para ella era un triunfo atribuido a su belleza y, probablemente, incluso le gustase. Bruno ejercía ese poder. Era como un imán para todas ellas.

—Ya me parece raro viniendo de Bruno. Ni siquiera Albert cruza más de dos palabras seguidas con él —comentó Zac impresionado.

—Pues lo mismo es que solo quiere hacer deporte y no le interesa intimar. Yo no veo que la gente vaya al gimnasio a hacer amigos —añadió Lorene.

—Eso puedo entenderlo, Lore, pero ¡qué menos que salude! —replicó Danielle.

—Sí, llevas razón. Supongo que no quiere que nadie sepa de su vida y por eso lo hace. Quizá tenga sus motivos para ello —respondió Lorene pensativa.

—No le excuses, Lore. La educación no está reñida con la privacidad. —El ataque injustificado de Zac hacia ella, le dejó atónita. ¿Qué demonios le pasaba con él? Era defenderlo y saltaba como un resorte. Sabía que los celos no tenían nada que ver en esto. Algún día le obligaría a contarle qué era lo que tenía en su contra.

Capítulo 2. Recuerdos

Un campeón es alguien que se levanta cuando no puede.

—Jack Dempsey—

Cuando terminaron el almuerzo, se despidieron de sus compañeros y pusieron rumbo a su casa. Lorene se volvió hacia Zac una vez que se hubo asegurado el cinturón del coche y le comentó:

—¿Has visto la cara que ha puesto Danielle cuando nos ha contado lo del saludo de Bruno? Te apuesto lo que quieras a que el jueves le saluda con coquetería.

—Pues pierde el tiempo con él. Ya te digo yo que no le va a hacer ni caso.

—Oye, no hables de más. Lo mismo te equivocas —le retó.

Zac la miró de reojo y arrugó la frente:

—Si quieres, nos jugamos algo. Yo digo que va a pasar de saludarla. Y tú que no.

—Vale. ¿En qué estabas pensando exactamente?

Se quedó cavilando durante un buen rato y frunció los labios mientras planeaba una idea retorcida. Seguro que no iban a apostar un donut.

—Si yo gano, quedas con mi amigo Joss. En caso contrario, te dejo elegir.

—¡Eh! No quiero citas a ciegas, Zac. Pues te vas a enterar. Más vale que yo no sea la afortunada porque si lo logro, le pides salir a Danielle. —Zac abrió los ojos como platos y estalló en una sonora carcajada.

—Trato hecho. Voy a ganar yo —afirmó muy seguro de sí mismo.

—Me entra la risa de solo pensarlo. Te veo el jueves en la recepción conmigo esperando el encuentro.

Los dos se echaron a reír. Aunque bien sabían que iban a estar como lobos al acecho.

—Voy a ir preparándote el terreno con Joss. Te va a encantar. Es un tío muy majo y le vuelven loco las pelirrojas. Mi hermana, que también le conoce, piensa que harías muy buena pareja con él —comenzó a decir Zac. Sin embargo, Lorene no tenía ningún interés en conocerlo. Iba a ser una verdadera

tortura.

—Ese día te vienes conmigo. Ni se te ocurra dejarme a solas con él. No pienso ser cruel y quedar un día para no volverlo a ver. Prométeme que iremos con más personas.

Ni su cara de pena consiguió ablandarle. Zac era muy cabezota. Se había empeñado en buscarle pareja, sí o sí.

—Ya te das por vencida, ¿eh? Ni hablar. Tú me has pedido que salga con Danielle un día y yo no te he pedido que seas mi carabina. Aquí se cumple con lo pactado.

Después de esa breve charla, subieron en el ascensor en silencio. Cada uno iba retando con la mirada al otro a echarse para atrás, algo que ninguno pensaba a hacer. En el fondo, los dos jamás daban su brazo a torcer, eran muy competitivos y querían ganar siempre.

Lorene abrió la puerta de su casa y entró sin mirarle.

Zac se tumbó en el sofá y ella se sentó a su lado a ver la televisión. Al cabo de un rato, los ronquidos de su amigo le indicaron que pasaba de ella totalmente. Cogió un par de cajas y se puso a desembalarlas. Tras una hora, ya solo le quedaba una. Sabía lo que contenía dentro: todas las fotos de sus padres y abuelos. La abrió y sacó los álbumes. Según iba pasando las páginas, los recuerdos felices venían de golpe a su cabeza e inundaban de tristeza su alma. Esas sonrisas que veía reflejadas en sus padres ahora le parecían muy lejanas. Las lágrimas resbalaron por sus mejillas. De pronto, notó que Zac la abrazaba con cariño. No le había oído levantarse. Se quedaron un buen rato así, hasta que Lorene se calmó.

—Tus padres estarían muy orgullosos de ti si pudieran verte. Mírate, Lore, eres independiente, con un buen trabajo y con una pedazo de casa. — Pero los intentos de Zac por animarla no dieron resultado. Los echaba muchísimo de menos.

Con tan solo quince años se había quedado huérfana. Ese fin de semana, sus padres viajaron a Orlando para celebrar su aniversario y la dejaron con su abuela para que pudiese estudiar para los exámenes. Una suerte, porque de otra forma hubiera muerto también. Un borracho se estampó contra ellos en una curva y mientras que sus padres murieron en el acto, aquel hombre salió indemne. ¡Era increíble! Esperaba que ese desgraciado se estuviese pudriendo en la cárcel. Tuvo que quedarse a vivir con su abuela que recién había enviudado y las dos se consolaron mutuamente.

—Los echo de menos a todos. Mi abuela, la pobre, hizo lo que pudo

conmigo —comentó compungida.

—Lo importante es que saliste adelante. Venga, ¿por qué no te vienes a comer este fin de semana a casa de mis padres? Así no me dejas solos con ellos —sugirió Zac.

—Tus padres son adorables, no te quejes tanto por ir a visitarles. Deberías pasar más tiempo con ellos. Nunca sabes cuando los vas a perder. — No quería sonar pesimista, pero es que a ella las desgracias parecían perseguirla. Un año atrás, su abuela murió por un ictus. Fue tan repentino que no tuvo tiempo ni para despedirse. Se había quedado sola en este mundo. Sin nadie que la cuidase.

—Es que estará mi hermana y ya sabes lo pesadita que se pone con eso de que no tengo pareja.

Sarah, la hermana de Zac, era una morena explosiva con una belleza arrebatadora, muy extrovertida y llena de energía. Todo lo contrario que George, su novio. Un chico bastante agradable, el típico intelectual de gafitas, tímido e introvertido, larguirucho y muy delgado, pero con una cara de pan que no podía con ella y, además de ser un buen partido, era uno de los mejores ingenieros del estado. Eran muy singulares, pero estaban profundamente enamorados y eso era lo que realmente importaba.

—El problema es que a todos les gustaría vernos juntos y sé que les hago sufrir. No creo que sea buena idea. Además, algún día sentarás la cabeza y tendrás novia. Yo no pinto nada ahí.

—¡Me ofendes! Es tu familia postiza.

Lorene resopló indignada y le apartó de su lado. Recogió las fotos y las colocó en un cajón del salón. Estaba cansada de que quisieran forzarla a salir. Ella creía que las cosas venían solas. Cuanto más las buscaba, más se obsesionaba y menos salían según sus planes.

—Zac, ya basta. No creo que vaya a funcionar. Anda, ayúdame a montar este armario que he comprado.

—Debiste traerte algo de mobiliario. Te hubiese venido bien —le regañó Zac.

—Quería todo a estrenar. Esos muebles estaban ya muy anticuados. Además, ya no hay vuelta atrás. Ya está hecho. Venga, dime en qué te ayudo —pidió.

Zac le dio una llave Allen y entre los dos se pusieron a montarlo. Eso les tuvo entretenidos hasta la hora de cenar.

—Eres como mi hermano mayor. Sabes que te quiero un montón,

¿verdad? —Su comentario le sacó una sonrisa pérfida.

—¿Hermano mayor? Es lo más cruel que le pueden decir a un tío. Es como decir: «me encantas como amigo, pero no me gustas».

—Oye, que tú tampoco quieres salir conmigo —se quejó ella.

—No, solo para un polvo, pero como tú no quieres... Aunque si llegamos los dos a los treinta y cinco sin pareja, te propongo que nos casemos —sugirió con una sonrisa traviesa.

Zac nunca se tomaba en serio las relaciones. Sus padres querían verlo casado y él se resistía. Era un mujeriego empedernido. Quería vivir y experimentar. Los años, por contra, corrían a gran velocidad y se arriesgaba a que cada vez fuese más difícil conseguir una chica sin cargas. Ya rondaba los treinta, y muchas de sus amigas tenían bebés. Lorene tenía veintiocho y hasta para ella estaba siendo difícil quedar con sus amistades. Muchas estaban emparejadas y preferían quedarse en casa o salir al cine con su pareja.

—¿Tú y yo? No casamos ni con cola —resopló Lorene.

—Pues yo estoy muy a gusto aquí.

—¡Qué listo eres! Así te hago yo las cosas de casa que no te gustan a ti, como lavar, limpiar... —bromeó—. ¿Sigues llevándole la ropa a tu madre para que te la planche?

—¡No, diantres! He aprendido a tenderla bien para que no se arrugue. Además, hay ropa que no necesita ser planchada —dijo con sorna.

—Ya te vale. Como ahora te pillan lejos...

—Supervivencia, nena. Tampoco quiero que me lo hagan todo. Además, ahora cocino y contabilizo todas mis calorías. Este cuerpo no se mantiene así de bien inflándose a donuts. —Se palmeó el abdomen con orgullo.

—Cosa que haces a menudo. Anda, goloso, también influye en algo el deporte que haces. Con lo presumido que eres, bien que te cuidas. Que Ralph y tú andáis picados todo el día a ver quién saca más pecho, más tríceps o yo que sé —se burló de su amigo.

Zac se rio ante su comentario y puso cara de inocencia.

—Te voy a contar un secreto, Ralph quiere ponerse igual de definido que Salvaje. Cree que así Danielle se fijará más en él.

—Ralph es idiota y no se da cuenta de que Danielle jamás se fijará en él porque no es su tipo. Y no llames así a Bruno. ¡Qué manía!

—¿Ahora es Bruno? —Zac enarcó su ceja, parecía molesto.

—Siempre ha sido Bruno para mí. Me niego a llamarlo de otra forma.

—Te recuerdo que no fui yo quién le puso ese mote. Fue Ralph y fue por

tu culpa.

Lorene se giró a contemplarlo muy desubicada. Aunque ahora que lo mencionaba, recordaba vagamente aquella conversación. Habían estado hablando de quedar para salir una noche los cuatro. Era cuando Zac y ella tonteaban. Ya era última hora y estaban recogiendo. Iban hacia la recepción cuando Danielle y ella se quedaron impresionadas al contemplar por primera vez a Bruno, ya que con su metro noventa y cinco y su gran corpulencia, era muy difícil no fijarse en él. Su piel morena brillaba como el ébano. Tenía unas facciones cuadradas, de pómulos salientes y nariz grande y recta. Sus labios eran carnosos, parecían hechos para el pecado. Pero fueron sus ojos de un color miel increíble rodeado de unas enormes pestañas negras y espesas lo que más le impresionó. Danielle había hecho un comentario muy obsceno de cómo sería en la cama y ella la había secundado asegurando que sería como seducir a un salvaje: bestial. A los chicos no les había hecho ni pizca de gracia sus comentarios y se habían burlado de su físico, llamándolo gorila o Conan el Bárbaro. No recordaba hasta ahora que ellos hubiesen hecho hincapié en su comentario.

En cambio, todavía tenía muy presente su mirada. Al llegar a su altura, Bruno levantó la vista del mostrador y sus ojos la contemplaron. Fueron solo unos escasos segundos, pero fue como si le taladrase el alma. Se había quedado sin aliento. Él, en cambio, se recuperó rápidamente de algo parecido a una sorpresa y le dio la espalda. Albert era el encargado de estar en la recepción a esas horas y fue él quien le informó de los horarios y de las clases. Lorene estaba segura de que aquel día Bruno le había robado el corazón, pues después del encuentro, no llegó a nada con Zac. Era como si la hubiese embrujado de alguna forma. Nunca creyó en los flechazos a primera vista... hasta ese día. Estaba segura de que Cupido le había tocado con una de sus flechas. Por desgracia, la de Bruno se había desviado. ¡Una lástima! Era un espécimen digno de admirar. Numerosas veces se había imaginado tocando aquella piel y saboreando aquellos labios, aunque era realista y seguía con su vida sin esperar nada a cambio.

Además, él ya no la había vuelto a mirar y, por consiguiente, le picaba su vanidad como mujer. Ella no era fea precisamente, medía un metro setenta y cinco, estaba llena de curvas y tenía con un rostro gracioso. Sus ojos eran de un azul intenso, con una nariz respingona y, como todas las pelirrojas, poseía una piel lechosa y llena de pecas. Eso era lo que menos le gustaba de ella. En fin, que la suerte no estaba de su parte. Probablemente, habían sido

imaginaciones tuyas y él nunca la había contemplado con admiración.

—¿Por aquella tontería de comentario le llamáis así desde entonces? — preguntó sorprendida.

—Sí, la verdad es que estuviste muy graciosa. Te salió del alma. Sé que no lo hiciste aposta, pero Ralph estaba todo carcomido con Danielle. Por lo visto, se pasó desde aquel día, diciendo que se lo imaginaba con faldita de palmera y una lanza.

—Así que no fue entonces por mí, fue porque Danielle comenzó a fantasear con él.

—Sí, supongo que Ralph se puso celoso y le apodó Salvaje.

—Ya os vale a los tíos. ¿Solo le ponéis mote a vuestra competencia?

Zac no respondió. En su lugar permaneció callado.

—¿Te quedas a cenar? —lo invitó.

—No. Me marcho ya. Tengo que preparar mis cosas para mañana y quiero darme una ducha. Nos vemos en el gimnasio.

Tras su marcha, Lorene contempló su nuevo piso. En aquella profunda soledad era cuando se daba cuenta de que no tenía a nadie. Sus paredes desnudas le resultaban frías sin los cuadros. Tampoco tenía cortinas en las ventanas. Por mucho que lo decorase con cariño nada se podía comparar con la compañía de una persona. Ese calor era reconfortante, pero como eso ahora no estaba dentro de sus posibilidades, barajaba la idea de comprarse una mascota, en concreto, un gato. A los perros había que sacarlos y ella con su horario no podía encargarse de ello. Además, los gatos eran más limpios, con un cajón de arena era más que suficiente. Ahora que la casa estaba vacía, era el momento de enseñar a un gatito pequeño a no hacer trastadas. Los destrozos no serían tan notables. Lo consultaría con la almohada, no obstante, le seducía la idea de tener algo de compañía y poder ocuparse de alguien.

Antes de acostarse, consultó su agenda. Danielle le había pasado los clientes que querían un masaje. La vuelta de vacaciones prometía ser dura. Tenía la agenda repleta hasta el miércoles. No se podía quejar, aun cuando iba a llegar reventada a casa. Parecía que la hubiesen echado de menos. Por un lado, se enorgullecía de que valorasen su trabajo, ya que eso significaba que lo estaba haciendo bien. Pero, por otra parte, Danielle podía haber espaciado un poco. ¡Cómo se notaba que no era ella la que se daba la paliza!

Preparó su maletín y se fijó si tenía algún bote gastado. Un bostezo le indicó que debía marcharse a dormir ya. Terminó el último bocado de su sándwich y, tras lavarse los dientes, literalmente, se tiró en la cama.

Capítulo 3. El jueves

El boxeo es realmente fácil. La vida es mucho más dura.

—Floyd Mayweather, Jr.—

Con tanto trabajo, el jueves llegó con demasiado pronto. No le pillaba por sorpresa, ya que llegaba exhausta a su casa, cenaba y se iba a la cama. Una vida muy triste, pero que agradecía en parte, ya que así las noches no se le hacían demasiado solitarias.

Había terminado su último masaje cuando se topó con Zac en la recepción. Merodeaba la entrada con una sonrisa ladina plantada en su rostro. Cada vez que sus miradas se cruzaban, le sonreía con un brillo pícaro en su mirada y le guiñaba un ojo. Consultó la hora y observó que quedaban solo cinco minutos para que empezasen las clases de boxeo. Danielle hizo acto de aparición en ese momento y se quedó en el mostrador con una pose de lo más artificial, simulando que leía un panfleto que había sobre él. Se había acicalado más de la cuenta. No había que ser Sherlock Holmes para advertirlo. Los pómulos los llevaba marcados con polvos y se apreciaban a millas. Se había resaltado los ojos con un lápiz negro y con mucha máscara de pestañas. También se había delineado los labios y echado una base de color naranja, algo que nunca usaba durante sus clases. Le sorprendió que le hubiese dado tiempo a cambiarse de ropa, pues solía ser una plasta y siempre había que esperarla. Llevaba un top muy escotado y unas mallas fosforitas. Para su gusto se había excedido. Parecía un semáforo. Lo difícil era no reparar en ella.

A través del cristal pudo ver la silueta de Bruno. Lorene estaba tan demacrada que prefirió permanecer lo más alejada posible y observar desde allí la situación mientras recogía sus cosas.

Nada más hacer su entrada, Danielle hizo como que no lo había visto y se chocó «accidentalmente» contra Bruno. Aprovechó para sonreírle y saludarlo con familiaridad. En cambio, Bruno gruñó y se apartó de su camino sin tan siquiera dirigirle una mirada de soslayo. Las quejas de ella no se hicieron esperar:

—Es que no entiendo qué le pasa a este tío. ¡Si al final voy a tener que ir vestida con ropa normal para que me salude! —oyó que le comentaba a Zac.

—No sé qué le ves a ese tío, Danielle. Es de lo más antipático y desagradable. Ralph le da mil vueltas. ¿Qué os ha pasado?

—¿Quizá lo mismo que a ti con Lorene? —le contestó con rencor.

—Lorene y yo no éramos compatibles. Al menos, ella y yo ya lo aclaramos hace mucho. Solo amigos. Tú, en cambio, le sigues el juego a Ralph y le haces falsas promesas.

—¿Me estás llamando calientapollas? —le gritó furiosa.

—Pues sí. Tú misma lo has dicho. Eso es justo lo que eres —dijo Zac.

Danielle le atizó una bofetada en toda la cara que sonó como si se hubiese roto un cristal. Lorene, curiosa, se asomó a la recepción y se quedó helada al comprobar la mejilla roja de su amigo.

—Que sea la última vez que me dices eso. Yo con mi vida hago lo que me da la gana. ¡No me he acostado con Ralph, ni siquiera me he insinuado, imbécil! Me cae bien y me gusta su compañía. —Y se giró toda ofendida hacia los vestuarios.

—¡Vaya bofetada que te acaba de atizar! —Lorene trató de contener la risa, pero al final estalló en carcajadas. Zac, por el contrario, no lo encontró tan divertido, la observó molesto mientras se acariciaba la mejilla. No se había repuesto aún de la impresión.

—Muy graciosa. En lugar de venir a preocuparte por mi cara, te da la risa. Ya veo lo que te afligen mis sentimientos.

—Venga, Zac, en parte lleva razón. No hace ningún mal a nadie. Además, también es cosa de Ralph. No deberías haberte metido ahí.

—Vaya, muchas gracias, *amiga*.

Se giró dispuesto a alejarse de ella, con el consiguiente arrepentimiento por su parte. Había escogido mal las palabras, así que lo interceptó por el brazo para para detenerlo.

—No te enfades conmigo, igual que tú le has dicho a Danielle lo que pensabas, yo he hecho lo mismo contigo. Venga, anda, vamos a comprarnos un donut y a fumar la pipa de la paz.

—Eso me recuerda que has perdido la apuesta —se jactó de repente. Una sonrisa maquiavélica se dibujó en su rostro.

—Mierda, no me acordaba de esa estúpida apuesta. ¡Perdón, perdón! Llevas razón, ¿en qué estaría pensando yo? —rectificó. Sin embargo, su amigo cada vez se reía más de ella.

—De eso nada. Este viernes te quiero ver cenando con Joss en The Capital Grille.

—¡Ay! Sabes que no me gusta la carne —se quejó.

—Pues te aguantas. A él le encanta. Te pides una ensalada que seguro que tienen.

En esos momentos, odió a su amigo. Lorene rechinó los dientes, pero no le quedó más remedio que aceptar.

—Te estás vengando por algo que yo no he hecho. No me parece justo, Zac —le regañó.

—Anda, no sufras, que no pensaba dejarte abandonada a tu suerte. Para que veas que yo no soy tan rencoroso, me reuniré con vosotros en los postres y luego nos vamos de copas con el resto de la panda. Joss se va a poner muy contento cuando le diga lo de la apuesta. Lleva dándome la plasta semanas para que os presente. Ahora ya tiene una excusa válida para quedar contigo a solas sin que puedas negarte.

Lorene se mordió el labio inferior y se sintió terriblemente mortificada por su estupidez. Era siempre tan noble con ella... Se acababa de pasar de lista y le debía una disculpa. Estaba a punto de justificar su actitud cuando, sin querer, desvió la mirada y se cruzó con la de Bruno. Le sorprendió encontrarlo hablando con Albert en medio de la clase. Era la primera vez que lo veía haciéndolo. Rápidamente, agachó la cabeza. Su mera presencia le imponía, pero aquella mirada... no era capaz de sostenerla. ¡Si hasta se le había acelerado el pulso! Era una boba por sentirse así, en aquellos ojos ambarinos había percibido la intensidad con la que él la observaba y le había entrado el pánico. Era como si temiese que pudiese entrar dentro de su mente. La ponía nerviosa y no sabía por qué. Se excusó con Zac con un mohín y se dirigió de nuevo a la sala de masajes. Esperaba que su amigo no se hubiera dado cuenta de la turbación que le había embargado. Cuando entró, se dio cuenta de que estaba temblando. Respiró hondo y se dispuso a ordenarla para el día siguiente. Cuando terminó, coincidió con la finalización de la clase de boxeo. Los alumnos fueron saliendo a la vez que se despedían entre risas y conversaciones banales. Lorene esperó a que se quedase la entrada vacía para salir. Cogió la camilla y su maletín, y salió de espaldas para cerrar la puerta cuando tropezó contra un obstáculo. Al apartarse a un lado para descubrir contra qué había chocado, se quedó petrificada al descubrir que había atropellado a Bruno.

—P-p-perdón —se disculpó con timidez y se quedó traspuesta al notar que la ayudaba a levantar la camilla. Esa caballerosidad por su parte era insólita. Los dedos de Bruno rozaron su mano unos segundos y un cosquilleó le

sacudió la piel. No obstante, él los retiró enseguida como si le quemase. Le cedió el paso y ella salió apresurada a la calle. La brisa nocturna enfrió los repentinos calores que se habían adueñado de toda ella. Guardó todo en el maletero como solía hacer habitualmente y regresó al gimnasio. Bruno ya no se encontraba allí para su gran alivio. De pronto, reparó en que todos sus compañeros estaban reunidos en corrillo.

—¿Ya estáis cotilleando? —curioseó Lorene.

—Albert dice que Bruno le ha estado interrogando por todos los servicios que ofrece el gimnasio —comentó Zac molesto y no entendía la razón, la verdad.

—Sí, me ha pedido un folleto con toda la información. Le he dado tu teléfono, Lorene —le comunicó Albert—. Parecía interesado en saber si alguien podía ir a su casa por temas terapéuticos. Aunque me ha preguntado si había algún otro fisio que fuese hombre. Cuando le he dicho que no, ha cogido tu tarjeta.

—¡Buah! ¡Cómo si la fuera a llamar! —exclamó Danielle con ironía—. Yo creo que ese tío es gay. No es normal la actitud de ese hombre con las mujeres. ¿O será tan pagado de sí mismo que lo mismo ninguna le llegamos a la suela del zapato?

Danielle no disimuló el enfado que la dominaba. El orgullo se le había resentido considerablemente y había pasado a ser persona no grata para alegría de Ralph. Lorene, en cambio, prefirió no llevarle la contraria por esa vez. Aunque disentía de aquella opinión en su fuero interno, era mejor no remover más las aguas.

—No debiste darle su teléfono —encaró Zac a Albert.

—Te recuerdo que es un cliente y no puedo negarme a facilitarle esos datos. Lorene no es exclusiva de unos pocos. —Albert le silenció con contundencia y Zac no pudo replicarle.

¡Otra vez volvía a hacerlo y ya se estaba pasando de la raya! Cuando cerraron el gimnasio, Lorene le impidió a su amigo que se marchara sin más.

—Quiero saber qué ha pasado ahí dentro —le exigió—. ¿Por qué te molesta tanto Bruno? ¿Qué te ha hecho? Yo no soy de tu propiedad ni de la de nadie. Me debo a mi trabajo y Albert ha hecho lo correcto.

—Más vale que ese tío no te llame porque te juro que se las va a tener que ver conmigo.

—Pero ¿qué anda mal con él? ¿Es peligroso? ¿Es un criminal o qué?

Zac giró la cabeza y regresó al mutismo que lo invadía cada vez que se

tocaba ese tema.

—Bien, Zac, si no me dices qué pasa con él, entonces no me estás ayudando mucho. Si me llama, iré, y yo solita buscaré las respuestas.

Se apoyó sobre el capó de un coche y se exasperó al ver que no decía nada.

—Pues hasta mañana entonces. Adiós, Zac.

—Espera, solo puedo decirte que su vida es demasiado complicada y que te haría mucho daño. He visto cómo le miras.

Lorene se quedó petrificada ante su comentario y añadió:

—¿Debo temerle?

—Es mejor que lo alejes de tu vida. Es solo que él no puede cuidarte. No es lo que necesitas.

Al menos sabía algo, menos era nada. No se había dado cuenta de que había contenido la respiración hasta ese momento. Soltó el aire retenido, aliviada, y sonrió.

—No creo que me llame. Como bien dice Danielle, raro sería si lo hace, así que puedes quedarte tranquilo.

Se despidió de él hasta el día siguiente y se montó en su coche mientras le rondaba por la cabeza la conversación que habían mantenido Zac y ella. Algo no casaba.

Giró la llave de contacto y le costó arrancarlo. ¡Solo le faltaba quedarse sin coche! La camilla era demasiado pesada para transportarla ella sola. Además, solía dejar sus herramientas de trabajo en el maletero por si tenía que acudir a un domicilio. Tendría que llevarlo al taller para que lo revisaran. Era la segunda vez que le pasaba y que hacía amago de apagarse.



Tumbada sobre el sofá, hizo *zapping* buscando algún canal que le entretuviera cuando le saltó un mensaje.

Zac_23:32

Lo siento.

Quiero sepas lo hago por protegerte.

Hazme caso.

Es mejor así.

Lorene_23:33
Solo es por eso? Ya está?

Zac_23:34
Sí.

Lorene_23:35
No hay nada más???

Zac_23:36
No.

No le creía, pero como había decidido no preocuparse por algo que no iba a suceder, puso dos caritas con una sonrisa y se despidió de él.



El viernes había llegado y con él su cita a ciegas, lo que avivó sus nervios. Escogió para la ocasión unos pantalones largos de vestir color limón, una camisa con chorreras blanca y, como ya era demasiado alta, unos zapatos con tacón bajo. No fuese a ser que el tal Joss fuera un chico bajito y parecieran el punto y la «i». Para maquillarse, usó un poco de máscara de pestaña, lápiz de ojos y poco más. No quería dar una imagen excesivamente estudiada.

De camino al restaurante, se preguntó cómo sería su compañía masculina. Zac no había querido darle ninguna pista. Así que no tenía ni idea de con quién se iba a encontrar. Cuando llegó, el *maitre* la acompañó hasta una mesa que había al fondo en la terraza. Un chico bastante alto, rubio y con los ojos color ceniza la recibió con efusividad. Joss había sido el antiguo compañero de piso de Zac y, aunque no era su tipo, conseguía hacerle reír y eso ya era bastante. Concluyó que era encantador y divertido. Se le notaba que quería agradarle, por consiguiente, decidió darle un poco más de confianza y logró que durante la cena se crease un ambiente más relajado entre los dos. Según le contaba, trabajaba como informático y había roto con su novia hacía un año. Habían tenido una relación tormentosa.

—La verdad es que estaba loca. Un día que se cabreó conmigo, se fue

directa hacia mi coche y con una llave lo arañó y me puso en el capó: «CABRÓN». Luego, sacó un martillo de su bolso y me rompió los intermitentes hasta que al fin la pude detener. Me dijo que si volvía con ella, me perdonaba. ¿Te lo puedes creer? —se rio Joss—. Yo le dije que me marchaba de viaje unos meses y así me deshice de ella. ¡Qué pirada! Me daba miedo dormir con ella por si me mataba durante la noche.

—No me lo puedo creer. ¿Habrás pedido referencias a Zac primero sobre mí, ¿verdad?

Joss se rio con jovialidad y le confesó que, en efecto, así lo había hecho. No quería toparse con otra bruja.

—Pues cuidado conmigo. Dicen que las pelirrojas somos de armas tomar.

—Tú pareces un ángel. —Acercó su mano a la de ella y le dio una caricia fugaz, lo que le provocó un sonrojo.

Agradeció que Zac justo llegase en ese preciso instante e interrumpiera aquel momento íntimo. Para romper un poco el hielo, pidieron unos mojitos de melón y sandía para todos. La cosa empezó a animarse allí y para cuando se reunieron con el resto de los amigos a tomar cervezas en el Blume Night Club, ya no podían parar de reír, tan achispados como estaban. De repente, su mirada se posó en una figura que caminaba por la calle. Era Bruno. Iba con un chándal sudado y con la capucha puesta como si viniera de correr. Lorene sabía que era suspirar por alguien inalcanzable para ella. ¿Por qué no podía simplemente olvidarle con otro? ¿Por qué Joss no le había hecho sentir fuegos artificiales? Observó la figura del rubio y le provocó tristeza. Era muy majó. Una lástima no poder llegar a algo más con él. Aquel razonamiento le provocó un bajón tremendo. Se volvió para seguir el hilo de la conversación y concluyó que la noche era joven. No había nada como ahogar las penas con los amigos. Pidió una ronda de chupitos para todos y gritó:

—¡Qué arda Troya!

Y vamos que si lo había conseguido. Lo malo es que había arrastrado a sus amigos y ahora Joss no estaba en condiciones para conducir. Por lo que Zac se vio obligado a llevárselo a rastras hasta su casa.

Por el camino, no paraban de cantar a voz en grito. Ella no podía parar de reír sin sentido alguno. Les iban a poner una multa por montar bulla a las tantas de la madrugada. Si no habían despertado ya a todos los vecinos había sido un milagro. La resaca del día siguiente iba a ser épica para todos. Lorene se acostó esa noche con una sonrisa en sus labios.

Capítulo 4. Días grises

Perder me provocó hambre, me dieron ganas de salir y ganar otro título.

—Thomas «Hitman» Hearn—

El sábado se despertó hacia el mediodía con el estómago revuelto y un dolor de cabeza increíble: resultado de pasarse con el alcohol. La ventaja de ser soltera era que no tenía que dar explicaciones a nadie. Lejos de arrepentirse, apechugó con las consecuencias. Se levantó a tomarse un paracetamol y de paso se preparó algo ligero. Con una ensalada en mano, salió a la terraza. Era un día bastante extraño. Se había levantado una pequeña brisa y amenazaba con llover. Sin embargo y a pesar de que el cielo estaba encapotado, hacía calor y se estaba a gusto al aire libre. Tras dar dos pinchadas al plato, desistió: no le entraba más. Se reclinó sobre la silla y cerró los ojos. De repente, se oyó un frenazo terrible y un ruido de cristales rotos. Lorene se asomó corriendo a la calle: había habido un atropello. Rápidamente, bajó las escaleras de dos en dos y fue corriendo a socorrer a la víctima. Era una mujer mayor.

Cuando llegó a su lado, estaba consciente, pero se aquejaba de la cadera y una pierna. De su cabeza emanaba sangre debido a un corte. A simple vista no se apreciaba ninguna contusión más. Lorene presionó la herida y procuró no moverla.

—Voy a llamar a una ambulancia —dijo, tratando de calmarla.

—Ya he llamado yo —replicó el conductor. Estaba muy nervioso—. No sé de dónde ha salido. Aquí no hay paso de peatones. Se lanzó a la carretera...

Su voz se apagó. Estaba al borde del colapso. La mujer mayor trató de tranquilizarle asegurándole que había sido culpa suya. Decía que iba distraída. Muchos curiosos empezaron a hacer corrillo y a agobiar a la víctima. Algunos vecinos increpaban al conductor desde la ventana o daban voces a los de abajo para saber qué había pasado. Por suerte, la ambulancia llegó enseguida y un policía puso orden. Tomó los datos del conductor, al que tuvieron que atender; los de Lorene como testigo y, después de eso, regresó a casa.

Estaba conmocionada. ¡Qué frágil era la vida! Le temblaban hasta las manos. Ese suceso le hizo recordar el accidente de sus padres y se echó a

llorar como una tonta. Se enjugó las lágrimas con un pañuelo seco y obligándose a reaccionar, sacó un chándal viejo del armario. Corrió como poseída por un demonio sin tan siquiera reparar por dónde iba, tan solo tenía un único pensamiento en mente: agotarse hasta soltar toda la adrenalina.

Ahora se arrepentía de ese absurdo comportamiento, ya que había llegado hasta Coconut Grove y le esperaba una buena caminata de vuelta. Cerca del parque Peacock se detuvo a descansar y aprovechó para beber un poco de agua fresca en una fuente, mientras, se recriminaba su actitud. No podía llamar a Zac porque, en primer lugar, se había ido sin el móvil, mal hecho, y en segundo lugar porque estaba de comida familiar. No quería importunarlo con sus problemas. Otra vez sus ojos se humedecieron. Se levantó con resignación y comenzó a caminar. No llevaría dados ni diez pasos cuando un coche estacionó a su lado y de él salió un sorprendido Joss. Lorene se quedó parada al reconocerlo. En cambio, Joss no disimuló la emoción que le embargó al descubrirla. Esbozó una sonrisa en su dirección, que se congeló a medio camino al observar su rostro de cerca.

—¿Estás bien? —La voz tomada de Joss le sobresaltó. Luego, se dio cuenta de que seguía llorando.

—Sí, gracias —dijo, secándose las mejillas.

—¿Seguro? No haría nada estúpido ayer que te haya molestado, ¿verdad? —Arrugó el entrecejo con preocupación.

—¡Oh, no, por Dios! Tranquilo. Es una tontería de nada. Vine corriendo hasta aquí, ya ves. Y ahora me toca volver.

—Puedo llevarte hasta tu casa, si me esperas aquí cinco minutos. Solo he venido a recoger unas llaves a mi nuevo casero.

Dudó unos segundos, pero, finalmente, aceptó, pues no le seducía nada la idea de volver caminando y, además, amenazaba con caer una buena tormenta de un momento a otro. Se recostó en la pared y esperó. Joss no tardó nada.

—¿Te trasladas aquí? —le preguntó Lorene.

—No, estaré más bien cerca de Downtown.

—¿En serio? ¡Te felicito! Yo también me he mudado por esa zona —dijo sin ocultar la sorpresa.

—¡A ver si vamos a ser vecinos! —bromeó.

—Ahora lo comprobaremos. Yo me he comprado un piso de dos habitaciones con unas vistas magníficas. —Le dio su dirección y Joss la puso en el navegador.

—Yo no tengo tanta suerte, lo comparto con mi primo. Él se ha creado ahí un pequeño negocio que dirige desde su casa y yo le haré compañía hasta que me emancipe o me eche él.

—Vamos, que estás esperando a que te eche más bien —se burló Lorene.

—Bueno, no tanto. Si me echo novia, seré yo quien decida marcharme. —Sonaba a indirecta, algo que ella prefirió ignorar y, en su lugar, se hizo la loca.

—Seguro que tu primo no querrá que te marches —terció ella.

—Bueno, de sobra sabe que no voy a estar soltero toda la vida. No me gusta estar solo.

«Como si a alguien le gustara, pero cuando no te queda más remedio hay que aguantarse», pensó Lorene.

—Ya veo —dijo en su lugar.

—¿Y tú? ¿No quieres novio? —Ahí estaba la temida pregunta.

—Te voy a ser sincera: no es que no quiera, es que no consigo que me acomode a nadie. Debo de ser muy rara, no me comprendo ni yo misma. —Su intención no fue sonar demasiado brusca, pero tampoco quería hacerle ilusiones.

—Bueno, yo puedo hacerte cambiar de idea.

Por suerte, ya habían llegado a su edificio. Odiaba el derrotero que había tomado la conversación. No sabía cómo iba a salir indemne de esta sin dañar sus sentimientos.

—Bueno, primero vamos a conocernos y luego ya se veremos qué surge —dijo, sonriendo.

—¡Vaya calabazas que me das! Ya me dijo Zac que eras muy difícil, pero yo soy muy terco y pienso hacerte cambiar de idea. ¿Me dejas que te organice un plan y te sorprenda? —pidió con suavidad.

Lorene se encogió de hombros, pero ni aceptó ni se negó. Tampoco quería cerrarse aquella puerta. Lo que provocó una sonrisa de felicidad en Joss.

—Bueno, pues ya recibirás noticias mías. —Su tono de voz tan enigmático le dejó sin palabras.

Finalmente, la lluvia que llevaba amenazando todo el día, había empezado a caer y ahora llovía a mares, por lo que Lorene se puso la capucha y salió del coche. Agradecía haberse encontrado con él. De otra forma, habría llegado como una sopa. Cuando abrió la puerta de su casa, lo primero que hizo fue dirigirse a la terraza, se asomó a través de la cristalera y la abrió un poco.

Le encantaba el olor a lluvia. Los rayos y los truenos amenazaban con reventar los cristales. Sin embargo, ella se sentía segura en su nuevo hogar. Observar desde dentro como las gotas de agua salpicaban las ventanas, le provocaba cierta tranquilidad de saberse independiente. Por lo menos, no le faltaba dinero ni salud, solo amor. Reflexionando, se dio cuenta de que rechazaba a todos los hombres. Estaba cerrada en banda. Solo quería conocer a uno que la ignoraba. ¿Tan impresionada le había dejado? Tenía que salir más. Hoy, por ejemplo, era sábado y bien había podido organizar algo, pero, en su lugar, había preferido quedarse en casa a leer o realizar las tareas domésticas que no le daban tiempo durante la semana. ¿Y si se apuntaba a una de esas *webs* de contacto? No. Mala idea. ¿Y si contactaba con un loco? Era muy miedosa. Se acurrucó en el sofá y se rodeó las piernas con los brazos, resignada, iba a tener que aceptar que la mala suerte le perseguía en cuanto a las cuestiones amorosas. Tampoco es que hubiese tenido tantos novios, solo un par, pero habían sido un verdadero desastre. El primero, Dann, fue su primer amor y su primera decepción. Creyó que estaba locamente enamorado de ella y la dejó por la que creía entonces su mejor amiga. ¡Cómo le había dolido! Los odió a muerte. Y, la verdad, cuando se enteró de que habían cortado, se alegró muchísimo. El segundo, Théo, había sido un guapo francés. Lo conoció durante sus estudios de fisioterapia y nutrición. Estuvieron saliendo un año y, al final, resultó ser gay. Aquello fue la gota que colmó el vaso. Cuando apareció Zac, le pareció que podía revivir una relación normal, y ni esa cuajó. Estaba claro que era una ceniza: todo lo que tocaba, le salía rana. ¿Sería su pelo? ¿No decían que las pelirrojas estaban malditas? ¡Qué tonterías se le ocurrían! No era supersticiosa. Se consideraba una persona abierta de mente y muy positiva. Tendría que dar un giro a su actitud, eso era. Estaba segura de que le fallaba algo más de decisión. Si era una persona muy sociable y abierta, lo conseguiría. Tratar con el público le había dado la suficiente confianza para luchar contra la timidez que la caracterizaba y sacar su lado más ingenioso. Ahora, quizá, lo que necesitaba era un cambio de imagen.



El lunes se presentó en el gimnasio con la melena suelta. Siempre solía llevarla recogida en una coleta. Además, se había puesto unas mallas y un top a juego. Zac fue el primero en notar que se había hecho algo.

—Te veo diferente. Luces muy guapa. ¿Mi amigo tiene que ver con este cambio? —preguntó con una sonrisa pícaro.

—Pues no. Simplemente quiero cambiar la forma en la que me veo a mí misma cada día. *New look!*

Ralph le silbó con admiración, lo que no agradó en lo más mínimo a Danielle, quien la escaneó con la mirada de arriba abajo y se giró con cara de asco. Si había conseguido ese efecto turbador en ellos, ¿provocaría lo mismo en Bruno? No quería hacerse ni la más mínima ilusión. Aun así, no podía evitar sentir curiosidad por descubrir su reacción. ¿Estaría soltero? Lo mismo estaba casado y su matrimonio era un infierno, eso explicaría su cara.

«Ilusa, eso es lo que tú quisieras».

La verdad es que nadie sabía nada de su vida privada. Era todo un misterio. No llevaba alianza, pero tampoco su amiga Patty y estaba casada. Siempre decía que le molestaba y que por eso no la llevaba puesta. Así que no podía dar por sentada su situación personal. Por una parte, se alegraba de no haberse puesto en evidencia delante suyo, aunque admiraba el talante de Danielle, al menos ella intentaba captar su atención. ¿Y si ponía especial atención en arreglarse para ver qué sucedía? Lo malo es que tendría que esperar al jueves para averiguarlo y se le iba a hacer muy largo.



Por fin llegó el dichoso día y, con él, el consiguiente nerviosismo por su parte. Lorene había trazado un plan: como ese día no tenía clientes, estaría en la recepción. Se dejó la melena suelta otra vez y estrenó un conjunto que tenía de mallas y top para ocasiones especiales. Le sentaban como un guante y resaltaban todas sus curvas de una manera explosiva. Se echó vaselina en los labios y se apretó las mejillas para coloreárselas de forma natural. Ya era casi la hora. Los alumnos comenzaron a llegar y a saludarla como siempre. Ella no hacía más que echar miradas furtivas hacia la puerta, pero Bruno se estaba retrasando más de lo normal. De repente, a las siete y diez, alguien empujó la puerta con fuerza. Lorene se giró para saludar y su decepción fue mayúscula: era otro alumno. Le extrañó mucho su ausencia. Suponía que tendría cosas que hacer u otras obligaciones. Su nuevo *look* tendría que esperar a la semana siguiente.



El viernes hizo una visita rápida al cementerio. Era un secreto que ocultaba a ojos de todos, pero era una manera de tener a su familia cerca. Solía llevarles flores y hablarles como si pudieran oírla. Con los ánimos por el suelo, rechazó salir con sus amigos y se pasó la tarde en la terraza contemplando el horizonte. Allí se sentía en paz consigo misma. Nadie perturbaba su tranquilidad. De vez en cuando, escudriñaba el portal en el que Zac y ella vieron salir a Bruno el primer día, por si tenía suerte de volverlo a ver, cosa que no ocurrió. Como no se sentía con ganas de nada, Lorene se había montado su propio chiringuito con manta incluida para abrigarse en caso de frío por si se quedaba frita.



El sábado tuvo que renunciar a su plan vegetativo, ya que había quedado con sus mejores amigas del instituto. Llevaban meses para verse y las había invitado ese fin de semana para que conocieran su nueva casa. Tuvo que darse prisa para dejar todo presentable.

Cuando llegaron, lo que en un principio le pareció un plan de lo más apetecible para ponerse al día, terminó siendo una verdadera pesadilla. Todas estaban emparejadas menos ella. Un asco. Cada una hablaba de sus planes de futuro o de sus novios y Lorene se pasó toda la velada enfadada consigo misma. ¿Qué iba a contar ella? Si no tenía nada emocionante que compartir.

Apenas pudo intervenir en las conversaciones, solo se limitaba a sonreír y a alegrarse por todas ellas, hasta que se dieron cuenta de que le estaban haciendo sentir incómoda y tuvieron a bien integrarla.

—Bueno, y ¿tú, Lore? Eres la más guapa de todas. Cuéntanos a quien estás conociendo. Anda, picarona, seguro que hay alguien, pero no nos lo quieres contar —la animó su amiga Patty.

—Pues no, no hay nadie, de verdad. Lo mío es un caso.

—Venga, Lore, si tienes un montón de suerte, seguro que estás de fiesta todos los fines de semana. Lo que echo yo de menos salir un día y enrollarme con uno en una discoteca. Ni me acuerdo de la última vez que salí sin mi chico —comentó su amiga Chris.

Si ellas supieran... Ser soltera parecía divertido, pero, en el fondo, ninguna envidiaba su estado. Y ella también quería una persona que la

quisiera, la cuidara y le dijera cosas bonitas. ¡Demonios!, no pedía tanto.

—No salgo tanto como creéis —contestó Lorene contrita—. Tengo también cosas que hacer en mi casa y con el trabajo que tengo me paso todo el día ence...

—Rodeada de tíos buenos. ¡Cómo te envidio! —le interrumpió Laurie—. Menudos compañeros que tengo yo en la oficina... Dan ganas de llorar. Con ese panorama, una se deprime. A ti deben alegrarte el día.

—Ya te digo. Menudos cuerpos tienen algunos con tanto músculo abultado, esos abdominales, ¡puf! En el mío, John se empeña en acompañarme, pero ¡es que hay uno con un culo...! Yo no puedo evitar mirarlo en cuanto se descuida —confesó Patty.

—No me extraña que quiera acompañarte. Estás más salida que el pico de una mesa —se burló su amiga Chris.

—Cómo para no estarlo, la culpa la tiene mi chico que es una fiera en la cama. Necesita una dosis diaria —continuó Patty.

Todas rieron. La conversación giró en torno al físico de los hombres y al sexo. Lorene comenzaba a divertirse cuando Patty anunció su futura maternidad.

—Pero, bueno, ¡felicidades! —dijeron a coro sus amigas entusiasmadas. El tema de pañales y niños les entretuvo hasta el final de la velada.

Su plan de amigas había resultado una patata. Si lo llega a saber, hubiera llamado a Zac para que le hiciera compañía. Cuando por fin se despidieron — ¡a Dios gracias bien temprano! —, se alegró de verlas marchar. Se asomó una última vez a la terraza y se puso a ver la televisión. Necesitaba entretenerse con alguna película para no pensar en nada.

Capítulo 5. El mensaje

El boxeo no trata de tus sentimientos. Trata de rendimiento.

—Manny Pacquiao—

Dos semanas después, Bruno seguía sin aparecer, lo que ensombreció el carácter de Lorene. No quería comentarlo con Zac, puesto que él, por su parte, parecía feliz. No obstante, sus compañeros estaban igual de sorprendidos que ella por retazos de conversaciones que llegaban a sus oídos. Estaba claro que había sido muy bonito poder soñar con un romance con él todo ese tiempo. Lo bueno que tenía la vida es que a veces te daba una bofetada en toda la cara para que te espabilases de golpe. Tenía que pasar página y hacer algo con su vida.

Joss tampoco había dado señales, pero Zac, siempre que se cruzaba con ella, esbozaba una sonrisa pícaro que no auguraba nada bueno. Le había preguntado en varias ocasiones si había recibido un mensaje de él, a lo que ella le había respondido con una negativa. ¿Qué se traerían entre manos esos dos? Nada bueno seguro.

El lunes se presentó con un masaje bastante complicado. Era una clienta a la que le gustaban los chismorreos. Lorene trataba de ser amable con ella, pero es que le sacaba de sus casillas con tanto comentario negativo sobre sus compañeras de clase o monitores. Danielle, con quien justo estaba hablando en ese momento, y ella habían hecho buenas migas. Lorene creía que era con la única profesora que encajaba. Claire, que así se llamaba, era una rubia de plástico de unos treinta y pocos años que no había conseguido su sueño: casarse. Solía verter toda esa amargura contra todo el que estuviese a tiro. ¡Como si los demás no tuviesen sus propios problemas!

—Bueno, Claire, ya vamos hablando —se despidió Danielle de ella.

—Sí, ya me cuentas —dijo la otra.

Lorene cerró la puerta para que la rubia se acomodase sobre la camilla y, después, comenzó con el masaje.

—Querida, me aprietas muy poco en los muslos. No me voy a romper. Necesito que me quites esa celulitis que me sobra —le regañó Claire.

Lorene se rio para sus adentros. ¿Cómo decirle con sutileza que solo una

liposucción haría desaparecer aquellas abultadas cartucheras? Últimamente se había descuidado y, como resultado, había ganado grasas de más en esa zona que ni con todos los masajes del mundo conseguiría reducirlas. Casi seguro podía afirmar que Claire lo solucionaría pasando por el quirófano como de costumbre. A su modo de ver, perdía tontamente el dinero en cirugías plásticas por falta de constancia. De cualquier modo, Lorene metió el dedo bien y lo que consiguió fue un berrido de su clienta de proporciones épicas.

—¡Oye, tampoco te pases!

—A ver, Claire, ya sabes que la única manera de reducirlo es haciéndote un poquito de daño. —Por no decirle que se aclarase de una vez.

La mujer gruñó y comenzó a hablar:

—¿Sabes lo que le ha pasado a ese...? ¡Ay! ¿Cómo se llamaba? El tío tan alto —dijo.

Lorene permaneció callada desorientada. ¿De quién demonios le estaba hablando ahora?

—Cómo no me especifiques un poco más, Claire, ni idea de quién me hablas.

—El moreno ese, uno que va a boxeo.

—¿Te refieres a Bruno?

—Sí, justo, que no me salía el nombre.

—Pues no, no tengo ni idea.

—¿Pero tú no estás en la recepción? Habrá llamado o algo digo yo.

—No. Supongo que tampoco debe darnos explicaciones. Le habrá surgido algo —comentó Lorene molesta. No era de su incumbencia.

—Seguro que se ha metido en problemas. Tiene pinta de buscarlos —continuó su clienta.

—¿Perdona? ¿Por qué dices eso? —Le costó controlar su sorpresa—. ¿Acaso le conoces?

—No. Es que el otro día le hizo una visita a un vecino mío. Yo siempre procuro ser muy discreta y pasar desapercibida. Así que cuando me topé con él en el ascensor, no podía dar crédito. Le saludé amablemente y le pregunté por el piso al que iba. —Se la imaginó coqueteando con él descaradamente—. Como íbamos al mismo, pues aproveché para charlar y saber qué hacía allí. Me ignoró, ¡a mí! ¿Te lo puedes creer?

Lorene tuvo que sofocar la risa que amenaza con escapársele de la boca. Debía haber sido un palo a su orgullo.

—No sabía que Bruno vivía por allí —dijo en su lugar.

—No. Él no vive cerca de tu casa. No tengo ni idea, es tan hermético que ¡a saber! Me apunté a boxeo con él porque me parecía muy atractivo, pero con su actitud tan ruda con las mujeres, dejó de interesarme.

Lorene puso los ojos en blanco.

«¿Sabía dónde vivía ella? Eso era el colmo. ¿Cuántas cosas más sabía de su vida? ¡Qué controlada la tenía aquella mujer!».

—¿Vives en ese edificio, Claire? No lo sabía.

—No, por Dios. Ahora está alquilado. Me acabo de mudar cerca de la playa —espetó con arrogancia, haciéndose la ofendida—. Estaba allí porque fui a inspeccionar que los anteriores inquilinos no hubiesen dejado mucho destrozo. Me asomé a la ventana y mi sorpresa fue verte allí con tu amiguito. Así que imaginé que te habías mudado, porque sé dónde vive Zac.

La forma tan poco delicada a la que se había referido a su amigo daba a entender una relación entre ellos. Algo que no le sentó bien. Casi estaba segura de que se había dedicado a espiarles desde la ventana. Se la imaginaba como a todas las cotillas, escudriñando a través de las cortinas. Cada vez le caía peor.

—Bueno, como te iba diciendo —continuó Claire—, el caso es que ese *Broom* ^[1]o como sea que se llame, ¡qué vaya nombrecito más raro eligió su madre para él! Vino a visitarle y no veas los gritos y el jaleo que se montó. Yo pegué la oreja a la pared, más que nada por saber si tenía que llamar a la policía, no me malinterpretes: yo no soy una cotilla.

«No, nada, ¿cómo iba yo a pensar tal cosa?», se dijo Lorene con ironía para sí misma.

—¿Y no hubo necesidad de hacerlo entonces? —le preguntó Lorene, animándola a que continuara.

—No. No podía entender lo que decían. El caso es que ese hombre es un animal, salió dando un portazo. ¡Casi revienta mis cristales! Yo, como vecina preocupada que soy, salí a quejarme un poco de su actitud e interesarme por el estado de mi vecino. Imaginé que agradecería mi amabilidad. ¿Te puedes creer que no me abrió? Claro, que tampoco me sorprende, es otro tipo duro, tan antipático como él. Y pensar que yo quería tener rollo con el idiota ese. Se vive más feliz sin pareja. Como tú y Zac, por ejemplo. Un ratito juntos y luego cada uno a su casa. Así no hay discusiones.

—Claire, Zac y yo solo somos amigos.

—¿Y no es lo mismo? Amigos con derecho a roce.

—No, no confundamos los términos: yo no me acuesto con él —replicó

contundente.

Lorene no soportaba sus impertinencias y que se entrometiera en su vida. Y más, cuando encima se permitía el lujo de juzgarla. Para que se callara de una vez, decidió apretar más de la cuenta. No se compadeció de ella ni cuando vio que se quejaba. Esperaba que esa táctica le disuadiera de seguir con su interrogatorio particular.

Un *bip* de su móvil interrumpió la paz y la sobresaltó.

¿Sería el mensaje de Joss del que tanto le había advertido Zac? Claire, que era muy intuitiva, debió de percibir su intranquilidad y al ver que no hacía intención de consultarlo, optó por intervenir:

—¿No vas a mirarlo?

—No, Claire. Ahora estoy contigo y no sería muy profesional si interrumpo el masaje por un mensaje.

—Lo mismo es importante, mujer.

«Sí, claro, y de paso tendré que contarte lo que pone, pues no eres lista ni nada».

—No te preocupes. En ese caso me habrían llamado. —Lorene dio por zanjada la cuestión y agradeció que finalizara el masaje.

Aunque Claire hizo todo lo posible para demorarse al máximo al vestirse, Lorene no le dio la oportunidad de saciar su curiosidad y siguió recogiendo los aceites como si nada, hasta que la rubia se marchó. Zac asomó la cabeza en cuanto la vio libre.

—¿Qué tal con la bruja? —preguntó.

—¡Ni me hables! ¿Te puedes creer que me insinuó que éramos amigos con derecho a roce?

Zac bufó indignado. Él tampoco la soportaba.

—Y eso no es todo. Sabe dónde vivimos los dos. Nos vio juntos el día que estuviste en mi casa —continuó Lorene.

—Esa mujer tiene un don para aparecer donde menos te la esperas. Yo me la encontré un día justo cuando salía del portal y me hizo su correspondiente interrogatorio. Pasé de ella. La saludé y le dije que tenía prisa. ¿Qué demonios hacía comprando en la tienda de debajo de mi casa?

Lorene rio al comprobar cómo se enojaba. No era a la única a la que sacaba de sus casillas, tal y como podía comprobar.

—Oye, Lore, ¿te apetece que comamos juntos? Podíamos ir a comer costillas de barbacoa. Así me cuentas qué tal tu fin de semana. —Su plan no venía en buen momento.

Optó por invitarlo:

—¿Quieres mejor que vayamos a mi casa? No me apetece comer fuera. Tengo para comer ensalada y pollo —le puso un mohín de súplica al que esperaba que no se resistiera.

—Está bien. Me encanta la comida casera. Es que hoy le toca pinchar a Ralph y a Danielle, y Albert y Charles creo que se van a su casa a comer. Te veo entonces a las dos.

Cuando Zac salió, Lorene se acordó del mensaje. Había estado tan pesado con que si le había llegado algo de Joss que estuvo tentada a no mirarlo. Estaba segura de que se trataba de él. Aunque, pensándolo bien, también podía ser de un cliente para que acudiese a su domicilio. Se vio obligada a salir de dudas.

Al abrirlo se le escapó una exclamación del impacto. Daba gracias porque su amigo se hubiera marchado ya o se habría preocupado. Debía tener la cara blanca y los ojos como platos. El pulso comenzó a temblarle de la impresión. Lo leyó unas cuantas veces para asegurarse de que comprendía bien lo que se le pedía.

Usuario_Desconocido_12:32

Hola, Lorene, soy Bruno. No sé si sabes quién soy. Suelo ir a boxeo con tu compañero Albert. Me gustaría que vinieras a mi casa a darme un masaje a las nueve. Sé que a esa hora es muy tarde y no sueles trabajar, pero te prometo que te lo compensaré. No te lo pediría si no fuese una urgencia. Solo te pido una cosa, que no digas a nadie del The Cage Boxing Club que vas a verte conmigo. ¿Aceptas?

Antes de contestarle, Lorene meditó la respuesta a fondo. Ese hombre sabía rodearse de misterio y no podía evitar que la curiosidad le picase. De sobra sabía que iba a aceptar, pero no quería actuar como una desesperada. Cuando se decidió sobre qué poner, le respondió con un mensaje bastante formal.

Lorene_13:12

Hola, Bruno. No suelo trabajar hasta tan tarde, pero, por esta vez, haré una excepción debido a la urgencia que me has comentado. En cuanto a tu petición, será tratado con la debida confidencialidad como con cualquier paciente. Puedes confiar en mi discreción y secreto profesional. Si estás de

acuerdo, necesito que me indiques tu dirección, saber si será masaje completo o parcial y si es por lesión, dónde y qué zona del cuerpo.

Una vez enviado, supuso que tendría que esperar, pero la luz parpadeó enseguida.

Bruno_13:13

Te quedo muy agradecido, Lorene. Mi dirección es 2760 SW10th Street. Será para tratar distintas lesiones musculares por el cuerpo. Firmaremos un contrato cuando llegues para sellar nuestro pacto. Un saludo.

«¿Un contrato? ¿Tan desconfiado era?».

Lorene_13:14

Prefecto. Nos vemos esta noche y ya concretamos todos los términos. Un saludo.

En su vida había hablado por WhatsApp con tanta seriedad. Ella que solía ser de caritas y bastante más cercana.



La mañana se le pasó volando y cuando llegó el mediodía, su cabeza ya estaba en otra parte. Así que cuando Zac la interceptó en la puerta a punto de marcharse, se quedó en blanco.

—¿Ya te ibas sin mí? —le preguntó Zac con sorna.

Tuvo que disimular y buscarse una excusa creíble.

—Me has pillado. Es que iba a por el pan y a recoger un poco mi casa.

—¡Cómo si a mí eso me importara mucho! Anda, venga. Compremos el pan. ¿Vamos en tu coche o en el mío?

—En el mío, hoy aparqué en el *parking* que da a la calle y estará el pobre frito de calor —le indicó.

De camino a su casa, fueron hablando de lo que habían hecho durante el fin de semana. Lorene le contó su magnífica reunión de amigas, lo que dio pie a numerosos comentarios jocosos entre ellos.

—Eso te pasa por no querer salir con nosotros el viernes —se burló Zac

—. Aunque, por otro lado, me vino bien. De otra forma no habría conocido a Vicky.

Se había sonrojado. Era la primera vez que se ponía nervioso al hablar de una chica.

—Bueno, y ¿cómo es? Parece que te impresionó —le picó.

—Joder, está buenísima, Lore. ¡Vaya par de melones! Y ¡qué culo!, para arrancarle la ropa allí mismo. —Lo que más le divertía de Zac era que se lo relataba como si ella fuese otro tío.

—¡Madre mía! ¿Y el resto? ¿O solo te fijaste en aquellas partes de la anatomía femenina? —se burló Lorene.

—Mujer de mala fe. Pues claro. Era morena de ¿ojos verdes? Un poco bajita para mi gusto pero muy simpática.

—Ya, ya. Si no te acuerdas de sus ojos, ¡a saber dónde estuviste mirando! —ironizó—. ¿Y qué pasó? ¿Terminasteis en tu casa?

—¡Qué va!, no hubo suerte. Empezó diciéndome que primero debíamos conocernos mejor, que si esto, que si lo otro, excusa por aquí, excusa por allá... Vamos, que me rechazó. A todo esto, después de habernos enrollado. Sinceramente, no entendí su reticencia —concluyó molesto.

Aparcaron y subieron al piso de Lorene. Mientras ella cocinaba, invitó a Zac a preparar la mesa en la terraza y se reunió con él en cuanto que tuvo la comida lista.

—Zac, volviendo a la conversación, últimamente han pasado por tu cama un sinfín de chicas. Ya iba siendo hora de que alguna te lo pusiera un poco difícil y se hiciera respetar. Lo mismo quiere algo más contigo.

—No, Lore. Fue como si, de repente, se hubiese acordado de algo y se marchó.

—¿Tienes su teléfono?

—¡Qué va! Llegamos hasta mi casa y cuando íbamos a subir, fue cuando se arrepintió. Al final se marchó sin darme su número.

—Lo mismo el próximo viernes vuelve a ir al mismo sitio —trató de animarlo.

—No creo. En cualquier caso, me da un poco igual. —A pesar de que había tratado de mostrarse indiferente, sus gestos decían otra cosa.

—Zac, ¿has pensado que lo mismo era virgen? —se le ocurrió a Lorene.

—¿A estas alturas de la vida? ¡Venga ya, Lore! ¡Vete ya...! —exclamó.

—Pues no lo sé. Lo mismo la asustaste con tus ganas de meterla en la cama. ¡Yo que sé!

—Joder, ni que fuese un ogro. Soy un tío atractivo.

Lorene se rio de su amigo. Se había quedado pillado por una completa desconocida.

—Pues te toca esperar a que aparezca, si es que lo hace.

Zac gruñó por lo bajo y se sirvió comida una segunda vez.

—Cocinas de maravilla. Te mereces a un buen tío —dijo de repente.

—No empieces otra vez a darme la vara con tu amigo.

—Lo dejaste muy impresionado. Quiere conocerte mejor. Es muy buena persona, Lore. Deberías darle una oportunidad.

Lorene no dijo nada. A quién quería conocer era a Bruno, pero eso no se lo podía decir a Zac, así que tuvo que disimular.

—Bueno, no me presiones. El amor no se puede forzar. O saltan las mariposas o no hay nada que hacer. Tú mejor que nadie lo sabes.

—Perdona, llevas razón.

Los dos se quedaron en silencio observando las vistas de la calle cuando, de repente, Zac dio un brinco y tiró la silla al suelo. Sin mediar palabra, salió disparado de su casa. Lorene arrugó la frente extrañada por su extraño comportamiento y se asomó. Una chica con gafas iba caminando tranquilamente por la acera. Zac salió del portal a toda carrera para alcanzarla mientras la llamaba a voces, pero la chica aceleró el paso. Le resultó divertido observar la escena desde arriba. Cuando llegó hasta ella, su amigo le instó a hablar en algún rincón fuera de su vista. Ya le preguntaría más tarde. Lorene sonrió. ¡Zac y sus líos de faldas! Recogió los platos de la mesa y regresó al gimnasio.

Capítulo 6. El contrato

Soy rápido, soy guapo, soy el mejor.

—Muhammad Ali—

Cuando se topó con Zac parecía enojado. Prefirió dejarlo tranquilo y a su aire. Si hubiera querido hablar ya se habría acercado a ella. Además, Lorene tenía otras cosas mejores en las que pensar. Por suerte, al pasar por su casa había cogido su conjunto favorito. Constaba de un corpiño negro con dibujos en rojo a juego con su pelo y unas mallas idénticas. Al ser de tonalidades oscuras resaltaba su piel clara, quería causar buena imagen. Así que en cuanto que terminó su jornada laboral, se apresuró a cambiarse en los vestuarios y optó por dejarse de nuevo el pelo suelto. Como no quería entretenerse con ningún compañero, se marchó rápidamente casi sin darles ni tiempo a replicar.

La carretera apenas tenía tráfico y eso le daba margen para observar los edificios que había a su paso. Con las prisas, nunca reparaba en ellos. El paisaje era no era tan bonito como el de su zona. Se preguntaba si aquellos apartamentos con los que se topaba en su trayecto disponían de las mismas ventajas que ahora ella disfrutaba. Lo que sí podía asegurar era que algunas gozaban de un auténtico vergel en las terrazas. Ir cotilleando la zona consiguió que disfrutara mucho de la travesía a pesar del ocaso del sol. Era lo que necesitaba para relajarse porque, aunque no lo quisiera admitir, era un manojo de nervios por dentro. Pronto dejó de observar las casas y tuvo que concentrarse, pues las calles que debía atravesar hasta su destino estaban plagadas de semáforos y le obligaba a reducir la marcha. El navegador le condujo por un sinfín de avenidas, hasta que llegó al apartamento de Bruno. Se bajó para pulsar el telefonillo y esperó a que le abrieran la puerta. Cuando llegó al piso, Bruno la estaba esperando recostado sobre un par de muletas y lleno de moratones por la cara. No pudo evitar una mueca de asombro.

—Hola, gracias por venir —la saludó Bruno con excesiva formalidad.

Lorene tartamudeó un saludo, o eso creyó. Estaba tan impresionada que se había quedado sin habla.

—¿Has tenido un accidente? —se le escapó.

—Más o menos —contestó, evadiendo su pregunta. No quiso insistir.

—Por eso has faltado.

—Ajá —contestó sin dejar de contemplarla. Su observación no pasó desapercibida para él.

«Así que ella había notado su ausencia. Interesante».

—Disculpa, ¿dónde dejo mis cosas? —preguntó Lorene.

—Pasa al salón. Creo que ahí estaremos más cómodos.

Era muy espacioso y contaba con una decoración moderna pero con muy buen gusto como pudo observar Lorene. El tresillo de cuero de color café frente a la televisión era de piel vuelta y parecía muy suave al tacto. Los muebles de cerezo, con un estilo muy funcional, llenos de cajones y diversos estantes, se veían ordenados con mucha pulcritud. Le llamó la atención la magnífica colección de cuadros al óleo de carácter impresionista que decoraban sus paredes. Aun siendo todos de paisajes muy alegres, ninguno contaba con un marco, lo que le daba un aire vanguardista. Lorene dejó sus cosas apoyadas en la pared y esperó a que él le indicase dónde quería que extendiera la camilla. En su lugar, salió dando saltitos con las muletas y cogió unos papeles que tenía preparados sobre la mesa del comedor.

—Toma, antes de que comiences, necesito que lo leas. Es un contrato que debes firmar.

A Lorene toda aquella formalidad le parecía excesiva y, para romper el hielo, se le escapó un comentario chistoso:

—Mientras que no me pidas final feliz...

Bruno enarcó una ceja y la contempló con sorpresa.

—Era una broma —se disculpó. Estaba claro que el sentido del humor no era lo suyo.

—Bueno, toma, léelo, por favor. No me hagas preguntas hasta que llegues al final. —Sus dedos largos y nervudos acariciaban el papel con nerviosismo.

Lorene lo cogió y lo leyó en silencio.

CONTRATO DE CONFIDENCIALIDAD

CONTRATO DE CONFIDENCIALIDAD QUE CELEBRAN POR UNA PARTE D. BRUNO CRUZ.

Y POR LA OTRA PARTE DÑA. LORENE MILTON A TENOR DE LAS DECLARACIONES Y CLÁUSULAS SIGUIENTES:

DECLARACIONES

Declara que D. Bruno Cruz, vecino de Miami con número de identificación F837-275-99-232-1, y Dña. Lorene Milton vecina de Downtown, Miami con número de identificación W328-373-71-645-5.

- Que es su voluntad obligarse en los términos de este contrato:

1. Que D. Bruno ha decidido transmitirle cierta información confidencial, propiedad suya, relacionada con su vida personal, historial médico, y otros hechos, a la que en lo sucesivo se le denominará "Información Confidencial", relativa a la difusión de datos de carácter personal.
2. Que cualquiera de ellas, en virtud de la naturaleza de este contrato, podrá constituirse como parte receptora o parte divulgante.
3. Que se reconocen mutuamente la personalidad con la que comparecen a celebrar el presente convenio y manifiestan su libre voluntad para obligarse en los términos de las siguientes:

CLÁUSULAS

PRIMERA. Las partes se obligan a no divulgar a terceras personas la "Información Confidencial" que reciban de la otra y a darle a dicha información el mismo tratamiento que le darían a la información confidencial de su propiedad.

Para efectos del presente convenio, "Información Confidencial" comprende toda la información divulgada por cualesquiera de las partes, ya sea en forma oral, visual, escrita, grabada en medios magnéticos o en cualquier otra forma tangible y que se encuentre claramente marcada como tal al ser entregada a la parte receptora.

SEGUNDA. La parte receptora se obliga a mantener de manera confidencial la "Información Confidencial" que reciba de la parte divulgante y a no dársela o proporcionarla a una tercera parte diferente de sus abogados y asesores que tengan la necesidad de conocer dicha información para los propósitos autorizados en la Cláusula Sexta de este convenio, y quienes deberán estar de acuerdo en mantener de manera confidencial dicha información.

TERCERA. La parte receptora está obligada durante los masajes a no traspasar la línea de contacto en las partes del cuerpo que considere oportunas de D. Bruno Cruz. Se requiere una relación de carácter técnico con altos conocimientos en fisioterapia, nutrición y relajación. La parte receptora se compromete a no divulgar la "Información Confidencial" a terceros, sin el previo consentimiento por escrito de la parte divulgante.

CUARTA. La parte receptora se obliga a tomar las precauciones necesarias y apropiadas para mantener como confidencial la "Información Confidencial" propiedad de la otra parte, incluyendo el no informar a The Cage Boxing Club de este convenio, ya que dicha información también es confidencial y no deberá ser divulgada a terceras partes.

QUINTA. La parte receptora está obligada a simular que no conoce a D. Bruno Cruz en lugares públicos y en compañía de terceros, exceptuando aquellos casos que el divulgante indique. De acuerdo en que la "Información Confidencial" que reciba de la otra parte es y seguirá siendo propiedad de esta última, solo se puede usar dicha información únicamente de la manera y para los propósitos autorizados en la Cláusula Sexta.

SEXTA. La parte receptora se obliga a utilizar la "Información Confidencial" de D. Bruno Cruz únicamente para para aportar datos favorables sobre su evolución física a su entrenador D. Max Davis.

SÉPTIMA. Las partes convienen que en caso de que la parte receptora incumpla parcial o totalmente con las obligaciones a su cargo derivadas del presente contrato, la parte receptora será responsable de los daños y perjuicios que dicho incumplimiento llegase a ocasionar a la parte divulgante.

OCTAVA. No obstante, lo dispuesto en contrario en este convenio ninguna parte tendrá obligación de mantener como confidencial cualquier información:

1. Que previa a su divulgación fuese conocida por la parte receptora, libre de cualquier obligación de mantenerla confidencial, según se evidencie por documentación en su posesión.

2. Que sea desarrollada o elaborada de manera independiente por o de parte del receptor o legalmente recibida, libre de restricciones, de otra fuente con

derecho a divulgarla.

3. Que sea o llegue a ser del dominio público sin mediar incumplimiento de este convenio por la parte receptora.

4. Que se reciba de un tercero sin que esa divulgación quebrante o viole una obligación de confidencialidad.

NOVENA. La vigencia del presente convenio será indefinida y permanecerá vigente mientras exista relación entre ambas partes.

DÉCIMA. Dentro de los 7 días hábiles siguientes a la fecha de terminación del presente convenio o, en su caso, de su prórroga, toda la "Información Confidencial" transmitida de manera escrita, grabada en un medio magnético o de otra forma tangible, a la parte receptora por la divulgante deberá ser devuelta a la parte receptora o, en su caso, destruida en presencia de un representante autorizado de la parte receptora a elección de la parte divulgante.

En caso de que la parte divulgante no cumpla con la devolución o la destrucción en presencia de un representante autorizado de la parte receptora dentro del plazo establecido en la presente Cláusula, la parte divulgante se hará acreedora a la Pena Convencional establecida en la cláusula séptima del presente contrato.

DECIMOPRIMERA. Las obligaciones establecidas en este convenio para la parte receptora respecto a la confidencialidad de la "Información Confidencial" y al uso de la misma, prevalecerán a la terminación de este instrumento por un periodo de por lo menos 2 (dos) años a partir de dicha terminación.

DECIMOSEGUNDA. Este convenio constituye el acuerdo total entre las partes respecto a dicha información confidencial y sustituye a cualquier otro entendimiento previo, oral o escrito, que haya existido entre las partes.

DECIMOTERCERA. Ninguna de las partes podrá ceder sus derechos y obligaciones derivados del presente Contrato.

DECIMOCUARTA. Este convenio solamente podrá ser modificado mediante el consentimiento de las partes, otorgado por escrito.

DECIMOQUINTA. Para la interpretación y cumplimiento del presente contrato, las partes se someten a la jurisdicción de las leyes y tribunales de Miami, Florida.

Enteradas las partes del contenido y alcance del presente contrato, lo firman a fecha 19 de septiembre de 2016.

Firma: Firma:

Cuando Lorene levantó la vista del documento sintió una amarga decepción.

«Solo quiere una relación profesional. ¿Y qué te habías creído, Lorene? ¿Qué te iba a poner un contrato tipo Cincuenta sombras de Grey?», se recriminó.

Alzó la cara hacia Bruno y se obligó a controlar su desencanto.

—¿Estás de acuerdo con el contrato entonces? —le preguntó Bruno sin perder detalle de sus reacciones—. Solo quiero marcar los límites de confianza. No tienes que hacer nada que tú no quieras. Lo importante es que no divulgues ninguna información que yo te cuente ni que hagas algo que yo no desee. No quiero que salga nada de estas cuatro paredes.

—Bu-bueno, es que me he quedado sin palabras. No tengo por costumbre liarne con mis clientes. Además, tengo muchas preguntas —contestó Lorene ofendida.

Bruno esbozó la sonrisa más bonita del mundo y unas arruguitas chiquititas se le marcaron a ambos lados de los ojos, relajando sus tensas facciones. La dentadura de dientes blancos y perfectos se mostraba sin pudor. Estaba muy guapo cuando sonreía y ella no podía evitar admirarlo. Al darse cuenta de que estaba babeando, rápidamente se recompuso y adoptó una pose más defensiva con los brazos cruzados. Necesitaba salir de aquel hipnotismo que ejercía sobre ella.

—Siento si te he molestado, no era mi intención. Trabajaremos juntos durante algún tiempo y prefiero dejar clara las expectativas que tengo para nuestra relación laboral —explicó Bruno.

—Me parece bien, pero me considero una persona bastante profesional en ese aspecto. No sé si alguien te habrá dado otras referencias —replicó suspicaz.

—No, no me malinterpretes. Necesito que cara a los demás no sepan que nos conocemos. ¿Podrás hacerlo?

—Por supuesto. Pero puedo preguntar por qué.

—No quiero involucrarte en mis problemas y que te salpique mi mierda.

—¡Oh! —exclamó Lorene—. En cualquier caso, por el hecho de ser mujer no debería de suponer un problema. ¿O es que temes que surja una atracción irremediable? —Su lado rebelde salió a colación.

Bruno abrió los ojos como platos, a lo que Lorene se apresuró a rectificar:

—Es solo una pregunta, no me malinterpretes, solo he venido a darte un masaje, nada más —aclaró.

—Bueno, nunca me había planteado esa posibilidad de tu parte —repuso.

—No he dicho que fuese yo, ¿y si es al revés? —preguntó con inocencia.

—¿Tan segura de ti misma estás como para creer que puedes conquistarme? —preguntó con una sonrisa ladina.

—Estamos hablando de algo hipotético. Es para saber qué harías —respondió con fingida naturalidad.

En el fondo, algo había hecho mella dentro de ella y le daban ganas de ponerlo en su sitio.

—Por mi parte, puedes estar tranquila. —dijo, intentando sonar serio, a pesar de la sonrisa cínica que bailaba en su rostro—. No te voy a mentir, en estos momentos no puedo ofrecer reciprocidad. Mi vida es, digamos, complicada, por eso he mandado redactar este contrato: necesito que seas discreta y que no hables sobre mí. Sinceramente, no estoy en mi mejor momento y creo que lo mejor es no mezclar el trabajo con el placer. ¿Queda suficientemente aclarado?

—Eh, sí. Aunque ¿eso implica un riesgo para mí? Aquí hay muchas cláusulas que no termino de entender. —Lorene necesitaba saber en qué se iba a embarcar.

—Nada que deba preocuparte. Ante el menor indicio de que algo pueda salpicarte por mi culpa, yo me hago responsable. No obstante, si quieres romper nuestra relación, estás en tu derecho.

Lorene abrió los ojos como platos. Lo había dicho tan convencido que no sabía si bromeaba o lo decía en serio.

—Supongo que será una exageración. No creo que tu vida oculte algo tan sórdido como para eso, ¿no?

Bruno se encogió de hombros y dejó que ella sacase sus propias conclusiones.

—Una última duda, ¿tendré que ir a algún entrenamiento? Como pones aquí eso de pasar mis valoraciones a tu entrenador... —Trató de sonar lo más políticamente correcta posible, aunque no podía evitar su tono de disgusto por esa parte.

—Firma el contrato e iremos con calma. Con respecto a eso, solo en el caso de que sea necesario, no es obligatorio.

—De acuerdo.

Lorene cogió el bolígrafo que le tendía y le devolvió los documentos.

—Y ahora, ¿dónde pongo la camilla? —le preguntó.

Bruno, le indicó el espacio libre para que ella eligiera. Cuando la tuvo completamente acondicionada con las toallas inclusive, le invitó a subirse.

—Bien, puedes permanecer sentado o tumbado, lo que te sea más cómodo. Aunque, después de ver el contrato, imagino que querrás asegurarte de que no me propaso. Así que si decides mantenerte erguido, solo dime por dónde he de empezar.

—Esta pierna me está matando —señaló.

—Está bien. Remángate el pantalón. Si no puedes, tendrás que quitártelo.

—¿Tan pronto me quieres ver en calzoncillos? —Esta vez fue el turno de Lorene para sonrojarse.

—No, es que como yo soy *muy profesional* —empezó a decir Lorene mientras sacaba un rotulador negro de su maletín—, quiero que me señales con él una línea para saber hasta dónde pueden llegar mis manos. No quiero trasgredir el primer día ninguna norma.

Su tono irónico no pasó desapercibido para Bruno, que esbozó otra de sus bonitas sonrisas. Él se remangó el pantalón como pudo y se pintó la pierna. Luego, se lo devolvió con una mueca divertida. Lorene tuvo que contener una carcajada. Sus intenciones por permanecer impassible se iban al traste con aquellas miradas.

—Bien, antes de tocarte, me voy a poner aceite de menta y voy a palpar la zona afectada. No porque me guste sobarte ni nada de eso. Es para saber cómo la tienes y decidir cuánto puedo apretar. Tú me dices si te duele.

—¿Exactamente qué me vas a tocar? —Al levantar la vista hacia su rostro, comprendió que sus palabras bien podían malinterpretarse por su doble sentido. Pero al ver que una semisonrisa asomaba por la comisura de sus

labios, se percató de que se estaba burlando de ella en esos precisos instantes.

«Con qué estamos gracioso, ¿eh?», se dijo para sí Lorene.

—Estamos hablando de la pierna, ¿qué si no? —contestó a la defensiva.

—Vale. ¿Me vas a relatar cada vez que hagas algo?

Los ojos de Bruno brillaban con intensidad. Todo esto le debía resultar gracioso.

—Es que no quiero una demanda. Me veo en la obligación de decirte lo que voy a hacer para que confíes en mí.

De repente, su cara cambió y la cogió de la mano. El tacto de su piel fue electrificante. Quería huir de su contacto, pero le parecía de mal gusto soltarse.

—Si te he llamado es porque llevo tiempo observándote y creo en tu profesionalidad. —Su voz ronca fue como una caricia a su corazón.

Aquel comentario terminó de descolocarla.

«¿En serio la había observado? ¿Cuándo?», quiso preguntar.

—Pues gracias por la confianza —dijo con un hilo de voz. Se estaba poniendo muy nerviosa.

Cuando él le soltó la mano, Lorene respiró aliviada. Decidió centrar toda su atención en la pierna de Bruno. Comenzó a palparle el músculo sin presionar mucho y comprobó que lo tenía muy contraído.

—Esto te va a doler —le advirtió, a la vez que sacaba un paquete de pañuelos y se los ponía al lado.

Luego, comenzó con el masaje. Bruno se agarró fuerte a la camilla y contrajo todos los músculos de su mandíbula.

—Tienes una buena contractura —le comentó—. Te sugiero varios masajes. Hoy no quiero apretarte mucho o mañana no podrás ni levantarte.

—Lo que tú me digas. ¡Joder, cómo duele! —Se le habían saltado un par de lágrimas.

—¿Llevas mucho tiempo así? —se interesó.

—Bueno, llevaré una semana con dolores intensos. Con la golpiza que recibí, ya no sabía si tenía un dolor muscular o una contractura. Me mandaron reposo y antiinflamatorios, sin embargo, necesito volver al ruedo.

—Debes amar mucho tu trabajo para querer regresar sin sanar del todo. No obstante, imagino que en tu empleo querrán tu completa recuperación.

—Tengo tiempo hasta el siguiente combate: soy boxeador profesional. En realidad, soy yo al que no le gusta estar aquí encerrado todo el día. Me siento un inútil y necesito entrenarme. —Lorene arqueó una ceja con estupefacción.

—Vaya y yo que creía que ibas al gimnasio por afición... Viéndote a ti, ¡no me quiero imaginar cómo quedó el otro! —exclamó.

Le sacó una sonora carcajada que terminó con una mueca de dolor. Su labio se abrió y una gota de sangre asomó por la costra. Le tendió un pañuelo con sentimiento de culpa.

—Lo siento. Me pongo nerviosa y comienzo a decir tonterías. Tengo la costumbre de expresar mis pensamientos en voz alta —se sonrojó Lorene.

Otra vez le sacó una sonrisa y eso ya le parecía todo un logro. La observaba con aquellos ojos color miel tan intensamente que alteraban su pulso.

Cuando decidió que ya era suficiente paliza para él, paró y se limpió un poco las manos.

—¿Nos vemos entonces mañana? —le preguntó Bruno.

—Sí, claro.

—¿Puede ser a la misma hora?

Lorene titubeó.

—¿Te importa si vengo media hora más tarde? Tengo que darme mucha prisa para salir de mi trabajo y empezarán a cuestionarse que adónde voy si salgo todos los días tan rápido.

—Sin problemas, Lorene. —Bruno esbozó otras de sus espléndidas sonrisas y le tendió el dinero.

Una vez acordado el nuevo horario, se despidió de él. Cuando se sentó al volante, sintió la intensa mirada de él observándola a través de la ventana.

Capítulo 7. Primer contacto

Flotar como una mariposa, picar como una abeja. Tus manos no le pueden pegar a lo que tus ojos no ven.
—Muhammad Ali—

Lorene se había sorprendido bastante con el contrato. No sabía precisar cuáles habían sido sus verdaderas expectativas de aquel encuentro, pero estaba claro que le había molestado que hubiese puesto límites entre ellos. El día anterior lo había encontrado diferente, más cercano. Suponía que no daría el mismo trato en el gimnasio que en la intimidad. Aunque visto desde una perspectiva objetiva, era lo correcto. Lo que no era normal es que le molestase tanto que no quisiera nada con ella. Bruno le había dejado muy claro que ella solo era trabajo. Ahora más que nunca estaba casi segura de que ella nunca le había atraído.

Tenía un currículum impecable con una trayectoria en ascenso, y gracias a su profesionalidad y discreción había conseguido aumentar de responsabilidades dentro del gimnasio. Todo el equipo que trabajaba en el Spa era organizado por ella. Cualquier queja por parte de un cliente era ella la encargada de solucionarla, y siempre conseguía que quedaran satisfechos. Alguna vez había tenido que despedir a alguna compañera por no cumplir con su labor, como aquella vez que descubrió que una de sus chicas se acostaba con los clientes para sacarse un dinero extra. El Spa no era un prostíbulo y debían su nombre a la imagen que daban. Fue muy desagradable tomar esa decisión. De modo que suponía que sus credenciales era lo que le habían llevado hasta ella. De solo pensar que ese día tenía que regresar, las mariposas revoloteaban en su estómago. Había algo en Bruno que le atraía como un imán. Sin embargo, no tenía ninguna opción con él tras ese contrato. Solo sería trabajo y cuando terminase con su labor, se acabó. ¡Qué depresión!



El día pasaba muy lentamente, le parecía como si fuese una de esas películas antiguas que podías poner a cámara lenta. Para colmo, Zac no parecía haber

mejorado su humor. Le hubiera gustado que ambos pudiesen compartir sus preocupaciones, pero debido a su contrato y a que Zac no tragaba a Bruno no podía hacerlo. Echaba de menos que hablaran de sus cosas. Mordisqueó la tapa del boli y se quedó pensativa. Así la encontró Danielle.

—¡Uh! Pareces muy despistada. ¿Algún hombre por ahí? —le preguntó con esa sonrisa falsa que tanto le sacaba de sus casillas.

—¿Eh? Noooo —se apresuró a negar.

—Entonces, ¿tú no sabrás por casualidad qué mosca le ha picado a Zac? Es la primera vez que le veo perder los estribos en clase.

Lorene frunció el ceño extrañada.

—¿En serio? Ni idea.

—Pues no sois tan amigos... —dijo Danielle con retintín.

—Bueno, no tiene por qué contármelo todo. Supongo que tendrá un mal día como todos.

—Si tú lo dices... Yo creo que es un lío de faldas. Le está bien empleado.

—¿Por qué? Pobre, es un buen chico.

—Sí, como todos mientras se pueden meter en la cama de alguna, hasta que una le para los pies. Creo que Zac lleva muy mal las negativas.

—Pareces muy segura de que es eso lo que le ha sucedido —contestó Lorene con suspicacia.

—Algo le he oído comentar a Ralph. Me sorprende que no te haya dicho nada.

—Necesitaré un consejo de hombre no de una amiga. Tampoco hay que darle tanta importancia.

Danielle se encogió de hombros.

—Mientras que a ti no te moleste...

—¿Y por qué habría de molestarme?

—No, por nada.

—Danielle, digo yo que lo habrás dicho por algo.

—Pues que al verte tan pensativa me preguntaba si había pasado algo entre vosotros.

Lorene negó con la cabeza y rio.

—Me temo que mis preocupaciones no tienen nada que ver con Zac. Siento decepcionarte. ¿Puedo saber por qué te preocupa tanto nuestro comportamiento?

Danielle no le contestó. En su lugar, saludó efusivamente a Claire que

acaba de entrar y se marchó con ella de camino a los vestuarios. A Lorene, la conversación le había parecido de lo más surrealista. Tendría que hablar con Zac otro día.



Al mediodía, no pensaba ir a comer con sus compañeros, así que se marchó a su casa. Quería prepararse otro conjunto para cuando fuese a casa de Bruno. Esta vez optó por una camiseta de tirantes anchos de color verde oscuro, un poco larga y ancha por el bajo y unos *leggings* negros con unas rayas fosforitas. Cogió su perfume de vainilla y lo metió entre sus cosas. Hoy se había hecho un par de trenzas de raíz para variar.

La tarde, al contrario que la mañana, al tener tantos masajes y algún que otro encargo del balneario, no le dejó tiempo para pensar en nada. Cuando llegó la hora de salida, se cambió con más calma y salió como de costumbre.

De camino a casa de Bruno casi choca frontalmente contra un coche que hizo un adelantamiento indebido. Por fortuna, le pilló en la parte que había arcén y una salida hacia otra calle. Pitó furiosa al Ferrari descapotable que había invadido su carril y el conductor de este no dudó en contestarle con una lindeza de gesto: le sacó el dedo y continuó sin inmutarse. Seguro que era un chaval con su *novieta* de turno.

«¡Niñatos! Algunos se creen los amos de la carretera por conducir esos coches».

Si conducía era por necesidad, no por gusto. El accidente de sus padres estaba siempre muy presente. El coche no dejaba de ser una máquina peligrosa a la que no había que tomar a la ligera. Llegó al apartamento de Bruno temblando y, además, tarde porque se tuvo que detener hasta que se calmó un poco.

—Perdona por el retraso, casi tengo un aparatoso accidente. Un coche me ha hecho salirme al arcén.

Bruno apretó fuerte la mandíbula.

—Lo siento. Hay mucho idiota al volante.

—Supongo.

—Ten mucho cuidado. No quiero quedarme tan pronto sin tu agradable compañía —le dijo, mientras que la invitaba a entrar.

Lorene se escudó en sus cosas para que no descubriera su sonrojo. Notó

como su mirada estaba puesta en ella y eso le quemaba por dentro.

Bruno le invitó a montar la camilla en el mismo lugar que usó el día anterior y Lorene lo dispuso todo de la misma forma. Bruno, en cambio, se recostó esta vez.

—¿Qué tal tu pierna? —le preguntó.

—Mucho mejor. Si no te importa, hoy prefiero tumbarme.

—¿Eso significa que no he de usar el rotulador y que confías en mí? —
No pudo evitar mostrar su sorpresa.

—Sí. Bueno, en realidad, es que no quiero que me vuelvas a ver llorar —confesó.

Lorene sonrió. Le colocó una toalla sobre el abdomen y comenzó el masaje. Cada vez que pasaba las manos por encima del tenso muslo de Bruno, notaba su desarrollada musculatura. Le hubiera encantado poder admirar al completo su perfecta anatomía. Como si la hubiese escuchado, Bruno la sorprendió con una nueva petición:

—Lorene, ¿puedo pedirte hoy un masaje en la espalda?

—Claro. Solo ten en cuenta que el precio final variará.

—No hay problema —dijo entre numerosos esfuerzos por aguantar el dolor.

Cuando terminó con la pierna, le avisó para que se quitase la camiseta.

—Espera un momento —se disculpó con ella—. Voy al baño un segundo.

Imaginó que le dolería y que necesitaba unos minutos para recuperarse. Cuando regresó con las muletas, Lorene se interesó por su estado:

—¿Te he hecho daño?

—Un poco. Esta vez necesito tu rotulador. —Su tono había cambiado. Parecía luchar contra sí mismo y no ocultaba su nerviosismo. Lorene lo sacó de su maletín y se lo tendió. Volvía a ser el hombre distante que conocía en el gimnasio.

En cuanto se desprendió de la camiseta, Lorene se quedó maravillada. Aunque trataba de aparentar indiferencia, observó de soslayo cada uno de los movimientos que realizaba. Tenía un cuerpo magnífico opacado con tanto hematoma. Bruno se marcó el límite en los riñones, dónde tenía una fea cicatriz, para que no bajase ni una pulgada.

—Creí que ya confiabas en mí —se quejó Lorene mientras esbozaba una sonrisa tranquilizadora.

Bruno vertió una intensa mirada sobre ella.

—Lorene. —Su voz ronca, aunque había sido un susurro, pareció llegar a todos los rincones de la sala—. Te pido que tengas paciencia conmigo. Esa zona la tengo muy sensible.

—Claro. Aunque no quiero mentirte, me veo en la obligación de decirte que poco masaje voy a poder hacerte. No puedo tocarte en aquellas partes en las que tienes señales. ¿De acuerdo?

—Solo que me digas en todo momento lo que vas a hacer. Si vas a cambiar de dirección o de posición. Con eso es suficiente.

Lorene asintió y le colocó una toalla encima justo del límite y preparó los aceites. Debía de tener todo el cuerpo dolorido, consultaría los manuales para ver cómo podía serle de ayuda.

—Bueno, voy a comenzar por la zona de los omoplatos y las cervicales. Cualquier cosa que te moleste, me lo dices y yo paro.

La espalda de Bruno era muy ancha y robusta. Tenía la sensación de estar tocando una roca. Alternó los masajes para no solo apretar, sino que también fuese relajante. Con las manos, recorría la piel de él en círculos. Era muy suave. Como tocar seda.

—Ahora voy a bajar hacia la cintura —le comunicó.

Bruno se tensó. Notó como los músculos de sus brazos se abultaban y se agarraba a la camilla con fuerza.

—¿Estás cómodo? Puedo ponerte más toallas en el rostro... —sugirió.

—No. Sigue.

—Te he hecho dos tipos de masaje. ¿Sigo así o prefieres que sea más terapéutico?

—No. Así está perfecto.

No se pasó del límite ni un centímetro. Aunque a ella le incomodaba, pues no llegaba bien a toda la zona y manchaba la toalla. Sin embargo, el cliente mandaba y ella obedecía.

—Bruno, me gustaría que te pusieras boca arriba para darte un masaje solo en la zona cervical y los trapecios, y con eso ya termino. Me voy a poner cerca de tu cabeza —le comunicó.

Mientras Bruno se giraba, Lorene no perdió detalle de cada cuadradito contraído de aquellos abdominales. Siguió su escrutinio hasta los abultados pectorales ausentes de vello. Debía depilárselos. Ese hombre era increíblemente atractivo. Fue a ponerle una toalla sobre los ojos cuando le sujetó la mano.

—No. Quiero ver —ordenó.

Lorene asintió cortada. Cuando comenzó a tocarle el cuello, notó que la mirada de él estaba fija en ella. No perdía detalle de los movimientos que realizaba con las manos. No le gustaba que la observasen mientras trabajaba. Le resultaba incómodo y él lo notó.

—¿No te gustan que te miren mientras trabajas? —preguntó.

—No. Lo normal es que sea relajante y el cliente quiera disfrutar del masaje.

—Yo disfruto mucho más viéndote.

Aquella sencilla frase la cortó y no supo qué decir.

—Háblame un poco de ti —dijo de pronto Bruno.

—Mi vida es muy aburrida. Solo trabajo y casa.

—No quiero parecer un intruso, no tienes por qué contestarme si no quieres, pero ¿no tienes novio? —Lo dijo como si le sorprendiera.

—No. Y si lo dices por mi compañero Zac, menos. No hay nada entre nosotros. Lo mío no es el amor.

Bruno arqueó las cejas y la observó como si hubiese dicho un disparate.

—Me explico —continuó Lorene—. Tuve un novio que creía que me quería. Todo iba bien entre nosotros hasta que, de repente, comenzó a poner excusas para vernos. Descubrí que se estaba tirando a mi mejor amiga. Me dejó hecha polvo. Tardé años en recuperarme de eso, y cuando decidí darle una nueva oportunidad al amor, pues me salió también rana. Esa vez salí con un compañero de clase que estudiaba conmigo fisioterapia. Lo pasábamos muy bien como amigos, pero en la cama algo no funcionaba. Nuestros encuentros sexuales eran insatisfactorios. No sabía qué era lo que no encajaba entre nosotros. Me dejó y me eché la culpa. Creí que era por algo que había hecho mal. Resultó ser gay. Y con Zac, pues no terminamos de cuajar —dijo con tristeza.

—¿No crees en el amor?

—No es que no crea, solo pienso que algo anda mal conmigo. Yo quiero encontrar a alguien que me haga sentir especial. Siempre lo comparo con los fuegos artificiales, los miras y te quedas embobada. Me gustaría experimentar algo parecido. No puedo estar con una persona que no me corresponde ni yo a él.

—Siento mucho que hayas tenido tan malas experiencias. No te merecían, de eso estoy seguro.

—No pasa nada. A veces pienso que por ser pelirroja me acompaña la mala suerte.

—No creo que haya nada malo en ti. Es solo que no encontraste a la persona adecuada.

Durante un rato, ninguno dijo nada más, hasta que Lorene recordó las cláusulas del contrato.

—Y ya que estamos de confesiones, ¿puedo saber en qué puedo servirte de ayuda? —Lorene cambió de conversación. No tenía sentido seguir hablando de ella.

—Solo necesito que le digas a mi entrenador que me encuentro físicamente recuperado. No me darán el alta hasta que no lo esté.

—Bruno, yo no voy a mentir a un colega. Si me estás pidiendo eso, creo que te has equivocado de persona —dijo Lorene.

—Tranquila. Sé que eres muy buena en esto y conseguirás que mis músculos vuelvan a estar como antes. —La seriedad con la que lo dijo le impresionó.

—Haré lo que esté en mi mano.

Terminó de colocarle las vértebras con un movimiento seco del cuello y, al terminar, comenzó a recoger sus cosas mientras Bruno se incorporaba despacio y se levantaba para coger el dinero y pagarle. Lorene, entretanto, aprovechó para doblar la camilla y las toallas. Para cuando regresó, ella ya estaba lista para marcharse. Se despidió de él hasta el día siguiente y condujo hasta su casa como un autómata. Solo pensaba en meterse en la cama: estaba agotada. El último pensamiento que tuvo antes de dormirse fue de cómo sería estar entre los brazos de Bruno.



Bruno agradeció infinitamente que Lorene le hubiese puesto una toalla para taparlo. Sabía que era algo rutinario, pero es que había tenido una erección durante casi todo el masaje. Las manos de Lorene eran tibias y suaves; sentir los dedos de ella sobre su piel le había despertado el apetito sexual. De solo pensar en probar aquellos labios carnosos se le volvía a poner dura. Le tentaba con aquellas curvas generosas que mostraba sin pudor con esas mallas. Desde aquel día que la vio por primera vez en el gimnasio, se obsesionó con ella. No se le iba de la cabeza. La impresionante cabellera roja de Lorene y esas pequitas por todo el cuerpo le volvían loco. Ardía en deseos por contabilizarlas con la lengua. Sin embargo, se mostró indiferente ante ella al

verla con Zac. Le fastidió que se hubiese fijado en su exámito. Hubo días que deseó que se enamorara de él, precisamente, para desterrarla de su cabeza y olvidarla. ¡Demonios!, ella era una mujer más en el mundo, no la única. Pero su cuerpo no parecía opinar lo mismo. Y ahora, como Max no le pensaba dejar volver hasta su completa recuperación, se había visto obligado a buscar un fisioterapeuta. Podía haberse buscado a cualquier otro, pero la atracción que sentía hacia ella desde hacía tiempo había inclinado la balanza a su favor. Tendría que recordarse que ahora se metía de lleno en un torneo y su deber era estar concentrado, no satisfacer su lujuria con ella.

Ya hacía mucho tiempo de lo de Ethan, se dijo, aun así, no podía olvidar lo que aquel hijo de puta le había hecho. Siempre lo llevaba en su corazón, precisamente, para recordarle que la violencia solo se usaba en el ring y que si quería alzarse con el premio de pesos pesados, el éxito no se conseguía con tan solo querer. En la vida había que esforzarse, dar lo mejor de uno y luchar por el triunfo. En el boxeo no había lugar para los perdedores y él había perdido. Su confianza se había ido al traste, tenía que reconocerlo. Quizá ya estaba demasiado mayor para ese deporte e iba siendo hora de que se dedicase a dirigir sus negocios. No obstante, ahora que se le presentaba la oportunidad perfecta para enfrentarse a Vladimir, lo pillaba en baja forma y no quería dejar pasar esta ocasión que le brindaba la vida.

Capítulo 8. El incidente

La pelea se gana o pierde muy lejos de los testigos, tras las líneas, en el gimnasio y en la carretera, antes de que baile bajo esas luces.

—Muhammad Ali—

Bruno había acudido a las clases de boxeo a entrenar como cada jueves, ya que se encontraba mejor gracias a Lorene. Estaba ansioso por comprobar cómo reaccionaba ella al verlo por allí. No se lo había comentado, pero ahí estaba, irrumpiendo en el gimnasio como de costumbre. Ella simuló bastante bien la sorpresa que le supuso encontrárselo de frente. Aunque habían quedado en verse luego, necesitaba confiar en ella.

Nadie lo sabía, ni siquiera el propio Zac, pero el The Cage Boxing Club era suyo. Bruno contaba con la ayuda de su mano derecha y socio, Albert. Él se hacía pasar por un empleado más, cuando en realidad los estaba vigilando a todos. Sabía que Zac largaba más de la cuenta y fue a través de Albert como se enteró de que lo apodaban Salvaje, algo que lejos de enfadarlo, le causó gracia. También fue Albert quien le contó que ella había indagado sobre él y que parecía interesada. Animado por esa estúpida confesión, se decidió a llamarla. Ninguno se figuraba que, además de ese, tenía varios gimnasios repartidos por Miami, aguardándole para el futuro, para cuando se retirase.

Lo más gracioso de la vida es que, aunque quieras alejarte de una persona, el destino es caprichoso y se empeña en juntarte a ella. Cuando Albert le mostró el currículum de su amigo, estuvo tentado en un principio a rechazarlo. Pero, tras meditarlo, acabó integrándolo dentro de la plantilla, procurando evitar que este supiera quién era el dueño. Conociendo lo orgulloso que era no hubiera aceptado viniendo de él.

A pesar de que ya no se hablaban, habían sido grandes amigos y Bruno sabía que le debía mucho. Siempre fue el que trató de controlar sus arrebatos de ira. Era el más calmado y bromista de los tres, quizá el que más juicio tenía por aquella época. Ethan era el impulsivo, el rebelde sin causa y el defensor de los pleitos pobres. Y él, el que los metía en todos los problemas, el que se encaraba con chulería, el arrogante, el que los llevó por el mal camino: una mala influencia. La agresividad que le dominaba por aquella época era su

forma de expresar el malestar que sentía hacia su padre. No era excusa, ahora lo sabía, pero por aquel entonces por su cabeza pasaba mucha mierda que no sabía controlar. Fue un adolescente conflictivo en todos los sentidos e idealizado por chicas tontas a las que les gustaba por ese aire de *malote* que lo seguían a todas partes, algo por lo que era envidiado por el resto de los chavales de su edad. Y, a pesar de la reticencia que presentaban sus amigos a todas sus descabelladas ideas, siempre los convencía con una maldita y estúpida frase: ¡No hay huevos!

Si inventasen una máquina del tiempo, cambiaría muchas cosas de su pasado y evitaría el arrastrarlos con él. ¡Cómo les echaba de menos! Fueron un grupo envidiable hasta que comenzaron a hacer pellas en el instituto. Eso fue el declive. Vagaron sin rumbo, se metieron en problemas con otras bandas y eso les llevó a conocer la decadencia de unos barrios poco recomendables para jóvenes como ellos. Era cuestión de tiempo que algo les saliera mal. Si no hubiese sido por Max... Una persona íntegra que no fomentaba la violencia y que supo ganarse su respeto. Ahora se alegraba de su decisión.

—Bruno, quinientos más. —Hoy Albert les estaba haciendo trabajar muy duro con la comba y los abdominales. Sabía que lo necesitaba. Aquí solo acudía los jueves, y con Max se entrenaban el resto de los días en otro de sus gimnasios. Había perdido el último combate y eso era impensable para él. Debía mejorar.

Dio un gancho al aire mientras se semiincorporaba y volvía al suelo, luego hizo lo mismo con la otra mano. Era una manera muy retorcida de trabajar el Core. Estaba sudando como nunca.

Agradeció que finalizara la clase o, quizá, era que estaba deseando volver a ver a Lorene en la intimidad de su apartamento. Como sabía que aún tardaría hasta que recogiese sus cosas, se entretuvo charlando con Albert. No parecía muy contento con el rendimiento de Danielle. Últimamente, se dedicaba a charlar demasiado en las clases y alguna que otra clienta se había quejado por los pasillos. Tendrían que darle un toque. Cuando se pusieron al día de un par de pormenores, Bruno se marchó.

Fue al salir del aparcamiento cuando la melena pelirroja de Lorene le hizo volverse para mirarla. Estaba acompañada por un hombre, en una postura demasiado íntima. Los celos le hicieron aminorar la velocidad para descubrir quién era su acompañante. Al poder fijarse mejor, se dio cuenta de que aquel tipo la estaba forzando. Echó el freno al coche con violencia y lo dejó aparcado en medio de la vía sin importarle si obstruía la salida o no. Su único

pensamiento fue defender a Lorene. Salió hecho una furia y en dos zancadas llegó a su lado, le cogió de la camiseta por detrás con tal violencia que casi lo tira y le atizó un puñetazo con tanta agresividad en la cara que le partió la nariz al instante. El tipo comenzó a aullar del dolor.

—¡Hijo de puta! ¡Te voy a denunciar! —gritó al verse la sangre correr por la cara.

—¿Encima me amenazas, pedazo de mierda? —dijo, agarrándole del cuello y presionando con fuerza—. Eres tú el que estabas intentando violar a una pobre chica indefensa. Ahora mismo vamos a llamar a la policía y le explicas lo que estabas haciendo. Y te invito a que luego les digas lo que te he hecho, capullo.

Cogió el móvil y marcó el número de la policía. El fulano se revolvió para tratar de huir, así que no le dio otra opción que retorcerle el brazo a la espalda para inmovilizarle. Luego, le lanzó al suelo y se sentó encima de él. La patrulla no tardó mucho en llegar. Cuando Lorene les relató lo que aquel gusano intentó hacerle, se lo llevaron esposado.

—Venga, escoria, no te esperabas que te fueran a cazar con las manos en la masa, ¿verdad? Pues te vas a pasar una buena temporada entre rejas —le exhortó uno de los agentes entre socarronas risas.

—¿Estás bien? —le preguntó Bruno ambos cuando se quedaron a solas.

Aunque Lorene asintió, se veía que estaba temblando. Bruno tuvo que hacer innumerables esfuerzos para controlarse. Deseaba abrazarla. Pero, en su lugar, le apartó un mechón de pelo de la cara y acarició su mejilla con el pulgar.

— Si no sabe entender cuando una chica dice que no, solo merece estar encerrado. ¿Quieres que dejemos para otro día el masaje?

—No. No es necesario. Me vendrá bien para quitarme de encima esta sensación tan horrible —repuso al borde del llanto.

—Está bien. Monta en el coche y yo te sigo. Ahora hablamos en mi casa más tranquilos. —No se movió hasta que echó el seguro del coche.

Por una vez tenía que dar las gracias a sus malditos celos. No hubiera soportado fallarle a otra persona. Todavía respiraba muy agitado. Le costó mucho controlarse para no arrancarle las pelotas de cuajo a ese bastardo.

Lorene aparcó en un hueco libre y Bruno le indicó que subiera a su coche.

—Lorene, antes de nada, después de lo que ha pasado, quiero que sepas que yo tengo mucha influencia en ese gimnasio, ¿deseas que te consiga una

plaza para ti en el garaje de dentro? —dijo al fin. Llevaba rumiando esa pregunta desde hacía un buen rato. Necesitaba asegurarse.

—No, ¡por Dios! A los empleados no nos está permitido aparcar ahí y tampoco quiero un trato diferente.

—Déjame que eso lo arregle yo. Confía en mí. —Se levantó y le entregó un mando—. Mientras tanto, usa la mía. Es la plaza número doce. No tengo ni idea de dónde has aparcado, pero ahí no correrás peligro. Puedes dejarlo siempre que quieras.

Lorene parecía reacia a aceptar.

—Muchas gracias, Bruno. No tiene por qué volver a suceder. Es tuyo.

—No quiero correr ese riesgo de nuevo. Ese lugar puede ser muy solitario por la noche. Me preocupa que se hayan podido saltar la seguridad de esa zona.

Al fin, Lorene cogió el mando y se lo guardó en un bolsillo.

—No hace falta que subas, podemos dejarlo para mañana —insistió Bruno.

—No. Estoy bien, y es gracias a ti, de verdad —se apresuró a desmentir Lorene—. Ahora no me digas que no, por favor.

—Si a cambio te quedas a cenar. Déjame que te invite. ¿Te gusta el pudín? Al menos, cuando llegues no tendrás que prepararte nada.

Lorene aceptó con timidez. A Bruno le encantaba ver cómo se sonrojaba y desviaba la mirada. No era consciente de que con aquellos gestos le deslumbraba y la deseaba aún más. Le costaba respirar con normalidad cuando ella estaba cerca.

Una vez dentro del piso y con la camilla preparada, Bruno pensó que era mejor permanecer sentado y así no perderse el vaivén de su pecho.

La chica puso todo su empeño en el masaje y hasta trató de mantener una conversación trivial. No pensaba negarle nada a Lorene.

—Se me hace raro que vivas aquí y que vayas a ese gimnasio. ¿No sería mejor ir a uno que te pille más cerca de tu casa? Si puedo preguntar. —Lorene era muy curiosa, aunque prudente como bien pudo observar.

—Albert es uno de los mejores entrenadores de boxeo —dijo.

—Veo que tienes mucho mejor el músculo —observó ella.

—Sí, tus masajes están siendo muy efectivos.

—Bueno, algo también habrá tenido que ver los antiinflamatorios —comentó con humildad.

Cuando terminó y mientras recogía, él se marchó a la cocina americana y

sacó un pudín de verduras de la nevera. Lorene se acercó con timidez hasta él y le observó.

—¿Puedo ayudarte con algo? ¿Voy poniendo la mesa?

—Si quieres... En ese cajón de ahí están los cubiertos; en el de más abajo los salvamanteles y las servilletas. Los vasos están en ese armario de ahí arriba. ¿Quieres un refresco? Vino no te ofrezco porque vas a conducir, pero tengo cerveza sin alcohol.

—Gracias, agua con gas estará bien.

Lorene fue poniendo las cosas en la barra entretanto él calentaba la cena en el microondas. Bruno se sirvió una copa de vino Rioja y la observó mientras comía. La encontraba distante.

—Te he visto muchas veces hablar con las demás personas. Suelen ser muy abierta. ¿Te impongo? —preguntó serio.

Ella abrió los ojos desmesuradamente y tosió.

—No. Bueno, soy tímida, aunque no lo parezca. Lo que sucede es que no te conozco. Tu contrato me limita, no sé de qué hablar sin meterme en tu vida. No quiero pecar de intrusiva.

—¿Tú? Eres muy discreta. Te he observado y veo que eres muy educada, no te he oído decir nunca ni un taco por el gimnasio. Tu forma de hablar no es como la de las otras chicas.

—Mi abuela siempre quiso que fuese una *señorita*. Decía que estaba muy mal hablar como una camionera. Tampoco le gustaban los tatuajes. Siempre comentaba que eso era cosa de marineros y no de chicas.

—¿Eso quiere decir que no te has tatuado nunca?

—No. No quise defraudarla. Me puse una vez un *piercing* en el ombligo y casi le da un ataque. Ella creía que eso era de gente de clase baja; procedía de buena familia. Tras la muerte de mis padres, ella fue el único referente con el que conté. Me decía que la educación y el saber estar nunca estaban de más, sobre todo, porque nunca sabías cuándo lo ibas a necesitar.

—Me parece que hizo un buen trabajo contigo. ¿Y qué más cosas te enseñó?

—Cultura. Siempre me llevaba a museos, óperas, ballets... También me compró numerosos libros, según ella, para cultivar mi intelecto. —Esbozó una tierna sonrisa que escondía cierta melancolía.

—Vaya, no te imagino yendo a esos lugares. ¿Te gustan?

—Mucho. Sobre todo, la ópera. Ella decía que las mejores representaciones eran en alla Scala de Milán. Pero como no podíamos ir, mi

abuela ahorró para llevarme a ver Aida de Verdi en el Florida Grand Opera. ¡Fue impresionante! —exclamó emocionada.

—¿Fue la primera vez que fuiste a una?

—Sí. Además, como la acción transcurría en Egipto en la época de los faraones, me maravilló la puesta en escena. Simplemente fastuosa. Había tantos secundarios que debieron de contratar a miles de personas. Es una obra muy completa, pude disfrutar de un *ballet* que hay entre medias. Nunca vi más feliz a mi abuela.

—¿Y tú? ¿La disfrutaste?

—Mucho. Me encanta escuchar las voces de las sopranos y los tenores. Me parece increíble que tengan tanta potencia. Perdona, te estoy aburriendo, ¿verdad?

—No, para nada —se rio—. Es solo que hablas como si fuese lo más maravilloso que hay en el mundo y me gustaría poder experimentarlo contigo. Es raro encontrar personas a las que les guste.

—Bueno, muchos piensan que el teatro es aburrido y no saben lo que se pierden, yo lo prefiero al cine. Supongo que por eso soy tan rara y no encajo con nadie. Tengo gustos muy diferentes al resto del mundo.

Bruno no dijo nada. Le resultaba cautivadora cuando compartía esos momentos tan vividos para ella. Irradiaba felicidad y sus ojos brillaban. Le encantaba verla así.

—En fin, no quiero entretenerte más. Yo tengo que marcharme, se me ha hecho muy tarde. Muchas gracias por la cena, estaba muy rica. —Lorene se levantó con intención de recoger y Bruno la sujetó del brazo.

—Vete, ya recojo yo. Tú aún tienes que conducir hasta su casa. Nos vemos mañana.

La acompañó hasta la puerta y observó cómo se mecían sus caderas al ritmo de sus andares. Necesitaba una ducha de agua fría urgentemente. En cuanto desapareció, cargó las muletas en las manos. Podía andar perfectamente.

Una vez dentro, se preparó otra copa. Lorene era como un buen vino, alguien que no debía ser catada por cualquiera que no supiese apreciar su sabor. A medida que iba conociendo más detalles sobre ella, más le seducía con esa timidez que desprendía. Se le veía tan bonita al bajar los párpados cuando se ruborizaba... Notaba que su cercanía la ponía nerviosa. Y él ansiaba meterse bajo su piel de alabastro y hacerla vibrar. Quería que fuese suya y de nadie más. Agarró fuerte la copa y amenazó con romperla. Tras

controlar aquel arrebató repentino, aflojó la presión. No tenía sentido derramar aquel líquido tan preciado por el suelo.



Se levantó con cierta pereza al oír el timbre de su puerta. Max entró con ímpetu sin esperar a ser invitado. La constitución de su colega era corpulenta. No era tan alto como él, pues le superaba en varios centímetros, pero intimidaba igualmente. Max, con su rostro moreno y de origen hawaiano, desprendía en sus andares y en su forma de actuar, un aura de peligro. Nadie que estuviese en su sano juicio se atrevería a levantarle la voz.

—No estás para presentarte a otro combate, deberías descansar — espetó nada más entrar—. En fin, no vamos a discutir más sobre este tema.

—Ni hablar, ¿acaso no has visto quiénes son los participantes para la próxima temporada? —Bruno se sirvió una copa y le ofreció otra a Max.

—Así que lo has visto.

—Sí. Y no me digas que no lo haga. No sé qué demonios hace ahí.

—Te conocí por su culpa, ¿ya no te acuerdas? Fue el responsable de la muerte de tu amigo. Ese tipo no me gusta nada.

—Mira, Max, puede que la vida no me ofrezca otra oportunidad como esta, pero si puedo batirme con él y darle una paliza, será la manera de resarcirme por lo de Ethan. Solo tengo que entrenarme un poco más y mejor.

Max no coincidía con él. Vladimir estaba causando sensación y eso estaba creando cierta expectación. Pero la violencia de la que hacía uso en el ring contra sus adversarios había hecho mella en las listas y más de un aspirante se había negado a enfrentarse a él. Era un sanguinario y sabía cómo dar para reventar el cráneo.

—Huele a vainilla. ¿Quién es ella? —Se interesó Max con una mirada astuta.

—Mi fisioterapeuta. No seas mal pensado.

Su fama le precedía, había tenido una temporada en la que por su cama habían pasado un sinfín de mujeres, pero ninguna había conseguido conquistarle.

—No, está bien. Me habría alegrado saber que es la definitiva —le dijo con sinceridad—. Eso te habría hecho sentar la cabeza. ¿Es por esto por lo que te has alquilado este piso?

—Ninguna mujer me haría cambiar de opinión. Sí, prefiero que no sepa dónde vivo. —Bruno esbozó una sonrisa cínica.

—Eso habrá que verlo —le contestó Max con un gruñido—. Bueno, me marcho. Es muy tarde ya. Hablamos.

Cuando se quedó solo, sonrió. Max era todo un personaje. Al principio tuvieron muchos encontronazos por culpa del similar carácter que ambos compartían, pero con el tiempo se habían hecho más que amigos. Había sabido cómo influenciarle para no perderse. Tenía mucho que agradecerle en la vida. Todo lo que había logrado, en gran parte debía de agradecersele a él.

Capítulo 9. Planes

*El ritmo lo es todo en el boxeo.
Cada movimiento que haces comienza con el corazón.*
—Sugar Ray Robinson—

Lorene llegó a su casa muerta de cansancio. Ahora agradecía enormemente que Bruno la hubiese invitado a cenar: era un alivio no tener que prepararse nada. Solo tenía ganas de acostarse, no obstante, antes de hacerlo se daría una ducha. Necesitaba quitarse cualquier rastro que hubiera dejado aquel tipejo sobre su piel. Se sentía sucia, pero no solo en el aspecto físico, sino también en el alma. Una experiencia que jamás podría borrar ya de su memoria. Estaría ahí siempre y lo recordaría para el resto de su vida.

Sentir la boca de aquel sujeto en su cuello, que apestaba a alcohol y tabaco, le había revuelto el estómago, pero cuando sintió sus manos invadiendo su cuerpo le dieron ganas de vomitar. Las lágrimas se agolparon de golpe y brotaron de la impotencia de verse forzada. Si no hubiese sido por Bruno... ahora ella no estaría allí. Un escalofrío le recorrió al revivir la escena con tanta nitidez. Se rascó la piel tan fuerte con la esponja, que dejó su cuerpo sonrojado.

Sin embargo, al cerrar los ojos, otro recuerdo más intenso, le hizo evocar una experiencia mucho más agradable: la caricia de Bruno en su mejilla. Era mirarla con aquellos ambarinos ojos y desarmarla. Tenía que admitir que sentía una fuerte atracción hacia él y no podía negarlo. Se recorrió con suavidad la barbilla por dónde él había posado sus dedos y suspiró resignada. Se alimentaba de fantasmas: él solo quería una relación profesional. No quería estropearlo.

Tras enrollarse la toalla alrededor del cuerpo, se secó con movimientos rápidos; luego, se extendió una gruesa capa de crema de vainilla para oler bien y con eso finiquitó su limpieza antes de meterse entre las sábanas.

Un *bip* en su móvil le sorprendió y le recordó que aún no lo había apagado. Al consultarlo, descubrió que tenía un mensaje de Zac. Le escribió.

Lorene_23:55

Qué te pasa? Quieres hablar ahora?
Perdona, he tenido un día complicado hoy.
Estoy KO.

Como no él no le respondió, se fue a la cama. Necesitaba olvidar aquel suceso cuanto antes. No contó que, debido a esa terrible experiencia, cualquier ruidito en la casa la aterrorizaría. Tuvo la sensación continua de que alguien estaba intentando abrir la puerta. Se levantó varias veces con un bate de béisbol para comprobar que nadie anduviese forzando la cerradura.

«¡Vamos, tienes que tranquilizarte! Está detenido».

Dicho así sonaba estupendo, pero la realidad era bien distinta. Se tapó la cabeza como cuando era niña y tembló de miedo. Al final, desistió. Se preparó una manzanilla y se puso música.



Por la mañana, cuando sonó el despertador, gimió. Tenía un embotamiento de cabeza terrible. Hasta encender el móvil fue una tortura con tanto soniquete por notificaciones varias. Entreabrió los ojos y leyó.

Zac_8:11

Necesito k hablemos.
Comemos juntos??

Lorene_8:30

OK. Nos vemos luego.

Cuando iba a salir de casa al trabajo, su coche hizo un ruido extraño. Miedosa como era, prefirió dejarlo en el taller de al lado. Le daba pánico quedarse parada en medio de la autopista. Menos mal que le habían dejado uno de sustitución.

Ya en el gimnasio, se preparó un café de la máquina. Revolvió el azucarillo y sorbió un poco.

De repente, sintió un pinchazo en la espalda y se volvió toda sorprendida.

—¡Qué hay, guapa! —se burló Zac de ella.

—No me des esos sustos —le advirtió.

Zac la miró sin comprender, iba de camino a su clase y tampoco podía demorarse. Ella siguió en dirección al Spa. Las salas estaban muy oscuras. Dio la luz y, por primera vez, sintió pánico. Esperó a que su compañera Brenda se reuniera con ella y las dos preparasen las distintas salas. Repartieron las toallas y se ocuparon de preparar gorros, tanguitas y demás utensilios. Hoy tenía programados varios baños y una sauna. Zac volvió a aparecer para saludarla y al pillarla tan absorta consiguió de nuevo asustarla.

—Pero ¿qué te pasa hoy? Estás muy sensible —se extrañó su amigo.

—No es nada. Digamos que vi una peli de terror y aún sigo impresionada —mintió—. Bueno, ¿y tú qué te cuentas? Estos días atrás andabas muy malhumorado.

—No me hables. Luego te cuento.

—¿Es sobre esa chica?

Zac asintió mientras se alejaba. Tendría que esperar al mediodía para averiguarlo. Su clienta ya había llegado. La acompañó hasta la sala con la bañera de hidromasaje y esperó unos minutos fuera a que la mujer se acomodara dentro. Luego, entró para ponerle en marcha el programa y se fue.



El día pasaba con monotonía. Cuando llegó la hora de comer, lo celebró. Zac ya la esperaba en la recepción. Por el pasillo, se cruzó con Danielle, que le envió una de sus miradas desaprobatorias antes de perderse de vista.

—Me acabo de cruzar con Danielle y me acaba de perdonar la vida —le comentó a Zac cuando se marcharon.

—Es que no te he contado. El otro día me hizo hincapié que si algo pasaba entre nosotros. Me escuchó hablando con Ralph sobre Vicky. Y lleva unos días raros. Es como si se me insinuase o algo así.

—Venga ya. ¿Danielle detrás de ti? —Lorene se burló.

—No tiene gracia, Lore. No para de acosarme.

—Si es que estás hecho un *sex-symbol* —se carcajeó.

Zac realizó una mueca de disgusto y se paró en la calle.

—¿Nos vamos a comer a un Pizza Hut? Me apetece comida basura —sugirió.

—Está bien, pero hasta allí tenemos una larga caminata. ¿Qué tal si me cuentas por el camino por qué querías verme?

—Pues es que llevas unos días que sales volada y no te pillo. ¿Adónde vas con tanta prisa?

—Tengo un cliente nuevo.

—¿A esas horas? Si tú nunca trabajas tan tarde.

—Ya, pero este lo necesita. ¡Qué más te da! ¿Me quieres contar lo que sea ya? —se impacientó.

—Bueno, ¿te acuerdas de que salí de tu casa corriendo?

—Sí, vi que te parabas a hablar con una chica de gafas. ¿Esa era Vicky?

Zac asintió con la cabeza.

—Sí. Resulta que tiene novio. ¿Qué te parece? —Zac echaba humo por las orejas.

—¿Te lo ha dicho ella? —Estaba perpleja.

—No con esas palabras, pero sí. Me dijo que había otra persona en su vida. Que ese día habían discutido, pero que ya lo habían arreglado.

Lorene comenzó a reírse sin parar. Zac se molestó con su actitud y comenzó a andar rápido.

—Espera, no te vayas. ¡Eso es el karma, Zac! Tú nunca te tomas en serio las relaciones y ahora viene una con la que te hubieras planteado algo más y ¡mira!

—Bueno, no corras tanto. Solo quería en un principio un rollo y un buen polvo. Aunque reconozco que me jodió que se fuera así.

—Le preguntarías al menos que si lo vuestro no significó nada, ¿verdad?

—Pues claro. No pensaba quedarme sin saberlo.

—¿Yyyy? ¡Vamos, hijo! ¡Qué me tienes en ascuas! —le zarandéó.

—Pues comencé a acercarme cada vez más a su boca y le susurré que por qué no me apartaba. Como no hizo nada probé a besarla en los labios y mi sorpresa fue que no se apartó, me correspondió. Cuando paré, le dije que no me creía eso del novio y me salió con que no lo hiciese más difícil. Le di mi teléfono por si cambiaba de opinión y se fue. En mi vida me había pasado algo igual.

—¡Desde luego! Me dejas flipada. ¡Qué comportamiento más extraño! ¿Te gusta esa chica?

Zac bufó.

—Pues no lo sé. Para el caso que me hace, ¡qué más da! Ya me ha dejado claro que no quiere nada conmigo. —Su amigo se mesó el pelo, luchando contra sus verdaderos sentimientos. Era la primera vez que lo veía así de trastornado por una mujer.

—Al menos ya tiene tu teléfono. Lo mismo cambia de opinión, ¡quién sabe! —lo animó.

—Ni idea, cambiando de tema —dijo de repente Zac—. ¿Te apetece que nos vayamos este fin de semana de camping? Mi hermana tenía organizando una escapada para ir al parque de Everglades con unos amigos, pero le han fallado y está buscando sustitutos. ¿Te apuntas?

—Sí, claro. ¿A qué hora tenéis pensado salir? Porque yo no podré hasta la noche —se entusiasmó.

—Pues no lo sé. Luego hablo con mi hermana y creamos un grupo. Sería genial. Hace mucho que no hacemos nada juntos.

El resto de la comida lo pasaron planeando la salida. Como era tan atractivo, muchas chicas no le quitaban el ojo de encima. Lorene sonrió cuando vio que se despistaba para observar descaradamente a una castaña. La chica le dirigió a ella una mirada de superioridad como si pensara que podía quitarle a su pareja. Lo que no sabía ella es que ellos dos no eran nada. Poco le importaba a Lorene lo que hiciera su amigo. Cuando salieron del local, no pudo evitar comentárselo:

—¿Has visto a esa del vestido rojo? ¿Por qué no le has entrado? Parecía muy dispuesta a tirarte los tejos —lo aguijoneó.

—¡Bah!, no me apetecía perder mi tiempo con ella. Estaba contigo.

—Pero si no has parado de mirarlas a todas... —se rio.

—¡Valeee!, no me apetecía. Déjalo ahí.

A Lorene le hacía gracia su comportamiento. No era propio de Zac desaprovechar una oportunidad como esa. Aun así, no quiso insistir.



A la salida del trabajo, recibió la confirmación de los que se apuntaban a la acampada y, entre mensaje y mensaje, se organizaron para ir. Había sido tan improvisado que no todos asistirían, pero, al menos, ella era una de las pocas afortunadas que sí lo haría. Lo iban a pasar muy bien. Caminó alegre hasta la plaza de garaje que Bruno le había prestado y logró sentirse algo más segura que en la calle. El susto aún no se le había ido del cuerpo. Era triste que una mujer no pudiese volver sola a ciertas horas de la noche.

Cuando llegó al apartamento, esperó a que las puertas del ascensor se abrieran, y, al salir, ahogó un grito al descubrir una figura en la penumbra. Se

relajó al comprobar que era Bruno.

—Siento haberte asustado —se disculpó—. ¿Sigues con miedo por lo de ayer?

Lorene se fijó que ya no llevaba las muletas. Caminaba perfectamente.

—Sí. No puedo evitarlo. Anoche lo pasé fatal.

El tensó su quijada más de la cuenta y le ayudó con la camilla.

—Veo que te encuentras mucho mejor. ¿Dónde quieres recibir el masaje? —preguntó Lorene.

—Me gustaría que trabajaras un poco los músculos por mí. Al estar de baja, no he podido ejercitarme mucho.

¡Dios mío! Quería un masaje completo. Aquello iba ser su perdición. Le pidió que se quedase con algún bóxer cómodo y cuando lo vio desnudarse, creyó que moriría. Decidió torcer la cabeza en otra dirección para no babear como una estúpida.

—¿Me tumbo boca abajo o boca arriba? —le preguntó Bruno.

—Boca abajo mejor. Voy a encender este aparatillo de aquí. Es para calentar unas piedras. —Le dio la espalda mientras le dejaba el tiempo suficiente para que se cubriese con la toalla.

—¡Umm! Eso suena interesante —comentó divertido.

Lorene tuvo que hacer verdaderos esfuerzos para no masajearlo como si le gustara tocar su piel, esa piel bronceada que la volvía loca. Se dedicó a profundizar y a apretar. Sabía que al día siguiente iba a tener serias agujetas, pero cualquier cosa con tal de no seguir admirando su perfecta anatomía. Cuando terminó, le puso en las plantas de los pies las piedras que había calentado previamente y se los envolvió con una toalla. Se cronometró en su reloj cinco minutos, mientras, preparaba unos botes con esencias para cuando se diera la vuelta. Al levantar la vista, pilló a Bruno observándola.

—Te quedan tres minutos. ¿No te relajan? —Quería asegurarse de que no había cometido un error al usarlas.

—Lo cierto es que a pesar de que me encantan, me gusta más observarte a ti con todos esos potingues que llevas.

Su voz ronca y sensual hizo que alzase la vista sorprendida. En sus ojos, ¿era deseo lo que advirtió? La alarma de su reloj le avisó de que había expirado el tiempo y cortó el contacto visual que tanto le estaba trastornando. Le pidió con voz entrecortada que se diera la vuelta. A pesar de todos los intentos de Bruno en disimular su erección, no logró su objetivo y Lorene advirtió su protuberancia bajo la toalla. Intentó disimular en vano. Se había

traicionado al permanecer con la mirada clavada fija en aquella parte de su cuerpo. El otro día le había parecido que también se excitaba, ahora ya no tenía dudas.

—Perdona, no tengo por costumbre esto —dijo, señalándose el bulto bajo sus calzoncillos—. Supongo que hace mucho que no estoy con una mujer.

—Tranquilo, no serías el primero ni el último al que le pasa—dijo, tratando de no darle importancia. Era una situación muy embarazosa para ambos.

—A ver —se aclaró la garganta antes de hablar—, yo, no quiero que pienses mal. No voy a decir que no me atraigas, salta a la vista, y ya sé que te comenté que solo quería una relación profesional...

—Entendí perfectamente el contrato —replicó molesta y sin dejarle terminar. No le gustaba que le recordase a cada minuto que solo quería una relación profesional.

Bruno se incorporó en la camilla y la sujetó del brazo para evitar que se alejara. La atrajo cerca de aquel torso duro y viril hasta que quedaron a escasos centímetros. Sentía la respiración masculina muy cerca de ella, lo que le hacía ser muy consciente de su presencia. Cometió el error de levantar la vista y se quedó prendada de aquella mirada oscura y seria que tenía.

—Es que quiero que sepas que, en estos momentos, no puedo estar con alguien —trató de suavizar.

Aquella confesión picó su orgullo.

—Bueno, nadie ha hablado aquí en ningún momento de salir, ¿no? —respondió audaz.

Su pecho subía y bajaba acelerado. El contacto de la piel cálida de Bruno le quemaba como brasas. Sentía un cosquilleo terrible y a la vez embriagador.

—Quizá es que yo sí quiero, pero no ahora, ¿entiendes? Por eso te he hecho firmar ese contrato —contestó—. Eres una tentación para mis sentidos y me distraerías.

De todas las respuestas posibles, esa era la última que se esperaba. Su cara de estupefacción debía ser épica.

—¿Me estás tirando los tejos? —atinó a preguntar.

—Puede. ¿Saldrías con un tipo como yo en un futuro?

Bruno no le quitaba el ojo de encima. La observaba con una sonrisa pícaro, mientras que ella se había quedado sin margen de reacción. La había dejado sin palabras.

—No —expresó al fin. Ni bien sabía por qué había respondido tan seca,

pero no quería que pensara que era una fresca. Lo mismo la estaba poniendo a prueba.

Sin embargo, Bruno arrugó el ceño confundido.

—¡Auch! Eso duele —fingió que le había atravesado algo en el pecho—. Vaya negativa más contundente. ¿Puedo saber por qué?

—Quiero dejar claro que no soy fácil. Estoy cansada de relaciones superfluas que te hacen falsas promesas y no acaban en nada. Las palabras bonitas se las lleva el viento y una ya se cansa de ligues. Además, como bien has dicho, mantenemos una relación laboral. No creo que sea lo más apropiado.

—Vale. Me lo tengo bien merecido. Entonces, tendré que cortar nuestra relación laboral para poder invitarte a salir. —Lorene no sabía si él lo decía en serio. Ese hombre era tan ambiguo al hablar que no terminaba de pillarle el truco.

Quería salir con él, tenía que admitirlo. Pero no estaba tan desesperada como para caer en sus brazos a la primera de cambio. ¿Dónde quedaba entonces esa tensión tan interesante del principio? Desde luego, era una romántica empedernida. De esas que leía las novelas de romance y se creía cada palabra. Pero los hombres, definitivamente, solo pensaban con la bragueta. Sobre todo, con los años perdían esa etapa tan dulce que se vive de adolescentes cuando disimulan un poco y buscan enamorarte con detalles. A Bruno no se lo imaginaba regalándole flores y bombones, pero sí dándose un buen revolcón con él. Y tras ese último pensamiento, prefirió dejarlo ahí, porque las imágenes que recreaba su mente comenzaban a subir de rumbos con la misma rapidez que su malhumor.

—Entonces, ¿vas a querer que venga el lunes? —Se encontraba mucho mejor y lo mismo ya no la necesitaba.

—Mejor vamos hablando. —Le tendió el dinero y ella lo cogió con un ademán brusco. Estaba bastante enfada con él y no sabía el motivo. Si era porque él no insistía o porque no parecía que le afectase su rechazo.

Capítulo 10. De acampada

*Soy un soñador. Tengo que soñar y alcanzar las estrellas, y si pierdo una estrella
agarro un puñado de nubes.*

—Mike Tyson—

Lorene viajó con el ceño fruncido todo el camino de vuelta hasta su casa. No sabía si debido al cansancio que arrastraba del día anterior, su carácter se había avinagrado o era ese hombre quien había conseguido ponerla de un humor terrible. Para más inri, como Zac había quedado en recogerla para ir en su coche, tenía que darse prisa en prepararse el macuto con todo lo necesario, si no querían quedarse sin cena, y eso aumentaba su malhumor. En cuanto puso un pie dentro, comenzó a sonar el telefonillo, por lo que optó por dejar la puerta abierta y a toda prisa comenzó a meter las cosas.

—Oye, ¿y si soy un asesino...? —le oyó decir cuando entró.

—Anda, deja de decir tonterías. Sabía que eras tú. ¿Llevas mucho rato esperándome? —le dijo desde la otra punta de la habitación.

—Un poco.

Mientras la esperaba, se metió en la cocina y cogió una Coca-Cola de la nevera.

—Sírvelte. Eso quiere decir que piensas que voy a tardar —se enojó Lorene. No encontraba las botas de montaña ni su ropa de camuflaje.

—El día que venga y estés lista, pensaré que estás enferma —se burló.

Bufó, pero no podía replicarle: sabía que llevaba toda la razón. Por fin, se acordó de donde las había metido y pudo dar por finiquitada la bolsa. Salió con la cara roja del acaloramiento que llevaba encima por ir a toda prisa, cuando se lo encontró tan calmado viendo un partido.

—No hace falta que corras tanto. Tú y yo vamos solos. El resto ya salió hace horas. —Zac dio un sobro a su bebida mientras subía un poco el volumen.

No sabía si gritarle o reír de la impotencia. ¿Y para eso había corrido tanto?

—Por cierto, ¿has cogido el saco de dormir? —le recordó sin tan siquiera mirarla.

—Sí —le contestó Lorene cerca de su oreja. Pegó tal respingo que una páfida sonrisa asomó en la comisura de sus labios.

—¡Joder!, no me des ese susto. Te hacía en la habitación —replicó molesto.

—No, si ya veo que te has instalado. Vamos muy tarde, es casi de noche, llegaremos de madrugada y encima vamos a tener que montar la tienda de campaña a oscuras. Yo me doy prisa y ¡¡¡TTÚÚÚ TE LO TOMAS CON PACHORRA!!! —gritó.

—¡Qué barbaridad! Estás muy alterada. ¿Qué demonios te pasa? —entornó sus ojos castaños y la observó escandalizado.

—No me pasa nada. Solo quiero salir de aquí y relajarme.

Murmuró algo así como «mujeres, no hay quién las entienda» y apagó la televisión con parsimonia. Menos mal que conducía él, porque si no habrían tenido un accidente según iba de mosqueada.

Estaba deseando dejar las luces de la ciudad por un paisaje mucho más natural. Cuando cogieron la carretera que los llevaba al Parque Nacional de Everglades, bajó un poco la ventanilla del coche. Quería, cuando penetrara en el bosque, poder oler aquel particular aroma a resina que tantos recuerdos le traían de su infancia, ya que ese había sido un lugar de peregrinación con sus padres en verano. Estaba deseando llegar. Y cómo no podía ser más impaciente, llamó a la hermana de Zac.

—¿Cuánto os queda? —preguntó Sarah entre risas. Había mucho jaleo detrás.

—Una media hora o así. ¿Ya habéis cenado? —Rezaba para que le dijera que no. No le gustaba comerse las sobras.

—Sí. Se os va a quedar todo frío —gritaron al unísono los chicos.

—Venga, no os apuréis. Dile a mi hermano que tenga cuidado, os esperamos. —Lorene colgó con frustración al saber que ya habían empezado sin ellos.

—Pásame la ubicación que me ha enviado mi hermana. —Zac le tendió el móvil y lo conectó al navegador.

Sus amigos se habían instalado en Long Pine Key, un bosque de pinos altos muy cerca de la entrada al parque en Homestead y a poca distancia del sendero Anhinga. Ya les quedaba muy poco.

Era muy de noche y la visibilidad escasa. Ideal para contar historias de miedo.

—Mira que si nos sale aquí un Jason con una motosierra... —Parecía que

el tonto de su amigo había adivinado sus oscuros pensamientos.

—No seas idiota y no me asustes. No me hace gracia que juegues con eso —le regañó.

Se rio de ella y se pasó todo el camino dándole sustos. Quería matarlo por imbécil. Agradeció llegar a su destino porque, de otra forma, lo habría asesinado allí mismo. Se bajó en cuanto aparcó cerca del Jeep de George. Observó que los chicos ya se habían instalado y por ello tendrían que esperar a cenar para montar la tienda. Jonathan, al ver como miraba con cara de lástima hacia las sillas ya instaladas, la tranquilizó:

—Luego os ayudamos. Comed primero.

Zac les contó que Lorene venía muy alterada y su salida de tono. Fue el blanco de todas las risas.

—Vale —dijo, bebiendo un sorbo de su cerveza—. Admito que salí algo nerviosa.

—¿Solo algo? ¡Pero si casi me comes! —se hizo la víctima Zac. Lo que ocasionó más burlas.

—De todas formas, vamos a brindar por una noche de escándalo, alcohol y sexo para algunos —se jactó Jonathan. Sheila le metió un empujón al ver que se inclinaba hacia ella.

—Te toca dormir conmigo, Lore —rio Zac.

—¡Ay, buen Dios! La que me espera contigo. ¿Desde cuándo estáis saliendo, Sheila? —La aludida se sonrojó hasta el tuétano.

—Bueno, digamos que no hace mucho —explicó.

—La conquisté a base de piropos. Como siempre nos cruzábamos al salir del trabajo, comencé a decirle cosas delante de sus amigas. Lo que empezó como una broma tonta, acabó en algo más, ¿verdad, cariño? —presumió Jonathan.

Sheila le dio un codazo en las costillas, lo que ocasionó más risotadas. Con tanto alcohol, dudaba que ahora pudieran montar su tienda. Pero Zac, había traído una de esas que se instalaban solas. Cuando todos se metieron en sus sacos de dormir, los ruidos de las parejas les sacó varias exclamaciones a ambos.

—Oye, Lore, ¿has pensado alguna vez cómo te verás dentro de diez años? Se giró a mirarlo y bufó.

—Soltera. ¿Soy rara?

—No. Yo me veo igual, pero por razones bien distintas.

Los dos se callaron y se hizo un terrible silencio. Al cabo de un rato,

estallaron a carcajadas. Los de las otras tiendas los mandaron callar y solo consiguieron que derivaran en más risas.



Había sido un fin de semana fantástico, lleno de actividades: como montar en Kayak, excursiones, barbacoas y muchas risas. Definitivamente, lo habían aprovechado, pero también le había recordado su soltería. Así que cuando estuvo de regreso en su apartamento, Lorene echó de menos la compañía tan agradable de la que había disfrutado. Puso la tele un rato y dejó un reportaje sobre boxeo. Hablaban de un luchador ucraniano. Según los reporteros, varios combatientes habían muerto bajo sus puños de acero. Era un deporte que le parecía absurdo. No podía ser bueno recibir tantos golpes. Tenían que terminar todos tarados de la cabeza, bueno no todos, excepto Bruno. Aburrida, iba a cambiar de canal cuando apareció una foto de él. Con el semblante pálido, escuchó que era uno de los aspirantes. ¿Qué demonios hacía Bruno ahí metido? ¿A eso se había referido con aquello de que no le salpicase? El locutor estaba haciendo un repaso de todos ellos, enumerando los combates realizados, las características físicas y los puntos fuertes de cada uno. Ya se estaban haciendo numerosas apuestas entre los expertos, que esperaban ver si se cumplían. Decían que este año iba a estar muy reñido el triunfo, por lo que pronosticaban una final espectacular. Uno de ellos, el tal Vladimir Kovalev, alias Iván el Rojo, se posicionaba como el favorito entre los espectadores por su actual trayectoria. Buscó información en internet y descubrió que aquel tipo había participado en numerosos combates sin guantes. Pero ¿no estaban prohibidos? Volvió a buscar y comprobó que se había vuelto a autorizar esa modalidad.

Varias veces estuvo tentada en llamarle para preguntarle. Cogía el teléfono y lo volvía a dejar. Indecisa, se mordisqueó el labio mientras se disipaban sus dudas. No, no lo haría, en el fondo no era asunto suyo. ¿Por qué habría de darle explicaciones a ella? Por eso cuando el móvil vibró, casi le da un infarto.

—¿Sí? —contestó sofocada.

—¿Estás bien? Te noto congestionada —le dijo Bruno.

—Sí, sí. Perdona, es que casi se me cae el móvil de las manos. Dime.

—Lorene, ¿podemos vernos hoy? Ya sé que es muy tarde y es domingo,

pero necesito hacerte una consulta técnica. En lugar de que vengas a mi casa, si quieres puedo ir yo a la tuya.

¿Ese hombre quería ir a su apartamento? Lo tenía empantanado.

—Está bien. —Le dio la dirección y en cuanto colgó, salió disparada como un cohete hacia el cuarto de baño. Necesitaba asearse rápidamente. Acercó su nariz a las axilas y se aseguró de que su camiseta no olía a sudor. Luego se roció con esencia de vainilla y recogió todo lo que tenía por medio, metiéndolo a bulto en el armario de la habitación de invitados. Después, se miró al espejo. Concluyó que estaba decente. Varios mechones escapaban alborotados de su coleta, pero ya no le daba tiempo a recogerlos. El telefonillo estaba sonando.

Bruno apareció por las escaleras y la devoró con la mirada de arriba a abajo al descubrirla en el rellano. Lo recibió con una camiseta larga y un pantalón corto de chándal. Se horrorizó al mirarse los pies. Tenía uno de los calcetines rotos.

«Mierda».

—Hola —le saludó y lo invitó a entrar—. ¿Quieres tomar un refresco?

—No, gracias.

Ahora no disponía de una excusa válida para levantarse y deshacerse de aquel agujereado calcetín. Así que dobló la pierna cuando se sentó en el sofá y escondió su pie bajo el muslo contrario.

—Pues tú dirás en qué puedo ayudarte. —Le tenía intrigada.

—Mira, no he sido del todo sincero contigo. Me quiero meter en un combate. Desde hace años llevo preparándome con varios boxeadores, no solo con Albert; estoy con una dieta estricta para ser solo fibra, pero tengo que enfrentarme a un boxeador que no tiene miedo, que tiene un fuerte *jab*^[2] y le dan igual las consecuencias de sus actos. ¿Qué técnicas de relajación puedo usar? He tratado de agotarme físicamente con la comba o el saco de boxeo, sin embargo, me provocó más ansiedad.

—Justo cuando me llamaste, vi que salías en el documental que estaban retransmitiendo. ¿Por qué te quieres presentar si ya has acumulado algunos triunfos? —No pudo evitar que saliese a colación la preocupación que sentía por él.

Bruno acercó su mano a la de ella y la tomó entre las suyas. Cuando lo hizo, estaba muy caliente al tacto. Un cosquilleo agradable le recorrió hasta el pecho.

—Pero nada destacable. Además, se lo debo a una persona que era

importante para mí —le dijo con franqueza.

En verdad, Bruno parecía angustiado. Muy decidida, se levantó y fue a la habitación a por una colchoneta, la extendió en el suelo y le pidió que se tumbase sobre ella.

—Quiero que pongas los brazos extendidos a lo largo del cuerpo, cierra los ojos. Esto puedes hacerlo también cuando estés en la cama. Si te acostumbras a repetir estos sencillos ejercicios todos los días, podrás relajarte hasta sentado. —Se arrodilló junto a su cabeza y con voz suave le fue dando una serie de indicaciones—: En primer lugar, trata de controlar la respiración, intenta no dar grandes bocanadas.

Posó el dedo índice sobre la frente de Bruno y continuó:

—Pon la mente en blanco. No pienses en nada. Solo escucha mi voz y concéntrate en un punto de tu pierna derecha. ¿Sientes el calor?

Bruno afirmó con la cabeza.

Luego, le cambió de lugar el punto de calor imaginario y se quedó observándolo. ¿Se podía ser más atractivo? Se había dejado crecer un poco de barba que le sentaba muy bien, estaba cuidada y arreglada. El mentón cuadrado tenía un hoyuelo que le daba un aire aún más viril si eso podía ser posible. Como se había quedado callada, Bruno abrió los ojos, los cuales habían adquirido una expresión indescifrable.

—¡Eres preciosa, Lorene! —dijo con la voz ronca.

Con todos los sentidos completamente dedicados a él, Lorene se ruborizó por completo debido a lo inesperado de su halago.

Bruno se incorporó y se puso de frente a ella, le acarició la mejilla con suavidad, recorriendo el contorno de sus delicadas facciones con uno de sus larguísimos dedos. Los ambarinos ojos de Bruno se dilataron y causaron estragos dentro de ella. Entreabrió los labios completamente hipnotizada y enmudeció ante aquella escena que escapaba a su control. Reprimió los impulsos que le animaban a lanzarse sobre aquellos robustos brazos y, en su lugar, esbozó una semisonrisa totalmente cautivada por aquel perturbador hombre.

Cuando él posó los cálidos labios sobre los suyos, sintió que algo se prendía dentro de ella. Ese roce, que comenzó siendo suave, se volvió intenso. Sus lenguas se buscaron con desesperación. La mano de Bruno la rodeó por la cintura y la atrajo hacia el torso duro y firme de él. Lorene pasó los brazos alrededor del cuello de Bruno y se le escapó un leve gemido. Saborear el dulce néctar que ese hombre podía ofrecerle iba a ser su perdición. No sabía

si podría controlar aquel frenesí que le invadía.

Pero él se separó de ella y apretó los ojos con fuerza a la vez que escondía la cabeza.

—Lo siento. Me he dejado llevar —se disculpó.

Ella aún tenía la respiración entrecortada.

—N-n-no pasa nada. —Estaba completamente aturdida. ¿Acaso había hecho algo mal?

—Quiero disculparme. No venía con la intención de seducirte. —Cogió su rostro con aquellas gigantes manos y lo acunó hasta que unió frente con frente—. Lorene, hice ese contrato porque me prometí a mí mismo que no volvería a fallarle a nadie más. Y no quiero hacerlo mal contigo. Me interesa conocerte mejor, pero ahora no puedo distraerme.

—Está bien. Lo comprendo. —Había sido un maldito beso, tampoco era para tanto. Eran adultos, ¿no?

—Lorene —Bruno susurró su nombre con voz ronca—. Me gustaría que estuviésemos en esto juntos. No me apetece cambiar de fisioterapeuta. Tú me das paz, pero antes me gustaría saber si vas a querer estar a mi lado durante todo lo que dure el campeonato.

Reflexionó unos minutos. ¿Con lo tentador que era estaba dispuesta a continuar a su lado? ¿Por qué quería enfrentarse a ese bárbaro? Como profesional no quería defraudarle. Ella se tomaba su trabajo muy a pecho. Sopesó la balanza y se negó a tirar la toalla por una tontería de beso.

—Sí. Sí que quiero, pero esto tiene que ser una relación de confianza. Yo voy a ayudarte con la relajación y con aquello que necesites, pero tú tienes que explicarme cómo funciona ese mundillo. Tienes que comprender que, aunque trabaje en un gimnasio, si quiero ser eficaz en mi cometido, necesito conocer desde dentro el boxeo —resolvió decidida. Le ayudaría a conseguir su objetivo. Tenía muchas ideas. Se consideraba bastante innovadora, además de estar al día sobre los nuevos métodos que salían. Podría serle de mucha ayuda si se lo proponía.

Bruno esbozó una sonrisa brillante de dientes perfectos.

—Gracias. Lo primero es que acudas a algunos de mis entrenamientos, así podrás verme en acción. Por otro lado, deberías ver reportajes de boxeo, eso siempre ayuda. En YouTube tienes muchos vídeos —explicó—. Iremos poco a poco. Recuerda no preguntarme nada en el The Cage Boxing Club.

—Sí, lo recuerdo. Tranquilo. O sea, que allí no podré observarte, entonces ¿dónde? —se desorientó.

—Este fin de semana que viene, si no tienes planes, te llevo conmigo a otro gimnasio. Y después, te invito a almorzar.

Quedaron que esa semana ella estudiaría por las noches. No se verían hasta el sábado. El jueves no contaba. Lo vería sí, pero de lejos.

Cuando se marchó, le quedó una sensación agri dulce. Estaría junto a él sin estar con él. Contradictorio del todo.

Capítulo 11. La cita

El héroe y el cobarde sienten lo mismo, pero el héroe usa su miedo y lo proyecta en el oponente, mientras que el cobarde huye.

—Cus D’Amato—

No había ido a verla con la intención de besarla, sino para encontrar alivio a un desasosiego que le corría por las entrañas desde hacía días. Esperaba que Lorene supiese técnicas de relajación, no encontrarse con que el deseo le consumiera por dentro al tenerla tan cerca y aprovechar para abalanzarse contra ella como un maldito salido. Se marchó de allí haciendo un esfuerzo enorme cuando, en realidad, lo que quería era permanecer junto a ella. Era ir contra natura. Esa mujer iba a ser un maldito quebradero de cabeza. Se atusó la incipiente barba y se tumbó en la cama en la posición que ella le había enseñado. Al cerrar los ojos, otra vez le sobrevino la seductora imagen de esas preciosas gemas de color topacio acompañadas por unos tentadores labios, rojos como cerezas. Quería estar con ella, con todo su ser, pero ahora no era el momento de comenzar una relación. ¿Lo entendería? Ni el mismo se comprendía.

Y encima, primero tendría que calmar a su amiguita frotándosela con la mano. ¡Maldijo por lo bajo! Estaba cansado de eso. Él necesitaba la calidez de una bella pelirroja y no una mano callosa. Cuando terminó, no sintió gozo como otras veces. Sabía que su cuerpo pedía más acción. Frustrado, se metió bajo la ducha y cerró los ojos. Solo veía su cuerpo invitándolo a pecar con él. Mañana se iba a levantar con una erección soberana.



Max lo estaba esperando en el ring. Sin prestarle atención, se colocó las vendas y se puso los guantes. Bruno le imitó.

—¿No calentamos primero? —Se extrañó.

En lugar de contestarle, le atizó un puñetazo en toda la cara.

—Joder, ¿qué haces, Max? —Se alejó de él unos pasos y se colocó en posición.

—Te he tomado desprevenido. No estás centrado. ¿Y tú quieres enfrentarte a ese genio? —le increpó malhumorado.

Comenzaron a girar por la pista e intentó alcanzar a Max, quien lo esquivaba con facilidad. Por fin, le atizó un buen rechazazo.

—No estoy desconcentrado. —Y recibió otro por la izquierda.

—¡Ah!, ¿no? ¿Y entonces esto qué es? —Se paró en seco y lo escrutó visiblemente enfadado—. Dime una cosa, ¿esa mujer te interesa?

—¿Qué tiene que ver ella? Estoy nervioso, quiero ganarlo, pero no estoy seguro. Las dudas me están matando —confesó.

—Bruno, dos cosas: una, enfréntate porque tengas una razón de peso y otra, sal con ella, pero céntrate. Así no puedes estar.

—Joder, Max, ¿qué tiene que ver esto con ella? ¿Es que no me has escuchado?

Max arqueó las cejas sin creer ni una de sus palabras.

—Te conozco desde que eras un crío —le dijo—. No te he visto así jamás. Y te entiendo, llevas mucho tiempo sin una relación estable. Pensabas retirarte cuando ese capullo apareció en escena. Por un lado, tu mente lucha por vencerle, pero hay una vocecita por ahí dentro que te dice que lo dejes y que te establezcas con comodidad. Todos hemos pasado por eso, hasta yo, y ya tengo unos cuantos años más que tú.

Por primera vez, Bruno se dio cuenta de la experiencia que aquellos ojos oscuros reflejaban. Max le conocía como la palma de su mano. ¿En serio se le notaba tanto?

—He hecho un contrato con ella que le impide mantener una relación no laboral conmigo. De hecho, hemos quedado en seguir así hasta que esto termine —zanjó.

—Pues creo que no lo vas a cumplir, es más, como sigas así, te juro que iré yo mismo en persona a hablar con ella. No tengo ni idea de quién es, pero lo averiguaré.

—No me jodas, Max, este sábado pensaba presentártela. No me lo pongas más difícil de lo que yo ya me lo he puesto. Creo que es mejor que no me involucre emocionalmente con ella ahora. —Agachó los hombros apesadumbrado.

—Eso quiere decir que hay tensión sexual entre vosotros —se jactó con petulancia.

—La besé, ella me correspondió, y eso que me rechazó la primera vez que se lo insinué. —Se mesó el pelo frustrado con el guante y desvió la mirada

de su amigo.

—¡Genial! Eres un *crack* —se burló Max—. Al saco. Golpea. ¡Vamos, *nenaza*! ¡Que es para hoy!

Le tuvo entrenando como cuando era un adolescente rebelde. Terminó golpeando con tanta rabia que se hizo daño.

—Mira, Bruno, si de verdad no quieres nada con esa chica, apártala de ti, o de lo contrario te retiras ya del campeonato. —Su amenaza le hizo gritar de frustración.

Bruno le ignoró y cogió la comba. Comenzó a saltar hasta agotarse. Luego hizo unas cuantas flexiones. Mientras bajaba y subía, se recordaba a sí mismo que podía hacerlo. Se lo demostraría. No quería que ella se involucrara emocionalmente y les afectase a los dos. Ni hablar.



Se había puesto a reproducir vídeos en YouTube sobre combates reales que le aburrieron sobremanera y terminó viendo las películas de Rocky. Eran mucho más entretenidas. Cierto que eran ficción, pero es que el boxeo no era un deporte bonito de ver. Sufría por dentro, y si en una película morían, ¿en la realidad también? Sacó un pañuelo y se limpió las lágrimas. No podía ver cómo mataban a Apolo Creed.

De repente, le vino a la mente aquel tipo que vio en el reportaje y que se iba a enfrentar a Bruno. ¿Por qué se hacía llamar Iván? ¿Tendría algo que ver con Iván Drago? ¿Querría emularle? No le gustaba la cara de ese tal Vladimir; tenía el pelo rapado al cero, una mirada fría de ojos azules, labios finos y delgados. De piel pálida y con el cuerpo lleno de tatuajes que hacían referencia a símbolos nazis. No era de su agrado. No tenía nada que ver con Bruno: moreno, pelo espeso y negro, ojos de color miel, labios gruesos y ningún tatuaje. Sorprendente, pues la mayoría de los hombres solían tener uno.

«Venga, céntrate, Lorene».

Se había empapado de documentales, técnicas antiestrés y apoyo psicológico a un atleta de élite. Cerró los ojos por el cansancio. No podía más. Quería compartir con él todo lo que había hecho, pero como no podían hablarse en el The Cage Boxing Club, sería frustrante verlo entrar y hacer como si no se conociesen.

Bueno, eso y que necesitaba sentirlo cerca. Aquel beso fue más de lo

que podía aguantar. Si ese hombre ya se había metido antes debajo de su piel, ahora se había convertido en su droga. Necesitaba tenerlo cerca, aunque fuese solo como trabajo. Y el ansiado día llegaba con extremada lentitud.

Buscó en internet combates de Bruno y su sorpresa fue que, a pesar de haber ganado numerosos campeonatos, era uno de tantos. De hecho, en el último que había participado, había perdido. Lo cierto es que hasta ahora no había sabido que se dedicaba en exclusiva al boxeo e ignoraba si se podía vivir de ello. Bruno tenía una casa normalita. No vivía en la abundancia. Su coche era un Toyota GT86. Ni Ferrari ni Maserati Ghibli. Nada.

Sinceramente, sería que no estaba metida en ese mundillo.



Jueves, un día que debería emocionarla, pero que había sido de lo más insulso, rutinario, soporífero y... ¿algún adjetivo más? Zac y ella apenas habían cruzados dos palabras, con lo cual, no había podido disfrutar de su chispeante humor. Así que contó los minutos que le quedaban para acabar su jornada. Hoy no parecía tener fin.

Cuando el reloj dio la hora, se preparó para abandonar el gimnasio a toda pastilla. Necesitaba desconectar. Ya estaba preparada para salir, cuando Danielle entró con una mirada maliciosa en su rostro.

—Ahí fuera, hay un hombre superatractivo que pregunta por ti. ¡Qué callado te lo tenías! —le dijo.

—¿De qué me hablas, Danielle? Yo no he quedado con nadie.

—Pues él pregunta por ti. —Danielle le guiñó un ojo con picardía y se marchó.

Intrigada, salió a la recepción cuando se encontró que su misteriosa visita era Joss. Venía ataviado muy elegante y con un ramo de rosas. Sus mejillas se pusieron del color de la grana.

—Hola, Joss, ¿cómo tú por aquí? —le saludó con turbación.

—Quería darte una sorpresa. Toma, este ramo es para ti.

Lorene lo cogió y absorbió la fragancia de las flores.

—Huelen muy bien, gracias, Joss. Yo... no sé qué decir. Es todo un detalle.

Coincidió justo con la salida de la clase de Boxeo. Al pasar Bruno por la recepción, le notó que se le tensaba el músculo de la mandíbula. No dijo

nada, pero salió de allí como un vendaval. Genial. El día no podía ir a peor.

—¿Te puedo invitar a cenar? —dijo Joss con reservas.

—No voy bien vestida, como verás. De todas formas, ¿esto es una cita?
—contestó alicaída.

—No te preocupes por tu vestimenta, será una cena informal en un restaurante familiar. Solo quiero que me conozcas mejor. Como amigos. —Con la mirada suplicaba que aceptase.

A Lorene no le quedó más remedio que ceder. Le sabía mal rechazarlo después de todo el despliegue del que había hecho gala.

—Aun así, déjame que me cambie y deje el coche en mi casa. Prometo no tardar —insistió Lorene.

Joss accedió complaciente.



Lorene condujo hasta su casa entre un mar de dudas. ¿Se habría imaginado la reacción de Bruno? Él le había dicho que no quería nada, sin embargo, la había besado.

No estaba haciendo nada malo. Solo iba a salir con un amigo.

«Que está interesado en ti, querida», puntualizó. «Bueno, pero a nadie le molesta un dulce, solo será por esta vez».

Se arregló con un vestido amarillo de tirantes y unos tacones. Cuando bajó, Joss ya la estaba esperando con la puerta abierta. Era todo un caballero. El trayecto fue cortito hasta el restaurante. La conversación giró en torno al tiempo y poco más.

El Toscana Divino contaba con bonitos biombos de madera en un lateral y una inmensa bodega circular en el centro. La comida era italiana, con una carta inmensa de pasta. A Lorene se le hizo la boca agua.

—¿Cuál es la especialidad de este restaurante? —le preguntó a Joss ya que no se decidía.

—Los canelones de espinacas o los espaguetis a la carbonara. Te los recomiendo.

—Decidido. Me pido unos canelones —le dijo a la camarera.

La mujer que los atendió era muy amable. Chapurreaba su lengua con mucha gracia. Lorene no tenía ni idea de lo que significaba *bambina*, pero le resultaba simpático al escucharla.

Cuando terminó de tomarles nota, Joss le sirvió una copa de vino.

—Siento no haber podido dar señales antes —se disculpó—. Por desgracia, mi trabajo me ha tenido secuestrado todo este tiempo.

—¿Viajas mucho? —se interesó.

—Sí. Desarrollo programas de informática para empresas que pueden estar a lo largo y ancho del continente. Me toca formarles sobre su funcionamiento. Para eso me pagan —explicó.

No podía decir que no se lo pasara bien con él. Hablaba de los viajes que hacía por trabajo, lo que derivó en una interesante conversación sobre las ciudades que visitaba.

—Lorene —dijo de pronto—. ¿Te gustaría venirte conmigo a Ohio? Tengo que ir dentro en un par de semanas por motivos laborales y puedo ir en fin de semana.

—Joss, no creo que ahora pueda. Me he metido con un nuevo cliente y trabajo algunos fines de semana, no puedo comprometerme —mintió.

—Está bien. Otra vez será —comentó apenado.

Cuando la dejó en casa, se despidió de ella con un beso casto en los labios. Lorene se apartó completamente ruborizada.

—Perdona —se disculpó Joss—. Estabas tan bonita que no he podido resistirme.

—Joss, quiero ser sincera. Me caes muy bien, pero no sé si estoy preparada para salir contigo.

—Lore, no, no digas nada más. Perdóname. No volverá a ocurrir, te lo prometo.

—No. Es mejor que hablemos de ello ahora. Prefiero dejar las cosas claras a que se complique más. Me pillas pasando un momento complicado. Necesito tiempo para despejar mis ideas.

—¿Hay otra persona? —Sus ojos la observaban atentamente.

—No hay nadie en mi vida por el momento.

La cogió de la mano y sonrió.

—Entonces no pierdo la esperanza. —Caminó hacia su coche y los grises ojos de Joss la observaron con arrobó.

Luego, Lorene se metió dentro del portal. En el ascensor apoyó la frente contra la pared metálica y gimió.

—Lo sabía: era una cita. Eres una estúpida, Lorene. Si es que es mejor decir que no desde el principio —se recriminó—. Aunque duela.

Ya hablaría más tarde de eso con Zac. Al fin y al cabo, él los había

presentado. Salió del ascensor con la mirada puesta en su bolso mientras buscaba las llaves, cuando se quedó paralizada al descubrir el cuerpo de un hombre recostado sobre la puerta de su casa. Tenía una botella de *whisky* en las manos.

—¿¡Qué!?! ¿Se alargó tu cita? —espetó un Bruno alcoholizado.

—¿Se puede saber qué haces en mi casa y borracho? —Lorene no cabía en sí del estupor.

—¿Es tu novio? —dijo—. No, mejor no me lo digas. No tengo derecho, lo sé. Supongo que me estoy comportando como un cretino integral. Soy... un fiasco de tío —dijo, levantando la voz—. No valgo para nada. Será mejor que me marche.

—No puedes irte en ese estado. Dame esa botella. —Bruno se la alcanzó con una risa sardónica.

—Toma, pero no creo que estés para darme muchas órdenes, pelirroja, estoy *borgacho*.

Lorene se la quitó de un empujón sin inmutarse. En cuanto abrió la puerta de su casa, el cuerpo de Bruno cayó rodando hacia atrás entre fuertes risotadas. Ella le ignoró y lanzó el contenido de la botella al fregadero. Después, regresó a la entrada y le observó molesta.

—Bruno, es muy tarde y estoy cansada, ¿crees que serás capaz de levantarte? Te puedes quedar a dormir en el salón.

—No hace falta que te hagas la samaritana, puedo *llagmar* a un taxi —replicó.

—¿Seguro? Porque dudo de que tan siquiera puedas marcar el teléfono, cuanto menos andar. —Lorene arqueó las cejas, se cruzó de brazos y esperó.

Bruno hizo ademán de moverse, pero se tambaleaba de un lado para otro, perdiendo el equilibrio a cada minuto, hasta que terminó poniéndose a cuatro patas, dando un espectáculo lamentable.

—Ya basta. Te estás comportando como un crío. —Lorene se agachó y lo ayudó a levantarse con mucho esfuerzo. Solo consiguió que él la apretujara en un abrazo asfixiante y que ambos cuerpos quedaran completamente pegados. Era demasiado grande para soportarlo ella sola. A duras penas, consiguió guiarlo hasta el sofá, donde trastabilló con un paso en falso y se desplomó con ella inclusive.

—¡Ahhhh! —gritó Lorene—. Aparta, que me aplastas.

—No te pases, pelirroja, has sido tú la que te has lanzado a mí —espetó divertido con una mano sobre su pecho.

—¿Yo? —se indignó Lorene—. ¡Tú, que vas como una cuba! ¡Quítame las manos de encima!

El muy bribón había aprovechado para deslizar la otra por su trasero. Lorene se deshizo de su abrazo con una postura muy poco femenina y, por fin, se liberó de él. Una vez en pie, se atusó la falda y le observó bastante disgustada.

—Voy a cerrar la puerta. ¿Puedo confiar en ti para que no te muevas de aquí?

—No tengo fuerzas para meterme en la cama contigo, pelirroja. Pero si quieres, puedo hacerte un huequito aquí —señaló irónico la parte interna que daba con el respaldo del sofá.

—Ni en tus mejores sueños. —Lorene alzó la cabeza con altanería y se fue hasta la puerta con la espalda envarada, echó la llave y regresó despacito al salón.

Solo se escuchaba los suaves ronquidos de Bruno. A pesar de que estaba fuera de juego, cuando se metió en su cuarto, Lorene cerró el pestillo, ya que prefería no tener más sorpresas esa noche. Ya había tenido suficientes.

Capítulo 12. ¿Dónde me encuentro?

Para ser un campeón, lucha un round más.

—James Corbett—

El ruido de agua corriente que llegaba hasta sus oídos, le recordó que tenía la boca pastosa y seca, tragó saliva con dificultad y observó la habitación. La decoración era muy femenina, dominaban los tonos pasteles y las flores de plástico por doquier. Estaba claro que no había regresado a su apartamento. Con una terrible resaca, Bruno se incorporó sobre aquel sofá del diablo. ¿A quién se le ocurría comprar semejante saco de muelles con algo de espuma? Tenía los riñones destrozados.

Se pasó las manos por la cara para despejarse. La sed era acuciante. Buscó la cocina y bebió agua del grifo como si acabara de salir de un desierto. Cuando calmó su sed, comenzó a hacer memoria.

Había visto cómo Lorene recibía con agrado un ramo de flores de aquel tipo que la devoraba con los ojos, porque eso es lo que hacía, babear. Se alejó de ellos bastante enojado, pero en cuanto entró por la puerta de su casa, decidió correr unos cuantos kilómetros para olvidarse de aquella condenada mujer de pelo rojo. No soportaba verla con otro hombre. Terminó llegando al edificio donde vivía Lorene, en el que, por supuesto, no halló luz en la casa. Como un idiota, se quedó parado en la calle de enfrente esperándola. Pero a medida que pasaban las horas, su carácter comenzó a agriarse y a darle vueltas a la conversación con Max. Llevaba razón: no estaba preparado para el campeonato de pesos pesados; había perdido su último combate y se había quedado a las puertas. Deprimido, pasó por una tienda que había por allí cerca de un pakistaní y cometió el error de comprarse una botella de *whisky*. En ese momento creyó que ahogando las penas en alcohol se esfumaría su pesar. Iluso. En su lugar, aumentó su audacia para colarse en el portal de Lorene, aprovechando que un vecino entraba. ¿Por qué se dirigió hasta su puerta? Buena pregunta. Esa mujer lo tenía martirizado y él la necesitaba como el aire que respiraba. Lo último que recordaba es que se bebió un buen trago de aquel líquido ámbar que le quemó la garganta y le hizo compadecerse de sí mismo, entre otras cosas, por estar allí tirado como un mendigo en busca de quién

sabe qué.

Los minutos pasaron lentamente y aquella mujer no regresaba. Así que cuando lo hizo, fue demasiado tarde. Ahora tenía terribles lagunas en su mente. A saber qué le había dicho o qué había hecho. La bebida sacaba lo peor de él.

Le debía una disculpa. ¡Maldita sea! Con pasos suaves, se fue acercando poco a poco hasta su cuarto y escuchó tras la puerta. La oyó haciendo ruidos en el interior de un cuarto de baño. Probó a abrirla y comprobó que no tenía echado el pestillo. Se estaría duchando por el murmullo del agua. Se recostó en la pared rezando para que no tardase mucho, necesitaba descargar urgentemente su vejiga. Lo que Bruno nunca se hubiese imaginado mientras esperaba era que ella saliese de allí prácticamente desnuda. Se quedó petrificado al encontrársela solo con un trozo de encaje negro. Su cuerpo era precioso, como el de una escultura griega. Contaba con unas piernas larguísimas y estilizadas, caderas anchas, de cintura estrecha y unos pechos perfectos. Ahí se habían quedado plantados sus ojos. Ya no había tenido voluntad para mirar a otra parte. Eran redonditos, ni muy grandes ni muy pequeños, con dos aureolas oscuras no demasiado pronunciadas que rodeaban esos botones turgentes que ansiaba probar. Se había empalmado al instante.

—¡Bruno!!, ¿qué haces aquí? ¿No te han enseñado modales? Si la puerta está cerrada, no se entra. Si lo llego a saber vuelvo a echar el pestillo... Y pensar que te creía dormido cuando salí —le regañó la fierecilla a la par que se giraba rápidamente hacia el cuarto de baño de nuevo, deleitándole con las vistas de sus preciosas nalgas hasta que se cubrió con una toalla.

—Necesitaba ir al baño, perdona.

—Todo tuyo —contestó con un gesto de burla a la que se apartaba para dejarlo pasar.

Sin embargo, Bruno le dedicó una sonrisa traviesa antes de dirigirse al váter. Era demasiado hermosa para ser cierto.

Cuando salió, ella ya estaba completamente vestida, una lástima.

—Tengo que irme a trabajar. ¿Quieres que te acerque a algún sitio? —A pesar de sus intentos por dar la sensación de seguridad al hablar, tenía las mejillas completamente arreboladas.

—No. Me vendrá bien regresar corriendo para despejarme. No quiero que llegues tarde por mi culpa. —repuso. Y, a continuación y para despejar las dudas que tenía de la noche anterior, preguntó—: ¿Te dije algo que pudiese molestarte?

—No, nada que no se pueda arreglar con una disculpa —dijo con una

sonrisa torcida—. ¿Café?

Asintió y la siguió hasta la cocina. Su botella asomaba por un cubo de plástico: la prueba de la vergüenza. Desvió la mirada hacia ella, quien no parecía percatarse de su estado de ánimo. Sirvió dos tazas humeantes de una cafetera eléctrica e introdujo dos rebanadas de pan en la tostadora.

—¿Quieres? —le preguntó solícita.

Negó con la cabeza. No tenía cuerpo para comer.

—Lorene, a la salida del trabajo, ¿podríamos hablar? —Tomó un sorbo de aquel líquido negro y esperó a que le respondiera.

—¿Hablar de qué?

Se rio de su respuesta, era increíble cómo desviaba los tiros.

—De ti y de mí, por supuesto —dijo, acercándose a ella peligrosamente. Ese olor a vainilla tan dulzón le atrajo con desesperación. Necesitaba probarla.

—Bueno, mejor me llamas y ya vamos viendo —se excusó ella, poniendo distancia entre los dos.

Esa mujer lo iba a volver loco. Era evasiva como ella sola. ¿Eso quería decir que no o que tal vez?



Cuando se marchó de casa de Lorene, pasó por su apartamento a darse una ducha. En un cuarto de hora tenía entrenamiento. ¡Joder! Max le iba a crucificar. Se tomó uno de sus batidos vitamínicos mientras observaba a través de la ventana. Ahora que podía pensar con más claridad, se daba cuenta de que estaba tirando por la borda todos sus esfuerzos por prepararse. Había sido un estúpido. No tenía remedio. Pero a lo hecho, pecho. Bajó con unas gafas de sol y entró al gimnasio.

—¿Qué? Una noche dura —le dijo Max nada más verlo entrar.

—No preguntes, por favor. He cometido una estupidez de principiante.

—¿Cuáles son las reglas de un boxeador? —Max se cruzó de brazos con un gesto demasiado austero.

—Centrarme en mi objetivo, ejercitarme todos los días y nada de bebidas alcohólicas ni fritos ni refrescos.

—¡NO! —le gritó dando un soberano golpe sobre el suelo elevado del ring—. ¡Es querer ganar! Y tú no lo estás haciendo. Ponte a correr. Quiero

quinientas flexiones y luego ya veremos.

Max no tuvo piedad. Le hizo enfrentarse a varios hombres sin poderse salir de un círculo que pintó en el ring. Luego, le obligó a practicar cada uno de los distintos golpes del boxeo: *direct*^[3], *uppercut*^[4], *crochet*^[5], *swing*^[6], *hook*^[7], *volea*^[8] y, por último, un *jab*.

Bruno estaba agotado. Tenía la frente y espalda perlada por el sudor. Observó de reojo a Max, que seguía con la mandíbula apretada.

—No vengas mañana si no es porque de verdad quieres conquistar el triunfo —le exhortó—. Y ni te molestes en presentarme a la chica si no es para invitarme a tu boda.

De la rabia, golpeó furioso la pared, que solo le sirvió para desollarse los nudillos. Max le observó con disgusto, pero lejos de preocuparse, le dio la espalda y caminó hacia la oficina acristalada sin volverse ni una vez. Su indiferencia le dolió, y le hizo marcharse de allí bastante cabreado.

Por la tarde, se decidió a llamar a Lorene para saber si pensaba evitarle eternamente o, por el contrario, hablarían. Ella no le cogía la llamada. Normal. Estaba seguro de que la había cagado anoche.

Enchufó la televisión y, entre canal y canal, dio con una entrevista que estaba ofreciendo Vladimir en esos precisos instantes. Decidió escuchar a ver qué tenía que decir. Pura curiosidad.

—Vladimir, ¿te ves vencedor? —le preguntaba en esos momentos el periodista.

—Sí. Todavía no he encontrado a nadie que pueda derrotarme. —Su gélida mirada y vacía de sentimientos no había cambiado. Seguía siendo el mismo capullo de siempre.

—¡Oh! Eso puede que ofenda a muchos de los aspirantes que hay este año. ¿No temes que se puedan enojar?

—No. Porque no he visto ningún nombre en esa lista que me haya infundido miedo. Todo lo contrario. Me gustaría enfrentarme a alguien que diera la talla, lo suficiente como para que llegase hasta el último asalto sin caer antes noqueado. ¿Veis este puño? Pues ha partido ya bastantes rostros —se jactó.

—Bueno, acaba de lanzar un desafío, si entre nuestros oyentes hay algún boxeador que se dé por aludido, ya sabéis, podéis ponerlos en contacto en el teléfono que aparece en pantalla —indicó el locutor—. Dinos, Vladimir, ¿por qué te apodas Iván el Rojo?

—Iván viene de Iván Drago. Soy admirador de las películas de boxeo,

era mi personaje favorito. El Rojo por la sangre que derraman mis adversarios en cada confrontación —explicó, sin un ápice de remordimientos.

—¿Te acuerdas de la primera vez que alguien cayó bajo tus puños? —El morbo atraía a la audiencia y el locutor lo sabía. ¡Qué asco le daban!

—Sí. Fue un chico bastante valiente que defendió al cobarde de su amigo. Y que ahora tiene la desfachatez de presentarse. A ti, gallina, te vaticino que más vale que no tengas la mala suerte de enfrentarte a mí porque si no caes por el puño de otros, caerás por el mío. No tienes nada que hacer. Te voy a machacar: eres basura. —Encima se permitía el lujo de mandarle un mensajito en directo.

—¿Puedes decirnos su nombre? Esto se torna interesante —comentó el locutor emocionado.

—No. Se dice el pecado, pero no el pecador. No soy un soplón de mierda.

Bruno apagó el televisor colérico. Ahora sí que le iba a demostrar a ese desgraciado quién era él. Ya había desperdiciado demasiado tiempo. Era hora de ponerse a trabajar. Mañana hablaría con Max de ello, pero antes solucionaría de una vez por todas el problema que existía entre una bruja de preciosos ojos azules y él. Si Mahoma no va a la montaña, la montaña va a Mahoma.

Se dio una ducha rápida para no demorarse más de lo necesario, aunque se tomó su tiempo para perfumarse por el cuello y torso. Se puso un vaquero cualquiera con una camiseta de tirantes y ¡listo! Ya solo le quedaba anudarse las playeras Puma de color rojo. Cuando llegó al apartamento de ella, estaba vacío. Aquello le parecía increíble. Esa mujer era un demonio disfrazado. ¿Dónde diablos se había metido? ¿Otra vez tenía una cita o es que le estaba esquivando? De repente, el móvil vibró.

—¿Diga? —contestó tirante.

—Hola, soy yo, Lorene, ¿has salido? —Tenía gracia que le preguntase eso cuando era ella la que no estaba en su maldito apartamento.

—Estoy en la puerta de tu casa, pelirroja. ¿Hoy también voy a tener que esperarte hasta las tantas para que hablemos? —replicó.

—Pues es que yo estoy en tu edificio.

«Diablos. Ni apostá».

—No te muevas. Voy para allá. Dame unos minutos.

¿El cielo se había confabulado contra él o qué? ¿Era posible que dos personas planificaran la misma jugada a la vez? Mientras conducía, se

desesperaba por el intenso tráfico; era viernes, normal, la gente salía de fiesta. Pero él tenía prisa, era imperante que llegase enseguida: había una hermosa mujer que lo esperaba en la calle. Pitó a un coche que puso las luces de emergencia y se paró en medio de la calzada.

—¡Venga ya! —se exasperó. No paraba de renegar.

Al pasar por su edificio, la vio dentro del coche. Era tan bonita... Se puso al lado y le pitó para que subiera.

—Hola —le saludó ella con una sonrisa preciosa mientras entraba en el coche.

—Perdona, te debo mil disculpas. Siento mi comportamiento de ayer. No tengo excusa, lo sé. La bebida saca lo peor de mí. No me quiero ni imaginar lo que pude hacer —se avergonzó.

—A decir verdad, estuviste patético —se rio.

—Muchas gracias por el cumplido. —Al menos no le mandaba a la mierda, pensó. No iba tan mal la cosa después de todo.

Mientras subían en el ascensor, Bruno no hacía más que darle vueltas sobre cómo abordarla para saber si quería algo con él. Nervioso, se mesó el pelo varias veces. Como era tan alto, tenía que agachar la cabeza para poder admirar su pecoso rostro, que, en ese momento, permanecía con la mirada perdida en un punto de la puerta metalizada del ascensor. Incapaz de adivinar qué le rondaba por la cabeza, sus temores se acentuaron. Entraron en el apartamento sumidos en un silencio sepulcral.

—Puedes sentarte en el sofá. Ponte cómoda. ¿Quieres algo para beber?

Al verla negar con la cabeza, los sudores le sobrevinieron de golpe. Parecía un estúpido adolescente.

—Bruno, ¿por qué dijiste ayer que eras un fiasco? Me dio la sensación de que estabas muy deprimido.

—¿Te dije yo eso? —No lo recordaba—. Bueno, perdí mi último combate, no estoy muy seguro de poder estar en la final.

—¿No confías en ti?

—¿Te sorprende?

—Pues sí, la verdad. No das esa impresión.

Bruno cogió aire en los pulmones con fuerza y lo expulsó abatido. Era triste oírsele decir a ella precisamente. Arrugó la frente, pero no había forma de excusar lo obvio.

—Lo siento. Supongo que me escudo en una apariencia ruda para que no vean lo que llevo dentro. No me gusta sentirme débil. No sé qué me pasa

cuando estoy contigo, siento que puedo confiarte mis problemas —confesó.

Se sorprendió cuando Lorene le cogió de la mano. La suavidad de aquella piel de melocotón aumentaba el deseo que codiciaba de manera enfermiza desde el día que probó la dulzura de sus labios, ese beso que le supo tan poco.

—Bruno, no sé si voy a ser capaz de ahuyentar tus dudas, pero quiero que sepas que estoy aquí también para ayudarte. Si necesitas hablar, soy buena oyente —repuso con vehemencia.

—Lo que necesito es salir contigo. Ya sé que te dije que no quería mezclar el trabajo con el placer, pero no puedo. Me gustas y mucho. —Tragó saliva antes de continuar—. Ese hombre, ¿era tu novio?

—No. Es alguien que me presentó Zac. A mí no me gusta. Es muy majo, pero nada más.

—Espero que yo no te parezca igual de *majo* —replicó.

La risa cristalina de Lorene apresurándose a negarlo le tranquilizó.

—Nooo. El problema es que eres demasiado guapo para ser real. No quiero que te canses de mí y me dejes por otra. —Agachó la cabeza con el semblante apagado.

—¿Ahora la insegura eres tú? Me considero una persona fiel y comprometida. ¿Te parezco guapo? —se burló.

Su sonrojo le llenó de satisfacción.

—Lorene, no sé qué concepto tienes de mí y después de lo de ayer debe de ser pésimo, pero te juro que quiero una relación estable —afirmó.

El labio superior de ella tembló, pero cuando aquellos azules ojos se humedecieron, le urgió abrazarla, darle esa seguridad que ella buscaba para colmarla de besos de amor y decirle cosas bonitas.

—No sé, Bruno, es que todo esto está yendo tan deprisa... primero el contrato, luego que no, ahora que sí, ¡ya no sé qué pensar! ¿No sería mejor ir poco a poco?

No quería que le rechazara, la necesitaba como el sol de cada mañana, como el campo a la lluvia, como el latir de su corazón. Estaba seguro de que con ella podría alcanzar la estabilidad que tanto buscaba.

—No puedo. No me pidas que vaya despacio cuando en lo único en lo que pienso es en volverte a tener en mis brazos.

Bruno le tomó el rostro entre sus manos, acunándolo y buscó su boca con labios hambrientos. Su beso enseguida se volvió exigente, mientras que los labios de ella se movían sensuales, enloqueciéndolo.

—Lorene —gimió—. No sé qué estás haciendo conmigo, pero me tienes a tus pies.

Deslizó sus dedos por la espalda tibia y suave de Lorene hasta alcanzar esa estrecha cintura. Ella se arqueó hambrienta de sus caricias, lo que enardeció sus sentidos. Necesitaba hacerla suya, ya no le valía con un beso, así que la elevó con delicadeza y la tumbó sobre los mullidos cojines del sofá. Luego, se colocó encima y comenzó a recorrerla con besos húmedos por la mejilla y el cuello. Las manos de ella acariciaron la piel de su espalda y nuca con dulces movimientos. Perdido en las arrolladoras sensaciones que esa mujer provocaba dentro de él, murmuró aturdido de placer:

—Te deseo. Aquí y ahora. —Su miembro estaba endurecido y listo para satisfacer ese deseo carnal.

—Pues no te detengas. Continúa —suplicó ella.

El pulso le golpeaba con violencia por todo el cuerpo. Tenía que controlarse, quería hacerlo despacio para que los dos disfrutaran. La ayudó a desprenderse de aquel top elástico, dejando así sus senos desnudos. Levantó la vista para deleitarse con aquella imagen tan sugerente y erótica a la vez. Ansiaba probarlos con urgencia, pero antes se deshizo él también de su camiseta para sentir la piel desnuda de ella contra la suya. Hambriento como estaba, alcanzó los pezones turgentes con sus labios y los rodeó ávidamente con la lengua, lo que arrancó a Lorene varios gemidos de placer y le incitó a seguir ejerciendo fricción. La calidez de ella atravesó su piel, derrumbando sus pocas defensas. Estaba perdido.

Bruno se quitó los pantalones, mientras que Lorene hacía lo propio con los suyos. Aquel encaje rojo pasión de lencería que llevaba era muy picante y *sexy*.

—No te lo quites —le ordenó.

Él, en cambio, se deshizo de su bóxer, llevaba demasiado tiempo reprimiendo sus impulsos. Con descaro, se frotó con insistencia por su encaje. Después, apartó la tela hacia un lado con la mano y hundió un dedo en la calidez de ella. Completamente húmeda, Lorene se agitó y movió las caderas al ritmo frenético de sus dedos. Era una invitación clara para entrar.

—No puedo más —gimió Lorene.

Ella era toda pasión. Le rodeó el cuello con los brazos y separó las piernas. Bruno tiró un poco más la tela e introdujo su miembro que palpitaba con violencia por entrar en acción. Aquello era estar en el paraíso. Comenzó a moverse dentro de ella, primero, despacio, y, poco a poco, fue embistiendo

con más fuerza y con cada penetración, Lorene se arqueaba e iba a su encuentro, completamente abandonada al placer. Se tensó un poco: estaba llegando al orgasmo. Dio una última embestida más, hasta que explotó dentro de ella. Sudoroso y complacido, pegó el cuerpo de Lorene al suyo, dejando un hueco para que ella se acurrucara entre medias. Con una sonrisa traviesa, le mordisqueó el hombro y se ganó un abrazo.

Capítulo 13. El entrenamiento

*Mientras perseveramos y resistimos,
podemos conseguir todo lo que queremos.*

—Mike Tyson—

Lorene se había pasado toda la tarde indecisa en si llamarlo o no. ¿Y si así quedaba en evidencia? Era increíblemente atractivo, por desgracia, ella no era la única que lo advertía: todas las mujeres se daban la vuelta para admirarlo y no sabía si sus celos iban a aguantar aquellas miradas indiscretas. ¿Sería una conquista más? Sin embargo, anoche le dio la sensación de estar desvalido y perdido. La ternura que sintió hacia él ablandó su corazón, fue lo que le incitó a invitarlo a entrar. Aunque luego se arrepintió de haber sido tan generosa, y más, después de cómo se comportó con ella en el sofá, ganas le dieron de haberlo devuelto derecho a su casa. Había cerrado la puerta de su cuarto por miedo a que se levantara por la noche y cometiera una tontería. No se conocían tanto como para saber todas sus reacciones. Pero al levantarse por la mañana y verlo dormido plácidamente como un bebé, se olvidó del pestillo. No se esperaba que fuese a entrar hasta dentro. Había otro aseo, ¡por Dios! Por supuesto, él no se conocía la casa o, simplemente, había preferido ir directamente adónde la había oído trastear. ¡Qué hombre! ¡Y qué mirada le había echado al verla salir! Se la había comido con los ojos.

Tras mucho rumiar su decisión, pensó mejor sorprenderlo e ir hasta su casa a la salida del gimnasio en lugar de devolverle la llamada. Pulsó varias veces el telefonillo, pero nadie contestó. ¡Qué estúpida! ¿Habría salido? Cogió el móvil de su bolsa de deporte y le llamó, más que nada por no quedarse allí plantada. Cuando le contestó lo hizo de un modo muy antipático, y Lorene pensó que la había fastidiado con él, no que él estuviese enfadado porque ella no estaba en su apartamento.

No sabía qué esperar de ese encuentro. Y, hablando, habían terminado acostándose. Estar en sus brazos era mucho mejor de lo que ella se había imaginado. Su mirada le taladraba el alma. Se derretía como un helado.

—¿Te quedas a dormir? No te vayas, por favor —le pidió.

—Tengo una muda de ropa deportiva, pero como me dijiste de ir a

almorzar, para eso no tengo prendas adecuadas.

—No te preocupes por eso. Ya lo pensaremos mañana. Voy a preparar la cena. ¿Tienes hambre?

Lorene asintió, aunque otros pensamientos mucho más ardientes asaltaban su mente. Todavía estaban desnudos, de modo que, con cierta pereza, se vistió cuando Bruno lo hizo. Echó de menos poder observar y tocar aquel torso macizo y, con reticencia, se reunió con él en la cocina.

—¿Voy haciendo algo? —le preguntó.

—¡Uf! ¿Eso es una invitación, pelirroja? Poder, podemos hacer muchas cosas —sonrió.

Lorene le asestó un golpe en el brazo y le devolvió la sonrisa. Era un provocador nato, sin embargo, ella se dejaba querer. Le tentaba con cada mirada, con cada sonrisa que le dedicaba. Era sencillamente divino, perfecto para ella. Había tocado su alma con tan solo una mirada. Le tenía fascinada y no había nada más hermoso que observar cómo se movía por la cocina con soltura para preparar una cena poco calórica y sana; la forma de cortar los tomates en rodajas, la suavidad de sus dedos para separar los brotes de la lechuga, todo en él era erótico. Cuando tuvo lista la cena, la invitó a sentarse en la mesa.

Las pestañas de Bruno la tenían cautivada, eran espesísimas y rizadas. También sus labios... Lo que hubiera dado por relamer los restos de comida que escurría por la comisura de su boca. Y ese torso, podía contar cada cuadradito de sus trabajados abdominales bajo su camisa. Por no mencionar esos brazos que se contraían cada vez que le pegaba un bocado a la carne que había hecho a la plancha, como si se le fuera a escapar del tenedor.

—Lorene, si me sigues mirando así, te convierto en mi postre ahora mismo.

Se puso colorada como un tomate. No podía evitar admirarlo. Lástima no poder usar gafas de sol. ¡Qué vergüenza! Sin embargo, su cuerpo había reaccionado a sus palabras y fue doblemente embarazoso. Lo que ocasionó sendas carcajadas en él para su regocijo.

Sin previo aviso, Bruno se levantó y la acorraló entre la pared y él, a la vez que le susurraba con voz ronca:

—Pelirroja, prepárate porque me tienes muy caliente.

Ella tragó saliva antes de preguntar:

—¿Puedo darme una ducha rápida?

—Y un baño si quieres.

—¿Los dos juntos? —sugirió Lorene con picardía.

—Sí —dijo, tomándola de la mano y guiándola hasta el baño. Cuando cerró la puerta, se volvió hacia ella con una mirada traviesa y susurró muy cerca de su oído—: Estoy deseando saber qué tienes en mente.

Como un felino, Bruno la apresó por la cintura y la besó con toda la pasión reprimida que llevaba aguantando desde que se había levantado del sofá. Ella quedó lánguida en los brazos de Bruno. Las sensaciones cálidas que le transmitía traspasaban la tela que le separaba de aquel cuerpo caliente y duro. Bruno luchaba en su interior por controlarse, pero amenazaba con arrancarle la ropa si esta no cedía. Ella se separó de él, aún enardecida por la pasión y, con una mirada sugerente, comenzó a desvestirlo muy despacio. Sus manos rozaban como por descuido lugares estratégicos que le sacaban más de un suspiro. Aquel escultural cuerpo masculino pronto quedó libre de prendas. Su propio David de Miguel Ángel hecho de carne y hueso. Ya solo le quedaba el bóxer, del que se deshizo sonriendo al percibir su miembro más que dispuesto para ella. Bruno trató de desvestirla, pero ella no le dejó. En su lugar, abrió el grifo de agua caliente y echó jabón.

—Entra —le ordenó, a lo que él obedeció sin rechistar.

La bañera disponía de un jacuzzi. Mientras se desvestía, lo hizo lentamente ante la mirada ardiente de él. Cuando se quitó las braguitas, Bruno gimió.

—Pelirroja, me estás matando. ¿Quieres entrar de una vez? —suplicó.

Lorene introdujo primero un pie y luego el otro con un provocativo contoneo de caderas y se situó frente a él. Bruno reposaba la espalda en el borde de la bañera con los brazos extendidos por fuera y con las piernas abiertas, esperando que diera el próximo paso. Lo que le infundía un gran poder. Ella cogió el bote de jabón. Luego, se aproximó a él con cierta vacilación y le musitó:

—¿Me permites? —Bruno asintió sin dejar de observar sus movimientos con las pupilas completamente dilatadas.

Se echó gel en abundancia sobre la palma de la mano y le enjabonó el pelo oscuro con suavidad, dejando expuestos sus pechos a los penetrantes ojos de Bruno. Algunas gotas de espuma se escurrían rebeldes por las sienes y el cuello de Bruno, atrayéndola como la miel a la abeja, lo que hubiera dado por recorrer ese rastro que dejaban a su paso con la lengua. Se mordió el labio aguantando las ganas y terminó de enjuagarle el cabello. Probó a posar una de sus yemas con delicadeza sobre la nariz recta de aquel rostro tan viril y la

recorrió con suavidad hasta alcanzar los labios. Eran suaves y blanditos al tacto. Bruno abrió la boca y atrapó su dedo, tejiendo una tela de seducción embriagadora. Era un demonio. Sabía cómo encenderla. Lo retiró completamente ruborizada. No sabía en qué momento intercambiaron los papeles y ella pasó a ser la seducida. Las manos de él se movieron hábiles con suaves caricias por la espalda hasta posarse sobre sus nalgas. La colocó a horcajadas a la vez que bajaba el rostro y comenzaba a succionar sus pezones con rudeza. Lorene arqueó la espalda embriaga de placer y gimió al notar como sus dedos largos comenzaban a explorar su humedad, provocándole un mar de sensaciones a cual más deliciosa.

Se aferró a él por los hombros para no caerse de aquella montaña rusa de sensaciones y echó la cabeza hacia atrás. Bruno la asió por la nuca y la empujó suavemente hacia delante. Buscó sus labios con hambre y la besó de un modo exigente, casi salvaje, mientras sus lenguas entraban con impaciencia en la boca del otro, poseídos por una feroz pasión.

Lorene tenía que echar el freno antes de que perdiera la poca voluntad que le quedaba, así que se apartó y le susurró al oído:

—Déjame que te dé placer solo a ti. Será con mi boca.

Dio un pequeño mordisco al labio inferior de Bruno y jugueteó con él. El roce de la incipiente barba sobre su piel le provocaba un grato hormigueo. Todo él era muy masculino. Sin embargo, necesitaba más, no se conformaba con aquellas migajas, quería provocarlo y excitarlo como él había hecho con ella. Comenzó a descender con besos húmedos desde el cuello hasta las tetillas, haciendo semicírculos. Era tan hermoso... El pecho masculino se agitaba con cada movimiento que realizaba. Bruno se incorporó un poco y sacó a relucir aquel músculo enhiesto fuera del agua. Sin dejar de observarlo, descendió con la lengua en su dirección. Suspiraba por oírlo gemir de placer y llevarlo al cielo. Quería borrarle el recuerdo de cualquier otra mujer con la que hubiese estado.

—Lorene, no pares, por favor. Sigue —masculó.

Por fin, ella alcanzó su miembro viril y lo exploró lentamente, recorriéndolo con suavidad con la lengua y dientes de arriba abajo. Los jadeos de Bruno entre súplicas de que no se detuviera, provocaron estragos dentro de ella y un anhelo palpitante se instaló en su cuerpo. Intensificó el ritmo y no paró hasta que lo hizo temblar del gozo, derramando toda la pasión que le había provocado dentro de su boca.

—¡Eres una bruja! —exclamó.

Ella sonrió complacida. Durante un buen rato, se quedaron abrazados disfrutando del baño. Pero se estaban enfriando y Bruno salió a por una toalla gigante para envolverlos.

—Toma, sécate. Vamos a descansar. Mañana tengo entrenamiento.

Sería la primera vez que dormirían juntos, algo de lo más apetecible y tentador en esos momentos. Bruno le tendió una camiseta suya que le quedaba gigante; le resultó divertido advertir el deseo que le provocaba verla con una prenda suya. Al tumbarse en la cama, la camisa rememoró su encuentro. La suavidad del tacto unido a ese olor tan masculino consiguió excitarla de nuevo. Se encogió avergonzada para reprimir las ganas. ¿Cómo podía desearlo tanto? No ayudó el hecho de que él la abrazara por detrás y acercara la boca cerca de su cuello: su vello se erizó al contacto de los labios de Bruno. Al final, lo de dormir juntos no había sido tan buena idea. Tenerlo tan cerca y resistirse a él con lo provocador que era iba a ser una ardua tarea. Pero al ver que permanecía quieto, su respiración pronto se volvió regular hasta que los párpados comenzaron a pesar.



Bruno la despertó con una sonrisa pícaro en su rostro. Ya se había duchado y vestido. Se había puesto una camiseta de tirantes y unas bermudas.

—Venga, dormilona. Max nos espera. Vístete.

Lorene se levantó a desgana; era sábado, no debería estar madrugando tanto, en su lugar, debía de estar retozando un rato más bajo las sábanas. Al mirarse al espejo, comprobó que tenía un aspecto terrible: el pelo enredado, ojeras... Le urgía un arreglo. Además, olía a sexo de la noche anterior. Mientras se aseaba y se ponía ropa deportiva limpia, el aroma a café y tostadas que Bruno estaba preparando le abrieron el apetito. Se acercó a la cocina con la boca hecha agua.

—¿Tú no vas a comer? —le preguntó al ver un plato de queso fresco, ensalada y una tortilla con zumo de naranja en su lado.

—No. Yo tengo mi propia dieta.

—Ahora me siento culpable de comer esto delante de ti —se quejó.

Bruno le dedicó una sonrisa de dientes perfectos y devoró el plato en un santiamén. Cogió una bolsa de deporte y la esperó con las llaves en la mano.

—Iremos en mi coche —le comunicó.

El gimnasio estaba lejos, algo que Lorene agradeció y poder así observar a través de la ventana sin reparos. De reojo, le observó. Al volante se transformaba, sus facciones se endurecían y se mostraba muy concentrado. Así podía recrearse en los músculos tensos de sus brazos. Le encantaba esa parte de la anatomía masculina. Eran su debilidad. Ver como manejaban con tanta destreza piezas pesadas...

«Lorene, deja ya de pensar en eso o te vas a calentar», se recriminó.

Tardaron casi tres cuartos de hora en llegar y cuando lo hicieron reparó que, a diferencia del suyo en el que se ofertaban distintos servicios y deportes, este era exclusivamente para deportistas de boxeo. En la sala principal, únicamente había un ring, sacos de boxeo y material deportivo necesario para su práctica, al fondo había varias puertas que no sabía adónde conducían. Los hombres que allí se hallaban se giraron a mirarla. Destacaba por su pelo cobrizo sobre todas las mujeres que allí se encontraban. Bruno la rodeó con el brazo por la cintura, dejando claro a quién pertenecía su corazón.

—¡Por fin! Creí que nunca ibas a aparecer. —El que hablaba era un hombre de mediana edad con rasgos hawaianos, de considerable altura e increíble musculatura. Le sonaba de haberlo visto cerca de su apartamento. ¿Sería a quién visitaría aquel día que lo vieron Zac y ella, y del que le habló Claire?

—Max, te presento a Lorene, mi fisioterapeuta y mi novia —declaró.

Lorene se quedó muy cortada. Debía estar del color de la grana. Le saludó con la mirada gacha.

—Un placer. —Max esbozó una sonrisa pícaro en dirección de Bruno y le palmeó en la espalda con camarería—. Venga, a trabajar. Tú si quieres puedes sentarte en ese banquito de ahí —le señaló.

Ella se quedó en un rincón lo más alejada posible de los hombres que entrenaban para no molestarlos, mientras que observaba cómo Bruno hacía un breve calentamiento que consistía en una serie de ejercicios antes de subir al ring con Max. No le gustaban las peleas de boxeo, pero si tenía que enfrentarse a aquel ucraniano, más le valía estar preparado.

A pesar de que ambos iban con protecciones en la cara, se estaban pegando fuerte. Según le oía comentar a Bruno no quería que tuviese piedad. Giraba la cabeza cada vez que lo veía recibir un golpe en el cuerpo y se alegraba cuando le atizaba a su contrario. Ambos tenían buena técnica y estaban en igualdad de condiciones.

—No veo que consigas ganarme —gruñó Max.

Bruno apretó los labios con una mueca de disgusto y lanzó un puño directo que lo tiró hacia atrás. Luego, le dio otro y otro, hasta que le hizo recular un poco, sin embargo, Max se recuperó pronto de sus embestidas y se defendió.

—¡Vaya! Al fin sale tu garra. Ya iba siendo hora, pero sigue sin ser suficiente. Vamos a mi despacho. —Max se quitó los guantes y de un saltó bajó al suelo de cemento. Abrió la puerta de una oficina acristalada y le hizo una seña a Lorene para que entrara.

Los hizo sentarse sobre unos sillones de cuero con ruedas típicos de oficina y él se sentó al otro lado. Sacó una carpeta y se la tendió a Bruno.

—Eso que ves ahí —dijo—, es un gimnasio en Rusia. Allí se entrenan los mejores boxeadores. No tienen nada. Como verás por las fotos, todo es muy rudimentario. Levantan sacos de cal y pilares de cemento. Quiero que vayamos allí. Te vendrá muy bien.

—¿Ella puede venir? —Bruno le echó una ojeada rápida.

—No. —Fue la respuesta de Max.

—Entonces no quiero. No necesito irme tan lejos para conseguir el triunfo. Seguro que puedes encontrar otro lugar parecido a este más cerca —repuso con vehemencia.

—Te equivocas, mejor que este no lo hay. Allí no van a tener piedad contigo. Te vendrá bien para fortalecerte —replicó Max.

—Bruno, si es lo mejor para ti, ¿por qué no quieres ir? —intervino Lorene—. No importa que no estemos juntos.

—He dicho que no y no se hable más —terció tajante.

Se levantó furioso y se marchó en dirección a la puerta que daba a la piscina cubierta para darse unos largos. Max resopló indignado, cerró la de la oficina y la escrutó durante unos minutos.

—Mira, Lorene, no te conozco de nada, pero te veo buena chica. Debido a las circunstancias, me veo en la obligación de compartirme información personal de Bruno. Él no suele hablar nada de su vida privada porque es muy receloso en ese sentido. Sé que lleváis poco tiempo, pero él es una persona muy insegura. Para que te hagas una idea, su infancia ha estado llena de malos tratos. Su padre ejerció mucha violencia contra él y era un chico muy rebelde cuando le conocí. No iba por el buen camino. Debido a eso, su autoestima se resiente enseguida y como ha perdido el último campeonato, si no me lo llevo allí, nunca ganará ese combate —le explicó. Cruzó los dedos de las manos y apoyó la barbilla en ellos—. Necesito que le convenzas para que acepte.

Lorene se quedó de piedra con aquella declaración. ¿Bruno? ¿Aquel impresionante hombre había sido golpeado de niño? ¿Cómo alguien podía hacer algo así contra un crío inocente? Se le removieron las tripas de la indignación. Con determinación, se volvió hacia su entrenador y le aseguró que lo conseguiría. No sabía cómo, pero lo haría. Comprendió que ese hombre quería lo mejor para él y que ella no sería un impedimento para sus planes.

Capítulo 14. Los fantasmas del pasado

El boxeo es el deporte más duro y solitario del mundo.

—Frank Bruno—

Estaba furioso con Max por insinuar que debía marcharse sin Lorene. ¿Qué diablos le pasaba? Primero le había dicho que lidiara con aquella maldita atracción y ahora que pusiera rumbo a ninguna parte. No. No pensaba marcharse ahora que había conseguido salir con ella. Era la primera vez que se despertaba sin pesadillas. Dormir en sus brazos le había hecho olvidar las múltiples palizas de su padre que le asolaban por las noches; no se lo había comentado a Max, pero se habían intensificado en los últimos tiempos. Vicky, que fue su psicóloga hasta que comenzó una relación con ella y dejó de tratarle, creía que era producto del estrés, debido a lo cual esos recuerdos volvían a modo de pesadillas para martirizarlo con imágenes terribles. Cuando despertaba, se levantaba con una sensación de impotencia por no haberse defendido, y eso incrementaba sus sentimientos de culpabilidad. Lo achacaba a la súbita aparición de Vladimir, ya que entre ellos dos había algo pendiente que su mente relacionaba sin descanso con su atormentado pasado; por un lado, no quería sacar toda la rabia que llevaba dentro, pero por otro, ansiaba machacarlo como hizo su progenitor alguna vez con él. ¿Es que nunca iba librarse de aquellas condenadas imágenes? Solo quería pasar página, olvidar que aquello había sucedido. Se hundió en la piscina y notó como varias lágrimas calientes se desprendían mezclándose con el agua. Asestó varios golpes debajo y rugió de la rabia. No quería ser como él, un jodido maltratador. Se había hecho la firme promesa de que nunca pondría una mano encima a una mujer y tampoco a uno de sus hijos, si es que algún día los tenía.

Sacó la cabeza fuera del agua y tomó varias bocanadas de aire. Notaba la respiración muy agitada. Esos recuerdos no le hacían bien. Llevaba mucho tiempo que creía haber aprendido a convivir con ellos. Vicky le había asegurado que jamás los olvidaría, ya que formaban parte de él y que siempre

estarían ahí para recordarle que sí habían sucedido. Ya había dejado de preguntarse el porqué de su odio hacia él: era algo que no tenía explicación. Una mente enferma que pagaba con su esposa y con él toda la frustración de su mierda de vida. Agradecía al cielo que los hubiera abandonado antes de que él llegase a la adolescencia. Muchas veces se había cuestionado qué hubiera pasado al crecer. Probablemente, le hubiera matado, y la verdad era que no merecía la pena que sus manos se hubieran manchado con una sangre tan sucia. Aunque muchas veces le deseó la muerte, no iba a negarlo, pero ahora que había fallecido, se daba cuenta de que tenía muchas cuentas pendientes con él. Era como si ya nunca fuera a resolver esa parte de su pasado.

Podía sentirse orgulloso de no haber caído en las drogas gracias a Max. También por tener un trabajo que le llenaba por dentro y le enorgullecía. Gracias a sus logros había invertido en varios gimnasios que le reportaban amplios beneficios. Y, además, esperaba consolidar su relación con aquella preciosa pelirroja. Sin embargo, temía echarlo a perder todo. Cagarla con alguna estúpida decisión, entre ellas: el combate.

Se sentó al borde de la piscina a observar la transparencia del agua. Allí sentía que podía perderse, desaparecer y evadirse de todo. Sin embargo, cuando salía de ella, nada había cambiado. Todo seguía en su sitio. Disgustado, se secó con la toalla y se vistió. Cuando se reunió con Lorene, le molestó que estuviese hablando tan amigablemente con uno de los boxeadores que solían merodear a esas horas. ¿Acaso no había dejado claro con quién salía? Al pasar a su lado, le golpeó como distraído y se disculpó sin mucho énfasis. No le gustaba que le tocasen las pelotas.

—¿Por qué le has golpeado? —le recriminó ella.

—No me gusta que tonteen contigo cuando he dejado claro que salimos.

—En realidad se ha hecho daño y le he dado un masaje. Solo estaba interesado en saber cuánto cobraba para que le diera otro —refunfuñó.

—Me da igual. Es hombre y solo piensa con la bragueta.

—¿Cómo tú tal vez? —le increpó enfadada.

—Sí, pero la diferencia es que yo estoy contigo y él no. Debería respetar a las parejas de los demás, no meterse en medio. Además, no quiero discutir contigo, perdona. Estoy de mal humor.

Por una vez le sorprendió que no le replicara, en su lugar, trató de apaciguarle con un plan alternativo para almorzar:

—¿Qué te parece si vamos a un vegetariano? Hacen unas berenjenas rellenas increíbles, además de muy sano.

—Vale. Dime hacia dónde tenemos que ir. —Conectó el navegador y esperó a que Lorene le diera la dirección.

El sitio no estaba mal. Lorene le comentó que era uno a los que solía ir a menudo con Zac a lo que Bruno tuvo que hacer un incommensurable esfuerzo para reprimir los celos primitivos que le asolaban cuando estaba con ella. Se daba cuenta de que se había vuelto muy posesivo y eso no le gustaba nada. No quería convertirse en su padre. Tendría que comentárselo a Vicky.

—Bruno, creo que no deberías de dejar de ir a ese lugar que dice tu entrenador —comentó de repente Lorene—. Y antes de que comiences a rebatirlo, me gustaría que me escucharas.

Tensó la quijada y la observó muy serio.

—Está bien, explícate lo que quieras. No voy a cambiar de opinión.

—Pues deberías, yo no he llegado a tu vida para que ahora canceles tus sueños. Si quieres hacerte con el triunfo, yo quiero que te vayas. No dejaré que renuncies a eso por mí —le amenazó.

—¿Me estás chantajeando? —arqueó la ceja y la escrutó—. Esto es cosa de Max. Ya te lo ha dicho, ¿verdad?

Ante su silencio, bufó muy cabreado.

—No tenía ningún derecho a contarte mi vida. No me gusta dar lástima. —Se mesó el pelo avergonzado y giró la cabeza para otro lado.

—¿Crees que es eso lo que me infundes? Estás muy errado. Si no hubiese sido porque Max me lo ha dicho, nunca habría imaginado que algo así te había sucedido. Otros muchos se habrían escudado en eso para caer en los mismos errores y convertirse en terribles individuos. Yo no veo eso en ti. Veo a un hombre que lucha por ser mejor persona —le dijo con elocuencia.

—No lo entiendes. Tú me relajás y haces que todo parezca fácil. Me das la paz que necesito, no sé cómo lo logras, pero ahuyentas a los fantasmas de mi pasado.

—Te equivocas, Bruno. Siempre van a estar ahí interponiéndose en tu camino y saldrán cuando menos lo esperes. Te lo digo por experiencia. Puede que ahora te parezca que algo ha cambiado, pero no es así. —Le cogió de la mano y le suplicó—: No pierdas esa oportunidad: vete a Rusia. Yo no voy a marcharme de aquí, voy a esperarte, pero quiero que te hagas con el triunfo. Sería muy egoísta por mi parte si no te dejara ir.

—No. No iré. Y no hablemos más del tema. —Le molestaba que ella tuviera razón. Pagó la cuenta y se levantó.

Lorene se marchó un segundo al cuarto de baño y mientras la esperaba,

se paró a reflexionar. Sabía por qué no se quería ir: los estúpidos celos. Quería enamorarla, llevaban muy poco y bien podía irse con otro. Pero si en el tiempo que llevaba en el gimnasio no había salido con nadie, ¿por qué hacerlo ahora? Absurdo, ¿verdad?

Llamó a Vicky con la esperanza de que ella le ayudase a despejar sus dudas. Aunque actualmente ya no estaban saliendo y tampoco actuaba como su psicóloga, él le consultaba en calidad de amigo.

—¿Cuándo puedo verte, Vicky? Necesito que hablemos lo antes posible, es importante. —Esperó a que ella consultara su apretada agenda y colgó algo más calmado sabiendo que no tendría que esperar mucho para verla.

Lorene salió con el semblante serio. No le gustaba enfadarse con ella, debería tragarse su carácter.

—Lorene, perdóname. No te enfades: mi vida no ha sido fácil.

—No haces más que disculparte, Bruno. Solo hemos tenido una diferencia de opiniones. No es el fin del mundo. No obstante, dices que tu vida no ha sido fácil. Yo soy huérfana, ¿sabes? No tengo a nadie, aun así, trato de salir adelante y no dejarme vencer por las adversidades. Yo lucho cada día por superar esas barreras que la vida me pone. —Cogió una bocanada de aire antes de continuar—. Voy al cementerio muchas veces. ¿Crees que no les maldigo a todos por morir? Pero y ¿qué?! Nada va a cambiar. Solo puedo mirar hacia adelante. Estoy sola, ¿tú me ves que yo esté mendigando por un poco de atención? No. Soy independiente porque es lo que me ha tocado vivir. Así que no quieras darme lecciones de vida como si solo tú hubieras sufrido. Todos tenemos algo de lo cual no nos enorgullecemos, pero eso no le importa a nadie. Solo podemos dar gracias de estar aquí y vivir el presente. ¿Por qué no disfrutarlo a tope? ¿Por qué no aspirar a lo mejor? ¿No quieres ganar?

Bruno cogió aquel rostro pecoso entre sus manos y lo besó con ternura.

—Yo quiero llenar ese vacío que hay en tu vida. Por ese no quiero irme de tu lado —confesó.

—Y yo quiero que seas el mejor para que lo llenes cada día. Imagínate que te enfrentas a ese chulo y te mata. ¿Crees que quiero eso?

Le desarmó con sus argumentos.

—Eres igual que Max: no confías en mí. —Dio varias zancadas bufando, para enseguida regresar junto a ella—. Déjame que me lo piense.

—Si ese hombre que dice ser tu entrenador —dijo Lorene, apuntándole con el dedo índice en el pecho—, cree que tienes que ir, es por algo. ¿No confías en él?

—Sí. En fin, vamos a dejarlo. ¿Te apetece que vayamos un rato a jugar al billar y a bailar? Conozco un lugar que creo te gustará.

—Está bien —cedió—. Llévame primero a mi casa para que me cambie.

Se consideraba un buen bailarín de *country*. Le vendría bien para desempolvar su viejo sombrero de vaquero y el cinturón que usaba para esas ocasiones. Ella iba preciosa. Sus *jeans* completamente ajustados resaltaban sus curvas. Se había puesto una camisa de cuadros anudada bajo el pecho. Gimió de impotencia por no poder tocarla.

El Round Up Country Western Night Club & Restaurant tenía tan buen ambiente como siempre, buena música y buenas bebidas. El letrero luminoso de color rojo les daba la bienvenida desde lejos. Era un bar con una decoración típica del oeste, con las puertas abatibles, el dibujo de caballos que simulaban las caballerizas y numerosos murales que evocaban al viejo oeste. Dejaron las chupas de cuero en un rincón y se cogieron un billar. Lorene demostró tener muy buena puntería. Estaba muy linda cuando se concentraba en la bola. Al agacharse, Bruno podía observar su maravilloso escote. Cogió su palo y apuntó. Al levantar la vista, descubrió a un tipo que no paraba de mirarle el culo a su chica. Le puso mala cara, pero el tipo ni se inmutó. Rodeó la mesa de billar y se plantó de frente.

—A la próxima que te vea mirándola el culo, te parto la cara —le amenazó.

El tipo masculló algo así como una palabrota y se alejó rezongando. Iba como una cuba. No tenía ni media torta. Aun así, siguió con su mirada lasciva puesta sobre ella mientras bebía. Lorene le sujetó del pecho al ver que avanzaba en su dirección.

—No merece la pena. Está borracho. Ven. Vamos a bailar.

Se metieron en la pista y Lorene le incitó a bailar con una sonrisa provocativa. Su cabello le tenía completamente hechizado. Con cada paso que daba al ritmo de la música, este se mecía con total libertad, dejando una estela parecida a la del fuego. Cada vez que sus miradas se cruzaban, él se quedaba sin aliento. El roce de sus caderas y de sus manos estaba consiguiendo excitarlo. La música cambió y se vieron obligados a cambiar de pareja.

De repente, el borracho se apareció en la pista y la agarró por detrás. Aunque Lorene trató de soltarse, el tipo se le abalanzó dispuesto a robarle un beso. Bruno, furioso, abandonó a su actual pareja y lo apartó de Lorene de un empujón. Luego, lo cogió de la pechera con rabia y lo zarandéó.

—Te lo advertí, gilipollas.

Bruno le atizó un puñetazo en toda la cara, que lo lanzó hacia atrás y le hizo caer igual que un saco de harina: con un golpe seco. Le había dejado noqueado al instante, el problema es que el borracho venía acompañado de otro tipejo: un gigante barrigudo, de barba larga y pelo estropajo.

—¡Eh, tú, capullo! Me acabas de joder. Si te metes con mi amigo, te metes conmigo.

El susodicho le pegó tal derechazo en toda la cara que le partió el labio. Lorene pegó un grito y quiso acercarse a él, pero Bruno se lo impidió por miedo a que le golpease a ella también. La protegió con su cuerpo y la empujó hacia atrás.

«Ese idiota acaba de sentenciarse», pensó Bruno mientras cerraba el puño y lo estrelló con fuerza contra su cara. Se le pelaron hasta los nudillos del golpe.

El otro rugió y le embistió a puñetazos. Era un brabucón malencarado que golpeaba sin puntería: todo un espectáculo. Constantemente le pillaba con la guardia baja y recibía todos sus golpes en la barriga. La gente comenzó a hacer corrillo entre gritos, animando a uno u a otro. Ya casi lo tenía doblado en dos por las arcadas, cuando los de seguridad les echaron del local. El barbudo vomitó en la puerta y arrastró a su amigo hasta una camioneta destartalada. Se largaron de allí entre insultos.

—¡Guau! Hacía mucho que no me divertía tanto. ¡Cómo en los viejos tiempos! —se jactó Bruno—. ¿Has visto qué manera de pegar tenía el idiota?

Lorene frunció la boca enfadada.

—¿Eres siempre tan pendenciero? No hemos estado ni cinco minutos seguidos y ya nos han echado —se quejó.

—Se lo merecían los dos. ¿Crees que me iba a quedar quieto viendo cómo te metía mano?

—Te lo agradezco, pero es que no me diste ni tiempo a replicar. Le tenías ganas y punto. En cualquier caso, eran idiotas, sí.

—Pues claro que lo eran, pelirroja. ¿Qué parte de no acercarse a ti es la que no entendió?

Lorene puso otro mohín de disgusto, pero se aproximó a él y le acarició el labio con suavidad. Ese roce fue demasiado para él. Ardía en deseos por tocarla.

—¿Te duele? —le preguntó.

—No tanto como para no poder besarte —confesó.

Bruno la cogió por la cintura, que llevaba al descubierto, y bajó a su

encuentro. Sus labios eran igual de suaves que pétalos de rosas. Los mordisqueó y succionó con ganas. Ella entreabrió la boca y le dejó saborear su miel. Ambos iniciaron un baile con sus lenguas que muy pronto le hizo gemir de placer. Lorene acariciaba su pelo y lo animaba a continuar. Podía notar su necesidad, pero tuvo que contenerse o le haría el amor allí mismo.

—Ponte la cazadora. Nos vamos.

Al mirarla, reparó en sus labios hinchados y sonrojados. Esperaba haberla dejado marcada en todos los sentidos.

Capítulo 15. Pesadillas

Para ser un campeón tienes que creer en ti mismo cuando nadie lo hará.

—Sugar Ray Robinson—

Ardía en deseos de tenerla en sus brazos otra vez. El camino de vuelta se le hizo larguísimo, ya que aquella discoteca estaba a mucha distancia de Miami. Para distraerse pusieron la radio y fueron escuchando música. De vez en cuando, comentaban algo de pasada, pero poco más.

—¿Te llevo a tu apartamento o te quedas otra vez a dormir en el mío? — No quería presionarla más, pero esperaba que aceptara a compartir la noche junto a él.

—Lo que quieras —le contestó Lorene con timidez—. Si quieres en la mía y te invito a cenar.

Ahora se arrepentía de que les hubieran echado, le hubiera gustado invitarla a probar los platos que servían en el restaurante; culpa suya, que nunca pensaba en las consecuencias de sus actos.

—Sinceramente, me da igual. —Solo tenía una cosa en mente, satisfacer su lujuria. No se saciaba de ella, le consumía un fuego por dentro que le costaba dominar.

Lorene le indicó que entrara en su garaje, activó un mando y pudo aparcar en la plaza de al lado. En el ascensor, la rodeó por la cintura y posó sus labios en los rojos de ella. Le encantaba ver cómo se sonrojaba.

—¿Qué vamos a cenar? —le preguntó mientras se la comía con los ojos.

—Tengo para hacer hamburguesas, ¿de eso puedes comer?

—Por un día que me salte la dieta no me voy a morir. No te preocupes por mí, tú prepara lo que quieras. —Él solo tenía pensamientos para el postre, así que la besó en la boca y dejó que ella se desenvolviera en la cocina.

Aceptó tomarse una cerveza que le ofreció para matar el rato mientras esperaba sentado sobre una banqueta que tenía junto a la encimera.

—Si quieres puedes sentarte en el salón, no voy a tardar ni cinco minutos. Allí estarás más cómodo.

—¿Y perderme las preciosas vistas que tengo en esta cocina? Ni hablar

—le guiñó un ojo con picardía sin dejar de observar las curvas de Lorene.

Tal y como dijo fue rápida. Mientras braseaba la carne en una sartén preparó el pan con el relleno, luego lo dejó en un plato junto a la vitrocerámica, le dio la vuelta a la hamburguesa con una bella sonrisa y le sirvió la cena.

—Una camarera de lujo —comentó admirado.

Ella rio complacida. La verdad es que el fin de semana había volado. Se dio cuenta de que a su lado las horas se hacían minutos. En comparación con otros fines de semana, este había sido de lo más interesante que recordaba en años.

Bruno aprovechó que ella se metió en el baño a lavarse los dientes para esperarla en la cama y sorprenderla, así que se tumbó desnudo. Cuando Lorene salió y lo encontró en esa posición, abrió los ojos como platos.

—Ven aquí, nena. Tú y yo tenemos algo pendiente que está inconcluso desde la salida del bar —dijo, palmeando el colchón.

Lorene esbozó una sonrisa pícara, pero se resistió juguetona. Bruno tuvo que tirar de su mano para obligarla a que se tumbara. El pelo cobrizo de ella se esparció por las sábanas, creando un contraste precioso con la seda beis. Era simplemente preciosa. Entre aquellos ojos color topacio y esos labios rojos como cerezas, estaba condenado. Su maldita perdición. La besó con desesperación mientras luchaba por deshacerse de esa camisa a cuadros y del dichoso vaquero. Eran una molestia para poder acariciar aquella pecosa tez con libertad. Rodó encima de ella y dejó que enredara las piernas alrededor de su cintura. Notaba el sexo húmedo de Lorene a través de la braguita y eso hacía que «su amiga» se endureciera como una piedra. Pero hoy tocaba ir despacio.

—¿Te importa si jugamos? —le preguntó.

—Jugar ¿a qué? —dijo ella con la voz entrecortada.

—Con juguetitos. —Sacó un anillo de silicona de un bolsillo de su pantalón y se lo puso en el dedo—. Ayer de camino a mi casa me pasé por una farmacia para comprar preservativos y venía con uno de estos chismes de regalo.

—Entonces habrá que usarlo —le contestó con voz seductora.

Su respuesta le enardeció por completo y, como queriendo marcarla a fuego, la besó con posesividad, exigiendo que ella se lo devolviera con el mismo fervor.

El contacto de los senos desnudos contra su pecho le quemaron como

ascuas. Recorrió el cuello de cisne de Lorene con besos calientes, y rugió voraz, descontrolado por el deseo que le provocaba. Alzó la cabeza y se deleitó con la imagen que tenía de ella ante sí. Era una imagen sensual y muy atractiva. Dominado por una pasión animal, Bruno saboreó los pezones, de textura blanda y suave, los pellizcó y se pusieron turgentes, arrancando gemidos de Lorene, que se retorció debajo de él de puro placer. Estaba completamente incendiada. Bajó su mano hasta su vientre, le separó las piernas un poco e introdujo el dedo con el anillo vibrador en aquella cavidad cálida y húmeda. Lorene jadeó al contacto. Le encantaba ver como daba botes de placer.

—Esto es una tortura —se quejó.

—¡Chist! No seas tan impaciente, pelirroja.

Lorene estaba dominada por un instinto primitivo que iba más allá de lo normal, se asió a él y comenzó a explorarle con las manos la espalda tensa, los musculosos brazos, envolviéndolo en caricias anhelantes. Bruno gruñó suavemente al sentir la delicada mano de ella sobre su culo y eso le prendió como si fuese una mecha. Lorene era maravillosa, una diosa del amor. Le encantaba escuchar sus suspiros. Intensificó sus caricias sobre aquella piel de alabastro sin dejar de frotar el anillo sobre el clítoris. Ella estaba muy caliente. Pero aquello era solo el principio. Descendió dejando un rastro húmedo hasta esa parte tan sensible, y separándole aún más las piernas, se internó a explorar su esencia. Fue glorioso oírle gritar su nombre. Le volvía loco. Las manos femeninas se agarraban con fuerza a su espalda y le arañaban para que no parase.

Era imperante sentir su calidez. Se colocó encima de ella y entró de un solo movimiento. Lorene estaba igual de ansiosa que él, así que lo recibió con rápidos movimientos de caderas. Perdidos en un tumulto de violentas sensaciones, se movió frenético dentro de ella, buscando llegar al paraíso. Con cada embestida sentía el calor sedoso de ella. Se movieron al ritmo, hasta que una ola de placer le surgió de dentro, arrancando a Lorene un gemido gutural. Con la mandíbula contraída del esfuerzo para retener su propio éxtasis, a Bruno se le iluminó la cara de satisfacción por haberle arrancado aquel grito de placer. La penetró con más fuerza hasta que descargó toda la pasión animal que llevaba dentro. Con pereza e incapaz de separarse de aquel cuerpo cálido y suave, la obligó a mirarle.

—¿Eres siempre así de entregada? —susurró cerca de su oído. Necesitaba saber cuán receptiva era a sus caricias.

—Bueno, la culpa ha sido tuya. Me has provocado y mi cuerpo responde.
—Me encanta que seas así de ardiente.

Permanecieron abrazados un buen rato hasta que poco a poco el sueño le fue venciendo.

Estaba sobre el ring de Minnesota, el público aclamaba enfurecido a Vladimir. Este se movía, jactándose con los puños en alto y los animaba a que siguieran gritando su nombre. Se volvió hacia él y le contempló con una sonrisa sardónica. Podía oler su desprecio. Lo ignoró, se quitó la capa y comenzó a calentar. Dio un par de puñetazos al aire y se preparó. La campana sonó anunciando el comienzo del combate. Comenzó a girar, asestó varios golpes que no llegaron a tocar a su oponente ni de costado. En cambio, él sentía cómo Vladimir le rompía las costillas, le golpeaba la cara sin piedad y la sangre salía a borbotones de su nariz. Quería defenderse, pero algo se lo impedía, era demasiado lento. Asimismo, su vista se nublaba y difuminaba la imagen, lo que le impedía ver bien; se giró y solo vio un puño que iba a cámara lenta mientras se estrechaba contra su cara. Cayó al suelo como un saco de grano. El público enmudeció, ¿qué pasaba? No podía moverse. Lorene sollozaba y lo llamaba por su nombre con desgarradores lamentos. Sin embargo, él se levantó, pero ya no sentía dolor. Se acercó hasta ella para calmarla, pero la atravesó.

«No, no, no. Esto no puede estar pasando», se lamentó.

Miró a su alrededor y vio que su cuerpo estaba ahí tirado y que nadie podía verlo a excepción de Vladimir.

—¿Por qué tú sí me ves? —le increpó.

Sin embargo, Vladimir solo sonreía con una estúpida mueca en su cara. Se acercó y, al fijarse bien en él, su rostro cambió y se transformó en el de su padre.

—Eres una rata, no vales para nada. Nadie te querrá jamás, los decepcionas a todos. Eres basura, das asco —le insultó.

—¡¡NO!! —gritó.

—Bruno, tranquilo, solo es una pesadilla. —Lorene había encendido la lamparilla de la mesita de noche y le contemplaba preocupada—. Ya, todo ha pasado.

Él se incorporó sudando mientras se cercioraba dónde estaba, aún tenía muy presente las imágenes del sueño. Observó los muebles y dio las gracias

por estar en el apartamento de Lorene. Nada de lo que había soñado había sucedido, sin embargo, le había parecido tan real...

—Lo siento. —Se cubrió la cara con las manos y soltó una exhalación de aire.

—¿Tienes a menudo pesadillas? —Ella le acarició el pelo y le observó con la frente fruncida. Al ver que no le contestaba, añadió—: No tienes por qué avergonzarte. No es solo cosa de niños.

—Creí que durmiendo contigo conseguiría alejarlos, pero ya veo que no. —Afectado, le dio la espalda.

Al rato, notó como Lorene le recorría con un dedo la cicatriz que tenía en la espalda. Era la primera vez que le permitía a alguien tocarla: era un recuerdo demasiado horrible como para olvidarlo.

—Esa cicatriz me la causó mi padre. Casi me parte la espalda. Estuve ingresado mucho tiempo en el hospital —explicó.

—Lo siento, has debido de sufrir mucho. No hables de ello si no quieres. —Le abrazó por detrás y le besó en el cuello.

—Al contrario, necesito desahogarme. Llevo mucho tiempo guardándomelo para mí. Siempre me avergonzaba, creía que algo iba mal conmigo no que tuviese un canalla como padre, porque un verdadero hombre protege a sus hijos, no los maltrata. —Apretó la mandíbula hasta que le rechinaron los dientes del dolor—. Estaba jugando cerca de la leña con un tronco. No lo vi venir. De repente, algo muy pesado me cayó por detrás, el impacto me arrastró al suelo con violencia. Sentí un dolor agudísimo en la zona lumbar y perdí el conocimiento. Me había lanzado un tronco y la rama se me clavó. Tuve suerte de que no rozara los nervios principales.

—¡Qué horror! No me extraña que tengas tantas pesadillas. ¿Estabas soñando con él? —Su voz era suave y aterciopelada.

Se dejó caer sobre la almohada y dejó que ella continuara con sus atenciones hacia él. Le gustaba que le acariciase.

—Soñaba que me enfrentaba a Vladimir —confesó algo turbado—, pero no podía alcanzarle, me derribaba y tú no podías verme. Yo estaba a tu lado, pero mi cuerpo estaba en el suelo. Entonces la cara de Vladimir cambió y se convirtió en la de mi padre. Comenzó a decirme que no era nadie, que decepciono siempre, yo... yo no soy lo que tú cre... —Lorene le dio un beso en los labios para acallararlo.

—¡Chist! Ni se te ocurra decirlo. Era un mal sueño. Nada más. Estoy segura de que todo esto tiene que ver con lo que hemos hablado de marcharte a

Rusia.

—No lo sé. Perdona, duérmete, es muy tarde. Gracias por estar aquí. —
La besó en la boca y dejó que reposara la cabeza sobre su hombro. Le reconfortaba tenerla cerca.

Tras unos minutos con la mente en blanco, le asaltaron nuevas imágenes que prefería olvidar. No hacía más que darle vueltas al posible mensaje que su subconsciente le había enviado. Tenía que tomar una decisión.



Desplazó un brazo por las sábanas, pero no localizó el cuerpo tibio de Lorene: ya se había levantado, y lo había dejado solo en la cama. Miró a su alrededor en busca de un reloj hasta que se topó con una señal luminosa en rojo. Era tardísimo. Se levantó algo apesadumbrado y salió a buscarla.

—Buenos días, dormilón —le saludó ella con una sonrisa deslumbrante.

Estaba en el salón vestida con ropa de calle, leyendo un libro. Su melena pelirroja caía en cascada por los hombros creando un marco precioso.

—¿Por qué no me has despertado? —le preguntó azorado.

—Después de lo de anoche, estabas tan profundamente dormido que he pensado que necesitabas descansar. He preparado algo para comer.

—¿Ya has comido? —Completamente abochornado por su pereza, se recriminó el no haberla oído trajinar por el apartamento. Tenía que reconocer que había dormido como un bebé. Se había levantado como nuevo.

—No —rio—. Te estaba esperando. Espero que te gusten los canelones.

—Pelirroja, si me sigues tratando así de bien, mañana mismo me mudo contigo.

Después de comer, se disculpó con ella y regresó a su apartamento. Tenía que hablar con Max acerca del viaje. Pasar el fin de semana con ella le había hecho reflexionar sobre la vida que realmente soñaba. Estaba seguro de que lo encontraría en su casa, no obstante, prefirió enviarle un mensaje. Cuando le contestó, marchó a verlo.

—¿Qué pasa, muchacho? —Le invitó a entrar y le ofreció tomar una cerveza.

—No, gracias, Max. He estado pensando. Quizá me haya precipitado al negarme. ¿Crees que lo necesito?

Las pupilas oscuras de su amigo le observaban con el semblante serio.

—Mira, hijo, si de verdad quieres apoderarte del título, necesitas ganar confianza. Te conozco y ahora mismo no la tienes. De todas formas, no necesitas enfrentarte a ese capullo. Sé feliz con esa chica y disfruta la vida.

—No. Ahora no me digas eso. Quiero ser feliz con ella, sí, pero ganando el título a ese cretino. Se lo quiero arrebatarse.

Le palmeó el hombro con afecto y le aconsejó:

—Entonces despídete de ella por un tiempo. Voy a organizarlo todo. Asegúrate de no tener caducado tu pasaporte, nos iremos enseguida. —Luego torció la boca y añadió—: Por cierto, ¿qué tal vas con aquella psicóloga con la que salías?

—Bien. Hemos quedado como amigos, así podemos hablar de mis problemas con libertad. Me resisto a buscarme un nuevo profesional. Vicky era muy buena y me ayudó un montón. De hecho, he quedado con ella. Necesito que me aclare ciertas preocupaciones que últimamente me devastan y me tienen bastante preocupado —confesó contrito.

—No quiero meterme en medio, ya lo sabes, pero si mi opinión te sirve de ayuda, deberías cortar toda relación que te ate a ella. Tú siempre has confiado en su profesionalidad, sin embargo, yo creo que no te hacía bien. No era lo que necesitabas. Para mí, usaba su trabajo para recabar información sobre ti y seducirte.

—Nunca te gustó Vicky, ¿eh, viejo?

—No, no era para ti. Me alegro de que ya no estés con ella. Esa mujer necesita un hombre que la ponga en su sitio.

Admiraba a ese individuo: era astuto, observador y no se le escapaba ni una. Parecía calar a la gente con tan solo una mirada. Estaba constantemente en guardia. Era el padre que nunca tuvo a pesar de que no se llevaban tanta diferencia de edad. Max era once años mayor que él, pero siempre había estado dispuesto a escucharle, aconsejarle para que no se desviara del camino. Tenía mucho que agradecerle. Aunque en esta ocasión disentía de su opinión.

Capítulo 16. La consulta

El problema con el boxeo es que demasiado a menudo termina en tristeza.

—Barry McGuigan—

Odiaba los lunes y mucho más después del fin de semana que había vivido junto a Lorene. Le asustaba lo rápido que se había acostumbrado a ella. Esa noche había echado de menos su compañía en la cama, ahora se le hacía demasiado solitaria. Pero como iba a marcharse a Rusia, no era el momento de echar raíces.

Vicky le esperaba en su despacho a última hora. Pasaba consulta en un edificio moderno y acristalado por fuera, lo que le daba mucha luminosidad. La secretaria le hizo pasar a la sala de espera donde había revistas e incluso libros, sin embargo, se le quitaron las ganas de ojear lo que allí se ponía al ver que en la portada de una de ellas aparecía Vladimir en primera plana.

Se entretuvo con los cuadros que decoraban las paredes de color crema. Eran paisajes costeros que transmitían paz. El mobiliario era *vintage*, lo que le daba un aspecto señorial a la entrada. Tenía muy buen gusto. Todo estaba perfectamente ordenado y con un sentido específico.

Por fin salió el paciente y la secretaria le avisó de que ya podía entrar. No obstante, dio dos toques a la puerta antes de abrir por educación. Vicky lo esperaba sentada sobre la silla, con una blusa semitransparente de color negro y unos pantalones de vestir blancos. Se le veía cansada, aun así, esbozó una bella sonrisa y sus ojos verdes brillaron de alegría.

—Pasa, siéntate. ¿Cómo estás? —Le dio dos besos, tratamiento que solo usaba con él. Ella marcaba siempre las distancias con todos sus pacientes, pero entre ellos había habido algo más y se notaba por la familiaridad con la que se tuteaban.

—Bueno, han aumentado las pesadillas. He decido presentarme a un combate porque he visto que Vladimir estará ahí luchando por obtener el triunfo —contestó. Ella era conocedora de todos sus secretos.

—¿Ese tal Vladimir es del que hemos hablado en otras ocasiones?

Recordaba las primeras consultas, él tumbado sobre aquel diván de cuero marrón, sintiéndose abrumado por relatar sus experiencias, y ella al

lado en un sillón de cuero blanco, tomando notas en su cuaderno. Muchas veces le miraba por encima de las gafas mientras le interrogaba para ahondar en su problema. Su relación se fraguó entre esas cuatro paredes.

—Sí. ¿Crees que tiene algo que ver con lo que me sucede?

—Bruno, tienes un trauma infantil. Todo hecho o persona que te recuerde a ese pasado, tu cerebro, automáticamente, lo relacionará con él. Tienes que aprender a convivir con ello. Nunca podrás olvidarlo, pero que nadie te atormente con eso: tú no eres él, brillas con luz propia y muchos quieren arrebátártela. No les dejes. —Le cogió de la mano con cariño y le sonrió con dulzura—. Íbamos muy bien cuando vivíamos juntos. Has vuelto para atrás como los cangrejos.

—No sé qué me pasa, Vicky —admitió con pesar.

Se acercó a él con voz melosa:

—¿Hay algo más que te preocupa? Nos conocemos bien, puedo verlo en tu mirada. Anda, cuenta.

Antes solía gustarle, pero ahora la veía con otros ojos, quizá era que Lorene se había metido bajo su piel. Se mesó el pelo con nerviosismo y se levantó. Necesitaba moverse.

—He conocido a otra persona. Me gusta mucho, pero es que me corroen los celos por dentro de forma enfermiza. Yo no quiero aislarla, sin embargo, me mata ver que otros se fijan en ella.

—Eso es inseguridad, Bruno. ¿No será que esa chica te da motivos para ello? —Arqueó una ceja oscura preocupada.

—No. No es ella, soy yo. Quiero que funcione lo nuestro, pero me pongo malo cada vez que alguien se acerca a ella.

—No sé, Bruno, no puedo opinar nada sin conocerla. Pero ya sabes que las mujeres podemos ser muy retorcidas y dar la sensación de inocentes, cuando en realidad lo está haciendo con premeditación para llamar tu atención. En estos casos, lo mejor es mostrarte indiferente y no seguirle el juego —sugirió. Su rictus cambió sutilmente con ojos astutos. Quería sembrar la duda entre ellos.

—No creo que sea necesario, además, ahora me marcho de viaje. Lo que me preocupa es que yo no esté y otros puedan conquistarla —expuso con franqueza.

Necesitaba confesar sus temores con ella, antaño sus consejos le fueron muy útiles.

—Nunca fuiste así de celoso conmigo, ¿por qué ahora estás así con ella?

¿Qué ha cambiado? —replicó algo molesta.

—No lo sé, ella me da paz. Tiene algo que me conmueve por dentro, no quiero perderla, pero tampoco quiero convertirme en mi padre, que no dejaba respirar a mi madre. ¿Es eso normal?

—No. —Maldijo para sus adentros: eso era amor—. Quizá te venga bien ese viaje. Tómalo como un respiro en vuestra relación, creo que te está asfixiando. Cuando vuelvas, lo verás con otros ojos. ¿Dónde la has conocido? —preguntó, rechinando los dientes de la rabia.

—Es una empleada de uno de mis gimnasios, es masajista. Nadie lo sabe, le hice firmar un contrato de confidencialidad para preservar nuestra privacidad.

—Entiendo, ¿y no has pensado que quiera ascender de estatus a través de ti? —Imploraba porque fuese una buscona.

—No sabe que soy el dueño. Se piensa que soy un alumno más. Llevo dos años yendo allí a las clases de boxeo. No tiene ni idea del dinero que manejo, Vicky. Lorene no es así. —Por fin sabía su nombre.

—En ese caso, si tan inseguro estás de tu relación, yo no la llamaría a menudo. Puedes alternarlo con mensajes cortos y espaciarlos un poco para no agobiarla, si eso es lo que te preocupa. No seas demasiado efusivo con los mensajes, para que no piense que te tiene en el bote y así ves cómo se desenvuelve ella. Una relación se basa en la confianza. Si te quiere, te lo demostrará. —No obstante, ya se pasaría por el gimnasio, lo mismo la contrataba y todo para un masaje. Luego, ya pensaría qué *mensajito* le dejaba.

Disimuló la sonrisa y consultó la hora en su reloj de oro:

—¿Qué te parece si continuamos esta conversación mientras cenamos? Estoy famélica. Invito yo. Conozco un mexicano que hacen unos tacos divinos y está muy cerquita de aquí —le tentó.

—Está bien. Total, lo mismo es la última vez que nos vemos. He estado pensando que ahora que ya no estamos juntos, no quiero abusar de tu generosidad, creo que ya es hora de que busque la ayuda de otro profesional.

Vicky se colocó el bolso con una sonrisa torcida.

—Bruno, que sepas que siempre estaré aquí para lo que necesites. No obstante, respetaré tu decisión. No voy a decir que no me moleste, pero no puedo obligarte. —Antes de marcharse con la excusa de ir al baño, marcó un número—. Hola, Peter, soy Vicky. Necesito que me hagas un favor, ¿puedes anotar una dirección y hacerme fotos de esas que tú sabes con mi acompañante? Ya te diré luego qué hacer con ellas. Date prisa, porque

estaremos allí en diez minutos. Muchas gracias. Así estaremos en paz. — Satisfecha con la respuesta de Peter, se reunió con Bruno en el vestíbulo y marcharon para el restaurante.

Un camarero que conocía bien a Vicky les guio hasta una mesa cerca de un enorme ventanal que daba a la calle, pero en la que se respiraba cierta tranquilidad. Había biombos que les procuraban intimidad. Cogieron la carta para elegir la comida y cuando les tomaron nota, Vicky cogió de la mano a Bruno.

—He estado pensando que como ya que no estamos juntos, voy a devolverte el anillo que me regalaste. Lo mismo a esa muchachita le queda mejor que a mí. —Hizo intención de sacárselo cuando Bruno la paró.

—Es tuyo, Vicky. Si alguna vez lo nuestro llega hasta ese paso, le regalaría uno que vaya a juego con sus ojos.

—¿Y cómo es ella? —se interesó, mientras volvía a su lugar el anillo de diamantes.

—Es una belleza pelirroja, de ojos azules y bastante alta.

—¡Oh! Entonces tendré que felicitarte por esa relación tan fructífera. — Alzó la jarra de cerveza y brindaron por ella.

—Me alegro de que no te importe. ¿Y tú? ¿Qué tal todo?

—Bien, conocí a un muchacho bastante atractivo, pero lo dejé ahí. Creo que no era el momento para nosotros. El tiempo lo dirá.

—Me alegro por ti.

La noche trascurrió rápido y, a la salida, Vicky le rodeó el brazo con familiaridad.

—Bueno, te deseo lo mejor. Ha sido una cena fantástica. ¿Dónde tienes el coche? —le preguntó con falso interés.

—En tu edificio, habrá que volver andando.

Sonriente, la acompañó hasta la entrada del garaje para asegurarse de que llegaba bien y, al despedirse de ella, le sorprendió con un beso en la mejilla que demoró más de lo necesario. Cuando se separó de él, a Bruno le descolocó semejante muestra de afecto, ¿quizá sentía que sus caminos se separasen? No sabía cómo interpretarlo. Buscó en sus verdes ojos alguna pista que le ayudara a descifrar su significado, sin embargo, ella lo eludió con habilidad, desvió la mirada y se marchó a toda carrera. Lo dejó allí de pie hecho un lío. Sentía que lo suyo no hubiese funcionado, pero era lo mejor para los dos, sobre todo, para ella. Ambos debían de cortar con aquella relación que con el tiempo se volvería tóxica y dependiente, impidiendo que ninguno

rehiciese su vida amorosa con otras personas.

Mientras conducía, se alegraba de haber dado el paso. Pensó que le costaría más decírselo, pero al hablar de Lorene, le había salido tan natural que no se percató de si le afectaba en lo más mínimo. Suponía que él ya había cerrado ese capítulo de su historia hacía mucho. Nada más entrar por la puerta, comenzó a hacer la maleta para el viaje, preparó el pasaporte y se marchó a dormir.



Lorene tenía una semana muy ajetreada. Bruno le había llamado para quedar antes de que se marchara para Rusia. Era inminente y quería pasar por su casa para despedirse. Su relación no había despegado y ya tenían que alejarse por una temporada. Le costaba hacerse a la idea de que tenía pareja, aunque nadie de sus amigos, formalmente, supiera de él. No habían vuelto a tocar el tema del contrato y como no había dado lugar para las presentaciones, tampoco es que ahora eso le importase mucho. De momento, por prudencia, seguiría como hasta ahora: de cara a los demás no tenía novio, aunque se muriese por dentro por compartirlo con su mejor amigo. Morderse la lengua le estaba costando porque Zac no hacía más que darle la vara con su amigo. Todo el día se lo pasaba que si Joss por aquí, Joss por allá, le daban ganas de gritarle que ya estaba saliendo con otro para que la dejara en paz. ¡Qué cruz!

Arrugó la nariz con una mueca de disgusto y terminó de hacerse la trenza de raíz. Se había enfundado en una minifalda metálica que conjuntó con una camiseta blanca algo holgada y abierta por el cuello, deslizándola y dejando uno de sus hombros al aire. Le gustaba el atuendo que había elegido, quería sorprenderlo. Siempre la veía en mallas o con ropa deportiva y comenzaba a odiar esas prendas. Nunca le había apetecido arreglarse tanto como ahora. Fijó el cierre metálico de unos pendientes de aro plateados y se puso unas sandalias blancas. Justo a tiempo, pues Bruno llegó en ese instante. Nada más abrir la puerta, la devoró con los ojos para su inmenso júbilo.

—¿Vamos a alguna fiesta? Creí que esto era una despedida —le susurró al oído a la vez que exploraba el lóbulo de su oreja con la boca.

—Solo quería estar guapa —contestó, embriagada por las sensaciones que provocaba Bruno en su cuerpo.

—Tú siempre estás guapa, pelirroja. He traído una botella de vino, pero

creo que directamente me salto a los postres. Esto amerita celebrarlo empezando por el final.

Dejó una bolsa que había traído en la nevera para acercarse a ella como un felino, la cogió en brazos y besó con ardor de camino a la cama. Lorene le rodeó el cuello para no caerse y dejó que los acomodara. La ropa, esa incómoda barrera, impedía que pudiese sentir la piel de ébano de Bruno. La paciencia no era la virtud de ninguno. Ansiosos por llevar al otro a experimentar nuevas sensaciones, había derivado en una pasión animal y lanzaban las prendas por el aire entre suspiros y caricias.

—Pelirroja, me vuelves loco. Como sigas moviéndote así, te voy a penetrar ya. Déjame disfrutar un poco más de ti.

Bruno se apartó un poco de ella y admiró su cuerpo. Se le veía embelesado. Es lo que más le gustaba de él. No ocultaba lo mucho que la deseaba y eso la excitaba. Salió de la cama y le oyó ir a la cocina. Volvió con una sonrisa ladina.

—¿Tienes un fular o algo parecido? —le preguntó con mucho misterio.

Lorene abrió un cajón de su cómoda y se lo tendió intrigada.

—Quiero que te lo pongas. Y nada de mirar —le exigió.

Ella se dejó cubrir los ojos con la tela y, para comprobar que no veía, le pasó varias veces la mano por delante. La cogió de una mano y le entregó un bote.

—¿Qué es esto? —preguntó intrigada.

—Caramel. Así que estate quieta si no quieres que esta noche nos quedemos pegados a las sábanas.

—¿Eso lo has traído en tu bolsa con segundas? —se burló de él.

—Se suponía que era para endulzar el postre, pero tiene también otros usos afrodisíacos.

El contacto del líquido con su piel le sacó un grito. Estaba helado. Sin embargo, pronto quedó en el olvido al sentir el calor de la lengua de Bruno que jugueteaba con su pezón para luego subir y enredarse con su boca.

—Eres un truhan. ¿Voy a poder hacerte yo lo mismo? —le preguntó juguetona.

—No creo que pueda aguantar. Otro día.

Y dicho esto, comenzó a envolverla con excitantes caricias que le sacaban continuos jadeos de placer. Bruno descendió lento e inexorablemente con besos húmedos hasta el triángulo de rizos cobrizos, entre múltiples protestas de Lorene. Pero no pensaba frenarse. Necesitaba separar la carne

que allí habitaba y lamer aquel dulzor que escondía. No le dio respiro y con suaves toquecitos de su lengua, la transportó a un tormento delicioso. Lorene incapaz de soportarlo por más tiempo, gritó:

—¡No puedo más, Bruno! ¡Detente ya, por favor!

Con los ojos enturbiados por la pasión, sonrió encantado con las palabras que conseguía arrancarle.

—Todavía no, mi dulce.

Volvió a besarla e introdujo los dedos en su calidez mientras ejercía una fricción embriagadora de los pectorales masculinos contra sus senos. Se apartó de su boca y descendió por su cuello hasta sus senos. Cuando los dientes de Bruno apresaron uno de sus rosados pezones y tironeó de ellos, Lorene gimió.

El miembro de Bruno se frotaba con descaro por su monte de Venus. Aquel placer carnal que los dos sentían estaba consiguiendo llevarlos a una marea de intenso placer.

Viendo que ninguno podía aguantarse más las ganas, se acabó el ser indulgente, y entró en ella con una salvaje embestida. Comenzó a moverse y Lorene se arqueó para ir a su encuentro. Él le quitó la venda.

—Quiero verte —le dijo entre gruñidos de puro éxtasis.

Era divino poder observar cómo disfrutaba. Sus embestidas fueron aumentando gradualmente de intensidad hasta llegar al clímax.

Con la frente perlada de sudor, Bruno se quitó de encima y se fue a dar una ducha. Lorene se acurrucó entre las sábanas y se quedó frita. Solo despertó al olor de algo delicioso.

—Te he traído la cena. Espero que te guste —le sorprendió Bruno con una ensalada de pollo y arroz.

—Por Dios, ¡qué vergüenza! Me he quedado dormida y has cocinado tú, encima de que te vas. —Le observó con tristeza.

—No pasa nada. Después del sexo me entra hambre —sonrió—. Te voy a echar de menos.

Le pasó un pulgar por la mejilla mientras la contemplaba como si no quisiera olvidarse de su rostro.

—Y yo a ti.

Capítulo 17. El viaje

Conocía el boxeo antes de conocer cualquier otra cosa.

—Floyd Mayweather, Jr—

Por la mañana, se levantó pronto y se despidió de Lorene con un beso y un cálido abrazo. Sentía separarse de ella y no poder apagar el fuego que ambos prendían con una simple caricia, sin embargo, no había tiempo. Había dejado la maleta preparada para poder pasar la noche con ella. Max ya le esperaba en el aeropuerto. Llevaba puesto un chándal de pantalón largo que le sofocaba de solo verlo, ¡con el calor que hacía!

—¿No pretenderás aterrizar con esa ropa? —le increpó al verlo dirigirse hacia él con pantalones cortos y manga corta.

—No fastidies, ¿quieres que coja el sarampión? Ya tendré tiempo de cambiarme en el aeropuerto —le respondió con sarcasmo.

Mientras esperaban a facturar, se acercó hasta un puesto de revistas, libros y aperitivos para leer la prensa. La mujer que atendía, lo reconoció y le pidió un autógrafo. Le resultó gracioso porque en un momento se vio rodeado de personas que querían fotografiarse con él como si fuese un famoso de la tele. En un segundo, se hizo su imagen viral por las redes y decidió compartir por su Instagram un par de instantáneas con admiradores.

Para llegar a Rusia debían pasar muchas horas en el avión. Los dos eran dos hombretones grandes y, a pesar de ir en preferente, les seguía faltando espacio para poder estirarse con absoluta libertad. Algo que no pasó desapercibido para una niña de unos seis años. Su madre tenía puesto un antifaz que le cubría los ojos mientras que el padre dormitaba al lado entre cabezazos. La niña, los observó con curiosidad y dijo:

—No cabéis, sois demasiado grandes. ¿Sois jugadores de baloncesto?

A Bruno le hizo gracia su comentario y soltó una carcajada. No así Max, que la miró como si fuese un insecto.

—Mira que odio que viajen con críos —le susurró Max al oído.

Él, en cambio, ignoró el arranque de mal humor de su amigo y decidió charlar con la niña.

—No. Somos boxeadores.

—Pues no tienes pinta de boxeador —insistió la niña.

—¿Ah, no? ¿Y eso? —Abrió los ojos como platos y disimuló la sonrisa que amenazaba con esbozar.

—Eres muy guapo. Los boxeadores tienen pinta de brutos y son feos.

Su observación consiguió sacar más de una risa entre los que allí se encontraban. El padre se espabiló e instó a la niña a mirar hacia delante y se disculpó por el atrevimiento de su hija. Sin embargo, la pequeña le regaló una sonrisa traviesa y le invitó a un chicle.

El resto del viaje se le hizo monótono. Dormitó un poco para descansar y se puso un par de películas que ya había visto. Recibió con alegría el anuncio que indicaba el inminente aterrizaje. De repente, la niña volvió al ataque y se volvió con una risa pícaro.

—Te he hecho una foto mientras dormías. Mira. —Le mostró una imagen desenfocada con el móvil de uno de sus padres, lo que le sacó otra sonrisa. Se despidió de ella con algo de tristeza. Se imaginaba teniendo una bonita niña pelirroja como ella.

Mientras iba al baño a ponerse la ropa de invierno que había traído, Max se quedó con el carrito a esperar que el equipaje saliese de la cinta. Cuando lo vio acercarse, le pasó su maleta.

Fuera les esperaba un coche con un ruso con cara de matón que les condujo hasta un conjunto de apartamentos. Max no le había explicado exactamente en qué iba a consistir el entrenamiento. Pero a razón del frío que hacía producto de la nieve, se imaginaba que le haría sudar para entrar en calor.

Cuando llegaron, el edificio era bastante antiguo, no funcionaba ni el ascensor. Tuvieron que subir por una escalera que tenía las paredes desconchadas. El apartamento tenía una vieja caldera que, al menos, proporcionaba calor en su interior, quizá demasiado. Por dentro, aunque era sencillo, tenía todas las comodidades.

Bruno fue a la cocina, un cubículo muy estrecho en el que solo cabía una persona, y abrió la nevera: estaba lo suficientemente llena como para sobrevivir durante un mes. Cogió algo para picar mientras deshacía la maleta. Tenía un armario empotrado no muy grande con unas puertas endebles. Estaban hechas a base de contrachapado, un movimiento brusco por su parte y se quedaría con ellas en la mano. Al menos, la cama era de su tamaño.

—Cuando termines, nos bajamos. Quiero enseñarte las instalaciones —le dijo Max.

En vista de ello, Bruno se cambió de ropa y cogió sus guantes. Max le guio hasta un patio interior lleno de charcos y nieve donde había varios hombres ya entrenando. Algunos eran igual de fornidos y altos que él. Max le presentó a uno de ellos y le dejó a su cargo. Lo primero que le hizo fue calentar. En más de una ocasión, estuvo a punto de darse una costalada. El tipo le gritaba que más rápido, pero a él le era imposible sin matarse.

—¿Crees que no se puede, gringo? —le dijo en un inglés muy rudo.

Le hizo una señal a otro, que se puso a correr y saltar en menos de un minuto. Él había tardado casi cinco.

—Vamos, ¡otra vez! —le ordenó.

Bruno sufría resbalones y caídas, lo que originaba que su torpeza le calentase el carácter. ¿Cómo podían entrenar en semejantes condiciones? Estaba mosqueado de ver que no se conocía el terreno. Hasta que, poco a poco, fue controlando y comenzó a saber dónde podía pisar.

—Bien, pero sigues siendo un paquidermo —le señaló Vadik—. Aquí no entrenamos a perdedores, cada vez que seas el más lento de todos ellos, recibirás un castigo. Hoy, te toca quitar la nieve. Tú coger pala —señaló.

Con rabia contenida, Bruno cogió la herramienta y se dedicó a realizar un caminito para facilitar la entrada al edificio. Estaba sudando; se paró un segundo a tomar aliento, cuando Vadik enseguida le llamó la atención.

—Gringo, aquí no se viene a descansar.

No le dio tregua. Estaba con las manos rojas de cavar en la nieve. Se alegró de la caída del atardecer, ya que fue entonces cuando se libró de aquel sádico. Lo primero que hizo fue darse una ducha de agua caliente.

De regreso a su cuarto, llamó a Lorene.

—Hola, ¿qué tal todo por allí? —le preguntó con voz cantarina.

—Bien —mintió. No quería hablar de sus problemas.

—Cuéntame qué haces por allí, ¿está nevado como dicen?

Oír su voz le animó algo. Estuvieron un rato charlando de lo que hacían cada uno y colgó. Echaba de menos poder tocar su cuerpo y sentir sus abrazos.

Max asomó por la puerta y sonrió. Le daban ganas de borrarle esa sonrisa de un puñetazo.

—No me mires así. De aquí vas a salir más que preparado —le aseguró.

—Si no acaba antes conmigo ese Vadik. ¿Quién demonios se cree?

—Es un exmilitar ruso. Uno de los mejores. No se va a ablandar contigo. ¿Quieres vencer a Vladimir? Pues para eso, primero tendrás que superar su entrenamiento. Mañana te espera a las seis de la mañana.

—Te puedo asegurar que no le pienso dar la satisfacción de verme doblegado. —Se encaminó hacia la cocina dando por zanjada la conversación.

Mientras cenaba un sabroso bocadillo, se puso a ver la televisión un rato. Estaba casi todo en ruso y no entendía nada.

—¿No hay nada en inglés? —se quejó.

—Claro que sí. Trae, inútil. —Max le quitó el control remoto y cambió de canal—. Tienen todos los idiomas. ¿Cuál quieres?

—Me da igual.



Sintió como alguien le daba un empujón y lo despertaba.

—Te quedaste dormido en el sofá. No soy tu niñera, la próxima vez cógete tú la manta para que no tenga que cubrirte con ella —le gruñó Max—. Venga, que es la hora.

Bruno sacudió la cabeza algo mareado y se quitó la dichosa manta. Max había cerrado la ventana y el calor era sofocante debido a la calefacción central. Como no quería demorarse demasiado, tomó un desayuno ligero y se vistió rápido. Vadik lo esperaba con el semblante serio.

—Te has retrasado tres minutos. Ponte a hacer flexiones ahí. —Le señaló un roto que había en el asfalto dónde había un enorme charco de agua helada y sucia. Se quitó el anorak y se puso unos guantes de cuero para que no se le quedaran las manos heladas. Ya se las había vendado previamente.

Se tumbó encima y comenzó a bajar. Vadik puso la bota encima de su sudadera y cuando ascendía le apretaba fuerte para obligarlo a descender más rápido.

—Más abajo, gringo.

Su nariz tocaba el agua helada, los antebrazos le ardían por el esfuerzo, tenía los abdominales más tensos que nunca. El ruso era implacable. Si paraba a coger aliento, Vadik le clavaba el tacón de la bota en las costillas y no aflojaba hasta que regresaba con el duro ejercicio. La sudadera rozaba el agua, sentía que se le agotaban las fuerzas, estaba al límite, aun así, seguía intentándolo para aguantar al máximo y no darle el gusto de humillarlo delante de todos. Continuó con aquel martirio hasta que ya no pudo más y rodó a un lado para no mojarse.

—No ha estado mal —masculló el militar sin mucho entusiasmo—. Ponte

a correr. Tienes un minuto.

Se levantó con los brazos temblorosos y puso en movimiento sus largas piernas. No tardó en verse acompañado por el grupo de hombres que solía estar habitualmente en el patio. Pronto se vio cercado por ellos, frenando su carrera. Trató de adelantarles para ir más rápido, encontrándose con un muro humano que le bloqueaba entre empujones varios. La reacción de Vadik no se hizo esperar: lo llamó por su nombre con ademán colérico.

—Tú, Bruno, coger pala.

¿Qué demonios le pasaba? Se envalentonó y lo desafió:

—¿Por qué?

—¿Tienes el descaro de preguntarme? No has conseguido adelantar a ninguno de mis hombres. Eres el último.

—Me bloquean —se quejó.

—Pues entonces, lucha con ellos. Ahora a quitar nieve —dijo sin un ápice de piedad.

Con un rápido movimiento, cogió la pala de mala gana y se marchó de allí furioso. Bien, si quería ponérselo difícil, esto no iba a quedar así. Esta tarde le demostraría a ese bastardo de qué madera estaba hecho. No pensaba darse por vencido.

Estaba harto de cavar en la nieve. Le dolían los brazos. Cuando llegó la hora de comer hizo ademán de marcharse, pero Vadik le detuvo.

—Tú no, gringo. —Le mostró con desprecio un trozo de pan con carne y añadió—: Esta será tu comida por hoy. ¿Quieres comer? Entonces mueve esta grúa.

Le llevó hasta un descampado que había cerca donde tenían maquinaria de campo bastante anticuada; se posicionó a cierta distancia de ella y dibujó una raya en el suelo. En uno de los tractores había un par de gruesas cadenas enganchadas en la parte trasera. Vadik le instó a cogerlas y comenzó a darle órdenes:

—Muévelas como si fueran una serpiente a la vez que tiras. ¡Pronto, gringo!

En el momento en que no las movía como él quería, le gritaba:

—¡Vamos! ¡Tira de ellas con las dos manos, a la vez, creando ondas!

El tractor se movía de poco en poco. Aún faltaba mucho para llegar a la maldita marca.

—Ahora tira de ellas como si fueras un buey. De espaldas al tractor. ¡Empuja! ¡Más fuerte!

Sus pies resbalaban en la nieve helada y el charco. Cayó varias veces de rodillas. Tuvo que rascar con las zapatillas para crear surcos y no resbalar. Sus músculos se hinchaban y las venas se contraían del esfuerzo.

—¡Arrrrggg! —rugió cuando pisó la marca.

—Esa marca no es para ti —dijo Vadik con una sonrisa cruel—. Es para el tractor, así que ahora ponte mirándolo y tira con las muñecas pegadas.

Estaba sudando como un cerdo. Las aletas de su nariz se hincharon de la rabia. Tiró con todas sus fuerzas, pero se resbalaba: tenía los pies empapados.

—¿Qué pasa, gringo? ¿Ya te das por vencido?

Apretó los dientes con fiereza y volvió a la carga. El truco estaba en mantener la espalda erguida y las manos cerca del estómago. Todo ese ejercicio era de Core. Clavó las zapatillas y comenzó a avanzar despacito hasta que traspasó la línea. Sus ojos observaban con odio al ruso. Por fin, este le hizo entrega del bocadillo y le conminó a cambiarse de calzado. Bruno se alegró de perderlo de vista.

—No comas más de lo que te he dado o lo sabré. Te quiero a las cuatro en punto —le advirtió.

Entró en el apartamento dando un portazo.

—Vaya, sí que te ha hecho trabajar Vadik —observó Max al ver su semblante contraído.

—Ese cabrón está desquiciado. —Furioso, se deshizo de la ropa mojada y se cambió entre bocado y bocado al bocadillo.

—Ese hombre te va a hacer sudar la gota gorda, pero te aseguro que vas a salir de aquí muy preparado.

Bruno prefirió guardarse sus comentarios para sí. No estaba de humor ni para discutir. Terminó de comer en silencio, sin embargo, su estómago tenía más hambre. Estuvo tentado de prepararse algo más, pero no lo haría: no le daría la enorme satisfacción de desafiarlo. No obstante, ya era la hora: aunque hubiese querido, no disponía de más tiempo.

En cuanto que bajó al patio, Vadik consultó el reloj. Se había adelantado cinco minutos. Esbozó una sonrisa cínica y esperó a ver qué idea retorcida se le había ocurrido esta vez.

—Esta vez vamos a golpear el saco. Iremos a un gimnasio —le comunicó.

Como tal, no era un gimnasio: era la parte baja del edificio que anteriormente podría haber servido de mercado y ahora estaba lleno de maquinaria de deporte y varios sacos desperdigados. Un hombre le sujetó el

saco y le hizo golpear. El ejercicio consistía en evitar que avanzase hacia él, tenía que golpear muy fuerte y muy seguido.

—¡Más fuerte, gringo! —le gritaba.

Poniendo todo su empeño, consiguió arrastrar al corpulento hombre unos cuantos pasos.

—Bien, ahora te vas a quedar ahí. Sacha —llamó al que había sujetado el saco—, golpéalo en la tripa. Tú, Bruno, no puedes pegar ni moverte del sitio, solo defenderte.

El ruso apodado Sacha esbozó una sonrisa cruel. Cada vez que reulaba, Vadik le atizaba con un palo en la espalda para recordarle que no podía retirarse. Conseguía esquivar algunos golpes, otros no.

—¡Vamos, gringo! ¡Defiéndete! —le gritaba.

Con mucho gusto le hubiera dicho que era complicado si no podía golpear.

—Para, Sacha, gracias. —Luego, se giró hacia él y le dijo con el semblante serio—: Esto lo vas a hacer cada día con un hombre más. Ponte ahí a practicar todos los golpes, quiero ver tu técnica.

Le observó durante más de una hora sin despegar los ojos de sus movimientos. Su mirada era gélida, ocultando siempre sus sentimientos. Era imposible saber si estaba conforme. Tampoco es que le hubiese dicho ninguna palabra de aliento hasta ahora. Solo le mandaba a cavar.

—Bien, salta a la comba media hora más y después puedes irte.

—¿Ya está? —se sorprendió.

—¿Qué más quieres, gringo? —le contestó con un brillo especial en sus azules ojos.

—Me sorprende que no me hayas castigado. ¿Es que he hecho algo mal? —replicó molesto.

El ruso soltó una carcajada y le observó divertido.

—Por hoy, creo que has tenido suficiente. Necesitas descansar. Créeme, mañana te alegrarás de que lo haya hecho.

Desconocía el significado de sus palabras. Bruno se marchó de allí con algo de recelo a buscar a Max. Necesitaba mantener una conversación con él, no comprendía que su entrenador no le estuviese acompañando en ningún momento. ¿Para qué demonios había venido entonces? Lo encontró aburrido viendo la televisión.

—¿Solo voy a entrenar con él? ¿Tú nunca vas a unirte a nosotros? —le reprendió como a un crío.

—Tranquilo, hijo, no te impacientes. Vadik no quiere que interfiera en tu entrenamiento por unos días. Luego, ya me verás ayudándote. Te vas a batir en varios combates ilegales.

Bruno le miró asombrado para comprobar la veracidad de sus palabras. Al ver que no lo negaba, bufó:

—¿Combates ilegales? Esa gente no juega limpio.

—Por eso te entrena él y no yo. Si consigues ganar el primer combate, estarás preparado para que os acompañe.

—¡Genial! —resopló.

Capítulo 18. El masaje

El mundo del boxeo está lleno de todo tipo de corrupción.

—Al Sharpton—

Desde que se había marchado Bruno, la tristeza se había adueñado de ella, tan solo amortiguada cuando recibía sus llamadas. Sin embargo, ya llevaba dos días sin tener noticias de él. Suponía que estaría muy ocupado, aun así, no podía evitar que le molestara. Le había enviado un mensaje que aún no había leído.

Se preparó para dar el próximo masaje, cuando Zac entró a su habitáculo con ímpetu.

—¿Qué te pasa? —dijo al observar los tensos músculos de su mandíbula.

—¿Sabes que tu próximo masaje es la *prometida* de Bruno? —soltó Zac.

—Zac, ¡qué tonterías dices! ¿De dónde te has sacado semejante afirmación? —comentó con una sonrisa condescendiente.

Como él ignoraba que ella salía con Bruno, le hacía gracia su desinformación.

—Pues resulta que Danielle estaba leyendo esta revista —le mostró *Sport Illustrated* y siguió con sus explicaciones—, cuando apareció Vicky. En un principio me quedé bloqueado, pensé que venía para tener una cita conmigo. ¡Qué idiota soy! Me acerqué con mi mejor sonrisa cuando las escuché hablar.

—¿Y qué es lo que decía ella según tú? —preguntó incrédula.

—Pues Danielle la reconoció como la chica que sale en el interior de la revista y se puso a charlar o a interrogarla, como mejor quieras llamarlo. Vicky estaba sorprendida de que la hubieran pillado con Bruno paseando, pues llevaban su relación a escondidas. No podía quedarme con la duda; intervine para confirmar que era él por quien me había dejado. Y me ha contestado que su relación es algo complicada de explicar. ¿Complicada? ¿Me toma el pelo? Si se lio conmigo, muy enamorada no estaba —estalló, agitando la revista.

Lorene se la arrancó de las manos y la abrió por la página que tenía señalada. Desconcertada, leyó el artículo completo. Según el redactor, se habría filtrado información relevante sobre Bruno en la que fuentes cercanas a

él afirmaban que podía ser el candidato al que habría amenazado Vladimir, Iván el Rojo, futura promesa del campeonato, en unas declaraciones recientes en televisión. Su enemistad se remontaba a cuando eran jóvenes, sacando a relucir un pasado marcado por el maltrato y una violencia desmedida. Esta información parecía ser de mayor interés que cualquier otro mérito que hubiese obtenido a lo largo de su carrera como boxeador en la que, además, aseguraban que la prometida de Bruno había jugado un papel decisivo. Ambos habían sido pillados paseando de lo más amigablemente tras cenar en un conocido restaurante, en el que supuestamente podía haberle pedido en matrimonio tras arreglar sus posibles diferencias. En una foto habían agrandado el anillo de pedida que llevaba la reputada psicóloga en una de sus manos. Le indignó leer que ella podría ser la responsable de que hubiese vuelto a sonreír tras superar su desgraciado pasado, animándolo a participar en este campeonato para tratar de vencer al ucraniano, algo que tildaban de improbable. Durante un rato, dudó de la veracidad de lo que allí se decía, pues el día anterior a ese había estado con ella. Sin embargo, las imágenes hablaban por sí solas.

—No sé, lo mismo esta revista se inventa las cosas —murmuró entre dientes.

—Ya, claro, y por eso resulta que ella no lo ha negado. ¿No has leído lo que dice ahí? Hay fotos de cuando salían hace un par de años. Por lo visto, Bruno ha subido de caché —masculló visiblemente enfadado.

—Bueno, ya sabes que a nadie le amarga un dulce. Las mujeres ricas no son muy distintas del resto de las mortales y una cara bonita hace mucho. Además, puede que se hubiesen enamorado de verdad. —Quería creer en la aseveración de sus palabras, algo de lo que ni ella misma estaba convencida—. De todas formas, ¿de qué le conoces? Y no me mientas, Zac.

Iba siendo hora de que se sincerase con ella.

—Éramos muy amigos de niños. Vivía cerca de la casa de Ethan —el dolor se reflejó en su rostro—, nuestro tercer y mejor amigo. A la salida del colegio, solíamos quedar muchas veces. Siempre y cuando Bruno no estuviese impedido.

—¿Impedido? ¿Qué le pasaba?

—Su padre solía pegarle palizas brutales y había días que no podía ni andar. Faltaba mucho al colegio. Yo solía llevarle las tareas esos días.

—¡Madre mía! ¿Y nadie hacía nada por denunciarlo? —Saber que era conecedor de ello le producía mayor impotencia, ya que con la debida ayuda

podría haberse librado de él.

—No. Su madre no se atrevía porque temía a las represalias. Era un borracho. Por suerte para ellos, un buen día se marchó y no volvieron a saber nada de él hasta su muerte. El otro día me la encontré por causalidad, hacía mucho que no sabía nada de ella. Me vi obligado a preguntarle que qué tal todo. Resulta que al morir, el muy desgraciado, le había dejado un montón de deudas que Bruno ha tenido que hacer frente si no quería quedarse en la calle. Adora a su hijo. ¡Qué iba a decir! Yo ya no me hablo con él.

—¿Y por qué no te hablas con él? ¿Qué fue tan grave para que dejarais vuestra amistad?

Le sorprendía bastante conocer esos datos cuando nunca lo había mencionado.

—En la adolescencia, su padre ya no estaba, pero Bruno era un poco conflictivo. Nos arrastraba a Ethan y a mí. Lo que pasa es que mi amigo le admiraba. Le había defendido en muchas ocasiones. Digamos que se metía en problemas muy a menudo, sobre todo, cuando tomaba drogas.

Se quedó impactada con aquella declaración. Era como ver a Zac con otros ojos.

—¿Tú también consumías?

—Algunas veces, no te voy a mentir. —Sus ojos castaños reflejaban la vergüenza que sentía al admitirlo—. Bruno también. Hasta que conoció a un tal Max. Cambió mucho desde entonces.

—¿Por qué? —Esa parte le resultaba interesante. Bruno y Max parecían sentir admiración mutua. Era la sensación que había tenido al conocerlos.

—Se metía en peleas constantemente y a veces perdía. Ese Vladimir era de otra banda que le molestaba que nos llevásemos a todas las chicas de calle. Los tres éramos bien parecidos, sobre todo Bruno. —Sacó una foto de su cartera desgastada por los años de tanto sobarla y se la mostró. Sus rasgos añados les conferían un aire tierno a la par que rebelde. Bruno ya se veía increíblemente guapo por aquella época.

Ethan era un chico rubio que llevaba el pelo largo a la altura del flequillo, de ojos verdes y boca carnosa. Era el más bajito de los tres con diferencia, pero no por ello menos atractivo. Tenía una cara muy pícaro.

—El problema venía con Ethan porque solía ir detrás de todas las chicas, independientemente de si tenían novio o no. Durante un tiempo, desaparecía sin darnos ninguna explicación hasta que descubrimos que se había ligado a una chica muy linda. Lo que ignorábamos es que le había levantado la novia a

Vladimir. Te puedes imaginar la que se montó cuando descubrió el engaño. Andaba buscando cualquier pretexto para romperle la cara de niño bonito que tenía. —Inspiró con fuerza antes de continuar—. El caso es que Vladimir tenía amedrantado a Ethan y no se atrevía ir solo por miedo a toparse con él. Cada vez que se cruzaba con nosotros, nos insultaba y Bruno le encaraba con arrogancia. Eran dos gallitos, líderes natos. Hasta que un día, a Vladimir se le fue la mano y se liaron a golpes.

»Por suerte para Bruno, no terminaron la pelea porque vino la policía a tiempo, pero le dejó hecho un trapo. Por eso se apuntó a las clases de boxeo, aunque para lo que hizo más le valía haberlo dejado estar.

Zac apretó la mandíbula y el odio se vio reflejado en sus ojos.

—¿Qué pasó después? —preguntó Lorene.

—Resultó que en lugar de acabar lo que había empezado, comenzó a estudiar y a salir menos con nosotros. Un día a la salida del instituto, Vladimir nos persiguió a Ethan y a mí; cuando nos alcanzó, nos pegó y nos obligó a pasarle un recado a Bruno de su parte: había organizado una pelea el sábado por la tarde. ¿Sabes lo que hizo? —Lorene negó con la cabeza—. No se presentó y como Ethan se empeñó en ir, se lio a golpes con él. Vladimir le provocó un coagulo en la cabeza y murió al día siguiente: Bruno nos dejó colgados.

Abrió los ojos como platos sin saber qué pensar de aquella versión.

—Vaya, no sé qué decir. No le pega ser un cobarde. —A ella la había defendido de aquel tipejo que trató de violarla.

—Fue un pésimo amigo. Y por mí puede irse al mismísimo infierno.

—Bueno, no podemos seguir hablando más. Tengo que dejarte. Ya es la hora del masaje y tengo que ir a buscarla. Luego nos vemos —le cortó.

Sentía curiosidad por saber de ella. Indudablemente era muy hermosa. Cuando le saludó, la otra ensanchó una sonrisa a su parecer muy estudiada. No le gustó, tenía un ademán de superioridad que no le agradaba. Lorene le acompañó hasta la sala de masajes y le dejó que se pusiera cómoda. Cuando volvió a entrar, tuvo que hacer acopio a su profesionalidad para no descubrir el rechazo que le producía su visita. Puso música relajante y comenzó. Sin embargo, Vicky no parecía querer relajarse. Más bien estaba bastante interesada en charlar con ella amigablemente.

—Me han hablado muy bien de tus manos —le comentó.

—¿Ah, sí? ¿Quién? —preguntó con interés.

—Mi expareja. —Lo dejó caer para que fuese ella la que moviese ficha.

—Por aquí pasan miles de clientes. ¿Es asiduo al Spa? —dijo con voz neutra.

¿Exponeja? Entonces eso quería decir que la noticia erraba en cuanto a la información que allí contenía. Estaba hecha un lío.

—Creo que sí. Te conoce muy bien.

Lorene no hizo intención de seguir con la conversación, casi prefería no saber más detalles de su relación con Bruno, pero, ante su silencio, la otra volvió al ataque.

—El otro día nos vimos y me lo estuvo comentando. No sabía que tuviese contratada a tan buenas empleadas.

Lorene arrugó la frente extrañada de su comentario.

—¿Empleada?

—Claro, es que él es el dueño de este gimnasio y de muchos más. Tiene una cadena. Es tu jefe.

—Lo siento, desconozco quién es el socio capitalista. Fui contratada a través de Albert, nuestro director de Recursos Humanos, ¿te refieres a él? —Comenzaba a dudar de que estuviesen hablando de la misma persona.

—¿No me lo puedo creer? ¿Entonces no sabes que Bruno es el dueño?

La morena levantó el rostro para observarla con incredulidad.

—El único hombre que conozco por ese nombre es un cliente que practica boxeo. Me temo que no hablamos de la misma persona —concluyó.

—Sí, es ese. Él es el dueño. El dinero que ganaba en los campeonatos, lo invirtió con sus socios. Tiene una casa magnífica junto a la playa. He pasado allí muchos veranos. ¡Qué recuerdos! Temo su reacción cuando vea el artículo. No sé quién ha filtrado tantos detalles personales, pero van a minar su confianza.

No simpatizó con las palabras escogidas. ¿No era psicóloga? ¿No se suponía que debía confiar en él? Bruno era ya un hombre, alguien cabal conocedor del escarnio público al que sometía la prensa a las personalidades en las que enfocaban su atención. Siempre estaban al acecho como aves de rapiña en busca de trapos sucios, pues es lo que vendía: el maldito morbo. Ese tal Vladimir estaba haciendo mucho ruido; actualmente, se encontraba en la picota y, por defecto, aquello podía salpicar a Bruno sin comerlo ni beberlo. Sin embargo, eso no aclaraba qué hacía con esa mujer aquel día, algo que le escocía por dentro, ya que no había sido del todo sincero con ella, aunque tampoco podía reprochárselo, apenas habían empezado a conocerse.

—Que yo sepa, vive por el interior de Miami. —Parecía que hablasen de

dos personas completamente diferentes.

—¿Hacia Overtown? ¡Imposible! —se escandalizó Vicky—. Aunque tampoco me sorprende, solo eres una trabajadora, no tienes por qué saberlo.

—Supongo que no. —Apretó los labios, respiró hondo y se obligó a calmarse. Vicky estaba poniendo a prueba su paciencia.

«No la mates, Lorene, sola hazle el harakiri en tu mente, pero nada más».

Seguía sin tener una explicación clara sobre las verdaderas intenciones de Vicky al presentarse en su lugar de trabajo.

—Es que Bruno es muy celoso con su vida privada. No suele entablar relación tan fácilmente —explicó con petulancia, como si ella fuera ignorante—. Pero tiene sus motivos, por algo me contrató a mí. Luego, dimos un paso más y ahora está tomándose un tiempo para pensar. Hemos tenido una mala racha que ha hecho mella en nuestra relación. Quiere experimentar con otras mujeres para ver si merece la pena que lo nuestro funcione. No le culpo.

Indignada por sus comentarios, objetó:

—¿Y eso no te molesta?

—No. Tiene derecho a comparar. De momento, somos buenos amigos: una pareja abierta. Aunque te voy a confesar un secreto: siempre vuelve a mí, como el otro día. Las dudas le carcomen. No quería marcharse de viaje por miedo a que se enfriase lo suyo. Es que cuando está lejos, siempre cae en los brazos de otra mujer. Es un mujeriego empedernido. Deja de llamar, envía mensajes parcos, etc.

—¿Aun sabiendo que hará daño a otra persona? —La incredulidad por lo que escuchaba le estaba dejando atónita.

—No es de piedra, mujer. ¿En qué mundo vives? ¿Crees que un hombre como él es fiel?

—Bueno, esa regla no se puede aplicar a todos.

—Observa el panorama de famosos. Si son guapos, sabes de antemano que te serán infieles.

Solo le quedaba por aplicarle una crema exfoliante por el cutis y terminaba. Estaba deseando salir de allí. Ignoraba si sabía que ella era la otra, aun así, no pensaba darle el gusto de preguntárselo. Le limpió la cara con una toalla húmeda y se despidió de ella amablemente:

—Te dejo para que te vistas. Yo ya he terminado. Un placer.

—Espera, ¿no admites propinas? —la llamó.

—No. Lo siento. De eso se encarga la recepcionista.

Salió de allí malhumorada. ¿Una propina? ¿Pero quién se había creído

que era ella? En un Spa se pagaba por adelantado los servicios y era de sobra conocido que las propinas se pagaban en recepción. Le pareció humillante.

Cuando se cruzó con Zac, debió de verla tan agobiada que, sin mediar palabra, la abrazó y le dio un beso fraternal en la frente, cosa que agradeció.

—Conozco esa cara, ¿a quién hay que pegar? —bromeó.

Justo en ese momento, se escucharon unos tacones de mujer y ambos se separaron. Delante de los clientes no se permitían muestras de afecto. Por la cara que puso Vicky, debió interpretarlo erróneamente y salió de allí con una sonrisita irónica. Cuando se marchó, explotó:

—A ella, ¿qué demonios le has visto? ¿Tan borracho ibas como para no darte cuenta de que es una víbora disfrazada de inocente?

—¡Diablos! ¿Qué te ha hecho? —se sorprendió.

Se mordió el labio, pues había estado a punto de revelarle que salía con Bruno, y la verdad, tras oír el odio tan profundo que le tenía, no quería añadir más motivos sin escuchar su versión de los hechos.

—Nada. ¡Qué más da!

Sin embargo, Zac arqueó las cejas sin creer sus palabras.

—No. Ahora me lo cuentas, Lore. ¿Qué pasa?

—No es nada. Es solo que no me ha gustado. Impresiones de mujeres. Y no me mires así porque no la envidio.

—Pero si no he dicho nada —se defendió Zac.

Capítulo 19. Para triunfar, primero hay que perder

*Un campeón muestra quién es por lo que hace cuando le prueban.
Cuando una persona se levanta y dice «lo puedo hacer», es un campeón.*
—Evander Holyfield—

Había llamado a Lorene un par de veces y, al no recibir contestación, decidió enviarle un escueto mensaje.

Bruno_22:15

Hola, el entrenamiento está siendo duro.
Puede que no está activo algunos días.

No le dio besos ni nada porque le parecía ridículo hacerlo. No llevaban tanto tiempo como para mandar esas muestras de afecto. No era dado a ese tipo de sentimentalismos por el móvil. Asumió que la comunicación sería difícil por el horario. Cuando él se iba a la cama, ella podía estar trabajando y comprendía que no le podía contestar. Ahora tenía otros problemas más importantes que atender. El amor y el deseo tendrían que esperar a la vuelta.

Estaba acostumbrado a los malos tratos, demasiados años sufriendolos en silencio, de modo que eso no era nada nuevo para él. Si antes había sobrevivido a ellos, ahora no iba a ser menos por mucho que se empeñase ese ruso. Si algo debía agradecer a su progenitor es que había endurecido la cáscara que envolvía a su corazón. Pocas veces se permitía llorar. Y cuando lo hacía, era en la más absoluta soledad.

El día había sido muy duro. Normal que le hubiese dejado marchar. Tenía dos costillas doloridas y el labio hinchado. Esa mañana, había tenido que defenderse de los golpes de dos hombres a la vez. Ellos se habían ido turnando, no así él, que siempre había de defenderse y bloquear. Estaba agotado.

—¿Qué tal tu costado? ¿Puedes respirar bien? —Max le había aplicado un ungüento que decía era especial para esos hematomas.

—De momento sí. Todavía no estoy terminado.

—Vadik dice que reposes esta tarde. He pensado que te vendría bien ver la capital.

—¿Crees que me interesa hacer turismo? —No estaba de humor para admirar monumentos. Por muy bonitos que fuesen.

—Te ayudarán a despejarte un poco. Anda, vamos. Lo necesitas. Tienes que pensar en otras cosas. Mañana te espera un día duro.

—En serio, prefiero entrenar.

—¡Ya has estado ocho horas seguidas! ¡Es suficiente por hoy! —le gritó.

Estar encerrados entre esas cuatro paredes estaba haciendo mella en ambos. Tenía que admitir que los dos necesitaban hacer algo distinto. Cogieron un taxi que los llevó hasta la capital. Primero, se detuvieron en el Palacio de Invierno, un fastuoso edificio barroco isabelino frente al río Neva. En el interior albergaba increíbles joyas culturales, a destacar la impresionante escalera principal decorada en oro y mármol para acceder al salón real, la biblioteca de los zares o las dependencias palaciegas. Se sorprendió del esplendor que cubrían las paredes. Se alegró de haber podido visitarlo. Las colecciones que exponían en algunas salas eran auténticas maravillas: relojes, vasijas, figuras religiosas, tumbas, tapices, etc. Por no hablar de la pinacoteca que decoraban muchas de las salas. San Petersburgo era demasiado grande para ser visitado en un día y mucho menos en una tarde.

—No nos da tiempo a visitar otro monumento por dentro —comentó apenado Max.

—No pasa nada. ¿Qué tal si nos tomamos una cerveza en ese bar? —señaló uno que había cerca de donde se encontraban.

—Tú no puedes beber —le recordó Max.

Dio un gruñido por contestación y resolvieron regresar después de hacer una ruta turística por edificios tan emblemáticos como la Iglesia del Salvador o el Teatro Mijáilovski.



A la mañana siguiente, cuando bajó al patio, Vadik ya le estaba esperando.

—Hoy vamos a trabajar en una empresa de materiales —le informó.

Se subió a un camión que los llevó hasta una fábrica. Como no hablaba ruso, el capataz le indicó por señas lo que tenía que hacer: cargar unos

pesados sacos de cemento al volquete del camión. Era como llevar los sacos de arena del gimnasio en los hombros. Cuando terminó, le indicaron que ayudara a mover bloques de cemento con otros hombres. Las duras condiciones por el frío y la nieve hacían pesado de realizar aquel trabajo. Durante una semana le tuvo así, día y tarde. Comenzaba a impacientarse. No creía que aquello le fuera a servir de nada y así se lo hizo saber a Max, que como era habitual en él, lo ignoró deliberadamente.

Por si fuera poco, Lorene le había enviado un mensaje muy raro. No había tenido tiempo para responderle aún, aunque, a decir verdad, no sabía qué contestarle. Si podía, la llamaría.

Por fin una tarde, uno de sus compañeros le indicó por señas que subiera al camión. Habían regresado antes de tiempo. Vadik le había enviado instrucciones de que comiera y bajara a reunirse con él. Comió atropellado un bocata de carne, se aseó un poco y se cambió de ropa antes de bajar.

—Bien, gringo, ahora quiero que golpees en el ring.

Su contrincante se puso unos guantes planos a los que debía sacudir. Le sorprendió que Vadik se descubriera el torso y se colocara unos guantes de boxeo.

—Quítate la ropa, gringo. Vas a pelear contra mí.

Bruno arqueó las cejas oscuras e hizo lo que se le pedía. Comenzaron a girar alrededor de la pista mientras se lanzaban puñetazos al cuerpo. Bruno tenía mucho cuidado de cubrir sus costillas lastimadas, sabía que el ruso intentaría ir a sus puntos débiles, pero estaba preparado. Llevaba días que por las noches hacía abdominales y realizaba algunos golpes o bloqueos. Cansado de trabajar en la fábrica, había entrenado por su cuenta. Su musculatura se había vuelto igual de maciza que la de una roca. Cada vez que se miraba al espejo, se sentía orgulloso de lo definido que estaba. Ni un gramo de grasa. Era puro músculo.

El ruso era ágil y rápido, pero él tenía un puño de acero que si le alcanzaba, dolía.

—¡Vaya, gringo! Tengo que admitir que te has puesto en forma. —Vadik paró el combate y sonrió—. Estás preparado para enfrentarte a Sergei.

No tenía ni idea de a quién se refería, pero esbozó una sonrisa de orgullo al ver que podía vencer a ese militar.

—No sonrías tan rápido —le advirtió—. Yo estoy oxidado.

Le sonó a excusa, pero prefirió no tentar a la suerte. Se había ganado un elogio de ese hombre y había que disfrutarlo.

Subió a tumbarse un rato en el sofá mientras marcaba el número de Lorene. Nunca contestaba. Algo raro pasaba y no sabía qué. Al verle fruncir el ceño, Max hizo un comentario:

—¿Sigues sin cogerte el teléfono?

—No sé qué demonios le ha pasado. —Le mostró su último mensaje a su amigo y este arrugó el ceño.

Lorene_21:09

Hola, no puedo contestar a tus llamadas, empiezo con un nuevo trabajo. No obstante, quizá, nos precipitamos al salir. Lo mejor es que te concentres en tu entrenamiento. Será lo mejor para los dos.

Max se encogió de hombros y solo murmuró: «¡mujeres!». Trató de quitarle hierro al asunto y animarle a solucionarlo a su regreso. No quería darle demasiada importancia, pero su respuesta no le convenció. Había algo en su actitud que le resultó sospechosa. Cuando Max salió a por algo de cenar a un bar de al lado, llamó a Albert.

—Hola, tío. ¿Has cambiado de responsabilidades a Lorene?

—Hola, Bruno. ¡Qué va! Se ha ido y no solo ella, también Zac.

—¿Qué?! ¿Por qué?

—No lo sé. Ninguno ha dado ninguna explicación. Por cierto, supongo que ya estarás enterado de que sales en el Sport Illustrated. ¿Cómo te lo has tomado?

Aquello lo dejó paralizado.

—Albert, no sé de qué diablos me hablas. ¿Qué artículo?

—Pues uno en el que salen tus problemas del pasado, tus maltratos y tu enemistad con Vladimir. A todo esto, no sabía que te habías arreglado con tu psicóloga. ¿Te has prometido? ¡Enhorabuena!

Soltó una palabrota antes de contestar con un rotundo «no» y le pidió que le mandara el artículo completo. Estaba fuera de sí. Cuando lo recibió en su móvil, no paraba de soltar juramentos.

Nada más oír la puerta de entrada, salió hecho una furia a encarar a su amigo:

—Tú lo sabías, ¿verdad?

La expresión contrita de Max le dolió.

—No quería que te enteraras aún —se disculpó—. Tienes que estar concentrado y eso solo lo agravaría. Este sábado te enfrentas a un tío al que

ningún ruso ha conseguido vencer...

—¡No me saltes con esas! ¡No tenías derecho a ocultármelo! Todo lo que se dice aquí es mentira.

—Ya lo sé, hijo. Tranquilízate. Ya hemos emitido una demanda contra el artículo. Los abogados están en ello.

—No me vale. Algo más ha pasado para que Zac y ella se hayan marchado.

Bruno se mesó el pelo furioso. Bajó al gimnasio y se despachó a gusto con el saco. Se quitó la camiseta. Por el torso descubierto escurrían numerosas gotas de sudor, que salían despedidas con cada puñetazo. Su cuerpo vibraba y se tensaba a una velocidad increíble. Frustrado, apoyó la frente sobre el frío plástico y expulsó el aire de los pulmones. Esperaba que Vicky no estuviese detrás de todo eso, porque entonces sí que se las iba a pagar. Era mucha casualidad que les hubieran fotografiado; se conocían bien y ella tenía muchos contactos, incluso le sonaba que trataba a un fotógrafo. Cuanto más vueltas le daba, más la creía culpable. Pero, ¿por qué? Se hacía esa pregunta constantemente sin hallar una respuesta convincente. De sobra sabía que algo así podía repercutirle negativamente en su trabajo, aunque tampoco se había filtrado nada que pudiese comprometerla a ella directamente, todo lo que se decía era del dominio público y cualquiera de su entorno lo sabía. Respiró fuerte y admitió su derrota en ese tema. Nada podía cambiar el pasado, solo podía mirar al frente y buscar una solución. Si en algo destacaba es que él jamás tiraba la toalla. Volvería para conquistar a Lorene, costase lo que costase, pero, entre tanto, era absurdo tratar de darle una explicación. Lo mismo ni lo leía. No pensaba contestarle, ya lo solucionaría a la vuelta. Ahora tocaba concentrarse y ganar a ese ruso. Volvió a golpear el saco con furia y gritó de la rabia. Cuando sacó fuera su malestar, regresó al apartamento algo más calmado.

Max lo esperaba despierto con cara de sentirse muy culpable. Sabía que lo había hecho para protegerlo, sin embargo, ya no era un crío y se lo haría saber.

—Cuando vuelva, quiero que organices una rueda de prensa. ¿Quiéren espectáculo los medios? Pues lo van a tener. Ese capullo se va a enterar de quién soy yo. Voy a por todas y pienso hacerme con el triunfo, ni él ni nadie me lo va a arrebatarse.

Max le devolvió una sonrisa sincera y franca, le palmeó en la espalda con orgullo y asintió:

—Dalo por hecho.

—Otra cosa, no vuelvas a ocultarme información. Yo decidiré en el futuro qué hacer. Eres mi representante, pero ya no soy un crío. No eres mi padre.

Max lo comprendió, no dijo nada, pero en su mirada se advertía la tristeza que le producían sus palabras. Él fue el padre que nunca tuvo.



Vadik vio un cambio importante en Bruno. No daba tregua a nadie, se había vuelto una máquina de entrenar. Ninguno de sus hombres conseguía ya acercarse sin salir herido. El sábado hizo todos los preparativos para arreglar el combate y les condujo a él y a Max hasta un antro poco iluminado desde fuera, el subterfugio perfecto para la gente de allí que quería olvidar por un rato los problemas derivados del régimen ruso. Dos porteros como armarios empotrados se hicieron a un lado para dejarles pasar. El vestuario de invitados tenía los azulejos muy gastados y desconchados por el tiempo, no así el principal, que parecía más moderno. A pesar del olor a lejía, la sensación de mugre no desaparecía debido a la antigüedad de la decoración.

Bruno se ajustó los guantes y la protección de la boca, intentando abstraerse de todo lo que le rodeaba. Los gritos de las personas que allí se hallaban reunidas resonaron en sus oídos con furor. Al ring había subido un hombre y estaba haciendo las presentaciones. Primero, llamó al tal Sergei, que lo vitorearon con fuerza. Bruno daba saltitos y lanzaba ganchos al aire esperando su turno. Cuando le tocó a él, salió entre gritos de abucheos e insultos. Su rival lo esperaba como una sonrisa engreída. Se quitaron las chaquetas de chándal que cubrían sus torsos y comenzaron a girar en círculos por el perímetro. Durante los primeros asaltos, se dejó pegar para que el otro se confiara: ya llegaría su turno. De momento, Max le pedía calma con las manos. Debía aguardar aún. Él asentía con una bajada de párpados, que era la señal de que comprendía.

Dio comienzo la segunda parte de los asaltos. Seguía jugando con ventaja, pero todavía debía dejarse alcanzar un poco más. Sobre todo, en aquellos golpes que sabía que era capaz de aguantar. Por fin, Max le hizo la señal convenida. Bruno curvó sus labios con una sonrisa cruel y le pegó tan fuerte en la cara, que le partió el labio y le sacó la protección dental. Sergei

abrió los ojos como platos y recogió aquel trozo de plástico del suelo con encono. Varios de sus fans se levantaron de sus asientos entre insultos que Bruno no entendía e ignoraba con una mirada de desprecio.

Su rival se dejó llevar por la rabia, comenzó a golpearle sin descanso, terminando en un abrazo que el árbitro deshizo. Sin embargo, Sergei se guardaba un as bajo la manga. Cuando sonó la campana, esperó a que bajara la guardia para golpearle en la cara. Notó un dolor agudo en el ojo. La sangre se escurrió por las sienes y un sabor metálico se le introdujo por la boca. Arrojó los restos de saliva y sangre en una escupidera y se limpió la herida con una toalla. Sus ojos se volvieron dos rendijas oscuras pobladas de odio. Max se quejó, pero nadie le hizo caso. Bien: se había acabado ser benévolo.

En los sucesivos asaltos, Bruno comenzó a aplicarle golpes certeros en las costillas y rostro para debilitarle. Como resultado, Sergei sufría desplazamiento del tabique nasal mientras que él tenía un ojo semicerrado por la hinchazón.

El público gritaba de júbilo por el increíble espectáculo que estaban dando, eran dos titanes en la pista. Pero ya solo quedaban dos asaltos y Bruno quería demostrarles a todos que él no había venido a jugar. Lanzó un *jab* a la mandíbula y lo noqueó. Sergei se tambaleó, sacudió la cabeza, pero volvió al ruedo y Bruno le volvió a golpear implacable hasta que lo tumbó. Alzó los brazos en señal de triunfo y dirigió una mirada oscura al público. El gentío terminó por aclamarle.

Vadik se acercó para felicitarle y, después, se lo llevaron a un hospital militar para que lo curasen.

—Aquí nadie pregunta —dijo el ruso a modo de explicación—. Además de tener los mejores médicos.

El médico que le auscultó le mandó una serie de calmantes y analgésicos, después de suturarle la ceja partida. Bruno abrió los ojos con la sensación de encontrarse en las nubes. Por suerte, solo estaría ingresado un par de días más y el resto serían revisiones.

—Te dejamos descansar, muchacho —se despidió Max—. Mañana vendré para visitarte.

Vadik, se volvió hacia él con una misteriosa sonrisa y le dijo:

—Te felicito, gringo. Ya era hora de que sacaras al tigre que llevabas dormido dentro. Unos combates más y podrás marcharte, siempre y cuando los ganes, claro.

Bruno soltó una carcajada y asintió.

—Por supuesto. Me niego a seguir cavando la nieve —bromeó.

A lo que el otro se rio de buena gana.

—Has sido duro de pelar, gringo. No sé qué te ha hecho activarte, pero más vale que no pierdas esa garra que llevas dentro. A por todas. —Cerró el puño y contrajo el bíceps en señal de apoyo y se marchó.

Parecía que él solo reaccionaba ante las adversidades o cuando le daban caña.

Capítulo 20. Un nuevo comienzo

Si sobreviví a los marines, puede sobrevivir a Ali.

—Chuck Wepner—

La conversación con Vicky había hecho mella en ella. La respuesta que recibió de él y la falta de interés que percibía en sus mensajes le desilusionó. Saber que la había engañado y que era el dueño del gimnasio donde trabajaba había sido un tremendo revés: estaba en sus manos y si quería podía echarla si algo no salía bien entre ellos. No le gustaba estar en la cuerda floja. Ahora tenía una hipoteca.

Zac llevaba varios días detrás de ella por lo taciturna que se encontraba. No cesaba su empeño en comprender por qué le había afectado tanto la visita de la prometida de Bruno. Ya no sabía cómo eludir sus preguntas.

Estaba arrugada en el sofá comiendo helado de chocolate cuando sonó el timbre de su casa. Era demasiado tarde para ser un repartidor. Se asomó por la mirilla y abrió.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó a Zac.

El aludido estaba con un par de maletas grandes y una bolsa de deporte de mano.

—¿Me admites por un tiempo como compañero de piso? Me han echado.

Lo invitó a entrar y le ayudó con las maletas. Se instaló en el cuarto que tenía libre.

—¿Qué te ha pasado? —le preguntó intrigada.

—El dueño del apartamento lo ha vendido. Me ha dado una indemnización y me ha pedido que lo desaloje. ¡Ni quince días me ha dado para buscarme otra cosa! Joder, que me ha dejado en la calle. Sabe que yo no puedo permitirme pagar un piso de estos, por eso los alquilo. Yo no he heredado como tú —se quejó.

—¡Madre mía! ¿Y a cuento de qué viene tanta prisa para echarte? —se compadeció de su amigo.

—Pues a que los nuevos propietarios le han pagado una buena suma a cambio de comenzar con las obras mañana mismo.

Zac comenzó a colocar su ropa en el armario, mientras que Lorene sacaba

unas sábanas y una colcha limpia para él.

—¿Y por qué no te has marchado a casa de tus padres?

—¿Y darles la razón de que no sé apañármelas sin ellos? Ni hablar. Para eso te tengo a ti. Eres mi amiga —contestó sarcástico.

—¿Cómo para tener novio contigo! Me lo espantarías. Me visita a altas horas de la noche un tío tan atractivo como tú y se creería que le pongo los cuernos.

—¿Qué exagerada eres! Por cierto, ya que hablamos de eso, ¿puedo subir citas o tengo que buscarme un hotelito? —bromeó.

Le lanzó la almohada a la cabeza por respuesta.

—¿Has cenado por lo menos? —le preguntó.

—Sí. ¿Qué hacías antes de que irrumpiera tu paz?

—Nada. Compadecerme de mí misma. ¿Sabes? Soy una idiota redomada. Tengo un ojo clínico para fijarme en los hombres.

Se sentaron en el sofá y Zac le quitó un poco de helado.

—¿Vas a decirme de una vez qué te pasa? Te lo he preguntado mil veces y siempre sales por la tangente.

—Esa chica creo que vino a mandarme un mensaje muy claro: «Aléjate de mi novio».

—No entiendo. ¿Qué tienes tú que ver con Bruno? —Zac la escrutó expectante.

—Mucho, me contrató como su masajista y me dejé llevar. Creí que era sincero cuando decía que le gustaba...

Zac bufó.

—Mira que te advertí que no te acercaras a él. ¿Te liaste con Bruno? —se escandalizó.

—Sí. —Se cubrió la cara antes de ponerse a llorar como una tonta.

—Perdona, soy un bruto. —La rodeó con los brazos y la estrechó—. ¿Qué ha pasado?

Le contó desde la primera vez que la contactó, lo del contrato, finalizando con el bombazo de que era su jefe. Ahí, Zac se envaró.

—¿Tiene que ser una broma de muy mal gusto! ¡Eso no puede ser verdad! —se exaltó.

—Me lo dijo ella, Zac, pero lo he comprobado y es cierto —dijo entre lágrimas—. Ahora temo por mi puesto de trabajo. Es lo único que tengo.

—Escucha, no quería decírtelo, pero me han ofrecido un puesto en un hotel. Llevo tiempo buscando algo de lo mío. De momento, voy a ser el jefe de

la recepción del Spa. Aquí tengo posibilidad de ir ascendiendo poco a poco. No puedo ser eternamente un profesor de *Spinning*. Tú llevas muchas responsabilidades en el The Cage Boxing Club, ¿por qué no te vienes conmigo? Necesitan una coordinadora, podrás seguir dando masajes. Ofrecen un buen sueldo. ¿Quieres que hable con ellos? Sería la solución a nuestros problemas. ¿Qué me dices?

Tras meditarlo unos minutos, asintió. Era mejor que nada. Zac le pidió un currículum y se lo envió al director de Recursos Humanos.

—Enviado. Veremos si te llaman para un primer contacto. Me preguntó si conocía a alguien de mi entorno. Espero que no hayan encontrado ya a otra persona.

—¿Cuándo pensabas decírmelo? —amonestó a su amigo.

—Lo he sabido hoy, Lore. Llevo pasando un montón de entrevistas. Necesito mejorar mi situación económica. Me sorprende que Bruno me aceptase. —Advirtió ciertas dudas en su mirada.

—Si te soy sincera, sé que no debería fiarme de las palabras de Vicky sin hablar antes con él, puede que tenga todo una explicación, pero es que está actuando cómo ella dijo. ¿Y si luego me deja en la calle? Yo no tengo a nadie. —Le preocupaba ese hecho más que ninguna otra cosa. Además, si Vicky en verdad era algo más para él... Ella no podría seguir viéndolo entrar en el gimnasio. Sería una tortura. Se había quedado pillada por él aunque no quisiera admitirlo. Huía como un cobarde, lo sabía, sin embargo, desvincularse de todo lo que le atara a él, en caso de que se confirmase su relación con aquella mujer, le daba margen de reacción. Y si por el contrario no era así, no estar dentro de su entorno le daba la suficiente seguridad como para saberse libre e independiente. Nunca se sabía lo que el futuro te podía deparar.

—No puedo darte un buen consejo con respecto a él. No sería objetivo, además, soy un tío. No creo que fuese de ayuda en estos momentos, creo que en este caso prefiero mantenerme al margen. Yo respetaré la decisión que tomes y te apoyaré, creo que eso es lo que los amigos debemos hacer. Hace mucho de la última vez que nos dirigimos la palabra, ha podido cambiar mucho. —Agradeció la sinceridad de Zac.



Ya habían pasado varios días desde que envió el currículum y Lorene empezaba a temerse lo peor, hasta que por fin la llamaron. Casi grita de alegría. La citaron el sábado siguiente para que pudiese ver las instalaciones y el ambiente del hotel. La entrevistaron y el director de Recursos Humanos le comunicó la urgencia de ocupar el puesto. Las condiciones estaban muy bien a excepción del horario. Tendría que trabajar algunos sábados o domingos y estar siempre disponible. Lo bueno es que libraba también entre semana. Asimismo, disfrutaría de jornada partida ya que eran un montón de empleados. Ella se encargaría de coordinar al personal, una gran responsabilidad, pues tendría que conocer a sus nuevos compañeros, algo que le provocaba vértigo. Sin embargo, el sueldo era más de lo que hubiera soñado jamás. Aceptó sin reservas.

Zac y ella abandonaron el gimnasio en el transcurso de pocos días. El revuelo que se organizó entre sus excompañeros fue tremendo. En el fondo, los iba a echar de menos, pero tenía que prosperar, se decía a sí misma: era por su bien.

De paso, decidió enviar un mensaje a Bruno igual de escueto que el de él, así no quedaba su orgullo tan herido. Bruno no le contestó y su corazón se deshizo en mil pedazos. Ni una palabra, aunque ella tampoco le exigió una explicación. Nada. Su silencio rompió las pocas esperanzas que tenía de aquella relación. Se sintió usada. ¿Qué había sido ella? ¿Un antojo? ¿Un impulso? ¡¿Quééé?! Lorene se secó las lágrimas antes de que llegara Zac. De momento, ambos seguían juntos, así se hacían mutua compañía. Él no tenía prisa por buscarse algo y ella no tenía interés en quedarse sola. Por lo menos, así podían despotricar de su actual trabajo. Era un hotel grande y había mucha rotación de personal. Su amigo, en ocasiones, volvía frustrado de tener que enseñar el desempeño de un puesto varias veces en lo que iba de dos semanas.

El sonido de llaves le alertó de su inminente entrada y tuvo que huir al baño para simular que se estaba lavando la cara, algo que no engañó a Zac, que pasó su pulgar por la mejilla y le dijo con cariño:

—¿Por qué lloras?

Se mordió el labio inferior y bajó la mirada.

—No es nada.

—Lore, no empieces, ¡qué soy yo, joder!

—Es solo que le envié un mensaje a Bruno y pareció que le daba igual que cortara la relación. Ni me contestó. Lo dejó en leído. Ha tenido tiempo suficiente desde entonces para darme una respuesta. Y ahora tengo dos

llamadas perdidas. Ahora. No sé qué pensar.

—Lo siento, preciosa. —La abrazó y le acarició el pelo con ternura—. Más le vale que cuando vuelva no se acerque a ti, porque te juro que lo mato por hacerte daño. Cuando éramos jóvenes hacía lo mismo. Las chicas se quedaban pilladas por él y Bruno las dejaba sin más. Era el más frío de todos. No es que por aquel entonces ni Ethan ni yo nos portásemos mejor, pero pensé que con los años maduraría. Ya veo que no.

—Anda, no digas tonterías. Que es mucho más alto que tú... —Zac medía un metro ochenta y cinco, aun así, Bruno le sacaba diez centímetros por lo menos en todos los sentidos—. ¿Tú, qué tal el día?

—Pues mal, me acaba de informar Robert, el Gerente —ella asintió dando a entender que sabía de quién le hablaba—, que viene Vladimir a una convención que hay de boxeo. Se alojará un par de días en el hotel. ¡Otro qué tal baila! Si a Bruno no lo puedo ver, a este capullo no puedo tragarlo. Mira que hay hoteles en Miami, ¿tienen que venir justo a este? ¿No podía haberlo hecho antes de que yo me incorporase? —dramatizó.

—¿En serio? ¿Cuándo? —demandó saber.

—Este fin de semana. ¿No me digas que es el que te toca trabajar? — Esperando que se lo negara. Su gesto daba a entender que le hacía la misma gracia que a él: ninguna. Lorene se tapó la cara con la mano mientras resoplaba.

No le conocía de nada, solo a través de Bruno y Zac y, por ello, tenía prejuicios. Adoraba a Zac y, hasta hacía poco, amaba a Bruno. No le gustaban las personas que le hacían daño a sus seres queridos.

—Espero que se limite a asistir al hotel y no dé problemas. Tengo entendido que allá por donde va, la monta —criticó Zac mientras se aflojaba la corbata y se quitaba la chaqueta.

Su amigo había sustituido las zapatillas y la ropa deportiva por zapatos y trajes de chaqueta. Ahora vestía muy elegante, algo a lo que no le tenía acostumbrada, de verlo siempre tan informal, ahora lucía mucho más serio y hasta su carácter bromista había cambiado con las nuevas responsabilidades. Aun así, no podía cambiar sus hábitos, así que se había apuntado a un gimnasio que quedaba cerca de su casa para seguir manteniendo la figura, acudiendo los días que se lo permitía el trabajo.



Tal y como vaticinó Zac, Vladimir se hizo notar desde el minuto uno. Todo eran quejas a su alrededor, desde que la comida era una basura porque había tal o cual cosa a que el servicio de habitaciones tardaba mucho en atender sus demandas, etc. Tanto era así que se habían extendido los rumores a todo el personal, recibiendo esa mañana numerosas peticiones de sus compañeros para dado el caso de que si contrataba algún servicio, que no les enviase a ninguno, algo que no podía hacer Lorene: tendrían que proporcionárselo sin rechistar. Era la hora en la que le tocaba salir a cubrir la recepción cuando Vladimir apareció ataviado con un albornoz y zapatillas que le quedaban cortos debido a su gran altura. Sus ojos estaban puestos en Zac, que se encontraba en ese momento en el interior de la oficina de espaldas a él y sin percatarse de nada. Lorene carraspeó la garganta para llamar su atención y se posicionó delante de él. De cerca, era mucho más atractivo que en las fotos, le sobaban los tatuajes para su gusto, ya que le daban un aire siniestro.

—¿Puedo ayudarle? —le preguntó.

Cuando dirigió su vista hacia ella, su mirada se tornó apreciativa. Con una sonrisa seductora le contestó:

—Por supuesto, buscaba alguien que me diera información —respondió con la voz grave.

—Ya le atiendo yo, señorita Milton —intervino Zac.

Su amigo sabía cuando marcar las distancias de cara a los clientes. Dentro del hotel solían tratarse con mucho respeto para salvaguardar las apariencias y la reputación de ambos. Ninguno se sobrepasaba con las confianzas. Allí no tenían la libertad que habían gozado en el The Cage Boxing Club.

—Va a ser que no —señaló Vladimir con hostilidad, reconociéndole—. Quiero que me atienda ella y no tú.

Lorene se vio metida en medio de las miradas desafiantes de ambos, algo que si no paraba, amenazaba con acabar con el futuro prometedor de su amigo. Cogió un folleto informativo y se lo tendió a Vladimir para acabar con aquel estúpido duelo de gallitos. Los dientes de Zac rechinaron de la rabia, aun así, agradeció su rápida actuación con un leve asentimiento de cabeza.

—Aquí tiene todos los servicios que ofrecemos. Tenemos varios packs abiertos en este momento, ¿qué quería hacerse?

El ucraniano se volvió hacia ella con otra sonrisa deslumbrante y dijo:

—¿Cuál es tu especialidad, preciosa?

Lorene se quedó paralizada. Se le veía muy seguro de sí mismo, como casi todos los hombres atractivos; para ella, la inmensa mayoría, eran muy engreídos: sabían el efecto que causaba una cara bonita y creían que todas caían ante sus encantos. Esbozó una sonrisa mecánica en su rostro y le contestó:

—Masajista. ¿Desea un tratamiento de chocolate? Están ahora en oferta —continuó sin inmutarse por el descarado flirteo de él.

—No. Quisiera uno relajante de cuerpo entero. Y quiero que me lo des tú. No me envíes a una de tus trabajadoras —le advirtió.

Asintió vehemente con la cabeza, a la vez que le instaba a acompañarla hasta la sala de espera mientras preparaba la habitación. Le ofreció una infusión que denegó y marchó presta a preparar la camilla con las toallas. Zac se había adelantado por el pasillo para empleados y la esperaba junto a la puerta.

—No tienes por qué dárselo —le susurró nada más verla.

—No voy a montar una escenita, Zac. Esto no nos beneficia a ninguno. Voy a hacer mi trabajo y no te metas en medio. Lo hago por ti, porque casi quedas en evidencia: el pasado, pasado está. Aquí no voy a permitir ninguna pelea de machitos. Este no es ni el lugar ni el momento. No intervengas como mi ángel salvador. Sé profesional —le regañó.

Zac gruñó por lo bajo, pero sabía que Lorene llevaba razón y aunque su enemistad fuera patente, no debía traspasar las fronteras de lo personal. Se retiró a la recepción de nuevo, no sin antes advertirle:

—Si te molesta, pulsa el botón de emergencia. Ni lo dudes.

Sabía que estaba deseando que Vladimir diera el más mínimo problema, para aprovechar y echarlo de las instalaciones con cajas destempladas. Sin embargo, Lorene no pensaba permitir que aquello perjudicase su carrera. Era profesional, sabría lidiar con aquel gorila.

Capítulo 21. Una situación complicada

En el boxeo, nunca sabes con quien te vas a enfrentar en el ring.

—Manny Pacquiao—

Cuando terminó de colocar las velas aromáticas y la música relajante fue a buscarlo. Nada más oírlo se levantó de la tumbona y esbozó una sonrisa burlona.

—Ya pensaba que me habías dado esquinazo —rezongó.

—No, es que hay que preparar la sala para cada cliente. Pasa, deja en este perchero el albornoz y tu ropa; debes ponerte esta especie de tanga y cubrirte con esta toalla de cintura para abajo. Ponte boca abajo, yo vendré en unos minutos —le dijo.

Lorene cerró la puerta y se fue a recepción. Encontró a Zac hablando por teléfono. Cuando colgó, enarcó la ceja con una mirada interrogativa.

—¿Todo bien? —preguntó.

—Sí, tranquilo. Estoy esperando a que se desnude. Por cierto, ¿cómo tenemos el día?

—De momento, está completo. Ya no podemos admitir más reservas.

—Mejor. —Odiaba los imprevistos.

Consultó el reloj y se fue a por Vladimir. Llamó suavemente con los nudillos a la puerta y entró.

—¿Te gusta el ambiente? ¿Hay algo que quieras que cambien? —le preguntó.

—No, está todo perfecto. Y lo estará aún más cuando empieces.

Lorene se lavó las manos y se aplicó una crema con olor a almizcle, que extendió generosamente por la espalda de Vladimir. Era igual de duro que tocar a Bruno. Su recuerdo fue como una punzada de dolor. Seguía sin comprender que se hubiese esforzado tanto en conquistarla para luego dejarla sin más explicaciones. Y por más que trataba de olvidarle y seguir con su vida, no podía. Parecía que el mundo se había vuelto en su contra y se lo recordaba a cada minuto, como ahora.

—¿Tienes pareja? —interrumpió Vladimir sus cavilaciones.

—Algo así —contestó evasiva.

—¿Es algo serio o puedo invitarte a cenar después de la conferencia?

—Aunque quisiera, no nos está permitido mezclarnos con los clientes.

Lo siento.

—Entonces, tendré que dejar este hotel e invitarte otro día para que aceptes —comentó seguro de sí mismo.

—No tengo buenas experiencias con hombres de tu posición. Soléis ser todos unos mujeriegos —comentó con tristeza.

—Yo nunca propongo salir con una chica si no es para algo serio. Llevo mucho tiempo sin pareja, el boxeo me ha tenido demasiado concentrado, pero ahora creo que es buen momento para salir con alguien y tú me atraes. Quiero conocerte mejor —insistió o, más bien, ordenó.

—Muchas gracias, pero ya tengo pareja. No estaría bien hacerle ese feo, ¿no crees?

—No parece muy convencida. Ya nos veremos.

Por suerte para ella, el resto del masaje transcurrió con normalidad. Cuando acabó, Vladimir se incorporó en toda su altura y la cogió por sorpresa de la cintura. Asustada, se quedó paralizada sin saber qué hacer. Él la atrajo hacia él y le susurró:

—Nunca admito un «no» por respuesta si creo que tengo posibilidades.
—La besó en la boca y se apartó.

No sabía que había querido decir con aquello, pero se alegró de que se marchara sin más contratiempos. Zac ya rondaba nervioso por la recepción cuando le vio salir sin despedirse.

—¿Todo bien? ¿No te ha montado ninguna escenita? —se preocupó.

—Tranquilo, nada que no supiese resolver.

No quiso compartir con él lo del extraño beso. Puede que ya no insistiese más.

A la tarde, antes de marcharse para su casa, se pasó por la convención con curiosidad y le observó oculta desde una esquina. Estaba como pez en el agua. Sus fans se acercaban a hacerse fotos junto a su ídolo, que los deleitaba con poses de culturismo. Antes de que acabara la sesión y la descubriera, se marchó. No quería darle motivos para que pensara lo contrario, solo le faltaba eso. Con lo poco que habían coincidido y ya le había resultaba muy tosco en su comportamiento. Se notaba a la legua su falta de modales. No era su tipo, por muy atractivo que fuese.

Con ese último pensamiento regresó al apartamento. Nada más entrar por la puerta, se deshizo de los odiosos tacones que martirizaban sus pies y corrió a darse un baño relajante de espuma. Estaba en la gloria hundiendo la cabeza en el agua, cuando los golpes insistentes de Zac le hicieron emerger.

—Lore, ¿estás ahí? —la llamó.

—Sí, Zac, ¿qué quieres?

—Lo mismo que tú: ducharme. Así que date prisa, nena, que he quedado.

Con resignación, Lorene salió de la bañera y se vistió con atropello. Fue a buscarle para avisarle de que ya podía entrar, cuando se lo encontró repantingado sobre el sofá con cara somnolienta.

—No te veo con muchas ganas de salir —le espetó bastante enfadada.

—Ya no voy a salir, perdona. Me acaba de enviar un mensaje mi cita para decirme que no podía —contestó malhumorado.

—¿Una chica del hotel, tal vez? —se interesó.

—Ni hablar. Yo no me la juego con alguien de ahí. No, una de internet.

—¡No fastidies! ¿Ahora ligas por contacto? —se burló.

—No tengo tiempo para salir. Son chicas que quieren un polvo y ya.

—Pues sí que anda mal la cosa —se rio.

Mientras Zac se duchaba, ella se puso a preparar algo de cena para los dos. Por suerte, su amigo había ido a la compra. Lo bueno de tener compañero de piso es que compartían los gastos y se turnaban con las responsabilidades, así que tenía siempre la nevera llena. Él era mucho más sibarita que ella a la hora de comprar. Abrió algún que otro paquete para saber que contenía y probó una especie de ensalada de col con salsa de jengibre. Estaba delicioso. Decidió coger un par de cositas de esas para picar y preparó algo de pollo frito.

De repente, alguien llamó a la puerta. Se llevó una sorpresa al abrir, ya que se encontró con Vladimir.

—¿Qué-qué haces aquí? —graznó.

Vladimir se recostó sobre el vano de la puerta con una sonrisa presuntuosa.

—Ya te dije que quería saber de ti. —Fue su respuesta.

Venía con un atuendo muy casual: unos vaqueros rotos, bambas negras, una camisa blanca y una chaqueta con las mangas remangadas. Zac salió de la ducha en ese momento y Lorene comenzó a ponerse nerviosa.

—¡Ya te vale, Lore! ¡No has podido resistirte y has tenido que curiosear todos los paquetes! —se burló Zac desde el comedor.

Apareció por la puerta con la toalla envuelta a la cintura y gotas de agua por su dorso. No le pasó desapercibido el gesto de Vladimir, que se envaró al reconocer la voz grave de Zac.

—¿Qué cojones haces tú aquí? —le increpó Zac al descubrirlo.

—¿Este mierdecilla es tu novio? —escupió. Vladimir lo observó con cara de asco—. Normal que no estés segura de lo que tienes. Si en algo aprecias tu vida, Zac, lárgate y déjame hablar con ella, no he venido a verte a ti.

—Estás en mi casa, capullo. Aquí el que se larga ahora mismo eres tú, gilipollas.

Lorene al ver que se caldeaba el ambiente, se interpuso entre ellos y le pidió a Vladimir que se marchara. Este resopló con descaro y se volvió hacia ella:

—No te preocupes, preciosa. Ya nos volveremos a ver. ¡Adiós, imbécil!

Cuando cerró la puerta, se dio cuenta de que estaba temblando de la cabeza a los pies.

—Zac, ese tío te puede matar de un solo golpe. ¿Es que no sabes mantener la boca cerrada?

—Ese bastardo no va a venir aquí a darme órdenes. ¡Que se vaya a la mierda! —continuó exaltado—. ¿Le diste tu teléfono o la dirección?

—¿Crees que soy tan idiota para eso? ¡Claro que no! No sé cómo lo ha conseguido, tendrá sus propios contactos. En cualquier caso, me preocupa, sobre todo, por ti porque no puedes evitar ser tan sobreprotector. Y es mi casa, no he querido replicar para no dejarte más en evidencia.

—Me da igual. Ahora vivo aquí. Más vale que no se acerque a ti delante de mí —amenazó.

Lorene meneó la cabeza con agobio. Esperaba que no insistiera más o iban a tener un problema. Este asunto se les estaba yendo de las manos, sobre todo, porque Zac era muy mal hablado y no se callaba nunca, podía resultar muy insultante cuando quería. Se notaba que su procedencia no había sido de alta cuna precisamente, por mucho que tratara de ocultarlo. Ya le había corregido en numerosas ocasiones sus modales y, aunque trataba de mejorar, su mal genio le perdía. También era el caso de Vladimir, y como bien acaba de comprobar: por mucho dinero que ahora tuviese, la mona, aunque se vista de seda, mona se queda. Y Bruno, no se quedaba tampoco atrás. No es que ella se creyera superior a todos ellos, su barrio no había sido mucho mejor, pero, al menos, ella guardaba un poco más la compostura. Eran maquinaria pesada que

arrasaban todo a su paso.

A partir de aquella noche, ambos marchaban y entraban a casa mirando a todas partes, como si temieran que pudiese abordarlos en el descansillo. Era una situación absurda, sin embargo, todas las medidas de precaución eran pocas. Esperaba que se cansara o desistiera.

—Por cierto —le comentó una mañana Zac—, he visto a Joss. ¿Sabes que su empresa patrocina a ese imbécil?

—¿A quién? —Lorene no sabía a cuál de los dos se refería.

—A Vladimir, por supuesto.

—Podías estarme hablando de Bruno. Como ninguno te cae bien.

—No. Me llamó para tomar una cerveza y me lo contó. Me preguntó por ti, pero le dije que ahora no estabas para más líos. Además, como me dijiste que no te interesaba, traté de hacerle entender que te diera espacio. ¿Hice bien?

—Sí, por Dios. No quiero más enredos de hombres. O nadie me mira o todos quieren salir conmigo. No hay punto intermedio —se quejó Lorene.

Hoy salía a mediodía, siempre que sus horarios coincidían, llevaban un solo coche y hoy habían ido en el de Zac. Era absurdo ir por separado si ambos vivían y trabajaban en el mismo lugar. Pero Lorene no contaba con que Vladimir la estuviese esperando frente a la recepción. Al verla, salió a su encuentro. Su amigo, que había vuelto a entrar porque se había dejado las llaves, cuando le vio, rodeó la cintura de Lorene y lo encaró.

—¿Nunca desistes? Das pena: ella no es para ti. ¿Qué parte no has entendido? —le recalcó.

Sin mediar palabra, el ucraniano le atizó un puñetazo en toda la cara que lo lanzó para atrás, Lorene pegó un grito y corrió a socorrer a Zac. Este rechazó su ayuda, mientras que trataba de contener la sangre que escapaba de su nariz.

—Si te gustan los perdedores, allá tú —le dijo Vladimir a Lorene—, pero si te cansas de él, este es mi número de teléfono.

Le lanzó una tarjeta y se marchó de allí. La gente que había presenciado el ataque se apresuró a llamar a una ambulancia.



Bruno había competido en varias peleas más, obteniendo cierta notoriedad

entre el público ruso. En más de una ocasión había noqueado a su rival en el segundo asalto, rumor que había corrido como la espuma en los suburbios bajos, subiendo las apuestas. Como consecuencia, estaba llenando el local cada vez que luchaba, hasta el punto de que siempre tenía todas las entradas vendidas.

Max ya había preparado su viaje de vuelta. Pronto comenzarían el campeonato de pesos pesados y aún no sabían contra quién lucharía. Estaban deseando coger el avión de vuelta. El frío de aquellos países no se podía comparar con el de su continente mucho más cálido.

Esa mañana, antes de despedirse, Vadik le entregó unos guantes nuevos con su nombre y la bandera rusa, y le dijo:

—Si llegas a la final, espero que te los pongas y nos hagas honor.

Bruno los cogió visiblemente emocionado y le dio un fuerte apretón de manos, a lo que le contestó:

—No lo dudes. El honor será mío. Muchas gracias.

Se despidieron de todo el equipo y marcharon para el aeropuerto. El viaje de regreso fue una auténtica pesadilla; no conseguía conciliar el sueño, así que cuando aterrizaron estaba molido, pero ¡por fin estaba en su país! Ya había dejado el alquiler del apartamento que cogió para verse con Lorene y volvía a estar en la casa que tenía junto a la playa con aquellas espectaculares vistas del mar. El olor a sal le traía amargos recuerdos junto a Vicky. Estaba muy cansado y con ganas de meterse en la cama. El *jet lag* lo tenía agotado, aun así, no quería demorar ese asunto más, de modo que la llamó.

—Hola, Bruno. ¿Ya has vuelto de tu viaje? —le dijo una Vicky muy alegre.

—Sí. Quiero verte. Dime hora y día —contestó secamente.

—Mañana estoy libre para comer, ¿te apetece que nos veamos en un argentino a las doce y media? Tienen una carne espectacular —sugirió.

—Me da igual. Pásame la dirección con un mensaje. Nos vemos allí.

Colgó antes de darle tiempo a replicar; no quería precipitarse ni acusarla sin pruebas, sin embargo, no pensaba marcharse sin averiguar qué diablos había llegado a oídos de Lorene. Le molestaba no poder presentarse su apartamento hasta que no supiese la verdad y, además, necesitaba conocer el porqué se había buscado un nuevo trabajo. No obstante, primero se pasaría a hablar con Albert. Quería saber qué tal marchaba el gimnasio tras la marcha de ellos dos. Tenía que reconocer que Zac había sido un buen monitor, sus clases siempre estaban llenas y, como seguía siendo muy atractivo, tenía un

grupo nutrido de alumnas que lo adoraban. Y, aunque con Zac ya no mantenía su amistad, al menos, sabía de él. En cuanto a Lorene, había sido una empleada muy responsable, eficiente y competitiva en su trabajo. Le dolía no verla por allí. No sería lo mismo a partir de ahora, para él era un soplo de aire fresco.

Cogió la prensa reciente y se puso a ojear todos los artículos que hablaban sobre Vladimir. Se lo había pedido expresamente a Max. Quería estar al día de lo que se comentaba de él. Casualmente, en uno de ellos se hablaba del ataque que había recibido Zac por su parte. En la foto se veía a Lorene. Se tensó al leer la noticia.

«¿Está detrás de ella? Y una mierda».

Cogió su chaqueta y condujo hasta su casa. Le debía unas cuantas explicaciones. Era muy tarde, pero le daba igual. Llamó al timbre varias veces. No pensaba marcharse de allí sin hablar con ella.

—¿Qué coño quieres tú también? —le gritó Zac desde el otro lado sin abrir la puerta.

—¿Qué haces ahí? —se sorprendió—. Abre. Quiero hablar con ella.

—No quiere verte. Tú y Vladimir sois de la misma calaña. Idos al infierno.

—Lorene, sé que estás ahí, abre. Quiero hablar contigo. —Aporreó la puerta con insistencia.

Al otro lado se escuchó una discusión y, al rato, el ruido de la cerradura al descorrerse.

Lorene se asomó a través de la puerta. Iba vestida con un pijama de tirantes fucsia, su melena caía en cascada por la espalda, dejando sueltos algunos cabellos rebeldes. Estaba preciosa. Zac tenía la nariz desproporcionada debido al golpe, solo llevaba puesto un pantalón de pijama.

—¿Es que entre ella y tú hay algo que yo desconozco? —demandó furioso Bruno.

—¿Y a ti qué más te da? —respondió Zac de mal humor—. Vivo aquí, soy su compañero de piso. Si ya has saciado tu curiosidad, puedes largarte por donde has venido.

—¿Qué quieres, Bruno? ¿A qué has venido? —dijo Lorene con voz cansina.

—¿Ahora sales con Vladimir?

—No. Él quería salir conmigo, pero no creo que sea de tu incumbencia.

—Quiero hablar contigo a solas. Quiero que me escuches. No me diste

ninguna explicación de por qué me dejaste.

Zac bufó indignado, a lo que Lorene le empujó y le conminó a dejarlos solos. Cuando se fue, cerró la puerta del pasillo y lo dejó pasar hasta la entrada.

—Bruno, es muy tarde. Como verás, Vladimir pegó a tu examigo. No es el mejor momento.

—Así que algo te ha contado. Pues quiero que escuches mi versión, me lo debes. Tengo derecho a defenderme. Y luego, puedes juzgar. No me iré de aquí hasta que no me prometas que piensas, al menos, darme una oportunidad. — Estaba siendo un suplicio no poder acercarse y tocar su cuerpo.

—En estos momentos, no sé si quiero escucharte. Déjame que lo piense y ya te diré algo. No puedo prometerte más y ahora, vete, por favor —suplicó al borde del llanto.

—Me pides un imposible —dijo con la voz ronca—. En la soledad de aquel gélido país al que tú me aconsejaste ir, solo tenía un único pensamiento: volver para recuperarte. Pienso demostrarte que fui sincero contigo. Me da igual lo que sea que te haya hecho cambiar de opinión sobre mí, pero no pienso darme tan fácilmente por vencido, pelirroja.

—No insistas, Bruno, déjalo ya. Es mejor no remover más la mierda —respondió.

—De eso nada, pelirroja —le susurró al oído—. Dime que no quieres saber nada de mí y me marcho para siempre de tu vida.

Lorene giró la cabeza y se negó a responder. Aprovechándose de la situación, Bruno recostó sus brazos contra la pared, estrechando el hueco libre que había entre los dos. La calidez de su cuerpo traspasó la tela del pijama endureciendo sus pezones. Coló su mano por debajo del pijama y acarició su piel con osadía: estaba hambriento de ella y quería que lo supiese. Cuando posó sus labios en la base del cuello de Lorene, comenzó a explorarla con besos húmedos y un ardor profundo se instaló en su entrepierna, palpitando incesante. Sin embargo, antes de que él alcanzase a meter su mano dentro de las braguitas, Lorene detuvo su avance. Él se apartó con un gruñido de frustración y se marchó. Ella no era inmune a él. No perdía la esperanza.

Capítulo 22. Una vuelta de tuerca

Que me golpeen me motiva. Me hace castigar más al chico.

—Roberto Duran—

Lorene gimió. Demasiado había aguantado el tipo. Había estado muy cerca de doblégarse a él y rodearle el cuello con los brazos. Tenía que ser más fuerte la próxima vez.

«No, no habrá próxima vez. ¿Qué tonterías estoy diciendo? No volverá a pillarme con la guardia baja, necesito antes una explicación. No puedo perdonarle así sin más».

Zac había estado aguardando en el sofá. Daba lástima ver su atractivo rostro opacado por el golpe que había recibido de aquel animal. Si esa era su forma de conquistar a una chica, ya podía esperar sentado, por lo menos con ella. Zac le había hecho prometer que no diría nada a su familia. Con lo que no habían contado es que saldrían en la prensa. Vladimir tenía a los periodistas tras su pista y cualquier noticia de ese tipo era muy suculenta, habían salido incluso en primera plana. Su hermana Sarah se había pedido el día libre para cuidarlo al día siguiente, ya que se negaba a ir a casa de sus padres. Ahora, todos creían que mantenían un romance en secreto: el remate final para un día glorioso. Hasta Joss le había llamado indignado pensando que le había mentido y por más que Zac lo negó, se había enfadado con él puesto que no le creía.

—¿Cómo te encuentras? —dijo, sentándose a su lado.

—Me duele un montón. No puedo respirar bien —se quejó.

—¿Te has tomado los analgésicos que te recetó el médico? Suerte has tenido que no te ha roto el tabique.

—Sí, vamos, ¡una suerte! —bufó—. ¿Qué te ha dicho Bruno?

—Que le escuche.

—¿Y qué vas a hacer?

—No lo sé. Necesito pensar.

Zac no dijo nada, solo la estrechó y los dos se quedaron un rato abrazados, hasta que los párpados le empezaron a pesar. Con mucha pereza, Lorene se espabiló y le dio un suave empujón para que marchara a la cama.

—Prefiero dormir un poco incorporado. Vete tú, Lore —le dijo.

—Si necesitas algo, llámame, ¿vale? —Le trajo una sábana y la almohada, y no se fue hasta que se aseguró de que estaba cómodo.

Al tumbarse en la cama, Lorene rememoró el encuentro con Bruno. Recordar la suavidad de aquellos labios carnosos por su piel unido a ese olor tan masculino, consiguió excitarla de nuevo. Furiosa consigo misma, se encogió para reprimir las ganas. ¿Cómo podía desearlo tanto y hacerla sentir tan miserable a la vez? Porque así lo vivía, como si fuese una marioneta en sus manos. Echa un mar de dudas, se acostó y dejó de pensar. Le agotaba ese tema.



Bruno estaba ya preparado para su encuentro con Vicky. El Rincón Argentino era un restaurante acogedor, con una decoración típica del país; contaba con una cabina acristalada donde se podía ver al cocinero realizar ciertas carnes a la brasa sin ahumar. Disponía de una bodega con excelentes vinos, además de una carta variada, en la que los pescados también estaban contemplados. Vicky era muy lista. Sabía cómo agradar a su estómago, sin embargo, no había venido por placer. Ella llegó cinco minutos más tarde de la hora acordada y se sorprendió de verlo allí. Venía con un traje de vestir amarillo mostaza que resaltaba sus curvas, una chaqueta blanca y un maquillaje suave. El cabello se lo había recogido en un moño que le hacía flaco favor, pues afilaba sus facciones.

—Hola, ¿te gusta el sitio? —le saludó.

—Sí, muchas gracias. Siéntate. Yo ya sé lo que me voy a pedir, una criolla y un vacío. ¿Y tú? —Le tendió la carta y dejó que ella eligiese su menú.

Se decantó por una crema de espinacas y un salmón a la mostaza. Ambos tomarían el vino que Bruno había seleccionado.

—¿Me vas a explicar cómo es posible que saliésemos tú y yo en el Sport Illustrated? —señaló abruptamente.

—No tengo ni la menor idea —comentó ella. Su cara no traslucía ningún sentimiento.

—Mira, Vicky, no me quieras tomar por imbécil. Sé que tratabas con un fotógrafo. —La observó con dureza y al no obtener ninguna reacción por su parte, añadió—: De todas formas, hay otro asunto que me tiene más escamado

aún. Al regresar de mi viaje, me he enterado por Albert que solicitaste un masaje con Lorene. Echando cuentas de los días, me pareció demasiada casualidad que al poco tiempo ella me dejase. ¿No tienes nada que decir a eso?

—Lo siento, no tenía ni idea. —Su voz sonó demasiado modulada y antinatural—. Quise ir porque me dolía la espalda, tampoco hay nada de malo porque quisiera darme un masaje en tus instalaciones.

—Ya, pues resulta que se ha ido del gimnasio. ¿Tampoco lo sabías?

Vicky no mostró sorpresa.

—He leído la prensa —respondió tácita—. Me sorprendió que dijeran que ahora estaba trabajando en un hotel. Deberías preguntarle a ella, ¿no te parece?

—Tranquila, lo haré. —Saboreó el vino y se recostó sobre la silla—. Además, me he enterado de que tonteaste con Zac. ¡Qué casualidad! Mi exmejor amigo.

Bruno se llevó un pedazo de carne a la boca y esperó que ella tragase el suyo. Parecía que se fuese a atragantar de un momento a otro.

—Bueno, ¿hemos venido solo a hablar de ellos o qué? —replicó molesta.

—No sé, dímelo tú. ¿De qué querías hablar? ¿Tal vez de volver conmigo? —le espetó con desprecio.

—No soy tan estúpida. Pero tal vez necesites de mis consejos. Mira, siento decepcionarte, pero no tengo nada que ver con la salida de ambos del gimnasio. Me parece un insulto que me acuses de tantas cosas sin pruebas.

Bruno escrutó sus ojos, que relampagueaban del enojo. No vacilaba ni un segundo, aun así, no la creía. Se daba cuenta de que era una actriz fantástica.

—Solo te lo voy a decir una vez: no te acerques a ninguno, jamás, eso me incluye a mí también. Es la última vez que me vas a ver. A partir de hoy hemos acabado. Y una advertencia más, espero por tu bien que no se filtren más detalles sobre mi vida privada o nos veremos en los tribunales.

Bruno se ajustó la chaqueta y pagó la cuenta, dejándola sola para los postres, puesto que ya se le había quitado el apetito.

No se volvió para mirar qué hacía. Poco le importaba. No había sido sincera con él y lo sabía. A saber qué sarta de mentiras había podido decirle a Lorene. No obstante, tampoco podía demorarse mucho en la comida, tenía una rueda de prensa que atender.

Con motivo de todo el revuelo que se había organizado tras las declaraciones de Vladimir y las polémicas fotos, Bruno había decidido que lo

mejor era dar la cara. Haría un lavado de imagen.

El lugar elegido era el Hotel Conrad Miami. El mismo que había elegido Vladimir para asistir a una convención y en el que trabajaban Lorene y Zac. Cuando pasó por delante de la recepción del Spa, buscó a Lorene con la mirada, pero su decepción fue mayúscula, pues no se encontraba allí. Lo había escogido precisamente para que ella supiese que estaba cerca. Tenía que estar al tanto de los eventos que se organizaban. Supuso que libraba y no coincidirían. Max lo esperaba ya en la tarima con un micrófono. Al verlo llegar, lo llamó con la mano y los periodistas se prepararon con su batería de preguntas. Se suponía que tenía un guion, aun así, tendría que estar preparado para cuestiones indiscretas.

—Señor Cruz, queremos saber cuáles son las expectativas que tiene de este combate —comenzó un hombre con bigote.

—Ganarlo, por supuesto, ¿qué sentido tiene prepararte si tu meta no es esa? —rió.

—¿No teme que Vladimir sea un obstáculo para hacerse con el título? —preguntó una periodista rubia bastante guapa.

—¿Por qué habría de serlo? —contestó con el semblante serio—. Él es un aspirante más, hasta que ninguno demuestre lo que sabe hacer en el ring, todo lo demás son especulaciones y fanfarronadas.

—Ya, pero él asegura que le temes, te ha insultado, ¿no te importa?

—Yo no caigo en ese tipo de provocaciones. Me rebajaría a su nivel, ¿no crees? —le devolvió la pelota a la periodista.

—Insisto, ¿es cierto que evitaste enfrentarte a él? —recalcó la chica.

Comenzaba a estar cansado de sus preguntas.

—Sí. No lo voy a negar, pero voy a explicar el porqué. De adolescentes, él iba en una pandilla y yo en otra, solíamos competir por todo, hasta por las chicas. Vladimir no podía soportar que le hubiesen quitado un ligue y, encima, un canijo como solía llamar a mi amigo, por lo cual, constantemente, nos amenazaba y tuve que salir en su defensa en más de una ocasión, llegando incluso a las manos. Decidí por eso apuntarme a dar clases de boxeo, estaba cansado de él y quería darle una lección. Pero tuve la suerte de conocer a este gran hombre de aquí. —Señaló a Max que estaba a su lado—. Y me hizo comprender que los violentos son pobres de espíritu. En su lugar, encontré un hogar y él me condujo con cabeza. Me retó, sí, pero no fui, porque él y yo ya nos habíamos batido en secreto previamente en el ring de mi entrenador. —Aquella confesión sacó más de una exclamación de asombro entre los

presentes, antes de continuar, Max pidió silencio—. Un día me siguió y me amenazó en la puerta del gimnasio, este caballero le invitó a entrar, le dejó pelear conmigo siguiendo las normas y perdió. Algo que nadie sabe, ni siquiera mis propios amigos. Despechado, quería una revancha sin normas, pero yo no estaba dispuesto a caer en su trampa, y él pagó su frustración con quien menos culpa tenía. Ahora, ya que tanto le gustan los espectáculos, que lo niegue si se atreve.

Se puso delante de las cámaras y lo desafió.

—Vladimir, si estás viendo esto, espero tu respuesta, valiente. —Se giró hacia los periodistas y añadió—: Siguiendo pregunta.

Una mujer de gafas y pelo canoso levantó la mano:

—Señor Cruz, ¿cree que los malos tratos de niño han contribuido para decantarse por esta profesión?

—Definitivamente, no. La vida puso el boxeo en mi camino y yo fui quien eligió abrazarlo. Podía haber sido mecánico o electricista. En todo caso, podría decirse que fueron mis problemas en la adolescencia más bien.

—¿Cree que la profesión de su prometida puede ejercer una influencia positiva para superar sus traumas? —La guapa periodista volvía a la carga.

—Me alegro de que me hagas esa pregunta: yo no estoy prometido con ella. Esas fotos se sacaron de contexto, de hecho, ese día fui en calidad de amigo para pedirle un consejo y despedirme de ella, pues era hora de que nuestros caminos se separasen. Quién realmente me ha devuelto la sonrisa es una bella mujer, que por culpa de malentendidos ahora no está conmigo, pero que espero que me dé una segunda oportunidad algún día. —En ese momento, le pareció ver una cabellera roja al fondo. Pero con los focos no podía asegurar si pertenecía a ella u otra mujer.

—Una última pregunta, ¿por qué se apoda Salvaje? —preguntó un periodista calvo.

—Digamos que es por el apodo por el que se me conoce en cierto gimnasio. Llegó a mis oídos y me resultó divertido. ¿Acaso no tengo pinta de ello? —preguntó bromeando.

Los asistentes rieron negando con la cabeza.

El resto de las preguntas rondaron alrededor de su entrenamiento y sus técnicas. Se hizo un par de fotos con varias asistentes a la convención y, al término, la periodista rubia tan atractiva, se le acercó.

—Me ha impresionado mucho, tome, mi tarjeta. Mi jefe está interesado en sacarle en varias revistas deportivas o relacionadas con este mundillo. Si

le interesa, llámeme.

Se quedó observando la cartulina de color negro y se la mostró a Max.

—¿Qué te parece? Y yo pensando que le caía mal —se rio.

—Bueno, hijo, aprovecha esa oportunidad, el marketing da mucho dinero —le aconsejó Max—. Ya lo celebraremos. Por cierto, te felicito, has estado muy bien, muchacho.

Se excusó de él para saludar a un conocido y Bruno se dirigió al final del salón. Si Lorene había estado allí, lo ignoraba, pero desde luego ya no se encontraba en aquella zona, si es que lo estuvo en algún momento, cosa que ya dudaba.

Marchó cansado de la convención porque al día siguiente debía entrenar. Ya sabía contra quién se enfrentaba y quedaban muy pocos días.



Zac le había avisado que Bruno celebraría una rueda de prensa en el hotel al ser consultado por un compañero con motivo de ese evento. Su pulso se había acelerado al oírlo. Había hecho lo posible para estar libre a esa hora, cambiando el turno con compañeros. No quería que Bruno supiese que se encontraba entre el público, así que, una vez que empezó la batería de preguntas, buscó el rincón más apartado y oscuro para observarlo sin reparos. Al levantar la vista hacia el estrado, como si le hubiese tocado el alma, se quedó embelesada. Durante unos minutos, el mundo se paró para ella y solo tenía ojos para él, no escuchaba ni el murmullo de la sala ni lo que le preguntaban. Estaba impresionante, se le salía el corazón del pecho de lo mucho que le atraía, el deseo prendió dentro de ella como una mecha. El pelo lo llevaba muy corto exceptuando algunos rizos que asomaban por la parte alta. El traje azul marino con camisa azul cielo resaltaba su piel de ébano. Sus ambarinos ojos parecían estar buscándola a través del local. Pero ella temía ser encontrada y se ocultó detrás de un hombre que tenía delante.

Cuando aquella periodista rubia comenzó a atosigarlo a preguntas, le dieron ganas de sacarle sus uñas de gata. Sin embargo, esa pregunta que hizo sobre su prometida puso sus sentidos en alerta. Le interesaba saber su respuesta. Su voz grave y masculina dio un discurso que creía iba dirigido exclusivamente para ella. Le sacó una lágrima, quería creerlo, pero no podía hasta que le dijera qué papel había jugado esa mujer. Necesitaba oírsele decir

en persona. No podría estar con él si creía que algo se interponía entre ellos. Cuando le preguntaron por el apodo tan peculiar que usaría para identificarse, su respuesta cautivó a Lorene y lejos de ofenderse, se lo había tomado con humor. Se metía a los periodistas en el bolsillo. Decidió marcharse antes de que acabara la conferencia para pedir consejo a Sarah, aprovechando que hoy estaba cuidando a Zac.

En cuanto entró por la puerta de su apartamento, los encontró charlando animadamente.

—¿Qué tal nuestro enfermito? —se burló Lorene de su amigo.

—Hecho un quejica, como todos los hombres. George se resfría un poco y parece que se muere —le secundó Sarah la broma.

—¡Hola! Estoy aquí, ¿eh?, todavía no me he quedado sordo —replicó el aludido con sorna, lo que les sacó sonoras carcajadas—. ¿Qué tal en la conferencia, Lore? ¿Fuiste?

—Sí. Y eso me recuerda algo que dijo Bruno que me picó mucho la curiosidad, ¿tú sabías que se enfrentó a Vladimir antes de que muriese tu amigo?

—Debes haber entendido mal, Lore, ya te dije que no se presentó.

—Te repito palabras textuales: se enfrentó a Vladimir en el gimnasio de Max en privado, sin testigos y mediante reglas. Como resultado, Bruno le venció. Si Vladimir lo retó fue por despecho, quería una revancha. Ahora, te vuelvo a realizar la misma pregunta, ¿tú lo sabías?

Zac abrió los ojos como platos, el dolor que cruzó su rostro le indicó que no tenía conocimiento.

—No lo sabías, ¿verdad? —insistió Lorene.

—No, demonios, no me dijo nada. Creí que era un cobarde, pero entonces... si ya le había ganado... ¿por qué no se presentó?

—Lo dijo en la conferencia, pero si quieres saber el resto, creo que deberías hablar con él.

—Ni de coña. No cuentes conmigo —espetó tozudo.

—Pues allá tú. Lo mismo te enfadaste con él por una estupidez. Y que sepas que sabía que lo llamabais Salvaje. Es el apodo que va usar para identificarse. —Zac abrió los ojos desmesuradamente y se rio de su expresión—. Ahora, con tu permiso, me llevo a tu hermana que quiero hablar con ella a solas, cosas de chicas, ya sabes. —Le guiñó un ojo y la llevó hasta el dormitorio.

Sarah la observó intrigada.

—Necesito que me des un consejo como amiga. Tú eres más imparcial en esto que Zac. —Cogió aire antes de soltarle la bomba—. Bruno y yo hemos estado saliendo en secreto antes de que se marchase de viaje. Pero unos días después, salió en una revista con una mujer y creí que se estaba burlando de mí. Por consiguiente, lo dejé. El caso es que la otra noche vino a mi casa para hablar y casi nos besamos.

Sarah soltó un grito de emoción que tuvo que acallar si no quería que Zac pegase la oreja a la puerta.

—¡Vaya, qué sorpresa! ¿Tú y él? —exclamó emocionada—. Nunca lo hubiera imaginado. Así que hay tema, ¿cuál es el problema, Lore?

—Que no sé si darle una oportunidad, me hizo dudar. Es que durante la conferencia explicó que la mujer que salía con él en aquellas fotos comprometidas no significó nada y que otra le había robado la sonrisa. Creo que se refería a mí.

—¿Y por qué no vas a dársela? —se alteró Sarah.

—Porque me asusté, íbamos demasiado deprisa... —se excusó.

—¿Sabes que era mi amor platónico? Siempre estuve convencida de que el día en que una chica le conquistara, sería el hombre ideal —le confesó—. ¿Y le dejaste sin pedirle explicaciones? ¡Yo alucino contigo!

—Pues sí. Esa mujer vino a darse un masaje y actuó como ella me dijo que lo haría: una vez lejos se mostraría distante, luego dejaría de responder a mis mensajes y que por último, me olvidaría, probablemente, en brazos de otras. —Al ver que Sarah resoplaba y rodaba los ojos en blanco, añadió—: Creo que me envenené con sus palabras, ¿no?

—Pareces nueva, Lore. La otra estaría celosa, vio que tú podías arrebatárselo y vino a malmeter con su lengua viperina. ¿Por qué la creíste? —Comprendía su enfado, era bastante ilógica su reacción, pero sus miedos estaban ahí y le hacían ser una persona insegura.

—Porque es demasiado guapo como para que se fije en mí —soltó a bocajarro.

—Pero ¡¿tú eres tonta?! ¿Te has mirado? —Sarah se levantó de la cama y la conminó a hacer lo mismo. Luego, señaló su cuerpo lleno de curvas.

—Es que todas mis relaciones han sido siempre un fiasco —se excusó Lorene contrita.

—No puedes ser tan insegura. Eso hay que arreglarlo. Te gusta, porque de lo contrario no estaríamos hablando de él, ¿verdad? —Arqueó una ceja esperando su respuesta.

—Creo que me he enamorado perdidamente de él. Y ahora, no sé qué hacer. —Puso un puchero que exasperó a su amiga.

—Pues nada, ¡qué vas a hacer! ¡Conquistarle, mujer! Saca tus armas.

La expresión de confusión en el rostro de Lorene divirtió a Sarah.

—¡¿Có-cómo?! ¡Yo-yo no me atrevo! No-no soy así de descarada... — tartamudeó varias incoherencias más que hicieron reír a Sarah.

—Lore, no me puedo creer que seas tan parada. ¿No vas a hacer nada? ¿Te vas a quedar de brazos cruzados?

Se encogió de hombros y desvió la mirada de los inquisidores ojos de su amiga. No era tan sencillo. Si movía primero ficha, nunca sabría si él sentía algo profundo por ella.

Capítulo 23. Primer asalto

No cuentes los días, haz que los días cuenten.

—Muhammad Ali—

En su primer combate, Bruno tuvo como rival a un cubano muy bajito. Él no era de subestimar a sus contrincantes porque podían sorprenderle. Sin embargo, en el primer asalto le atizó un *crochet* que casi lo noquea y en el tercero, ya no se levantó, por lo que se hizo con su primer triunfo sin esfuerzo.

Vladimir hizo lo propio con su rival a la semana siguiente. Los comentaristas publicaban que parecía que estuviesen picados por demostrar al otro quién era mejor en el ring. Se había hecho tanto revuelo con el cruce de acusaciones, que estaban dando mucho juego, tal y como quería la prensa; eso estaba elevando la audiencia y, por consiguiente, los beneficios.

Después de haber hecho aquellas explosivas declaraciones, Bruno estaba casi seguro de que Vladimir habría montado en cólera. No obstante, le extrañó que no le replicara.

En cualquier caso, ahora eso no era lo que más le preocupaba. Aparcó su coche en el garaje del hotel en el que trabajaba Lorene y subió a recepción. Ya se había asegurado de que no estuviese Zac allí. Según su contacto, Lorene y él no siempre coincidían, además, de haberle dicho cuál era el mejor día para sorprenderla a solas. Por si acaso, había dado otro nombre en su lugar cuando contrató el masaje para asegurarse de que sería ella y no otra persona quien lo atendiera, así que entró muy ufano en el *hall* de espera.

Al salir a buscarlo, Lorene se sorprendió al toparse con él. Ella buscó con la mirada a otro hombre y al no verlo comprendió su jugada.

—¿Eres tú Carl Rogers? —preguntó con cierto escepticismo en su voz.

—Sí. No pensarás huir, ¿verdad?

Ella se había quedado a una distancia prudencial y no se movía; estaba marcando las distancias entre ellos, lo que provocó en Bruno una amarga sensación en el estómago. Le asaltaron las dudas de si había hecho bien al venir. Escrutó muy nervioso el rostro de Lorene que no parecía decidirse.

—Debería decirle a otra compañera que te dé el masaje —dijo, mientras

que le invitaba a seguirla a la habitación para el fin al que había venido.

Él respiró aliviado y la siguió.

—Tengo entendido que a estas horas solo estás tú —comentó con seguridad.

—¿Ah, sí? ¿Y tú cómo lo sabes? —replicó rápidamente.

—Uno, que tiene sus contactos.

—Vaya, así que alguien de aquí chismorrea más de la cuenta —respondió con la lengua afilada—. ¿Puedo saber quién es?

A Bruno le hacía gracia lo mucho que le picaba la curiosidad, sin embargo, le había prometido a Sarah que no le diría nada. La hermana de Zac le había llamado para hablar con él. En un principio, le sorprendió, pero tras oír lo que le tenía que decirle, se alegró. Se disculpó en nombre del «cabezota» de su hermano por haber creído que no se preocupaba por Ethan. Había leído la entrevista que salió publicada en una de las revistas que asistió a la conferencia y le confesó que ella siempre supo que nunca lo había abandonado sin un buen motivo. Hablar de su tedioso pasado, fue como volver a una época que, por un lado, tuvo su lado de amargura, y por otro, le recordó buenos momentos junto a sus amigos. Él, por su parte, aprovechó para interesarse por Zac y preguntarle por cómo les iba a ambos. Estuvieron hablando un poco de su vida, de su noviazgo y de la soltería de Zac: seguía siendo un mujeriego. No sé cómo se las ingenió para sonsacarle que estaba interesado en Lorene; el caso es que le chivó la manera de acercarse a ella. Bruno se lo agradeció en el alma. Le había estado dando vueltas, pero con Zac viviendo en el apartamento no lo tenía nada fácil y él necesitaba arreglarlo con aquella curvilínea de mujer que tenía delante.

—No. No puedo decírtelo, pelirroja. Es un secreto. Aunque si me das un beso... —cerró la puerta de la sala y la atrapó por la cintura; con tono provocador le susurró muy cerca del cuello—, puede que te lo diga algún día.

—Bruno, que me pueden despedir. Aparta, que me comprometes —dijo muy asustada, girándose a mirar a través del cristal.

Con mucho pesar, él se retiró un poco, pero no la soltó.

—Entonces, dime cuándo. Te extraño. ¿Podemos vernos después del masaje? —insistió.

Ella pareció dudar.

—¿Te veo en mi casa? —comentó apurada Lorene, intentando deshacerse de su abrazo.

—No, allí está Zac y no quiero un moscardón tocándome los huevos.

Quiero que vengas a la mía. Tenemos que hablar.

Torció la boca mientras su naricilla se movía de un lado para otro como un ratoncillo y asintió con indecisión.

—Y vete olvidando de que vas a regresar a tu casa —le advirtió, lo que tiñó de rojo sus mejillas. Su reacción no se hizo esperar: se le endureció la entrepierna.

—Bueno, yo me salgo y dejo que te desvistas —repuso en cuanto se libró de su cercanía, la que parecía quemarle.

—Si ya me has visto como vine al mundo, ¿a qué viene tanta vergüenza ahora? —replicó travieso, desabrochándose la camisa.

—Es el protocolo, idiota. Si no me ven salir, entrarán a ver qué hacemos —refunfuñó, saliendo de la habitación airada.

Se rio divertido por su carácter tan explosivo. Le encantaba aguijonearla, pues saltaba enseguida.

Cuando se colocó en la camilla, nada más oír la puerta, levantó la cabeza para asegurarse de que era ella: era un desconfiado, pero temía que huyese de él. Sin embargo, su perfume a vainilla inundó la sala, lo que le indicó con total seguridad que se trataba de Lorene. Cuando posó las manos sobre su espalda, fue como si hubiese recibido una corriente eléctrica y una sensación indescriptible se instaló en su pecho. El fuego que despertó en él fue el culpable de que le vinieran a la mente una serie de imágenes candentes con ella en aquel Spa. Se moría de ganas por cumplir su fantasía.

—¿Nunca has hecho el amor en un lugar público? —Lorene casi se ahoga con sus palabras.

—Bruno, no pienso jugármela aquí, si es lo que estás pensando. Además, das por sentado que vamos a volver. Te recuerdo que estuve hablando con tu exprometida o lo que sea esa mujer para ti.

Él levantó la mirada hasta sus ojos claros y decidió aclarar ese asunto de inmediato.

—Ella nunca ha significado nada para mí. No puede compararse a lo que tú me haces sentir. Ignoro lo que te dijo, pero te aseguro que yo nunca te traicioné con ella. Es más, nada más regresar, fui a hablar con Vicky y le advertí de que no se acercase ni a ti ni a mí, jamás.

Lorene se mantuvo callada, aunque le pareció que sus ojos se humedecían.

—Cuando te conocí, me pareciste muy segura de ti misma. ¿Qué ha pasado con esa Lorene?

Ella torció la boca con un gesto de disgusto. Había cruzado los brazos en jarra y sabía que era un mecanismo de defensa que usaba cuando se ponía nerviosa.

—Pues que tú has puesto patas arriba mi mundo. Yo quería darte una oportunidad y dejarte entrar, pero como eres tan guapo me parecía que algún día me caería de la silla a la que me había subido. Vino esa mujer y tú actuaste como ella me comentó —respondió dolida—. No me llamabas y tu mensaje fue muy seco... creí que te habías cansado como todos los demás que salieron conmigo antes.

Él se incorporó y se sentó sobre la camilla, se pasó la mano por el cuello, asombrado por lo que acaba de escuchar.

—Pelirroja, no sabes el infierno que he pasado en Rusia, no tenía ni tiempo para escribirte. Creo que tú y yo debemos empezar a confiar más el uno en el otro. Tú también estás viviendo con Zac y eso me molesta, la verdad.

—Pero si solo somos amigos —bufó.

—Ya, pero yo no quiero que vivas con él, sino conmigo.

—¿En qué casa? Porque según Vicky no vives dónde dices vivir —espetó.

Ahí le había dado.

—Te debo una disculpa. Necesitaba saber que te fijabas en mí por lo que soy y no por lo que tengo. Es cierto que esa la alquilé. Yo también soy muy precavido para estas cosas. Ya he tenido algunas lagartonas detrás.

—¿Cómo esa Vicky? —Lorene lanzaba dardos directos a la diana.

—No sé cuáles fueron sus intenciones para conmigo, olvidémonos de ella y centrémonos en nosotros. —Bruno la sujetó por detrás de los antebrazos y le obligó a que dejara aquella pose tan defensiva—. ¿Podemos intentarlo? Te quiero a mi lado. ¿Qué me dices?

El que ella se mordiera el labio inferior no le estaba ayudando. Cada vez tenía más ganas de hacerla suya.

—Que me da un miedo terrible —dijo con lágrimas contenidas.

Bruno la empujó suavemente hacia él y la estrechó entre sus brazos. Besó la coronilla cobriza con ternura y le susurró:

—¿Por qué te marchaste del gimnasio? —Esperaba que no hubiese sido cosa de Vicky.

—Me sentía vulnerable. Creí que si te cansabas de mí, me echarías. —Al ver que él pensaba replicar, le posó un dedo suavemente sobre la boca para que le dejara terminar—. Yo tengo una hipoteca que pagar y no puedo perder

mi trabajo y como surgió esta oportunidad a través de Zac, no la desaproveché. Prefiero no depender de ti.

Sus expresivos ojos azules exteriorizaban el pesar que le supuso tomar esa decisión. Meneó la cabeza contrariado, al menos nadie le había empujado a hacerlo y había sido franca.

—Eres muy buena en tu trabajo y desde que Zac y tú os habéis ido, no es lo mismo. Me ha costado mucho sustituiros. Pero respeto tu decisión si eso te hace feliz.

—No es lo mejor para mí, disponía de mejor horario en tu gimnasio, sin embargo, yo sé que aquí puedo ascender, cambiar de puesto y, además, yo controlo mi vida. Me da cierta seguridad. Si tú eres mi jefe, no.

—Está bien.

Bruno se resistía a separarse de ella, el calor que emanaba de su cuerpo le reconfortaba. Fue Lorene quien rompió el contacto entre ellos, secándose una lágrima y le instó a tumbarse de nuevo.

—Déjame que te dé un masaje diferente. —Se dirigió hacia un estante y cogió varios botes.

—¿De qué tipo va a ser?

—Te voy a poner una mascarilla de aceites curativos y equilibrantes de aromaterapia. Es bastante relajante. Ya verás. Dicen que este tratamiento sirve para liberar la tensión física y es capaz de reducir la ansiedad emocional producto de experiencias traumáticas. ¿Sigues teniendo pesadillas?

—Sí —contestó.

—Pues vamos a comprobar si funciona.

Sustituyó la música por una de corte clásico con piano y cambió su forma de dar el masaje. El olor que se desprendía de sus manos le recordaba al campo. Fue alternando el masaje con piedras calientes o frías por la espalda, provocándole sensaciones chocantes, como si estuviese arrancándole la negatividad que portaba siempre a cuestas y transformándola en algo increíblemente apacible. Cuando terminó, sentía todo el cuerpo adormilado.

—Ya está. Ya puedes vestirte —le susurró Lorene cerca del oído.

—Me quedaría aquí a dormir y no me movería nunca.

Ella rio complacida.

—Espera, no te marches. —Bruno se incorporó con pereza y la atrajo cerca de su torso desnudo. Le levantó el delicado mentón con un dedo y le habló con la voz enronquecida—: Vendrás, ¿verdad?

—Sí. Te lo prometo. —Lorene le dio un beso casto en los labios y se

marchó.

Cuando pasó por recepción se comportó como si fuese un cliente más.

—Esperamos volverle a ver muy pronto, señor Cruz —se despidió de él con excesiva formalidad.

Él sonrió y se marchó para coger el coche. Se sentía magnífico. No sabía si era porque habían hablado o porque, en efecto, el masaje había funcionado. Solía ser muy escéptico para esas cosas. No creía en lo que no veía, pero, por esta vez, tendría que hacer una excepción.

Cogió su móvil y le escribió un mensaje.

Bruno_17:00

Te espero en 485 Brickell Avenue, apartamento E725. Te quiero.

Durante un buen rato, quitó y puso mil veces el «te quiero». Lo cambió por un beso y se mesó el pelo desesperado. No se prodigaba en elogios, no obstante, no quería caer en el mismo error. Recordaba sus palabras: había sido muy seco en sus mensajes y quería que notase la diferencia. Al final, puso varios emoticones de una carita con beso y prefirió decírselo en persona. Le parecía muy frío hacerlo a través del móvil.

Cuando llegó al apartamento, consultó si ella había visto el mensaje. Sí. Sin embargo, a medida que pasaba el tiempo y no aparecía, la incertidumbre le corroía por dentro. ¿Se habría arrepentido? Consultó de nuevo la pantalla por si le había enviado un mensaje para anular la cita, pero no tenía nada de ella. Sarah le había confiado que Lorene estaba muy marcada por sus anteriores relaciones, sobre todo, por aquel estúpido que le puso los cuernos con su mejor amiga. ¡Valiente imbécil! Él le demostraría que no todos los hombres eran iguales.

Pero el tiempo transcurría y ya se hacía muy tarde. Le extrañó que no hubiese dado señales de vida aún. La llamó al móvil, pero este estaba apagado o fuera de cobertura. Se le hacía raro que, de repente, no quisiese saber nada de él. ¡Si se habían besado!

Por fin, sonó la puerta. Aliviado, corrió a abrir y se encontró de frente con Zac. Tenía los ojos enrojecidos y el semblante desencajado.

—¿Qué haces aquí, Zac? —Verlo le dio un mal presentimiento.

—Siento ser el mensajero de tan malas noticias, Bruno. —Se trabó por el llanto y cuando se calmó, continuó—: Lorene ha tenido un accidente de coche. La policía acaba de llamarme. Me parecía muy mal no decirte nada. Le hacía

mucha ilusión volver contigo. Lo siento, tío. —Terminó con un sollozo ahogado.

A Bruno se le paró el corazón y, por un segundo, dejó de respirar. La angustia era terrible.

—Pero ¿está viva? —Una lágrima escapó de sus ojos.

—No tengo ni idea de cómo está —se sinceró—. Mi hermana y yo aparecemos como sus familiares más inmediatos. Sarah va ya de camino. ¿Te llevo?

Dudó unos instantes. Después de tanto tiempo sin hablarse, se le hacía raro que se preocupase por él.

—Puedo conducir, si no quieres llevarme.

—No seas gilipollas. —Le atizó un golpe en el hombro como solían hacer de niños y esbozó una sonrisa triste—. Si he venido, es por algo.

—Gracias, Zac. Te lo agradezco. ¿Cómo has averiguado mi dirección? —Cogió su chaqueta muy nervioso y le siguió al ascensor.

—¿No creerías que la iba a dejar marcharse contigo sin saber dónde vivías, verdad? Lore es como una hermana para mí.

La familiaridad con la que se refirió a ella le molestó un poco. Sabía que se conocían muy bien y que no era el momento de ponerse celoso, sin embargo, le hubiese gustado ser quien recibiera aquella fatídica llamada y no Zac. Porque eso habría significado que eran algo más. Las lágrimas se agolparon de golpe en sus ojos y se tapó la boca para ahogar un sollozo lastimoso. Zac le apretó el hombro comprensivo y le palmeó la espalda para darle ánimos.

Capítulo 24. Arrepentimiento

*Yo no promuevo el boxeo, promuevo personas.
El boxeo es un catalizador para unir a la gente.*
—Don King—

El Ford Mustang de Zac estaba mal aparcado muy cerca de su edificio, se había arriesgado a que le pusieran una multa o a que se lo llevara la grúa. Bruno se sentó en lugar del copiloto y tuvo que mover al máximo el asiento para atrás si quería entrar, pues sus piernas largas le aprisionaban.

—Me temo que este coche no está hecho para tíos tan grandes —observó Zac agudo.

—Ni este ni ninguno —se quejó, dándole a la manivela hasta acomodar la postura correcta.

Zac puso la dirección del Jackson Memorial Hospital, en 1611 NW 12th Avenue y condujo en silencio. Ninguno tenía ganas de hablar. Él nunca había sido muy creyente. Cuando su padre le pegaba, jamás le escuchó, así que nunca rezaba ni se acordaba de un Dios que él creía injusto. Sin embargo, esta vez apeló a su piedad y suplicó que no se la llevara. No podía perderla. Las lágrimas brotaban de sus ojos sin control, incapaz de reprimirlas, mientras que él se las secaba disimuladamente para que Zac no le descubriera llorando.

—Muy pocas veces te he visto llorar, podría contarlas con los dedos de las manos —comentó Zac apenado—. Ni por Ethan. Me vas a contagiar y vamos a tener que coger un taxi.

No podía ni replicar. El sabor salado del agüilla que se escurría por sus mejillas derivaba en sus labios y le obligaba a tragárselas con amargura. De su garganta no salía ni una palabra, se había quedado mudo, ciego y sordo del dolor.

El hospital era un edificio color crema con un pórtico de hormigón enorme a modo de cubierta en la entrada. Se alegró de llegar a su destino. Aparcaron y Zac llamó a su hermana. La encontraron sola sentada sobre un sillón de cuero color café en la sala de espera.

—¿Y George? —le preguntó Zac cuando no lo vio.

—Ha ido a por una tila para mí. Hola, Bruno —le saludó.

Tenía los ojos verdes igual de enrojecidos que todos ellos.

—¿Sabes algo de Lorene? —La aflicción que sentía por dentro le estaba matando.

—Por lo que me han contado, la están operando de urgencia. Todo el impacto se lo ha llevado en el abdomen. Temen que tuviese una hemorragia interna y lo mismo tenían que extirparle el bazo. Los gastos del hospital van a ser muy costosos. —Sarah se mordió los labios con nerviosismo.

—De eso me ocupo yo. —Bruno vio el agradecimiento en los ojos de Sarah. Luego hablaría con el hospital para que le pasaran a él todos los cargos.

—¿Te han dicho cómo ha ocurrido el accidente? —preguntó enojado Zac.

—Sí, perdió el control al reventársele una rueda y se salió contra la mediana. Estaba consciente cuando la rescataron del amasijo de hierros. Es una buena noticia: no tiene traumatismo craneoencefálico.

—¡Qué putada! Y pensar que llevó recientemente su coche para que le arreglaran un fallo y va, y se le revienta la rueda —se quejó Zac impotente.

Bruno se levantó y comenzó a caminar inquieto de un lado para otro. Necesitaba entretenerse con algo y calmar la angustia que lo asolaba. Cuando regresó George con la tila de Sarah, los presentaron, pero estaba tan distraído que apenas reparó en el otro. Su atención estaba enfocada en cualquier personal médico que se dirigiese en su dirección.

Las horas pasaban lentamente y seguían sin saber nada. Sarah dormitaba sobre el hombre de George, que no se atrevía a moverse por temor a despertarla. Zac se había levantado mil veces a preguntar a la enfermera si sabían algo. Ambos eran un manojo de nervios. Cansado de ver la misma decoración y harto de esperar, se animó a invitar a Zac a tomar un café. Los dos marcharon a la máquina y después salieron a la entrada para despejarse un poco.

—Me gustaría pedirte perdón —dijo de repente Zac—. Te creí un cobarde por no haberte enfrentado a Vladimir.

Su arrepentimiento lo cogió por sorpresa. Era la primera vez que hablaban de ello.

—No tenía nada que demostrar. Ya te lo dije, Zac. Él solo quería dejarme en evidencia a toda costa y no pensaba darle el gusto. Lo que más siento es que Ethan no esté aquí con nosotros.

—Más siento yo el haberme dejado convencer. Ahora estaría vivo —se compadeció.

—Eso no puedes saberlo. Lo mismo podía haberle pillado otro día. No podemos cambiar el pasado; de nada sirve lamentarse, solo debemos seguir tirando. Ya le he dado mil veces la vuelta ese asunto y no sirve de nada. No se puede resucitar a un muerto.

Su amigo agachó la cabeza y cuando levantó la mirada, Bruno pudo apreciar mucho dolor acumulado. Le tendió la mano con determinación y dijo:

—¿Amigos?

—Pues claro, grandullón —le contestó Zac visiblemente emocionado.

Se dieron un abrazo sincero y luego se separaron muy cortados. Esa efusividad no era propia de ninguno, como si fuese de ser poco hombre mostrar afecto, se separaron y metieron las manos en los bolsillos de sus pantalones para disimular. Al rato, estallaron en carcajadas por su estupidez y resolvieron regresar adentro.

—Bruno, tengo una duda, ¿por qué me contrataste?

—Zac, no me considero un tío rencoroso. Sabía que lo necesitabas, para eso están los amigos: para ayudar.

—Joder, me siento la peor persona del mundo. —Se pasó la mano por la cara a la vez que resoplaba—. Soy un desagradecido.

—Anda, olvídalo, no te martirices.

Sarah los observó volver y sonrió en su dirección al observar la camaradería que se respiraba entre ellos.

—¿Familiares de la señorita Milton? —llamó una enfermera.

Todos se apresuraron a contestar con un movimiento leve de cabeza y un médico se acercó hasta ellos.

—Ya hemos terminado. La operación ha sido muy complicada, así que su estado, aun siendo estable, es reservado debido a la gravedad de las heridas. Esta primera noche será la más crítica. Permanecerá en observación en la UCI hasta nueva orden.

Bruno se mesó el pelo frustrado. Los cuatro acordaron turnarse para estar allí. Era absurdo estar todos en el hospital. Como él tenía al día siguiente un combate, le obligaron a marcharse y quedaron en informarle de cualquier cambio que registrara Lorene. Regresó a su casa en taxi, iba como flotando: todo aquello se le hacía demasiado irreal. Las circunstancias actuales le obligaron a tomar un fármaco que odiaba, pero que era el único que podría hacerle descansar, ya que tenía la cabeza llena de imágenes y recuerdos que no le dejarían conciliar el sueño.



Despertó como si se hubiese caído de un precipicio: dio un espasmo y abrió los ojos de golpe. No recordaba nada, solo le quedaba una sensación de desasosiego que no conseguía alejar. Al tocarse la mejilla, se la encontró húmeda, se dio cuenta que había estado llorando mientras dormía. Lo primero que hizo fue consultar los mensajes y llamar a Zac: era quien estaba ahora en el hospital relevando a su hermana.

—¿Alguna novedad?

—De momento, sigue estable —dijo algo más animado—. Dale fuerte al puño, tío, y no vuelvas sin el triunfo. Veré la retransmisión de tu combate en mi móvil.

Saber que no había empeorado era una buena noticia, así que le insufló de ánimos encontrarlo tan calmado. Le dejó un móvil de contacto por si Lorene despertaba, para que pudieran avisarle y colgaron. A continuación, se fue al gimnasio.

—¿Cómo estás, hijo? ¿Qué tal lo llevas? —De camino al entrenamiento, le había contado lo que le había acontecido a Lorene con el manos libres, pero como conducía, cortaron la comunicación, dejando a Max terriblemente preocupado por el impacto de la noticia.

—De momento, está estable.

—¿Crees que vas a poder luchar? Hoy te ha tocado un hueso duro de roer.

Se enfrentaba a un texano que tenía muy buen derechazo. Asintió convencido y comenzó a realizar flexiones.



Lorene despertó con mucha pesadez en los párpados. Tragó saliva y probó a mover las piernas. Estas obedecieron de inmediato y las pudo flexionar un poco, ya que un dolor agudo en el estómago le sobrevino de golpe y por acto reflejo regresó a su postura inicial. Una enfermera se acercó a ella al oír la moverse y llamó al médico, quien la examinó y esbozó una sonrisa amable.

—¿Cómo se encuentra? —le preguntó.

—Como si me hubiera pasado un camión por encima. ¿Qué me ha pasado?

—Tiene varias costillas rotas, contusiones y hemos tenido que extirparle parte del bazo, señorita Milton. Temíamos por usted. Esto no le impedirá seguir con su vida, pero, a partir de ahora, deberá tomar una serie de precauciones. ¿Entiende lo que le digo?

Lorene se quedó muda. Las lágrimas brotaron a tropel y el labio le tembló por el llanto. Conmocionada por la noticia, a pesar de las palabras amables de la enfermera y los ánimos del médico para que comprendiera su nueva situación, se le cayó el mundo. Estaba abatida, no sentía alivio por encontrarse viva. No, su alma estaba rota, destruida.

La enfermera salió a avisar a Zac mientras el médico le ajustaba el collarín. Cuando su amigo entró, se la encontró llorando como una Magdalena. Con mucha ternura, la cogió de la mano y le preguntó con prudencia:

—¡Ey! ¿Qué pasa? ¿Por qué tanto drama?

—¡Vaya mierda! Iba a encontrarme con Bruno y mírame, estoy hecha una braga. Lo mismo ni sabe lo que me ha pasado.—Su gran noche se había esfumado de un plumazo.

—Él ha estado aquí, Lore. Fui a buscarlo. No me parecía bien no avisarle —le comunicó—. Que sepas que no quería separarse de ti, pero hoy tenía un combate y le obligamos a marcharse. Lo importante es que estás viva.

—Sí, pero impedida —masculló.

—No te quejes que podía haber sido peor. No sabes lo preocupados que nos has tenido. Mi hermana vino primero y no sabía con lo que se iba a encontrar.

Quizá tenía razón, al menos, no se había dañado ni el cerebro ni la espalda. Bueno, un poco las cervicales, pero podía andar que era lo que más le preocupaba. Recordaba haber quedado aprisionada con el volante, vagos *flashes* del accidente venían a su memoria de golpe. Suponía que su mente no quería recordar para no sufrir. Aun así, no podía evitar estar deprimida.

—¿Qué hizo al enterarse, Zac? ¿Cuéntamelo! —Necesitaba que se lo describiese con pelos y señales. ¿Qué habría pensado al ver que ella no aparecía?

—Llorar, y te puedo asegurar que eso es un halago viniendo de él, porque pocas veces se permite hacerlo. Te quiere, Lore.

Sus palabras le arrancaron varias lágrimas, pero esta vez eran de alegría.

—Voy a avisarle de que ya estás despierta —se acordó Zac.

—¿Cómo? —Trató de incorporarse, pero desistió, el dolor era tan intenso que volvió a apoyar la cabeza sobre la almohada.

—No te muevas. No queremos que se te salte ningún punto. Me ha pasado un número.

Tecleó un mensaje y cambió de pantalla.

—¿Te apetece ver conmigo su pelea? —Zac le mostró la pantalla de su móvil.

—Está bien, si es que puedes ponerlo para que yo lo vea.

Él buscó a su alrededor y se levantó a por una mesa de esas en las que se servían la comida. Elevó la bandeja hasta una altura conveniente y colocó su móvil.

—¿Lo ves bien? —se aseguró Zac.

—Sí.

Ante su respuesta, se recostó sobre la silla que había puesto junto a su cama y los dos comenzaron a seguir la pelea.

Bruno parecía despistado, aunque ajustaba bien los golpes: estaba recibiendo una seria paliza. Lorene rechinaba los dientes cada vez que le golpeaban en la cara.

—¿Por qué no se defiende? ¿Qué le pasa? —se alteró.

Sonó la campana y regresó junto a su entrenador. Max lo cogió de la mandíbula para que le mirase mientras le daba serias instrucciones. Bruno asintió con la cabeza y recibió como compensación una palmada cariñosa en la cara. Su torso desnudo estaba cubierto por una película de sudor. Salió de nuevo entrechocando los guantes entre sí, como amenazando a su rival.

—Pero, bueno, ¡qué me estás alterando a mi paciente! —le regañó la enfermera a Zac. Maggie, que así se llamaba, era muy simpática. Desde que se había despertado, no había parado de echarle piropos para subirle el ánimo.

Hizo un intento de apartar la mesa, cuando Lorene gritó:

—¡No, por favor! ¡Es mi novio! ¡Necesito verlo, es importante! —suplicó.

Maggie arrugó la frente y acercó la cabeza al móvil.

—¿Uno de esos boxeadores es tu pareja? —le preguntó a Lorene con escepticismo. Debía de creerla loca.

—Sí, el moreno alto y guapo —repuso Lorene con orgullo.

—¡Madre mía! ¡Qué buen mozo! —exclamó, lo que le sacó una risita—. Está bien, os dejo, pero bajad el volumen y el tono de vuestras voces. Hay otros pacientes que necesitan descansar.

Ambos se lo prometieron con un gesto cómplice y siguieron el combate hipnotizados como dos bobos. De repente, el texano lanzó un puño a la cara de

Bruno que lo lanzó al suelo. Zac bufó indignado. Lorene se percató de que un hombrecillo se acercaba a Max por la espalda y le susurraba algo. Lo que sea que le dijo, se lo gritó a Bruno, algo que le hizo espabilarse y aguantó hasta que tocaron la campana. Lorene estaba sudando. Notaba como se le humedecía el pijama blanco del hospital por la axila, producto de los nervios.

—No puedo mirar —dijo cuando vio que sonaba de nuevo el comienzo del siguiente asalto.

—Pues no lo hagas. Ya te digo yo lo que pasa —respondió Zac atacado.

Ella solo rezaba para que no perdiese. Se dedicó a estudiar al techo y de vez en cuando, echaba una mirada de reojo a la pantalla.

—¡Sí! —gritó Zac.

—¿Qué ha pasado? Cuenta —demandó Lorene.

—¡Calla, Lore! ¡No me distraigas ahora! Que le acaba de atizar un puñetazo directo a la mandíbula. ¡Esto se está poniendo bueno! ¡Venga, tío! ¡Dale!

La enfermera volvió a regañarlos ante su exaltación. La pobre mujer meneó la cabeza resignada y Lorene rio por lo bajo. Estaba tan entretenida, que no se dio ni cuenta de que se le habían vaciado las bolsas con los calmantes y, por consiguiente, notó la vejiga llena.

—Zac, tengo ganas de hacer pis —le susurró.

Este se volvió hacia ella con el rostro desencajado y la contempló con horror.

—¿No pretenderás que te ponga yo la cuña, verdad? —dijo.

—No, tonto del culo. Avisa a la enfermera.

—Entonces me echará y te perderás la final.

—Pues en ese caso, me tendrás que poner tú la cuña —insistió.

—¡Joder, lo que hay que hacer!

Buscó el orinal debajo de la cama y la ayudó a levantarse con manos torpes. Su rostro estaba igual de colorado que el de un tomate.

—¿Ya? —le preguntó muy apurado con la cabeza vuelta hacia el lado contrario.

—Sí.

Retirla fue casi más bochornoso porque tuvo que levantar las sábanas y sacársela de debajo del culo sin tocarla, porque mirar tuvo que hacerlo y consiguió que el rubor se intensificara.

—Esto ni se te ocurra contárselo a Bruno o me mata —la amenazó.

Lorene se desternilló de la risa. La turbación de su amigo consiguió que

se apiadara de él y pusiera cara de buena con la firme promesa de que quedaría entre ellos.

Volvieron su atención al combate justo para ver a Bruno lanzando el último golpe de gracia para acabar con su rival.

—¡¡Sí, señor!! —gritó Zac de repente, levantándose de un salto de la silla.

—¡Caballero! ¡Se acabó el espectáculo! Esto es la UCI de un hospital. — Maggie tenía el ceño fruncido y le conminó a apagar el móvil.

Zac se disculpó con el rostro como la grana y se salió de la retransmisión. Aun así, esbozó una sonrisa traviesa en dirección de Lorene y le guiñó un ojo con picardía.

—Ha ganado —le susurró a Lorene.

—Ya lo he visto, tontorrón. —Apartó su rostro de un empujón y arrugó la frente pensativa—. ¿Ha pasado algo entre vosotros que deba saber?

—Digamos que tu accidente me ha hecho recapacitar y he comprendido que he sido un estúpido todo este tiempo.

—Bueno, me alegro de que haya servido para algo bueno. Tendremos que verle el lado positivo.

—Sí, pero, por favor, ahórrame estos disgustos. Prefiero que sea en otras condiciones —clamó.

Como tenía sueño y se acaba el horario de visitas, suponía que los nuevos calmantes estaban surtiendo efecto y le adormilaban, Zac salió a darse un paseo para refrescarse un poco con la brisa nocturna.



Lorene despertó con la maravillosa imagen de Bruno abrumado por la preocupación. Parpadeó varias veces para asegurarse de que no estaba soñando y sonrió. Su mano de dedos largos sujetaba la suya con mucha suavidad, como si temiera que fuese a romperse de un momento a otro.

—Buenos días, preciosa, ¿cómo te encuentras hoy? —dijo al ver que se desperezaba. Bruno esbozó una sonrisa deslumbrante de dientes perfectos, que le llegó directa al corazón. Le quitó un mechón de la cara y con excesiva delicadeza, le acarició la mejilla con el pulgar.

—Ahora mucho mejor —dijo con voz macilenta—. ¿Te han dejado pasar?

—Sí. Recuerda que ahora soy famoso —se burló—. No, Zac habló con el médico jefe y le contó que yo era tu pareja.

Acercó su mano al rostro masculino y lo recorrió por aquellas zonas en las que le habían dañado.

—¿Estás bien?

—Eso debería preguntártelo yo a ti. —Rozó sus labios con un beso casto y, sin despegar la mirada de sus ojos, le dijo con la voz enronquecida—: Te quiero, pelirroja. No vuelvas a darme otro susto así jamás.

—Yo también te quiero, Bruno.

Sentía estar rodeada de enfermos y personal sanitario y no poder desatar la pasión que ambos sentían, pero no era el lugar para darse un beso de tornillo. Tendrían que esperar.

Maggie aprovechó para pedirle un autógrafo a Bruno y le felicitó por su triunfo. Le contó el episodio que protagonizaron ella y Zac el día anterior, lo que le sacó una mueca divertida a su hermoso hombre.

—Eso me recuerda que Zac te envió un mensaje. ¿Te llegó?

—Sí. Y gracias a eso pude concentrarme. Les di órdenes precisas para que me lo comunicaran.

—Te veíamos algo disperso.

—Me tenías muy preocupado, cariño. Ahora, a ponerte buena.

Capítulo 25. La recuperación

*Yo era un tigre, un buen boxeador en buena forma,
pero siempre estaba nervioso antes de los combates de boxeo.*

—George Foreman—

La estancia en el hospital se le hizo eterna hasta que le dieron el alta. Todavía necesitaba reposo, así que Bruno se empeñó en llevársela a su casa y contratar a una enfermera hasta su completa recuperación. Por fin conocía su verdadera residencia: un lujoso apartamento con unas vistas magníficas al mar. Dormían juntos cada noche, aunque Bruno aún no se había atrevido a tocarla por miedo a hacerle daño y eso que ya le habían quitado los puntos. Por las noches, solía ponerle con mucho mimo una tirita especial para cicatrices. Era para disimular al máximo la marca; había sido recomendación de los cirujanos y Bruno se había tomado todas sus indicaciones al pie de la letra. Estaba deseando que entrase por la puerta para acurrucarse entre sus brazos.

De momento, estaba ganando a todos sus rivales, lo mismo que Vladimir. Lorene estaba casi segura de que llegarían ambos a la final, lo que aumentaba su preocupación. No hablaban de ello. Él no quería preocuparla y ella estaba deseando dejar de ser una carga. Se sentía inútil, ya que todavía no podía coger peso ni realizar esfuerzos. Bruno se empeñaba todas las noches en cargarla en brazos hasta la terraza, ya era como un ritual. Había preparado una tumbona dónde la dejaba reposar mientras él recogía la cena. Ese era su momento preferido. Sin embargo, ese día se había levantado con un humor de perros, que no mejoró con el paso de la tarde. Todo lo veía negro. Ni las llamadas de sus amigos para preocuparse por ella habían conseguido alejar esa congoja que caminaba con ella desde primeras horas.

El murmullo de las olas al romper en la playa, algo que solía tranquilizarla, ahora le sacaba de quicio. Se levantó, caminó hasta la barandilla y se asomó. De repente, una lágrima escapó por su mejilla.

—¿Qué te pasa, pelirroja? —Notó que los brazos de Bruno la rodeaban por detrás y se recostó sobre él.

—No lo sé. Me siento mal, sé que no tengo derecho a quejarme, pero

quiero caminar erguida y no doblada por miedo a romperme. Siento que me va a llevar tiempo volver a mi vida anterior y ahora, además, le tengo pánico al coche. Mis padres murieron en un accidente de tráfico y yo casi no lo cuento. Al menos, ya solo trabajo en el hotel y no a domicilio, pero no me gusta sentirme así de desvalida.

—Lorene, ten paciencia. No estás sola: ahora caminamos los dos juntos. Nos ayudaremos para superar esto. Tú me tienes a mí para que te cuide y te mime, como yo te tengo a ti. —Sus palabras expresaban todo el amor que sentía por ella y eso le conmovió profundamente.

Desde que se habían ido a vivir juntos, las pesadillas de Bruno habían sido sustituidas por otras en las que ella moría. Cada vez que se despertaba y la encontraba a su lado, le daba un beso en el hombro, en el cuello o en la cabeza. Él creía que estaba dormida, sin embargo, no era así y como la mayoría de las veces lo sentía, no le había dicho nada porque no quería que rompiese con esa maravillosa costumbre.

Ambos permanecieron un buen rato abrazados, hasta que la provocativa boca de Bruno bajó y delineó un rastro húmedo por la nuca y cuello de Lorene.

—Te necesito.

—No me voy a romper —le dijo para que no parase.

Lorene echó la cabeza para detrás y la reposó en el hombro. Bruno deslizó lentamente una mano por sus montículos, incitándola con promesas de placer y sin parar de acariciarla con ardor. Un suspiro de placer escapó de su boca, ¡cuánto había echado de menos sus caricias! Él continuó explorando con descaro el vientre plano hasta que se topó con los pantalones. La mano de Bruno se introdujo por debajo del pijama y de la braguita, y acarició sus rizos cobrizos. Ella gimió.

—¡Oh, Dios! Esto es simplemente delicioso —masculló Lorene.

Abrió las piernas para facilitarle la entrada de los dedos a su humedad y, sin dejar de frotar su clítoris, con la mano libre Bruno desabrochó uno a uno los botones de la camisa de su pijama. Estaba perdida en una marea de calor intenso. Su cuerpo amenazaba con explotar del placer.

—Todavía no, mi dulce —le susurró.

Sacando los dedos de su centro, deslizó la prenda por sus hombros y le sacó el sujetador. La giró hacia él y aquellos ojos ambarinos centellearon del deseo. La besó largamente, mientras que con sus manos le masajeaba y apretaba los senos, frotando con el pulgar los palpitantes pezones. Aquello acrecentó el deseo caliente entre los muslos de Lorene.

Ella también quería explorar a su hombre. Se separó de él y se mordió el labio inferior cuando le quitó la camiseta negra ajustada que llevaba. Aquel torso definido y proporcionado estaba lleno de músculos tensos que le quitaban la respiración. Atraída como un imán, su mano se posó en los abultados pectorales y los acarició con apetito.

—Bruja, ¿te he dicho lo mucho que me gustas? —Bruno le mordió el lóbulo de la oreja y ella rio.

Le encantaba verlo estremecerse ante el contacto sensual de sus dedos mientras estos recorrían la carne inflamada por encima del pantalón. Con un gruñido de frustración, Bruno se quitó la ropa y le arrancó la poca que le quedaba a ella con dedos impacientes. Ahora se encontraban completamente desnudos.

La cogió en brazos y la tumbó sobre el colchón de la hamaca con delicadeza a la vez que la besaba con voracidad. Apretó la rodilla contra su monte de Venus y le exploró el cuerpo a besos. Estaba abocándola a un delicioso tormento. Su cuerpo no era inmune a las caricias y a los movimientos desvergonzados de Bruno. Reaccionaba sin control y la llevaba a experimentar un placer exquisito.

Bruno luchaba contra la oleada de pasión que amenazaba con arrastrarlos. Ella estaba perdida en una bruma erótica que le dejaba actuar con total impunidad. Sintióse casi fuera de control, la besó ávidamente mientras sujetaba sus caderas, que se movían frenéticas al son de los dedos largos y experimentados. Sus cuerpos rodaron por la hamaca y Bruno la montó sobre él. Alargó las manos hasta sus pechos y dejó que ella cabalgase sobre la verga erecta. Enajenada de placer y repleta de él, Lorene se movió con frenéticos movimientos de subidas y bajadas de caderas hasta que, finalmente, les alcanzó una tormenta de placer. Bruno estalló dentro de ella y Lorene tembló como una hoja bajo la fuerza del clímax que le hizo derrumbarse laxa sobre él. Terminaron abrazados, sabiéndose felices. El mundo podía pararse en ese momento, que poco le importaba: ella solo quería acurrucarse en los brazos de su hombre.

—Deberíamos meternos en la cama. Vas a coger frío. —Bruno la levantó y la metió en la cama. Después, salió a por la ropa que habían dejado abandonada en la terraza y regresó.

—¿Ponemos un rato la tele? —le dijo, consultando la hora y comprobando que aún era muy temprano.

—Vale, podemos ver una serie de Netflix —sugirió Lorene.

Al pasar los canales, Bruno paró en uno que era sobre la vida de los famosos, un canal de cotilleo. Lo hizo porque en él salía el nuevo romance de Vladimir.

—¿Esa no es tu exprometida? —se sorprendió Lorene.

—Sí. Es Vicky. Mejor, si le pillo estando detrás de ti lo mato.

—No seas animal. —Sin embargo, le encantaba esos ataques de celo.

Ella se alegraba de que esa mujer estuviese con otro, así no andaría tras el suyo. Demasiado daño ya les había hecho a los dos.

A continuación, salieron ellos. Los habían pillado juntos en una de las revisiones al hospital.

—¡Esto es increíble! Una ya no tiene intimidad. Os habéis vuelto demasiado famosos. Vais a hacer historia a este paso, pero en cuanto a vuestros *sonados romances* como han dicho ahí, no por vuestros triunfos en el boxeo que es cómo debería ser —dijo con retintín. Le fastidiaba que vulnerasen su vida privada.

Si antes Bruno era uno de tantos boxeadores, ahora era mundialmente conocido. Salían en todos los periódicos en la sección de deportes. Había numerosas apuestas que se arriesgaban a hacer un pronóstico sobre el que creían finalista, pero que no podían asegurar, ya que ambos estaban muy igualados. Cambiaron de canal para no seguir escuchando estupideces del tipo de que si Vicky tenía más estilo que ella o que si ella era mucho más guapa que la psicóloga... Le ponían enferma con esas comparaciones.



Lorene tenía cita para que le hiciesen una placa y comprobar que sus costillas y cervicales estaban completamente recuperadas. Al entrar en el hospital se habían topado con periodistas. No se acostumbraba a lidiar con este tipo de persecución absurda.

Mientras estaba tumbada en la fría camilla de metal, rezaba para que le diesen el alta y poder continuar con su vida con normalidad. Bruno le había prometido que luego la acompañaría a una carretera tranquila para que se le quitase el miedo a coger el coche. Ella quería ser independiente, sin embargo, tenía las manos empapadas de sudor debido a la ansiedad que le producía de solo pensarlo.

—Ya puede levantarse —le avisó el hombre de las placas.

Cuando se reunió con Bruno, lo encontró hablando con una niña. Él tan grande y ella tan chiquitina, le resultaba adorable aquella estampa. Suponía que el instinto maternal se estaba desarrollando dentro de ella. De momento, ella seguía tomando la píldora, así que cuando el doctor la llamó, le pidió a Bruno que esperase fuera. Agradeció que respetase su decisión.

—Está todo perfecto, señorita Milton. Ya puede hacer su vida normal.

—¿Puedo quedarme embarazada, doctor? —preguntó con mucha inseguridad. Tras la convalecencia que había sufrido, necesitaba conocer su opinión. Por eso le había pedido a Bruno que no entrase. No habían hablado aún de tener niños, pero quería estar preparada para cuando llegase el momento adecuado.

—Yo esperaré un año más o menos para dar tiempo al cuerpo a que se asiente. Luego, sin problemas. ¿Algo más?

—Nada más, doctor. Muchas gracias.

No era la respuesta que buscaba, pero no le quedaba otra.

Al salir de la consulta, había mucho trasiego de médicos. Buscó a Bruno con la mirada y no le encontró. De repente, notó como la niña tiraba de su pantalón. Era la misma que había visto hablar con su chico.

—Se ha ido por ahí. Ha venido un señor muy malito.

Salió al pasillo que la niña le había indicado y lo encontró abrazado a una mujer de color que lloraba desconsolada. Permaneció alejada para darles un poco de intimidad y no se movió hasta que Bruno se separó de ella cuando un médico la nombró.

—¿Quién era esa mujer? —preguntó intrigada.

—Es la esposa de un antiguo amigo de instituto con el que solíamos juntarnos Zac, Ethan y yo. Es también boxeador y se acaba de enfrentar a Vladimir.

Por su cara, dedujo que no había salido muy bien parado. Se sentaron en la sala de espera, pues Bruno le había prometido que permanecería ahí hasta saber algo de Samuel Johnson, que era como se llamaba.

Al rato salió Leona, la esposa y le llamó:

—Quiere hablar contigo, Bruno.

Lorene se presentó a ella por educación.

—¿Te apetece tomar algo? —le preguntó Lorene con timidez. Pensó que lo mismo prefería estar sola, sin embargo, la mujer se lo agradeció y aprovechó para descargar con ella su frustración.

—Le dije que lo dejara, llevaba muy buena racha y pensó que ganaría

bastante dinero esta vez. No me gustó cuando vi que le tocaba con él. Lo sabía. —La mujer se echó a llorar, Lorene le acarició la espalda sin saber muy bien cómo consolarla. Sacó una tila de la máquina y se la tendió.

—Te entiendo perfectamente. Mis temores son los mismos que los tuyos. Desahógate lo que quieras —le reconfortó.



Cuando se acercó a la habitación, Bruno se encontró con un Samuel que tenía el rostro desfigurado. Se quedó impactado. Al oír ruido, este giró la cabeza para ver si era él.

—¿Qué tal, *bro*? —A pesar de las circunstancias, sacó un brazo de la cama y cerró el puño para estrecharlo con el suyo a modo de saludo.

—¿Qué te ha hecho, Sam? —Bruno cogió una silla que había cerca y se sentó a su lado.

—Ese cabrón me atizaba por debajo del cinturón y por detrás de la cabeza con la técnica del conejo. Me ha roto varias costillas y tendrán que mirarme si tengo algo más. Me mareo.

—Joder, lo siento, tío. Espero que no sea nada. ¿Ya te han hecho alguna prueba? —Se pasó la mano por la cara con la mandíbula desencajada por lo que le contaba.

—Sí. Lo mismo me meten en quirófano, pero antes quería advertirte, por eso te he llamado cuando te he visto desde la camilla al entrar —le dijo—. Hace trampas. Ándate con mucho ojo, *bro*. Escúchame bien, sé que vais a enfrentaros. Ya solo quedáis tú y él. Espero que lo machaques. Dale fuerte, *brother*. No me decepciones.

Bruno se lo prometió vehementemente, aun sin saber si podría cumplirlo. Vladimir estaba machacando a sus rivales con absoluta impunidad. El médico entró en ese instante para llevarse a Samuel y le instó a abandonar la sala.

Bruno fue a buscar a Lorene, que se encontraba en la sala de espera y se despidieron de Leona. Le dio su número privado para que lo mantuviera informado del estado de Sam. Luego, llamó a Max para compartir la información que le había pasado Sam. Necesitaba un consejo.



Mientras esperaba a que Bruno terminase de hablar, Lorene comenzó a arrepentirse de haberle dicho que quería intentar conducir. Se frotó los brazos, sintiendo como si una brisa helada le hubiese rozado y comenzó a exudar. No quería decepcionarle, así que cuando la llamó para coger el coche, ella esbozó una sonrisa nerviosa y se montó. Había cogido una carretera bastante tranquila, la ruta 41. Necesitaba distraerse, así que echaba miradas de reojo a su chico. Estaba tan guapo al volante, con esa seguridad que mostraba siempre, que se incendió ella por dentro.

—¿Podemos parar por el camino para hacerlo? —sugirió con descaro. Le encantaba provocarle y aún más al saber que no él podía mirarla.

Sin embargo, Bruno alargó la mano y la introdujo por debajo de su falda.

—¡Quítate las bragas! —le ordenó.

Lorene obedeció sumisa. Él introdujo un dedo en su humedad y jugueteó dentro durante un buen rato. Bruno se había convertido en un novio muy pendiente y en un amante formidable. La excitaba con un solo roce.

—Abre más las piernas —masculló él con la voz ronca.

Después, introdujo otro dedo y aumentó el ritmo de sus caricias. Lorene estaba excitadísima. Con una sonrisa traviesa, alargó la mano y desabrochó la cremallera del pantalón de Bruno, liberándole. Después, comenzó a acariciarlo. Los gemidos de Bruno se unieron a los suyos. En cuanto pudo, se salió en el primer atisbo de camino que encontró y allí mismo le hizo el amor sobre el cuero de los asientos. Él se movía dentro de ella muy despacio, deleitándose de cada sensación que le provocaba. Sus caderas soportaban estoicamente cada embate. Lorene ardía por dentro. No podía parar de gritar su nombre. Cuando Bruno incrementó el ritmo, ella comenzó a jadear de placer. El orgasmo que le hizo sentir fue increíble. Adoraba esos momentos. Nunca creyó que pudiese sentirse tan plena. Se derretía como un helado en sus manos. Como dos adolescentes, se vistieron a toda prisa.

—Si lo hacías para no conducir, no ha colado. Ahora te toca a ti. Ponte al volante. —Le dio una palmada cariñosa en el trasero y se cambió de asiento.

El pánico se reflejó de inmediato en su rostro, que se había puesto blanco como la cera.

—Vamos, pelirroja, tienes que intentarlo. Si ves que no puedes, paras y conduzco yo. No tienes que probarte nada a ti misma. Solo si tú quieres.

Ella respiró con fuerza y se dejó convencer. No perdía nada por probar.

Se sentó en el asiento del piloto y agarró el volante como si le fuera la vida en ello. Apretó la mandíbula y arrancó. Los sudores regresaron a ella de inmediato, pero como no había nadie por aquella vía, pronto comenzó a relajarse. Sin embargo, no podía evitar tensarse cuando se cruzaba con algún coche. Su cerebro relacionaba los automóviles del carril contrario con el accidente.

—Para en la gasolinera próxima y ya conduzco yo. Creo que por hoy es suficiente.

Lorene agradeció su paciencia. La verdad era que prefería ir poco a poco, pero, al menos, se había quitado un peso de encima: era capaz de conducir. Aunque consciente de que el miedo no se le iría tan rápido.

Capítulo 26. El combate final

Mis golpes son igual de duros en Chicago que en Nueva York.

—Sonny Liston—

Cuando llegó al gimnasio a entrenar, Max no le dejó ni desprenderse de la mochila de deporte para cambiarse.

—He estado viendo vídeos por lo que me comentaste que te preocupaba. Jugará sucio, ya lo sabes, así que cúbrete bien. Su punto débil es el estómago, recuérdalo, sigue sin cubrirse. —Le hizo pasar a su despacho y encendió la televisión donde le mostró una imagen que tenía pausada—. Mira, ¿ves? No obstante, no te preocupes, ya le venciste una vez, recuerda: piensa con la cabeza, no solo con los puños. Tú eres más inteligente. ¿Me has entendido? Haremos lo mismo que hicimos con aquel ruso al que te enfrentaste. Vete con calma, pero sin pausa.

Asintió con la cabeza y fue a cambiarse. Estaba impaciente, se enfrentaba a Vladimir el sábado y todo el mundo estaría pendiente de la retransmisión del combate. Golpeó el saco y se paró. Inhaló aire para calmarse, cerró los ojos y se abstraigo de lo que le rodeaba. Lorene le había enseñado nuevas técnicas de relajación que estaba usando para entrenar. Visualizó el saco sin abrir los párpados, pegó primero con la derecha y luego con la izquierda. Volvió a repetir el ejercicio varias veces, en todo momento con los ojos cerrados, aislarse bien era indispensable para conseguir llegar al máximo de concentración. Cuando estuvo preparado, golpeó de nuevo el saco con precisión justo a la altura del estómago y lanzó un rugido seco. Estaba listo.

Desde que había comenzado una nueva vida en pareja junto a ella, estaba mejorando mucho en cuanto a sus pesadillas se refería, ya solo aparecían en momentos de estrés como ahora. Debido a esto, Lorene le estaba dando masajes para calmar esa ansiedad antes de acostarse.

Ella ya había vuelto al trabajo y aunque de momento, Zac la estaba llevando en coche, los fines de semana lo cogía un rato para quitarse la sensación de pánico poco a poco. Lo que más le gustaba de ella es que era muy persistente y sus ansias por ser independiente le llevaban a intentar superarse.

Esa noche regresó del entrenamiento más tarde que nunca. Cuando abrió la puerta, Lorene saltó del sofá y lo recibió con un cálido abrazo. Aún no se acostumbraba a esas efusivas muestras de cariño al entrar. Sinceramente, le encantaban. Lanzó la bolsa al suelo y la cogió por las nalgas para elevarla a su altura.

—¿Cómo lo llevas? —le preguntó Lorene tras separarse de sus labios.

—Deseando que llegue el sábado para quitarme un peso de encima. ¿Tienes todo preparado para el viaje? —Se enfrentaba a Vladimir en el MGM Grand Garden Arena de Las Vegas. Por la mañana, cogerían un avión temprano para descansar hasta el sábado.

—Sí. Ya he avisado a Zac también para que esté puntual. —Su amigo no quería perderse verlo en acción y se alegró de que quisiese acompañarlos, así no estaría Lorene sola en el banquillo—. Te he dejado la cena preparada. Si quieres te doy un masaje.

—No. Hoy prefiero descansar.

Ella estuvo de acuerdo y cuanto se hubo dado una ducha de agua caliente y cenado, se fueron a la cama. No quiso ni sexo. La verdad es que se quedó dormido en sus brazos. Le relajaba mucho sentir el vaivén de su pecho al respirar.



Uno, dos, golpea. Uno, dos, derecha. Llevaba sacudiendo a un rival imaginario en el vestuario desde hacía rato. Max estaba preparando su entrada. Lorene ya se había ido hacía rato con Zac al banquillo de invitados, no sin antes darle un beso e infundirle ánimos. De repente, sonó una explosión y la cantante Halsey comenzó a cantar «Without me». Los aplausos del público subieron de intensidad al hacer su entrada Vladimir. Les habían preparado un recibimiento de película. Cuando fue su turno, salió al son de Kate Perry con «Roar». Se unió a Vladimir en el cuadrilátero con un efusivo saludo y el público se lanzó a rugir como un poseso. Llevaba puestos los guantes que le regaló Vadik que mostró con orgullo frente a la cámara para que lo viese si es que estaba siguiendo la retransmisión. Nunca había visto tan llenas las gradas como hoy. Tenía un nudo en el estómago debido al vértigo de verse ahí.

—A mi derecha, el ucraniano Iván el Rojo, que más rivales ha mandado al más allá. Un campeón invicto que no sabe lo que es la derrota. —Fue la

locuaz carta de presentación del locutor y levantó su brazo—. A mi izquierda, Salvaje, un boxeador que acumula numerosos triunfos y que tiene un puño de hierro.

Vicky, que se encontraba en el banquillo reservado para los invitados de Vladimir, lo abucheó cegada por el odio. La reacción de Lorene no se hizo esperar, que la criticó desde el otro lado y Zac tuvo que calmarla porque estaba fuera de sí. Sonrió divertido. Su chica era una tigresa cuando atacaban lo suyo.

El árbitro les dio las pertinentes explicaciones mientras Vladimir le observaba con atención, sus gélidos ojos azules transmitían el odio que sentía por él, su boca se había curvado con una mueca de desprecio que ignoró y, en su lugar, ensanchó una sonrisa cínica, le saludó como correspondía y regresó con su entrenador. Cuando dieron la señal para que ambos se deshicieran de las capas, se pusieron las protecciones en la boca y regresaron al centro.

Nada más tocar la campana, Vladimir deseoso por partirle la cara le lanzó un golpe de conejo casi al instante, que esquivó con suficiencia. Venía prevenido por Sam, al que casi deja inválido y que, por suerte, se recuperaba satisfactoriamente en el hospital.

Bruno le atizó en el estómago y le obligó a retroceder. Primer aviso.

Vladimir volvió a lanzarle otro golpe de conejo que paró. Meneó la cabeza despreciando su actitud y le atizó con el puño rotado en las costillas, le sacó un jadeo del dolor.

—¡Buen *swing*! —le gritó Max.

Los dos tenían similar tamaño. La pelea no iba a ser fácil, estaban muy igualados. Los siguientes *rounds*, fueron más estocadas de tanteo y algún golpe bien trazado. Daba comienzo al cuarto *round* y Vladimir parecía frustrado. Max le pedía calma.

Comenzaron a lanzarse varios puñetazos al cuerpo y Vladimir se pegaba a él como una lapa, no le quedó otra opción que atizarle un fuerte *uppercut* a riesgo de quedar desprotegido. Como no se lo esperaba, lo lanzó contra las cuerdas, lo que sacó varios gritos de júbilo entre los espectadores. Rápidamente, se recompuso y se tiró a pegarle con rabia, reculó y lo abrazó. El árbitro los separó y dio por finalizado el *round*. Max lo llamó.

—Cuídate ahora. Ya ha visto que estás arriesgando. No le des al estómago hasta el final. ¿Me has entendido, Bruno? Que no sepa que sabes que es su punto débil. —Max no le quitó la vista de encima hasta que afirmó con la cabeza. Le palmeó la cara y volvió a salir al ring.

Vladimir crujió la cabeza a los dos lados en señal amenazadora, pero no le impresionó. Sonó la campana y comenzaron a dar saltitos sin perder de vista a su rival. Este lanzaba a diestro y siniestro los puños en dirección a su cara. Tenía que ser rápido de reflejos si no quería ser alcanzado.

Vicky chillaba como una loca. No entendía lo que decía, pero se lo imaginaba. Vladimir sonreía con malicia.

—Parece que no le has dejado un buen recuerdo a mi chica —se burló.

—Pues eso no decía cuando me la tiraba —le respondió Bruno.

Vladimir apretó la quijada de la rabia, levantó los brazos para cubrirse la cara y ambos se enzarzaron a golpes. En una de esas que Bruno esquivó un gancho, Vladimir le estrelló un puñetazo en toda la cara, notó como los cartílagos de su nariz crujían y la sangre salía despedida contra la lona. Se la limpió con el brazo y se lanzó a golpearlo sin resuello. A pesar de los gritos del árbitro, ambos lo desoyeron, con la consiguiente penalización. El ambiente se estaba caldeando por momentos.

Cuando los dejaron continuar, hubo un feroz intercambio de golpes para quebrar al contrario. Bruno se vengó de Vladimir al contraer todos los músculos de su torso para atizarle un buen derechazo que le partió la ceja. La sangre de su rival se escurrió por la sien empañando su ojo. Era un recordatorio de que era tan mortal como él. Cada uno fue hasta su entrenador, mientras atendían a Vladimir.

En cuanto estuvieron listos, volvieron a enredarse en un abrazo eterno, que Vladimir aprovechó para sisearle:

—Es una pena que tu muñequita se haya roto, ¿qué pasa? ¿No sabes cuidarla como Dios manda? Casi te la levanto.

Que se metiera con Lorene le pareció muy rastrero. Le hizo perder la concentración y se olvidó de protegerse: error de principiante. Notó cómo le clavaba el guante muy hondo debajo de las costillas, luego otro y otro. El dolor fue terrible, pero consiguió recular. Bruno se quedó a una distancia prudencial de él y se protegió.

Vladimir volvió a cercarlo contra las cuerdas, le sujetó y comenzaron a danzar sin soltarse.

—¿No te ha contado tu novia que disfrutó como una posesa con mi beso? Seguro que cuando te folla, se corre pensando en mí.

Bruno rugió de la rabia, le golpeó en la cara, pero Vladimir lo esquivó y, en su lugar, se coló por debajo. Bruno notó como un puño de hierro se clavaba en su costado por segunda vez; se quedó sin respiración y se dobló en dos por

el dolor. Vladimir aprovechó su debilidad para sacar ventaja y le propinó un *cross* en toda la cara que lo mandó al suelo, su cuerpo cayó con un sonido seco. El público soltó una exclamación ensordecedora y se levantó del asiento. El árbitro comenzó a contar:

—Uno, dos, tres...

Oía de fondo a Max ordenándole que se levantase. Alzó la cara hacia las gradas y su mirada se cruzó con la de Lorene, sus intensos ojos azules le suplicaban en silencio que se levantase. A su lado, Zac se masajeara la mandíbula muy nervioso mientras sus labios se movían repitiendo una y otra vez la misma palabra: ARRIBA.

Con mucha fuerza de voluntad, se apoyó en las cuerdas con un brazo, ante el regocijo del público, mientras que con el otro se sujetaba el costado y se irguió. Hubo una ovación general que tuvo que ser acallada por el locutor.

—¿Estás preparado? —se aseguró el árbitro.

Bruno asintió y dio comienzo a un nuevo asalto.

Esta vez, protegió sus laterales y no dejó que Vladimir se acercara en ningún momento a él hasta que se agotó el tiempo.

Max le gritó en cuanto se sentó sobre el taburete:

—¡¿Qué demonios hacías, Bruno?! ¡Cúbrete!

—El muy cerdo me sisea cosas.

—Pues no le escuches. Solo quiere despistarte para que pierdas la concentración. Recuerda, el boxeo no es solo puños. ¿Estás bien?

Era muy probable que Vicky le hubiese confiado sus preocupaciones más personales para que Vladimir las usara contra él. ¡Maldita chaquetera!

—Creo que me ha roto una costilla —jadeó. Se tocó el costado y contrajo la boca aguantando las terribles punzadas que ardían bajo su piel.

—¿Puedes salir? —La aflicción de Max se notaba a la legua. No había llegado hasta el final para quedarse a las puertas.

—Sí, claro que sí, joder —afirmó con seguridad.

Max le devolvió una sonrisa satisfecha y le palmeó en la espalda con orgullo:

—Ahora, a por el estómago. Lánzale uno de tus *jabs*. Sin piedad —le susurró al oído. Era justo lo que necesitaba oír.

—¡Vamos, tío! ¡Machácale, que tú puedes! ¡Por Ethan! —le gritó Zac eufórico.

Entrechocó los guantes de boxeo con fuerza y observó a Vladimir con repulsión. Este se levantó con una sonrisa hueca y se aproximó a él con

arrogancia. Se notaba que estaba muy seguro de sí mismo. Lo primero que hizo, fue pegarle en los costados, queriendo alcanzarle la costilla dañada y dejarlo fuera de juego, algo que Bruno no pensaba consentir. Se encogía y se protegía. Vladimir comenzaba a estar molesto. Buscaba sistemáticamente cualquier punto débil, sin embargo, Bruno aguantó el tipo hasta el final.

—¡Último asalto! —anunció el árbitro.

Max le hizo la seña de «a por todas». Bruno cogió aire lentamente, recordando las técnicas de respiración que había practicado con Lorene. Su mente se concentró, se aisló del ruido y como si el estadio se hubiese quedado vacío, vislumbró a Vladimir. Se concentró en un punto, tensionó los músculos de sus brazos y esperó a que el árbitro diera la señal.

En cuanto se acercó a él, esquivó un puñetazo a la cara, le lanzó un golpe a los riñones y otro a las costillas. Vladimir arqueó la espada del dolor y reculó. Furioso, masculló entre dientes:

—Eres igual de mierda que tu padre. Solo vales para golpear a una mujer.

La sien de Bruno palpitó unos segundos. Apretó la mandíbula con fuerza hasta el punto que creyó que se le romperían los huesos y dejó que se confiara, inspiró aire en los pulmones, entrecerró los ojos con odio y cuando se le acercó, le propinó un puñetazo certero al costado derecho, otro a la izquierda; Vladimir trastabilló y, sin darle tiempo a reponerse, le lanzó un puñetazo contra la mandíbula y lo mandó a besar la lona de un rugido. Con satisfacción, Bruno alzó los brazos al aire con arrogancia y le gritó:

—¿Quién es ahora un mierda, gilipollas?

Vladimir sacudió la cabeza para quitarse las gotas de sudor y se levantó con movimientos torpes. Ya no parecía tan confiado.

Bruno esperó a que se recuperase y cuando lo tuvo enfrente, volvió a la carga. Lo mantuvo frente a las cuerdas, golpeándolo sin piedad. Descargó un *crochet* al costado, otro puñetazo a la cara; recogió su brazo, lo tensó, Vladimir se olvidó de proteger su estómago y lo recibió de lleno ahí. Notó como todo el cuerpo de su rival vibraba del impacto y temblando como una hoja, su cuerpo salió despedido hacia detrás. Lo remató con un *jab* a la mandíbula para noquearlo definitivamente.

El árbitro comenzó a contar, su rival hacía verdaderos esfuerzos por orientarse, pero su cuerpo no respondía. Ni los gritos de Vicky amenazándolo para que se levantara surtían efecto. Vladimir cabeceaba desorientado, hasta que el árbitro llegó a diez y dio por finalizada la cuenta atrás. Vladimir dejó

caer su cabeza contra el suelo resignado.

El árbitro cogió a Bruno del brazo y lo levantó para proclamarlo campeón. Los *flashes* de las cámaras lo dejaron ciego. Lorene se subió al ring con la ayuda de Zac y corrió a abrazarle. Zac también se unió para festejarlo. Le propinó con un puñetazo cariñoso en el hombro cuando llegó a su lado, mientras gritaba:

—¡Salvaje! ¡Salvaje!

El público entero se le unió en un atronador llamamiento general. Las lágrimas se le saltaron de los ojos y besó a Lorene en los labios para celebrarlo. Lo había conseguido. Había ganado.

Vicky se acercó a él y ante la atenta mirada de Lorene, le felicitó con acidez:

—Veo que al final superaste tus miedos. ¡Enhorabuena!

—Gracias —fue su seca respuesta—. Es lo que tiene estar enamorado.

—Ya veo. Espero que estés orgulloso de haber destrozado la vida de Vladimir. Tú tenías que demostrar al mundo entero que eras mejor, como si eso te fuese a devolver a tu estúpido amigo muerto —le recriminó.

—¿Sabes, Vicky? No me vas a hacer sentir mal. Ya puedes pasar a recoger los restos de tu novio. Seguro que va a necesitar de tus servicios para superar esto. Y ahora, si me disculpas, tengo cosas mejor que hacer que estar aquí escuchándote. —Tiró de Lorene y se alejó de aquella víbora.

Zac se acercó a Vicky por detrás y le susurró:

—Deberías mirarte eso. No veo que te importe mucho lo que le ha pasado a tu novio. En lugar de acompañarlo en la ambulancia, estás aquí insultando a un gran hombre al que poco le importa tu opinión. Das pena, ¿sabes?

Vicky rechinó los dientes y salió con la espalda envarada sin tan siquiera responderle, lo que le sacó una carcajada.

Epílogo

*Odié cada minuto de entrenamiento, pero me dije no abandones,
sufre ahora y vive el resto de tu vida como un campeón*
—Muhammad Ali—

Lorene se tocó la tripa con regocijo. Ya había pasado mucho desde el combate. Después de ganar el título, Bruno anunció que se retiraba del boxeo, había conseguido varios contratos publicitarios muy jugosos y con los negocios que regentaba tenía más que suficiente para vivir bien. Empezaban una nueva vida en común. Zac se había quedado en su piso a vivir, total, ella ya no lo necesitaba y quién mejor que él para estar ahí.

Lorene, por su parte, estaba deseando ser madre y aunque nunca habían hablado de serlo, habían dejado de poner medios desde hacía tiempo.

En cuanto al accidente de tráfico, aunque siempre estaría ahí, gracias al tesón de Bruno por ayudarla a conseguir superar su pánico, había logrado conducir. Volvía a ser independiente. Se tocó la cicatriz del costado y un escalofrío le recorrió. Sería el recordatorio que llevaría toda su vida a la espalda.

—Lorene, ha venido mi madre —la llamó Bruno.

Estaba muy nerviosa. Quería causarle buena impresión a su suegra, sin embargo, desde que se había levantado, llevaba en el váter vomitando. Se limpió la boca y salió.

La madre de Bruno la contempló con cariño y la saludó abiertamente. Era una mujer con el pelo canoso, muy alta y con los mismos ojos que Bruno. Se notaba de quién había heredado esa mirada su chico.

—¿Qué te pasa? Te noto cansada. —Bruno había advertido sus ojeras y su pálida cara.

Llevaba desde hacía días indecisa en cómo hacerle partícipe de su estado de buena esperanza, pero con su suegra delante, no creía que fuese un buen momento. Sin embargo, una nueva arcada le subió hasta la garganta y la obligó a salir corriendo al baño. Vomitó con la consiguiente preocupación de él.

—Lorene, ¿te llevo al médico? —le gritó desde el otro lado de la puerta—. Mamá, lo siento, vas a tener que disculparnos, no se encuentra bien.

Lorene salió del cuarto de baño y se apresuró a explicarse.

—No hace falta que se vaya, si esto no tiene remedio.

—¿Cómo que no tiene remedio? Ahora mismo nos vamos al hospital —ordenó Bruno nervioso.

Su suegra comprendió perfectamente lo que le pasaba y sonrió condescendentemente.

—Cariño, no quería decírtelo así, pero es que no me pasa nada. Es solo algo pasajero —insistió Lorene.

—Eso lo decidirá el médico —repuso Bruno testarudo.

Lorene se metió al baño, cogió la muestra de embarazo y se la tendió a su hombre.

—Esto es lo que pasa, cariño.

Bruno lo miró sin comprender.

—Es un test de embarazo, hijo —le explicó su madre—. Lorene está embarazada. Es lo que trata de decirte.

Su cara se desencajó y se quedó con la boca abierta por la impresión. Cuando asimiló la noticia, esbozó la sonrisa más bonita del mundo y cayó de rodillas con lágrimas en los ojos.

—¿Voy a ser padre?

Lorene lo abrazó y asintió sonriente.

—No te imaginas las ganas que tenía de tener una pelirrojita entre mis brazos —le confesó.

—O un pequeño Bruno —dijo ella.

—Lo que sea, pequeña, pero me has hecho el hombre más feliz del mundo. Ahora sí que estamos completos.

—¿No pensáis casaros antes? —preguntó la madre.

Los dos se miraron y se encogieron de hombros.

—Pues no habíamos pensado nada —contestó Bruno sin ahondar en el asunto.

—Cuando tu hijo quiera —le tiró Lorene con un brillo pícaro en sus ojos.

—Pues ya mismo. Que luego esa tripa crecerá y no vas a caber en el vestido.

—¿Me estás llamando gorda? —se burló Lorene.

—No, pelirroja, te estoy llamando próximo huevo Kínder —respondió feliz Bruno, apresando sus labios.

FIN

SOBRE MIS FUTURAS NOVELAS

Deseo que lo hayas disfrutado, si te gustaría que haga una segunda parte con Zac como protagonista, te agradecería que me lo dijeras ya sea en Amazon o en *Goodreads*, y empezaré a calentar motores con ella. Espero ansiosa vuestros comentarios y muchas gracias por leerla.

Becka M. Frey es mi seudónimo y todas las novelas que saque con bajo este nombre serán para un público adulto y de contenido erótico, próxima novela histórica, estad atentos, puedes seguirme en Facebook en: [Becka M Frey](#)

Sin embargo, con mi verdadero nombre tengo otras serie de novelas que también pueden gustarte, ya que me considero en ese sentido bastante polifacética, nada tienen que ver unas con otras:

El mensajero del más allá una novela para adultos con fenómenos paranormales:

Sinopsis:

La rutina que devoraba a Arlet (madre, divorciada, sin pareja, con trabajo estable) se ve interrumpida por una serie de fenómenos paranormales en su casa.

Su hija de diez años recibirá la visita de un joven fantasma que trae consigo una serie de mensajes escalofriantes; entre ellos, su muerte.

Tras contactar con un extraño y atractivo espiritista sin pareja ni trabajo conocidos, vivirán una contrarreloj por descodificar los mensajes del Más Allá y evitar la muerte a toda costa. ¿Lo conseguirán?

A veces, el miedo no lo provoca un demonio sino los actos viles de los hombres.

Secretos ocultos, asesinatos, misterios, amor y drama.

Link: <https://t.co/rTB3E8Umb0>

Mi dulce infierno te espera. Una trilogía de ángeles y demonios que te seducirá con su magia.

Sinopsis:

Fraguado desde el abismo del Inframundo, hay un destino que nada ni nadie podrá cambiar. Las sombras del mal acechan al cielo, pero no todo está escrito.

Maya vive en la Tierra camuflada como una adolescente más. Tras esa máscara artificial, esconde un secreto que le avergüenza: pertenece a una peligrosa estirpe de demonios, LOS INNOMBRABLES. Condenada a vivir bajo la atenta vigilancia de los ángeles, será recluida en el Infierno si pone en peligro a la humanidad.

Una noche se cruza en su camino un misterioso muchacho. Atraídos e incapaces de estar separados, deberán luchar contra ellos mismos y descubrir qué misterios se ocultan para que su relación sea considerada una amenaza.

Link digital: rx.me/ZN456R

Link papel: rx.me/1983264296

El príncipe de Arabia es una novela juvenil de fantasía.

Sinopsis:

En el colegio Maravillas andan revolucionados por un concurso de una famosa editorial. Fátima ansía hacerse con él. Pero pronto se dará cuenta que escribir un libro no es tan fácil. Decepcionada y frustrada por no encontrar una idea original para sus escritos, agita un extraño reloj de arena mientras expresa su deseo de vivir una aventura. De repente, se aparece en medio de un desierto bajo un sol abrasador.

Y ahí es donde comenzará realmente esta aventura de alfombras voladoras, lámparas mágicas y genios, hechizos y encantamientos. ¿Preparado para sumergirte en este mundo de tules, dunas y secretos?

Una saga de genios de la lámpara que te seducirá con su magia: relinks.me/B076PKRCFX

Y si la quieres leer en inglés, también traducida, *The Prince of Arabia*:

relinks.me/B07B6SM6C4

En Amazon tengo publicado tres relatos junto a otros escritores:

40 relatos de terror (Tempestad en Medio de la Noche): [40 relatos de terror](#)

40 relatos de amor (El Lazo Roto): [40 relatos de amor](#)

Dragones de Stygia (Hay vida más allá): [Dragones de Stygia](#)

¡TE ESPERO!

SOBRE LA AUTORA

Becka M. Frey es el pseudónimo que usa Begoña Medina para sacar novelas exclusivamente para adultos, una línea de novelas eróticas que espera que os gusten.

Para encontrar a la autora, puedes contactarla en:

Gmail: beckamfrey@gmail.com

Facebook: [Becka M Frey](#)

[1] *Broom* es escoba en inglés.

[2] El **jab** es un golpe recto que el boxeador tira con rapidez, generalmente, en dirección al rostro de su rival para iniciar sus ataques. A menudo, suele ser el más importante en su inventario boxístico, ya que es, fundamentalmente, el punto de partida para crear combinaciones.

[3] **Direct**, es más potente que el *jab* ya que se ejecuta con la mano derecha. La técnica es muy similar a la del *jab*, solo que en este caso el golpe parte desde atrás. A la vez que se extiende el brazo para golpear se transfiere el peso desde la pierna de atrás a la de delante, lo que le permite al boxeador rotar el pie derecho sobre la punta y realizar una pequeña rotación de cadera.

[4] **Uppercut**, uno de los golpes más espectaculares en boxeo, si se realiza con la fuerza adecuada. En este caso, el golpe parte de la mano derecha y desde abajo: se ejecuta un golpeo en dirección vertical que va directamente a la mandíbula del oponente.

[5] **Crochet**, se realiza con la mano derecha y es un golpe lateral dirigido a la cabeza del contrincante. Es un golpe fuerte, pero más lento que el *jab* o el *cross* por la trayectoria del brazo.

[6] **Swing**, es una versión más larga del *Cross*. Se aplica mucho balanceo y se impacta directamente con los nudillos y el brazo firme para evitar lesiones de muñeca.

[7] **Hook**, es un golpe similar al *uppercut*, pero tiene como objetivo golpear al rival en el torso. Preferiblemente este golpe se dirige a los laterales para golpear los órganos desprotegidos y las zonas blandas de los costados.

[8] **Volea**, este golpe de larga distancia, puede fácilmente considerarse un *cross* con apertura. Sin embargo, es un golpe que se ejecuta de igual forma, pero en un ángulo descendente para poder impactar por encima de la guardia del rival.